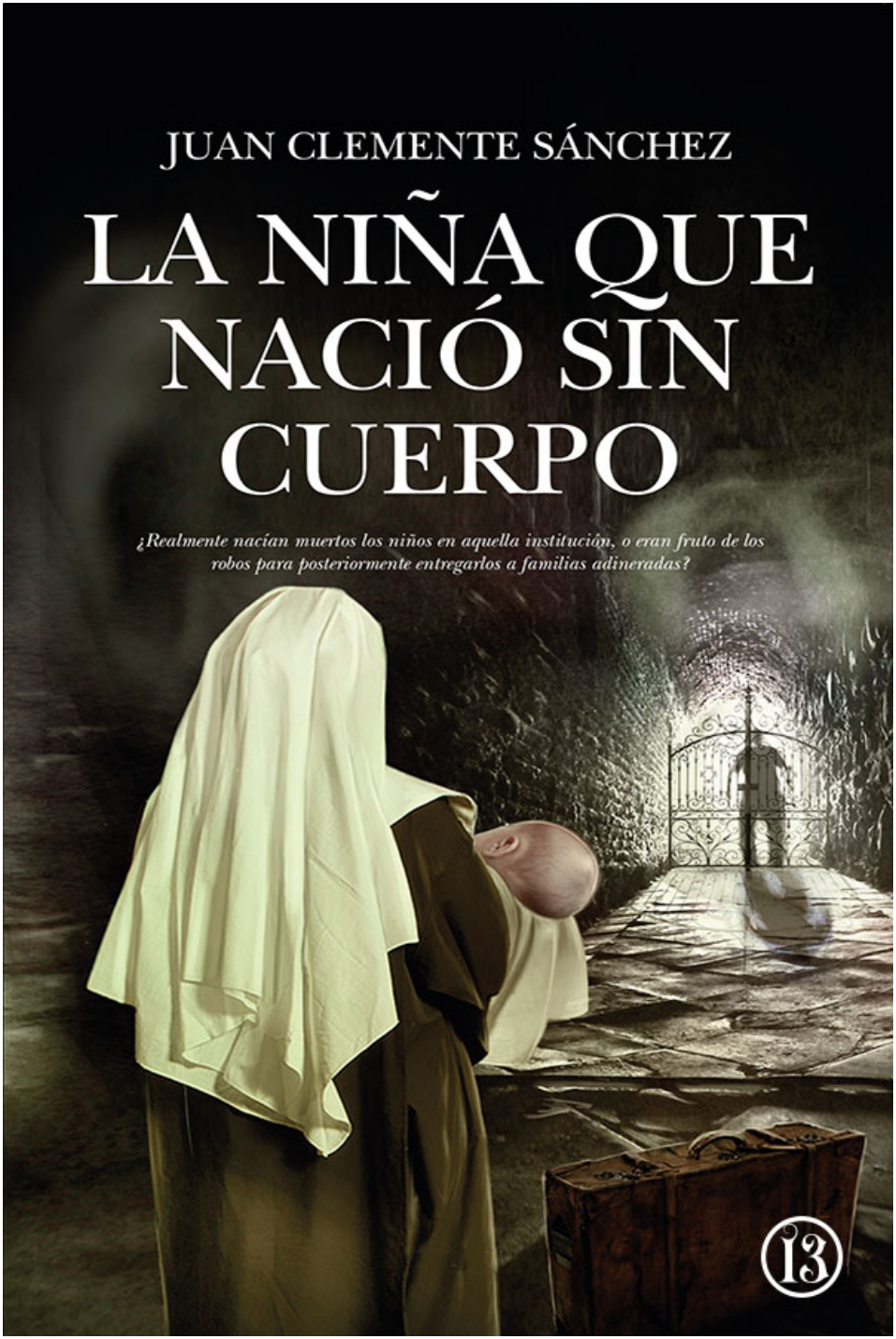
JUAN CLEMENTE SÁNCHEZ

LA NIÑA QUE NACIÓ SIN CUERPO

¿Realmente nacían muertos los niños en aquella institución, o eran fruto de los robos para posteriormente entregarlos a familias adineradas?



«Sor Lucía era la responsable de las adopciones, jugaba a ser dios con los seres humanos, a determinar el destino de estos niños; para ello había tejido una red complicada, desde el camillero hasta el médico andaban en el ajo, las enfermeras y todo el personal del centro creaban aquella gran mentira, como la de los reyes magos, todo el mundo la admitía aunque aquel niño no era el destinatario, era el regalo para los afortunados, para los estafados, para los saqueados; les robaban hasta las raíces de sus entrañas…».

Encarnación García Corrientes está convencida de que antes de que ella naciera, su madre sufrió el robo de un bebé, el hurto del cuerpo de su hermano mayor. Les dijeron a sus padres que estaba muerto, pero la verdad es que le fue sustraído a Margarita, su madre. Dio a luz un niño sano, fue un parto normal, con dolor y con llanto de recién nacido, aún así se lo llevaron y no lo volvieron a ver más. Esto sumió a su madre en un pozo de locura. Pero Encarnación no se detendrá y se enfrentará a Sor Lucía y a sus propios demonios para saber la verdad.

«Excelente historia donde el autor, sin demagogia, desde el compromiso de escritor con la palabra y su tiempo vivido, va narrando las existencias rotas de los de abajo. Esos marginados y perdedores de una madrugada cualquiera, buscando miseria en los contenedores. Excluidos bajo el mismo sino y destino, humillados y ofendidos, equilibristas en el trapecio de la vida de espaldas a la suerte de la oferta y la demanda, que pueden encontrar en un contenedor de basura un recién nacido abandonado». Francisco Vélez Nieto.

Juan Clemente Sánchez

La niña que nació sin cuerpo

Título original: *La niña que nació sin cuerpo*
Juan Clemente Sánchez, 2019

-

Revisión: 1.0
29/09/2021

A Paco, Pedro Luis, Javier y Manuela,
sin ellos no hubiera sido posible.

NOTA PRELIMINAR
LOS NIÑOS SIN ALMA QUE NACIERON SIN CUERPO

Niños pobres y humildes, que vinieron al mundo en un hospital, también en manicomio, sin que las madres biológicas, que los fueron gestando en su vientre hasta llegado el parto deseado, inicien con ellos ese camino que se hace al andar por la vida de las manos de todas las madres del mundo. Mas ella, prisionera de sórdidos intereses privilegiados e incrustados en la sociedad, le ha impedido darle el beso y la primera caricia, ni cantarle la tierna nana: «Mi niño está llorando / no tiene cuna / su padre es carpintero / le va hacer una». Niño al que la madre no verá correr detrás de las palomas, contemplar los pájaros que saludan al cielo en la mañana. Es un niño sin cuerpo, sin alma. Es solo una mercancía en manos de un poder social protegido por la gracia de Dios. Bajo una dictadura a cuyo caudillo se le reconoce por no temblarle la mano al firmar penas de muerte. Su autoridad divina consta en la moneda de cambio con la frase, «Caudillo de España por la gracia de Dios». Y en esa España de posguerra, «Margarita estaba poblada por lágrimas desechables, sufría una pena inagotable, huérfana de amores y de hijos en aquellos pabellones desangelados, donde el desamor de los cuerpos la iba consumiendo de inseguridad, acababan esfumándose los besos que no se dieron en esos días aciagos». Todo porque ha sido presa de un robo, esperado alijo. Uno más de los muchos que se comerciaban bajo tan inmenso y santificado palio, «Aquel hurto tan

descarado, era un icono de la omnipotencia y la apropiación indebida de los frutos de los descamisados, el despojo por la violencia de los fuertes, de los investidos por la autoridad de la fuerza bruta». De rezo fingido al Señor de las alturas por las que participaron en el triste y endemoniado negocio con prebendas: robar estos niños de sus padres para entregarlos a familias pudientes, que los adoptarán como suyos, con la protección de un Dios en exclusiva para ellos.

Es el espurio y santificado crimen, capítulo ejercido por religiosas durante la dictadura española, dirigida bajo el palio sagrado y protector del Caudillo. Estigma poderoso para que el latrocinio cruelmente usurpador, pueda llevarse a cabo bajo la protección celestial del poder establecido.

Excelente historia que cuenta Juan Clemente Sánchez. Todo un logro de novela *La niña que nació sin cuerpo*. Donde el autor, sin demagogia, desde el compromiso de escritor con la palabra y su tiempo vivido, va narrando las existencias rotas de los de abajo. Esos marginados y perdedores de una madrugada cualquiera, buscando miseria en los contenedores. Excluidos bajo el mismo sino y destino, humillados y ofendidos, equilibristas en el trapecio de la vida de espaldas a la suerte de la oferta y la demanda, que pueden encontrar en un contenedor de basura un recién nacido abandonado.

La niña que nació sin cuerpo, es la segunda novela de un escritor honesto y realista, que ya nos mostró su valía literaria con *La rebelión del olvido*, amargo testimonio, testigo de cargo de la realidad histórica de un poblado y su gente alrededor del Canal de los Presos (1940-1962). Calidad literaria y compromiso temático donde el furor y la injusticia de los de arriba se ceba sobre los de abajo. Estamos ante una narración impregnada de belleza natural, fotografías instantáneas de circunstancias, por la que transcurre y hace frente a la tragedia humana y social que plantea la historia real del tiempo sufrido y trasnochado por unos personajes enloquecidos, soñadores y apasionados por buscar su verdadera identidad. Con sueños imposibles dada la atmósfera social en la que se ven obligados a intentar vivir.

Juan Clemente Sánchez, con pulso literario admirable, rebosante de humanidad hacia esta España donde los versos de Antonio Machado, sencillo y cercano cantan con tristeza la realidad presente, «Españolito que vienes / al mundo te guarde Dios. / Una de las dos Españas / ha de helarte el corazón». Y el corazón se hiela en esta historia, donde la demagogia está ausente, tiene prohibida la entrada, para que no le reste ni un ápice a su vivo estilo literario, a su desafiador contenido. Envuelto en el amor y la tristeza del luto de los marginados, con la derrota en la mente y la espalda. El posible lector se encontrará con una historia de ficción, que se alimenta en parte de una realidad social vigente. Bien es verdad que transcurre en otro tiempo y espacio, pero igualmente representa la España de hoy con la nostalgia del poder fervoroso de los de arriba y el sospechoso silencio de los representantes del Dios de las alturas aquí en la tierra. Todo un canto solidario a los derechos de la mujer. Con una desnudez maternal que muestra sus ciertos valores y el sufrimiento padecido por el crudo negocio protegido del robo de recién nacidos, a las indefensas madres soñolientas por los soporíferos aplicados. Que al despertar se encuentran con la monja «caritativa» que con beatífica ternura les dice, «Su hijo ha fallecido, y ya se encuentra enterrado y su alma en el cielo junto a Dios todopoderoso».

Francisco Vélez Nieto
Presidente de honor de la Asociación Colegial de Escritores de España, sección autónoma de Andalucía, ACE-Andalucía.

I

La niña que nació sin cuerpo cambiaba de color y de forma en función de su estado de ánimo; cuando se enfurecía se veía como una diosa ardiendo, como una espadaña en llamas, cuando se iba calmando y la ira desaparecía tomaba la forma de un charco redondo, cuando estaba tranquila tenía la forma de una balsa de aceite y la voz profunda de aparato de radio, era una voz ronca, de barítono bajo, rota como un trago de orujo añejo de caña de azúcar tronchada, cascada como garganta con placa y enrojecida por una catarata de cotorras diminutas, aguardentosa y alambicada en la mucosidad de las palabras, con una cadencia misteriosa, eléctrica como el rumor de las cigarras con su gelatina de pomada incolora y curativa, de alguna manera ella era una suerte de bálsamo para su familia, sin duda la mejor de las medicinas, a veces, toma la forma de un caracol sin antenas enroscándose sobre sí misma y sin cascarón, formando una espiral, como una tuba por la que ella no sabría circular sin desentonar, dejando un rastro de plasma aunque ella nunca dejaría que la compararan con una babosa, a veces también le salían reflexiones amargas y la viscosidad de palabras odiosas.

Su madre creía que ella era solo una rotura de aguas, un parto líquido que culminaba un embarazo imaginario, pero no, su primer hijo nació muerto, o al menos eso es lo que dijo aquella monja que era la persona que daba la impresión de ser la que más mandaba en aquella clínica; ella no sabía muy bien a qué se debía tanta autoridad, pero la exhibía sin ningún pudor ni cuestionamiento ni

por los médicos ni por el personal auxiliar; le dijo que el bebé se quedó muerto poco después del parto.

Pero esta, su primera hija, parecía un poco rebelde, era ciertamente una insumisa y daba la impresión de ser también un poco desobediente, tenía una organización líquida, ella era toda materia, toda inteligencia, pero algo inconcreta, ¿qué le iba a hacer? si le había salido algo dispersa, su madre no sabía qué hacer con ella, en este mundo tan cruel ¿qué iba a ser de su fragilidad incorpórea?

Margarita a veces pensaba que esto debía de ser un castigo por haber ido a la recolección de algodón en la recta final de su embarazo, a la finca de Mariano Calvo que estaba enclavada dentro de los límites del manicomio; su hija tenía la forma de una nube blanca, era indeterminada, rodeada de suave lana, ingrávida como una nebulosa de esferas deshilachadas, tenía formas abombadas como una masa transparente y parecía que tenía neblina en la mirada, creía que le habían echado algún mal de ojo los locos, esos que se montaban en el autobús que cruzaba aquel mundo delirante y paraba dentro del hospital psiquiátrico; una vez uno de ellos, Julio Puertas, le dijo que él prefería trabajar en la recolección de las sandías, que colgaban de los árboles, o al menos era lo que él creía, nunca había visto una mata arrastrándose y dando frutos en la ciudad de la que provenía, Julio Puertas creía que el mundo era como él lo imaginaba, pero no, se equivocaba, todavía no habían aparecido los objetos volantes sobre su cabeza, pero sí las sandías suspendidas en las ramas de sus fantasías delirantes, parecía culto y decía que las vacas de allí estaban locas y tenían la lengua azul, que se comían las hojas y los frutos de estos árboles, y eso no podía ser, él era vegetariano y había leído que las vacas solo comían pienso en los establos, que estaban encasilladas en naves divididas y colocadas en sus plazas delimitadas por barandas y no estaban sueltas como por aquí, todo desorganizadas, sin vaqueros ni nadie que las cuidase, estas terneras eran unas auténticas ácratas, siempre rumiando sus pensamientos inconcretos y las hojas de los árboles incautos, él insistía en que trabajar en la recolección del algodón era muy agradable al tacto, pero había que inclinarse ante las motas en flor y

la sumisión daba en la espalda mucho dolor y los niños nacían marcados por esa posición; a lo que ella ni siquiera contestaba por no contradecir a un enfermo mental que decía esos disparates, no fuera a enfadarse y liase un alboroto allí en medio del autobús que iba de camino a la ciudad; tenía que pasar por todo el centro de la locura, el demente daba su disertación pero solo estaba interesado en que le diese un caramelo, el algodón de azúcar de las fiestas del lugar le gustaba mucho más, pero eso en el trayecto nadie lo solía llevar, algún vicio tenía que tener aquella alma de cántaro, que patinaba en la lógica cuando decía «que tenía prisa» mientras arrojaba al suelo piedras que sacaba de sus bolsillos, que previamente había recolectado, llenándoselos como si fueran dinero. Aquel demente empezaba a sentirse como más liviano, mientras decía: «voy a coger un tren de Iberia» y cuando se le preguntaba ¿dónde vas? él contestaba: «a ningún sitio». Entretanto, hacía otras cosas extrañas, tenía una cuerda atada a una lata, le guardaba la tapa de chapa y la escondía en su regazo como un tesoro clandestino con el que él jugaba, acariciaba la lata como si fuese una mascota, decía que era un poco quisquillosa y él la trataba como si fuese su gata, era un animal de compañía imaginario, le siseaba para que callase, no fuese a emitir un «miau» que lo delatase con su ronroneo y tuvieran que bajarse del autobús, pues el conductor tenía muy malas pulgas y no quería que los animales subieran a la viajera, estaba terminantemente prohibido, el desequilibrado tenía una candidez adorable, pero ocultaba sus secretos inconfesables debajo de su ropa desaliñada.

Al vehículo destartalado, al que llamaban viajera, le temblaban los cristales y los asientos parecían flotantes, le faltaban agarres y simulaba localidades de las atracciones de la calle del infierno, les faltaban innumerables remaches que les sujetaran las chapas, con la pintura carcomida y el óxido que las devoraba; sin embargo, seguía su camino sinuoso como una serpiente del valle, bajaba desde la torre albarrana como el agua baja, pasando por la noria, y en la alberca tenía otra parada, cruzando el Miradores por el antiguo puente romano disfrazado con su alquitrán negro y sus ojos claros,

seguía para adelante, pasaba por las moreras de la Casa Cuna; cuando estaban maduras las moras y las hojas verdes para los gusanos de seda, desde la ventanilla cogía algunas con las manos al hacer la parada en el cruce. Eran unos pirados inofensivos, los adaptados eran los que podían salir a pasear, la medicación los dejaba sin voluntad, solían tener la mirada perdida, les venía bien pasear y tenían permiso durante el día, después volverían a pernoctar, estaban en la frontera y si la traspasaban ya llegaba el electrochoque que les daba el visado para el enajenamiento, eran seres alienados, no estaban rematadamente desquiciados, ellos como el autocar, que traqueteaba y tenía más tornillos sueltos que cualquier criatura demencial. Todavía recuerdan aquel que estaba con la mirada extraviada y los ojos desencajados, haciéndole órbitas como si estuviera poseído por sus propias diabluras.

Margarita se puso de parto, cuando pasaba la viajera por medio del psiquiátrico, aquel autobús destartalado, que servía de corsario entre la gente del valle y la que se había ido a trabajar a la ciudad, llevaba recados y objetos a ambos lados de su trayecto sinuoso, estaba bastante perjudicado, era notorio su estado más propio de desguace que de autobús de línea reglado; se abría dilatándose sus rajas, más que ella aún con su rotura de aguas, crujía y traqueteaba más que el dolor de las contracciones. Le llamaban «El Congo», por las aventuras que había vivido, en sus interminables años de servicio, sobre todo cuando se paraba en mitad de la subida a la cuesta del vivero y los pasajeros tenían que empujar, más que Margarita en aquellos momentos, hasta llegar a la cima y desde allí, cuesta abajo poder llegar a su destino, sin motor, en caída libre, cuesta abajo y sin frenos, entraba como un huracán por la vereda de Poco Aceite, con el conductor tocando el claxon como si fuera una sirena, y los pasteros sacaban los pañuelos en señal de urgencia por las ventanillas, para que dejaran paso a aquel monstruo que los llevaba a los confines de aquel mundo extraño, donde no había ambulancias, estaba poblado por las carencias y por talleres que se inventaban las piezas, para poder reparar aquella línea maltrecha que los unía con el resto del mundo. Menos mal que allí estaba «El Bujía», que reparaba

todo lo que caía en sus manos, tenía un torno, limas, fragua y todo lo que hiciera falta, cuando aparecía, los motores empezaban a temblar con el árbol de levas revolucionado, los miraba y pronto sabía si era un calentón que había tenido por una fuga del radiador, le daba un poco de estaño, un poco de soplete, lo mezclaba con cobre y lo reparaba como si fuese más fácil que un pinchazo de caucho, le echaba un agua verde, como si tuviese algas, lo ponía en marcha e iba como la seda. En un mundo tan olvidado y desestructurado como este, cualquier cosa podría ocurrir y cosas como estas podían sorprender a los habitantes del valle, que parecían curados de espanto y nada de este mundo les resultaba imposible.

A Encarnación García Corrientes la colocaban en cualquier lugar de la casa, podía tener la forma de un jarrón decorativo, sosteniendo un hermoso ramo de flores, como una maceta de pensamientos de colores y a ella entreteniéndose, le gustaba hablar con los pensamientos.

Otras veces, la apoyaban en el regazo de su tío Rafael que estaba en un carrito de ruedas, con las piernas cortadas, era la persona de la familia que más se parecía a ella, a él también le faltaban miembros y porque a veces permanecía en una nebulosa rodeado de humo. Fumaba unos cigarros que se llamaban «Ideales», contaba que hizo la mili en África, los cigarros que fumaba le hacían evadirse, se olvidaba de la silla de ruedas, y se dormía plácidamente en cabezadas largas que le llevaban a vivir sus sueños, se transportaba a un oasis antiguo en el que tenía en activo sus piernas y todos sus miembros, él recordaba que alguna vez fue feliz y siempre que podía volvía allí.

Decían que los que viven allí, en aquel valle, estaban todos un poco pirados, por el viento horroroso que hacía normalmente, era tan fuerte que silbaba como sirenas que se llevan el juicio, a casi todos se les iba la cabeza con el zumbido constante sobre los tímpanos, dejando a sus habitantes cuando soplaba con fuerza al borde del desquicio, pero al vivir al lado del aeropuerto con el ruido de los motores al despegar y al aterrizar, en un vaivén incesante, más rápido que los pensamientos, antes de que se fuera uno llegaba otro a ocupar su hueco, era un ir y venir de aeronaves que se metían en la

cabeza, el sentido común viajaba más y todo volaba en sus seseras, con tanto trajín se les volaban las entendederas.

Mientras, en el aeropuerto viejo, permanecían las argollas de aquel tiempo en que se ataban los aviones para que no se los llevara el viento, eran las huellas de aquella época en que los amarraban sin complejos y algunos eran sorprendidos flotando como almas aerostáticas, suspendidos como globos gigantes que permanecían en el aire como vencejos.

La convivencia constante con los enfermos mentales del hospital hacía que la realidad cotidiana fuese algo especial, se superaba la barrera del sonido y la frontera de la realidad, la realidad en este contexto tan caótico era esencialmente falsa, se estaba improvisando constantemente, los acontecimientos iban cuestionando todas las certezas, todo tenía una explicación inexplicable, como si fueran azotadas siempre por huracanes de dudas y de disparates, había que convencer a todo el mundo de cualquier cosa, hacer que todos creyeran algo increíble, con una argumentación no convincente, aunque machaconamente repetida; en cuanto alguien pensaba algo diferente se venía abajo la ficción del castillo de naipes y había que reconstruir nuevamente un nuevo mundo, un nuevo imaginario colectivo, con la televisión hipnotizando incautos, con la iglesia anunciando paraísos perdidos con tanta efectividad como los de la publicidad, con la escuela adoctrinando a los chavales, con la palabras pervirtiendo significados y adormilando conciencias con eufemismos, con la prensa creando o interpretando una ficción que la vende como real, todo puesto en compra y venta en el quiosco de la ceguera demencial.

Su abuela Olvido que se sienta en su silla de aneas, quieta, sin acordarse de nada y no reconociendo a nadie, era de las pocas personas que la veía como una amiguita imaginaria, la veían hablando sola y parecía que desvariaba y discutía con el aire, gesticulando en su diálogo incurable, dando instrucciones todas las tardes. Aleccionaba a su nieta, porque con ella no necesitaba recordar nada, con Encarnación solo imaginaba, ella veía lo que pensaba y creía que era realidad todo lo que fantaseaba, no la creían

porque decía cosas fantásticas, los médicos les habían dicho que no le llevaran la contraria que la alteraba y perjudicaba su estado, había que procurar que estuviese tranquila, ella buscaba también en su regazo la tranquilidad de la abuela, esa que da estar desconectada de todos los problemas.

La madre así la siente, como una presencia de algodón que siempre la acompaña y le habla. Una vez perdió la voz y no se encontraba, tenía voz propia, había conectado con su forma única de sentir y de percibir el mundo, nadie podía hacerlo como ella. Y eso le hacía expresarlo como un mundo propio e inimitable, ella hablaba sola, podía escucharse a sí misma, era su voz interior, una voz única, era la esencia de su ser, la misma esencia del ser humano, la que se manifestaba a su través, ella era todo mundo interior, pero si quería se podía ver expulsada de su cuerpo, comprender la ruptura de su figura, vivir sin la cobertura de su silueta la descomposición de las formas, fracturando el espacio y sintetizando el tiempo. Se crio en la esencia del mundo, mientras los perros ladraban a un punto donde aparentemente no había nadie. Ella permanecía en su estado semitransparente, como un espectro fugaz, casi inexistente, como una banalidad a la que nadie tiene presente. Permanece en la vida de las sombras, como si se destruyera sola en innumerables trozos, sin el molde que dé imagen a la obsesión que ella tenía por la anatomía de sus trazos, lanzándose a interpretarlo en el espejo y que pudo disfrutarlo durante su embarazo, antes de que fueran a robarlo y su identificación se acabase frustrando y su aspecto deformado rompiéndose en mil pedazos.

Los problemas de supervivencia están abiertos como sus carnes marcadas por las heridas, ella estaba hecha de la misma materia que los sueños, la memoria de los muertos aparece en sus pensamientos antes de ser pensados. El mayor crimen es haber nacido, ni siquiera tiene un cuerpo deforme o una enfermedad repugnante, su estado nos habla de que nunca debería haber nacido, de que no tenía derecho a existir, se siente machacada cruelmente por esa idea de que era la portadora de una culpa original, idea que se le ha metido en la cabeza como un cuerpo extraño, como un grano de arena en el

ojo, desorganizándosele su autoimagen, derrumbándosele su visión de sí misma.

Ella sentía la bestialidad con la que azota el mundo a estas personas frágiles, con sus accidentes y sus tragedias, con golpes violentos que destruyen los cimientos de la seguridad, vivía la infancia como una ruina, como un derrumbe que crece, como un vertedero de hambre, con una necesidad de llenar un hueco que parece insaciable.

Tenía el deseo de ser otra, meterse en la cabeza de otra, deseaba ser digna de ser amada; su autorrealización era un verdadero galimatías. Ella tenía que leerlo todo entre líneas, transitando entre renglones torcidos, golpeándose a veces la cabeza y dejando el mundo detrás de la puerta, permaneciendo desapercibida en su propia trastienda, como si estuviese desaparecida en su aura imperfecta, no hay nada que le satisfaga más que el vacío, el silencio, la desposesión, el no tener nada, sentirse descargada de varias capas y dejar atrás cargas inútiles que se arrastran.

Ella era todo conciencia, un aura flotante; en la naturaleza ilusoria de sus percepciones tenía una extraña agudeza visual y una evidente distorsión de la figuración por la ausencia de lo corporal, era una nebulosa sin asombro, perdía su aspecto sin trastornos psiquiátricos, la alteración de sus formas se debía a su gran plasticidad, era capaz de adaptarse a cualquier continente, tenía los sentidos muy desarrollados, con grandes cualidades sensoriales, formaba una sombra que fluía como un magma universal, como si se sintiera integrada en todo lo que la rodeaba.

Ella tenía un enorme deseo de libertad, aquel desgarro de su cuerpo, ese desarraigo de sus huesos, ignoraba la lógica de las limitaciones y del resplandor de la geometría, su ilógica era natural, en ella era posible una ingravidez extraterrestre.

Podría llegar a ser la primera mujer abstracta del mundo, no tenía que preocuparse por su figura, ella tenía una gran capacidad de sustraerse de la realidad, estaba más allá de las formas, era como un espectro de mujer, sin presencia, ocupada por el vacío, harta de huecos, las ausencias le calaban hasta los huesos, alejándose de la

tentación de un cuerpo sin carne, era un espíritu que habla y desaparece luego, se vacía cuando se expresa quedándose en la soledad como una gran desgracia.

Encarnación mezcla colores y formas geométricas, es intangible, inmaterial, es excéntrica, ensimismada y desintegrada, es una pequeña modelo espiritual, se sentía infinita conectada con todo lo que le rodeaba, formaba parte del universo. Era todo sentimiento, todo pensamiento; no logró escapar del robo corporal, pero no pudieron despojarla de su alma, conservaba intactas todas sus atribuciones inorgánicas, se alimentaba con el olor de los calostros y se vestía con su cabellera transparente.

Ella tenía una brecha en su forma de entender la realidad, se sentía en una situación paradójica, sabía nadar en los mundos invisibles, penetrar en las escenas del más allá, acercándose a imágenes espirituales y psicodélicas. Vivía en su mundo con una imagen divergente, su ser estaba más allá de lo tangible, la belleza la albergaba en la transparencia como si fuera una niña brillante y de cristal, con una forma peculiar de circular en las ideas, con las certezas volatilizadas. Va afinando poco a poco sus formas extravagantes y simplificando sus visiones de una policromía transparente, se siente en conflicto con su identidad, tiene su ser fracturado, su esencia no es más que una parte de una máscara cambiante. Tan pronto es una figura híbrida como una persona desgajada e inestable y se desestabiliza con facilidad, a veces pasa desapercibida como un rumor silencioso, como un sueño reaparece en una dialéctica entre el ser y el no ser, entre lo invisible y lo visible, intentando rehacerse continuamente con materiales improvisados.

Se encuentra en una dualidad permanente, en un corpus desestructurado, aunque ella se sentía única, original, sus piezas parecían no encajar, no hay quien la pudiera clasificar, sabía que cada parte de sí tenía su propio fin. Ella era la máxima exponente de las nuevas formas, se transformaba; a veces se pierde entre los contrastes, siente como una ruptura interior, con una parte de sí ausente, ella sabía que era alguien nueva, un fenómeno irracional, era informal, estaba enlazada al mundo por las carencias que tiene y

vaga como un eco por él.

Aquel hurto tan descarado era un icono de la omnipotencia y la apropiación indebida de los frutos de los descamisados, el despojo por la violencia de los fuertes, de los investidos por la autoridad de la fuerza bruta.

Era una encarnación de la conciencia que resiste el atropello del engaño y se niega a aceptar la lógica del síndrome de Estocolmo, rebelándose contra los secuestradores de la vida, contra los ladrones de los hijos de las personas dormidas; queda como un espíritu que denuncia la tragedia, impactada por el drama como una sombra vagando por la penumbra del abuso, es la palabra huérfana a la que le han sustraído el concepto, el verbo mudo al que le han quitado la lengua. Era el reflejo vivo de lo que quedaba después del expolio, la llama que no se apaga y que difunde el alcance del drama de su infancia impactada, su dar a luz ha sido como una bomba incendiaria que dinamitara todos los cimientos que hasta ahora la albergaban, como una bombilla eléctrica que alumbrara consecuencias terribles, una guerra en sus entrañas de tierras quemadas, un conflicto en su mirada, una escisión entre lo despojado y lo que nunca podrían arrebatarle, su grito desesperado ni su sensibilidad herida por el sufrimiento. Era el testimonio conmocionado de aquel acto luctuoso y brutal, de aquel ataque a lo más elemental, que al mismo tiempo querrán callar: imágenes de mujeres y niños destrozados por la destrucción asestada, la frialdad de la ejecución del mal en las raíces arrancadas por la mentira desbocada, el sufrimiento en un exceso provocado por estos seres fascinados por el dolor causado con la consecuencias terribles de sus actos, arrancando las flores tiernas, desarraigando criaturas pequeñas y dejando tiestos perturbados.

Se encontraba en una encrucijada ante la violencia sostenida que practicaba con total impunidad esta banda organizada que se llevaba los niños sin consentimiento. Encarnación huía hacia un mundo misterioso, alejándose de las tensiones derivadas de los fantasmas que se le entrecruzaban, transformándose en una niña que aparentemente era todo inconsciente emergiendo, que se disuelve en

otro estado de la materia, aliándose con los efectos de la luz, fundiendo una gran cantidad de significados, avanzando en la representación de la mujer y todos sus espacios, llenando este universo femenino de huecos y formas voluptuosas, de cauces contrapuestos y márgenes diluidos.

Necesitaba respirar, salir de las garras del desastre, huir de aquella experiencia traumática que la clínica tétrica y sórdida encerraba, en esta llegada a un mundo terrible, que despertaba inquietudes sombrías, aquellas monjas oscuras, decrépitas, que la arrastran a vivir una experiencia negra, ante la que sentía una densa mística intemporal con el telón de fondo de la tristeza acompañándola, viviendo el tránsito de los cuerpos a las almas, su deseo se expande como una eclosión de amor abandonando la crisálida.

Ella fluye sin cortapisas, percibe la indefinición de sus límites, emerge como las sombras de forma ininterrumpida, creando campos de color, asociaciones magnéticas ausentes de control, construye un espacio libre en el lugar de su corazón, creando mundos imposibles con su imaginación, enmascarando de esta manera su falta de ilusión. Ella era espontánea en sus flujos, empapándose de ellos todo su mundo interior, que se confunde con su aspecto de círculo psíquico, reflejando la más profunda manifestación de la vida disparada por la muerte en forma de evasión de un abrazo ausente, golpeado por los sicarios ciegos de aquel ambiente, descalzas escenas expulsadas de su mente, descubriendo el amniótico dolor de haber sido rechazada por las contracciones del vientre, aquel desgarro telúrico que la convierte en un cadáver onírico, en una neonata exquisita; nadie repara en ella, ni las monjas saben interpretar aquel fenómeno irracional, que ella por propia necesidad de subsistencia se auto inventa, como una aparición distinta de una nueva fuerza cósmica; con su angustia intacta ante las formas extrañas de aquellas monjas siniestras, sentía temor ante aquella lógica de la dominación, ante aquellas secuencias de jerarquías que de forma obsesiva parecía que se perpetuaban, en la tendencia a eliminar cualquier revelación que disintiera sobre la posibilidad de que se pudiera dar algún viaje

hacia la felicidad, necesitaba que le insuflaran aire nuevo, poder llegar a un punto de encuentro con la vertiente que llena los momentos itinerantes y abre los horizontes.

II

Encarnación García Corrientes está convencida de que antes de que ella naciera, su madre sufrió el robo de un bebé, el hurto del cuerpo de su hermano mayor. Les dijeron a sus padres que estaba muerto, pero le fue sustraído a su madre. Dio a luz un niño sano, fue un parto normal, con dolor y con llanto de recién nacido, se lo llevaron y no lo volvieron a ver más.

Tenía indicios de lo que ocurría a su alrededor, detectaba algunas pistas y las seguía como un sabueso, no le faltaban datos para poder darle forma a sus sospechas, ella sintió que su madre sufrió tanto por la pérdida de su hermano mayor, que cuando le dijeron a su madre que estaba muerta, se quedó petrificada por un momento; la realidad es que le fue arrebatado a su madre su cuerpo, dio a luz una niña y en la partida de defunción decía que murió después del parto, seis horas después de nacer; hasta ese momento, todo había sido normal, y el parto también. En el momento que la llevaron para asearla le arrancaron su bebé de su propio cuerpo, ya no la vieron más, pero ella que parecía que era consciente de todo lo que había ocurrido, se quedó junto a su madre, aunque su cuerpo se lo llevaron al igual que el de su hermano, y ella sabe que anda por ahí ¿quién sabe dónde?; cuando lograron arrancárselo, ella sabía muy bien que era más fuerte que todo esto, su madre estaba en estado de choque, quedó medio noqueada en el paritorio, aislada, no supo lo que estaba ocurriendo con su descendencia, pero otra vez querían arrebatársela.

La dejaron sola, en estado inconsciente, totalmente traspuesta y

sobrepasada por la situación, la llevaron de allí a la sala del despertar; cuando despertó, recuperando su estado de vigilia no podía salir de su asombro, no era consciente delo que había pasado, del expolio que había sufrido, la sustracción a la que había sido sometida por estos desalmados de la clínica maternal, sentía un intenso dolor, le habían destrozado la vida; una madre que dio a luz y solo sentía oscuridad, viviendo un asunto espeluznante, era una víctima de una maquinación para alterar su percepción de la realidad, habían desencadenado un infierno en su interior, le hablaban de un entierro que en realidad era de ficción, habían convertido su vida en una historia totalmente desgarrada, en una parturienta a la que le habían dejado la barriga llena de ausencias, en una clínica institucionalizada en irregularidades, convertida en un mercado de compraventa de niños robados y generadora de mujeres desesperadas.

El día en que Encarnación García con su astucia avezada, como investigadora introspectiva aficionada, con la curiosidad de la infancia, con el deseo explorador de todo el mundo circundante, observó aquella sustracción, no podía creerlo, la realidad sí que era inimaginable, lo inverosímil está delante de sus narices; descubre a la monja que robaba los niños y la ve desde su percepción infantil y desde el atuendo negro de los hábitos y con su comportamiento extraño de ladrona de retoños, con la apariencia de un monstruo oscuro, solo le faltaba el pasamontañas para ocultar su verdadero rostro y completar el uniforme de ladrona profesional. Encarnación podía ver perfectamente la máscara que cubría sus actos, esta pecadora inconfesa y delincuente habitual que actuaba por sorpresa ¿quién iba a pensar que los bebés indefensos que acababan de nacer fueran su codiciada presa?

Sabía que la monja aquella sustrajo a su hermano mayor, que estaba por ahí, sin saberlo él y sin que su madre supiera dónde andaba metido este chiquillo; Sor Lucía le robó el niño recién nacido a su madre y sufría por que hiciera lo mismo otra vez con ella misma. Estas religiosas arrebataban los niños desde su posición de prevalencia, sintiéndose omnipotentes ante madres indefensas, Sor Lucía era una trabajadora antisocial a destajo, que amenazaba con

males mayores a las parturientas y les decía que sus hijos e hijas estaban muertos y fingía enseñándoles un niño muerto diferente, congelado. Mediante engañifas y apoyadas en la institución, unas clínicas donde se montaba un complot, una gran ficción, para estafar a unas pobres madres biológicas, a las que separaban de los recién nacidos que luego eran entregados en adopción irregular a familias pudientes, mediando una gran cantidad de dinero; el dinero, como motor de esta gran conspiración.

Sor Lucía era la responsable de las adopciones, jugaba a ser dios con los seres humanos, a determinar el destino de estos niños; para ello había tejido una red complicada, desde el camillero hasta el médico andaban en el ajo, las enfermeras y todo el personal del centro creaban aquella gran mentira, como la de los reyes magos, todo el mundo la admitía aunque aquel niño no era el destinatario, era el regalo para los afortunados, para los estafados, para los saqueados; les robaban hasta las raíces de sus entrañas.

Otras veces, decía que se había estropeado la incubadora como causa de la muerte ficticia del neonato, que estaban muertos cerebralmente aunque movieran el cuerpo, que había ocurrido un error médico, pero cuando acudían al nido no estaban los niños, se los habían llevado ya, sin explicación, solo con la amenaza de que si denunciaban sería peor; esta monja era la reina, la pieza clave y más valiosa del entramado, pero había otros que jugaban distintos papeles en esa mafia, estaba la superiora, los servicios de menores que retiraban de forma irregular los niños a los ascendientes biológicos, sin consentimiento de estos, con maquinaciones para hacer alterar la realidad de las cosas, y las familias eran despojadas de sus criaturas, perdiendo las madres el rastro de sus hijos, que no supieron nunca dónde fueron a parar ni a qué familias poderosas fueron entregados. Utilizaban también a un varón extranjero, con acento raro, que parecía un proxeneta, estaba acostumbrado al tráfico de seres humanos y a la trata de blancas, generando victimas a varias manos.

Sor Lucía a veces insistía en que con otra familia estarían mejor, el interés estaba relacionado con quienes eran capaces de realizar los

servicios mejor pagados. Durante la gestación eran cuidadas, atendidas con cuidados intensivos; después de dar a luz, nada, las madres se convertían en un incordio, puros despojos, y las sedaban a base de ansiolíticos; la depresión postparto se hacía insalvable, con la sensación de vacío de haberles arrebatado el hijo de las entrañas y de los brazos.

Sor Lucia era una mente obtusa, calculadora, incapaz de sentir empatía, el dolor de las madres desconsoladas no le afectaba en lo más mínimo, convertía en víctimas: a las chicas desahuciadas, a las madres solteras, a las que eran echadas de casa por quedarse embarazadas, a las que tenían pocos recursos económicos. Colocaba anuncios en las revistas, eran el señuelo en el que picaban las incautas, con crueldad y desprecio hacia estas mujeres en apuros, ella les daba una puñalada trapera, una cesárea arrancando de cuajo la mercancía de las entrañas que pagaban matrimonios frustrados que no podían engendrar. Esta les vendía hijos sustraídos a las desposeídas, eran meras existencias del mercado negro, eran niños que venían del lado oscuro, de la ilegalidad disfrazada de soberbia, de saltarse todas las reglas de la ética y del código penal, pero, por no se sabe qué razón, estas monjas se sentían impunes, por encima del bien y del mal, estaban preñadas de maldad, iban arrebatándoles angelitos a sus madres y dejándoles con la única opción de un parto del que solo nace dolor.

Era una manipuladora sin vergüenza, hablaba de la divina providencia y era su propia mano la que ejecutaba la desaparición de los cuerpos, el secuestro de las alegrías, y ocultamiento a los padres; era una práctica aberrante, partos clandestinos y la negación de su existencia a las madres, adoptando ilegalmente, con documentos falsos de los niños, suprimiendo sus identidades, determinando los designios de esos niños, a los que les han robado su propia esencia, que vagan por la vida sin saber quiénes son, Encarnación sabe que su hermano mayor desconoce el hecho de que ella existe, nadie sabe dónde estará.

Fueron inscritos por los usurpadores, por los padres adoptivos, seres ilegítimos que se habían arrogado una paternidad traficada,

apropiándose de forma siniestra de los latidos de aquellos seres desprotegidos, cautivos, sin amparo, desaparecidos vivos, mediante este aparataje macabro.

A las madres robadas, las drogaban con pentotal, se usaban las drogas para quitarles sus hijos, se dice que se pierden los historiales, que los niños fallecían de forma extraña y sin dar detalles. Los poderes públicos obstruyen el esclarecimiento de los hechos y participan en la destrucción de pruebas.

Sor Lucía tenía un poder absoluto sobre las adopciones, era capaz de chantajear a los poderes públicos, cometer falsedades documentales, era soberbia como un comandante y distante como el horizonte frustrado, responsable de estas malas prácticas; entraba en los nidos como quería, como una corneja negra sin escrúpulos, como un ave parásita de los huevos del nido de al lado, una devoradora saturnina de criaturas. No aparecen los libros de registros de sus fechorías, ni anotaciones de sus apaños, ni de las improvisaciones de aquellas desgracias, ni los de contabilidad, para seguirle el rastro de los ingresos a los niños y las comisiones que se llevaban por cada atraco consumado por sus propias manos.

Sor Lucía, tenía motivos inconfesables; esta monja se relacionaba con gente poderosa, que la hacían intocables, eso favorecía la ocultación de la ignominia a través de una trama delictiva de gran envergadura. Desde que las madres dejaron de dar a luz en las casas y empezaron a hacerlo en clínicas y en centros sanitarios, empezaron a ocurrir estos desmanes; en estas instituciones era donde ocurrían estas atrocidades, donde las mujeres se sentían indefensas ante los abusos de poder en aquella conspiración inverosímil, de hechos tan graves como es el robo de la custodia y despojo de la patria potestad de los padres biológicos de estos niños robados, despojados de su identidad, llevando a cabo un falseamiento de la realidad y de toda su vida. Eran vendidos al nacer, con maquinaciones burdas, mentían a los padres, destrozaban a las madres, montaban una representación teatral con un niño muerto, tenían un bebé congelado, que enseñan a los padres para justificar ante ellos el engaño sobre el supuesto fallecimiento de un

hijo. Les enseñaban un cadáver a través de un cristal, se trataba de un truco, un juego de prestidigitador mal ejecutado, consumando el engaño como un mago novato. Se sentían impunes ante estas familias humildes e indefensas; con los escasos medios a su alcance, difícilmente podrían encontrar el paradero de sus descendientes, aunque los allegados tuvieran fundadas sospechas, eran obligados a callar bajo la amenaza de males mayores; las monjas eran intermediarias y eran las encargadas de borrar todas las huellas, de no dejar rastro del rumbo que han seguido sus hijos, para que fuese imposible dar con su paradero, condenándolos a ser seres anónimos, desarraigados, implorando saber en todo momento la verdad de su origen, condenados a vagar buscando sin rastro dónde están sus ancestros.

Con Margarita utilizaron métodos extremos, sin reconocimientos previos, la llevaron a un paritorio oculto, una autentica cámara de los horrores, enfermeras con uniformes verdes la montaron en un montacargas, la llevaron a una planta abandonada; aquellas habitaciones eran utilizadas como trasteros, la metieron por una puerta pequeña, la durmieron, le inyectaron pentotal y estuvo varios días como borracha, no volvió a saber nada, no tenía a su hija, estaba atada al potro de pies y manos, estaba aturdida, gritaba, no la atendía nadie, amarrada, se la habían llevado, no llegó a verla, aquello fue todo traumático, perpetraron aquel abuso abominable, después le dieron las noticias más terribles, que le atormentaban el sueño, no dejó de tener pesadillas con tumbas de bebés supuestamente fallecidos que se han encontrado vacías; se despertaba malísima. Por las noches se levantaba sonámbula por aquellas salas fantasmales, como una parturienta yerma, saqueada por una inyección de intereses ocultos que dejaban un reguero de vidas destrozadas, vidas sin sentido, desposeídas de los frutos de sus caricias, condenadas a ser víctimas.

La madre de Encarnación sentía la sensación de vacío que le dejara el nido desierto, y tras el secuestro de la niña, después de una gestación en la que estaba ilusionada con la hija que iba a tener, tras dar a luz, se sentía muy triste. La sustracción de la menor la dejó en

estado de choque, parecía no tener interés por la vida, la mantenían atiborrada de ansiolíticos, iba sobrecargada de medicación que la mantenía atolondrada, impactada por la incautación de su futuro, despojada de su criatura, secuestrada por el concepto atávico de la fatalidad, poseída por la pena, afectada por la atrocidad de esta red de tráfico de menores, con una puesta en escena increíble de una adopción irregular, en este tristemente sigiloso tráfico de niños, a los que se les da una identidad falsa, sustentada en tropelías morbosas que tienen asfixiada a Margarita.

Ese día Encarnación no sabe cómo convencer a su primo Diego Corrientes, al que no dejaron entrar en la clínica, porque en estos lugares no dejaban entrar a los niños. Este, travieso como siempre, se coló pasando desapercibido, él iba como teledirigido por la fuerza del destino, sabía que tenía que hacer algo, aunque no sabía muy bien qué, porque él tenía que cumplir una misión, para frenar a la monja como fuese. Cuando Encamación ve que esta se lleva su propio cuerpo, Diego como hipnotizado le pone una zancadilla a la monja, con el tacón sacando la pierna para atrás, de forma muy disimulada; la monja era un amasijo de hábitos rodando en la caída más estrepitosa que había vivido en su vida y el cuerpo de Encarnación cayó rodando por el suelo como una pelota; no paraba de llorar. Después, Diego recibía guantazos de la monja de todos los colores; era su primo, mayor que ella cinco años por lo menos, pero estaba como hipnotizado y parecía no dolerle nada, la monja estaba poseída por la ira. A ella la recogió del suelo una auxiliar de clínica, estos mocosos nada más que le daban problemas, a ella le esperaba una familia con dinero a quien entregarle la niña. Y todo eran obstáculos.

A Diego lo buscó su familia, por todas partes, y lo encontraron todo enmohecido, con hematomas por todo el rostro y sin quejarse. Ahora que se enfriaba parecía que la cara le dolía y tenía un gran cardenal que oscurecía su punto de debilidad, y un poco de hinchazón donde recibió el golpe del tropezón en la parte externa de su talón, pero a Encarnación no pudieron encontrarla, la monja la había secuestrado para darle un futuro mejor, lejos de los

desgraciados de sus padres, la posición social era lo importante, el afecto, los sentimientos ¿qué importancia tienen? Ella iba a darle una vida importante, lejos de la miseria de sus padres, les robaba la identidad pero ese era el precio a pagar por una vida de orden en una familia de bien, y que pagaba también. Ella justificaba ante sí y ante dios, lo injustificable, y creía hacer lo mejor.

Ella era como una mano invisible que quería cambiar los hábitos de vida de los incivilizados y mal educados desgraciados, sin su consentimiento, por supuesto, sin que sepan lo que está sucediendo, quería arrancarles el alma, extirpar el sentido de la identidad, sustituirla por una pseudo alma artificial. Sin conciencia de sus pecados capitales, de que era la auténtica encarnación del mal; ella era el rostro de la crueldad, la responsable de aquel mafioso ritual, del deterioro de su catadura moral sacrificando inocentes con sus actos de lesa humanidad, fabricando víctimas que nadie puede encontrar, enterrando podredumbre para tapar tanta atrocidad con las artimañas de la hipocresía social; si se pensaba bien la descripción de esta mujer no dejaba de ser otra cosa que una patética malasangre, con sus creencias tragadas como meconio que transporta al infierno; no era mejor que un vil gusano disfrazada de actos condenados al escarnio, una pobre descarriada de tentaciones ocultas, inundada de soberbias sin arrepentimientos; no se alejaba mucho de una bestia sin compasión, autora inconfesa de crímenes sin atenuantes, iba por el mundo pisoteando la dignidad de madres aterradas, como una canalla abusando de madres indefensas, que humilla de por vida a las personas afectadas; era una mercenaria a sueldo de lombrices desenterradas, muy bien pagada, por su papel de portadora de féretros prematuros que pertenecen a padres inventados, a oscuros desconocidos sin vínculos con sus ascendientes, convirtiéndose en una propagadora de generaciones de lazos rotos.

Sor Lucia era la imagen fantasmal que hacía desaparecer a los niños, era de una sobreactuación impensable, lo que hacía no podía caber en cabeza humana, culminando con sus actuaciones un exceso de realidad, llegando a la conclusión de una metafísica irrecuperable,

creando este ritual de mujeres poseídas por las lágrimas, trasmutadas en manos desiertas.

Encarnación se asoma a la ventana, dejando detrás la austeridad de la habitación, con los objetos intentando camuflar los huecos de su interior, a través de una penumbra de sombras y una mirada hacia afuera irradiando una luz que despierta la sensibilidad de los colores, la calidez de los tonos que se mueven en distintas dimensiones de su microcosmos, donde ella conquista el espacio con su presencia, tomando forma su sensibilidad, captando minuciosamente toda la quimera que la sorprende, intentando integrarse con todo lo que le rodea, sobrepasando los límites de lo pensable; en la perspectiva del retorno a la confluencia de su integración orgánica, estaba que se comía los vientos buscando el punto de vista que le permitiera digerir los fragmentos de su propio cuerpo, simultanear la multiplicidad de mundos dentro, superar la descomposición de la belleza y experimentar su fascinación por los peligros del momento, dándole continuidad a la película de fotogramas muertos, con el flujo de corriente con el caudal del agua del cine en movimiento, como un celuloide transparente surge la animación y la victoria sobre los ojos yertos. Se sentía como una casa prefabricada con necesidad de ser ensamblada, necesitaba que se recombinasen los múltiples planos, reincorporando la representación de elementos cotidianos, creando una nueva realidad, con la reconexión de contrastes simultáneos, y así poder avanzar y superar el modelo del maniquí inmaterial.

III

Al final la madre de Encarnación García Corrientes se estaba volviendo loca con razón; Margarita Corrientes se había vuelto loca después de los partos, tras los robos de sus hijos empezaría a poseerla la depresión, aquel hueco que dejaba el vacío se inundó de pena, en su rostro solo emergía la expresión de la melancolía, la tristeza invadía la casa como una niebla helada, era tan espesa que al vaho le costaba trabajo atravesar las estancias, la atmósfera estaba cargada de opacidad, era densa como una penumbra pesada que podía palparse, se les pegaba al cuerpo como un sudor frío, como un olor fuerte, como una nectarina añeja que poseía los rostros, forzándolos en un gesto de amargura como intentando hacer un cortafuegos al dolor, como si estuviera en deuda con sus propias ausencias, con el ánimo arruinado por esta aberración sin sentido que le había vuelto el mundo al revés.

Desde ese momento tuvo una depresión galopante, se derrumbó toda la idea que tenía de sí, todo el ideal de sí misma se le cayó encima y la aplastó, perdió la capacidad de soñar, y así no podía avanzar, no podía superar todas las pruebas que le estaba poniendo la vida, por mucho que se esfuerce no consigue salir de esta situación, recuerda todo lo que le ha sucedido pero no podía asimilarlo, lo que le queda en sus brazos son los despojos de nada, todo lo que habían creado sus entrañas se lo habían robado, en la mente le han dejado un hueco irreparable, entes con un poder sobre la vida y la muerte le han arrebatado su sonrisa brillante y ella ya no sabe ser otra cosa que no sea ser una zombi andante, se acabó la

ilusión por la vida que engendró, a pesar de ser una pobre diabla que se siente desposeída de su maternidad, de su facultad de crear, de su fuerza principal, la de dar a luz hijos sanos que le dieran alegría, y posar con ellos en las fotografías. Recordaba todos los engaños que la monja malévola, agente del desorden y la vanidad, desafiando a sus dioses, le había metido en la cabeza. Rumiaba su dolor dándole vueltas y vueltas de manera obsesiva a la vaga percepción de lo que ha ocurrido a su alrededor como una burla macabra que la ha elegido como víctima propiciatoria, y no encontraba ningún rastro salvable de esperanza.

Ella aún recuerda, el día en que se volvió loca, aquel día sombrío le dio la paranoia de pensar que tenía intervenido el teléfono y que escuchaban todas sus conversaciones, ¡qué tontería!, ¿verdad?, si ella no sabía realmente si esas cosas existen, ni que ella fuera tan importante como para que nadie se preocupara de eso. Tal vez, así la consideraban más importante que ella misma, y cortó los cables de la línea telefónica. Aun así en su alucinación no dejaba de escuchar voces extrañas. Después, el televisor la estaba agobiando, le estaba lavando el cerebro y pensaba que la estaba manipulando vilmente, con un comecocos que era hecho a posta; no era normal el semblante que le dejaba cuando se miraba al espejo, se veía con un rostro boquiabierto que no reflejaba lo que ella sentía por dentro, parecía que estaba todo planificado y bien programado y se le quedaba cara de tonta, cortó el cable de la antena para que dejara de atosigarle con tantos problemas como le echaba encima.

La verdad parece increíble, pero le ocurrió a ella, un poco rara sí que es. Le dio bien la neura, pero eso no surge así de forma espontánea. Llevaba más de una semana sin dormir, eso hizo que perdiera los nervios, confundía la vigilia con el sueño, la realidad con la fantasía, la conciencia la tenía agotada, la mirada desorbitada, necesitaba darle descanso, no podía estar tanto tiempo alerta, no podía estar por más tiempo tan despabilada, le hacía falta un poquito de inconsciencia, le era imprescindible desconectar el motor de los pensamientos descontrolados y oscuros, necesitaba parar, bajarse de aquel carrusel permanente de los despiertos, se estaba

volviendo totalmente turumba.

Tenía diluido su ser, eclipsada su conciencia, como si su interior se hiciera el muerto, con su corazón destrozado; su alma está al borde de un electroencefalograma plano, rozando la muerte, la falta de interés por todo lo que la rodeaba, la indiferencia por todo lo que ocurría, la morosidad temporal la estiraba hasta no poder más, todo lo dilataba, todo lo dejaba para más adelante, no era una defensa, sino la incapacidad de la lucha por la vida, ella se halla abrumada, semimuerta, entregada sin dar batalla, no tiene diques suficientes contra la inundación de violencia intrapsíquica, estaba invadida por las fuerzas de la inconsciencia. Ya no sabía cómo acabar con el insomnio, la llevaron al médico, al psiquiatra, para intentar recuperarla de sus confines.

Este le dijo que estaba enferma de pura sensatez, tenía una locura extraviada, trastocada por ser demasiado responsable, excesivamente cuerda, le recetó unas pastillas que no le hacían nada, ya no era la misma, ya no podía concentrarse en nada, no podía hacer nada, era terrible, ya no se reconocía, estaba desmoronándose de una forma inusitada presa de la nada, excluida del arrullo de sus criaturas, sentía una ausencia eterna, resquebrajada, falta de sustancia, desnaturalizada.

Margarita no lograba coger el sueño, tomaba somníferos para tumbar un caballo y no lograba dormirse, con cara tersa, ojos hinchados y su figura rígida, se le ha olvidado cómo dormirse, ha perdido el sueño, se ha vuelto insomne.

Ha estado todas las noches intentando dormirse pero no lo consigue, al final ha estado todas las noches despierta; no cogía el sueño, no conseguía que la acogiera, desde el robo de la niña no tiene sueños, le es imposible dormir, padecía una herida incurable, imposible de cauterizar; se desvela por las noches, no conseguía llegar a la cara oculta de un duermevelas fugaz y echaba de menos, desesperadamente, el placer de una cabezada.

Le habían salido unos instintos ingobernables, tenía instintos homicidas insólitos, hasta cuando descansaba mataba el tiempo, y en los últimos sueños antes del insomnio, aparecía obsesionada con una

brutalidad sin escrúpulos. Su violencia sin riendas la sobrepasaba, avivando su pasión por los cuerpos dormidos y el aburrimiento por imágenes de cadáveres, aumentando su estima de la muerte, obsesionada con el exterminio que le revolvía el estómago de verdugo del tedio, reprimido el gusto por matar que le asaltaba en cualquier lugar, no la dejaba descansar; parece ser que por eso le costaba dormirse y se acrecentaron los insomnios a partir de los visitantes de dormitorios que son como unas visiones nocturnas, unos trastornos de sus ensoñaciones, no estando totalmente dormida en ningún momento; estaba con los ojos abiertos, sin descanso, ve aunque parezca que está obnubilada, ve los sueños en la vigila pero no puede hacer nada, porque está en un estado semi hipnótico, un poco atolondrada, imagina que se le suben a la cama, que la asfixian, la mente se inventa fantasías que la estaban ahogando y se despabila de algo parecido a una pesadilla terrorífica dejándola totalmente devastada. Ella no sabe cómo invertir esa realidad, cómo darle la vuelta a esta aflicción desmesurada, cómo llegar al polo opuesto de este infortunio que constantemente la desvelaba.

Se le venían a la cabeza escenas de un crimen permanentemente negado, tanto lo negaba que se vuelven persecutorias, despiertan una culpa que la atacaba y la sorprendía en cualquier celada.

Ella se incorporó un día, dejó de tomar las pastillas para nada, estaba muy nerviosa, no conseguía soñar, no podía dormir, fue a otro médico, no era ella misma, había dejado de poder memorizar, toda su seguridad se apoyaba en su gran capacidad para trabajar, nunca se cansaba, lo abordaba todo. Y de pronto, esa capacidad desaparecía, le costaba hacer cualquier cosa y se le hundía toda su seguridad, todos los pilares en que se apoyaba desaparecieron, la imagen que tenía de ella se esfumó y empezó a sentirse una persona débil, se hundió en un terreno pantanoso y el inconsciente se apoderó de su huida hacia la nada, inundándola como una gran riada; había vivido un cataclismo interior, empezó a verse rara, en una fuga sin remedio, intentando evadirse de una cárcel invisible.

Ella tenía miedo, se había quedado con las entrañas vacías, como si le hubieran arrancado la luz y le hubieran dejado el hueco

tenebroso de la oscuridad abultada, como si le hubieran arrancado un hijo de carbón infructuoso o le hubieran arrebatado del útero la estrella de la alegría o le hubieran dado un tirón a las sonrisas de la vida y hubieran dejado partículas de silencio, se sentía yerma como una mina abandonada a la que le habían robado el mineral, robándole el fruto de su naturaleza, los presagios de su vientre le fueron sustraídos, con esa necesidad del subsuelo de parir. No puede sobrevivir al expolio de las luces encendidas, rumia en silencio, en su regazo le queda hierro fundido de la ausencias volátiles de sus vástagos, en los brazos amamanta el derrumbe de las lágrimas, que rompió aguas negras y parió piedras quebradizas de carbón, que teñía de negro los hábitos de quien se los hurtó, entintándole de luto la despensa de la alegría, dejándola en una balsa desierta y la descendencia en escombreras indignas de una clase mejor. Estaba reventada por dentro y por fuera había explotado como una cantera, no podía más, no podía aceptar su destino ficticio como un desengaño de la inconsciencia del mundo, estaba atrapada en una honda y amarga tristeza.

Ella, como no sueña, parece tener una capucha siempre pegada a la cabeza, como un telón en el teatro de su conciencia cerrado; era una capucha interior, que impedía que llegaran a sus sentidos muchas ideas que combaten aquella parábola extravagante y deshumanizada, estímulos frente a excusas reprobables, sonidos de voces que alertan del devenir inmanente de su consistencia mutilada, sensaciones de una alternativa ética a esta indigencia, como si fuera la depresiva enmascarada, una heroína de puertas adentro que sobrevivía a duras penas con lo puesto.

Ella sentía un temor a que los disturbios de la mente le desbarranquen su vida, no se podía derrumbar, tenía que oponerse a aquellos pensamientos negativos, tenía una lucha interior y no se podía dejar vencer por ese más allá de la razón que la hundía en una miseria mayor, tenía que resistir la envergadura de su desintegración humana, pena demasiado, padece sin saber por qué, en una actitud inexplicable de auto sabotaje manifiesto, tiene sentimientos exagerados o no se corresponden con la vacuidad absurda en la que

la han dejado.

Estaba loca de tanta cordura, enferma de tanta sensatez, se sentía hundida, se sentía fracasada, ella misma se machacaba, nunca hubiera pensado que iba a estar así, no tenía fuerzas para nada, lo veía todo negro, estaba en conflicto consigo misma, estaba obsesionada; le preocupa que la gente lo ve todo diferente y ella se veía como una oveja descarriada o una pródiga estridente, con sus flaquezas reinando en su mente, en un tránsito turbio e inquietante de una persona que desvariaba constantemente. Sentía una impotencia que impregnaba toda la imagen que Margarita tenía de sí, sentía una debilidad que le maniataba como una enfermedad, y la negación de la agresividad le paralizaba toda su capacidad de acción. Se sentía estancada, no avanzaba en un bloqueo de piedra desfigurada por el cincel de la desgana.

Ella que siempre intentó evitar conflictos, silenciaba sus propias reivindicaciones y sobre sus cosas intentaba aceptar lo que fuera sin protestar; idealiza a los otros para desvalorarse, busca apoyo y aprobación donde no lo solía encontrar, dando una imagen desvalida y preocupante, estaba acostumbrada a encontrar el sufrimiento de forma abnegada y huye del placer como si fuese una cosa mala, se priva de sus deseos negándolos como si no los anhelara. Ansia ser querida y eso depende de su sentencia prejuzgada, hiciera lo que hiciera siempre acababa censurada, desprenderse del sufrimiento es una amenaza de ser rechazada, ella sufría una necesidad de adaptación patológica al otro, su empeño era mantener alejados de la conciencia los sentimientos más temidos que el dolor, se sentía perseguida por su agresividad reprimida, amenazada con el castigo aliviado, el temor siempre la está acechando como monstruos de crueldad e indiferencia, su imagen de hiperresponsable era la principal fuente de autoestima, pero ya no podía más, aquello que le estaba ocurriendo la desbordaba.

Se han liberado sus demonios y sus culpas, como un volcán de fantasmas, tal vez quería que alguien la parara, ella ya no podía controlar nada, vaga por este laberinto endemoniado, buscando sentirse liberada, ante el pesar que sentía, la bondad la está matando

como un monstruo sin control.

Ante aquel ultraje descubría que ser buena puede ser terrible, a veces le hace daño, los demás abusan inmisericordemente de su buen corazón, dejándola despojada de su mejores dones, prematuramente les han hecho volar a los pájaros del nido, con la cuna llena de olvido, desposeída de los recién nacidos de su vida, privada de la alegría de su camada, con su madriguera vacía en un exceso de ironía, en un misterio abominable donde ella era la que siempre perdía.

El tribunal imaginario que lleva en su interior era más duro que cualquier sentencia, que cualquier castigo, no hay cárcel ni expulsión que le redima de su juicio implacable, de verse ante el espejo y no poder aceptarse con esa culpa que le pesaba como un yunque de dolor.

Había pasado de ser una madre coraje a sentirse impotente como un trapo, se siente manchada y no es por sus propios actos, no sabe qué prohibiciones ha violado, siempre ha sido un poco rebelde, haberse sublevado contra la historia, contra la autoridad de la todopoderosa y tramposa Sor Lucía que se ha endiosado como una picara tirana, jugando a ser una diosa canalla, frente a una indefensa y débil madre que lucha contra la maquinaria del poder tentacular y castrante de la falsedad humana, estrellándose contra este muro que la ha dejado desahuciada, sin rumbo ante el vacío acumulado, que la ha despojado de su dignidad y de su estirpe, con un malabarismo insuperable, devorando su buen ánimo, maniatando su desparpajo, la ha anulado, la ha reducido a un ser pequeño, acabando con la subversión de los papeles, alienándola y condenándola al destierro de sus propios retoños, haciéndola creer como una madre cruel que devora a sus propios hijos, haciéndola desaparecer totalmente de sus vidas. La encerraron dejándola totalmente desvalida, la aislaron separándola de las seguridades de su vida, fue condenada a la expulsión de la maternidad, ingenua en una prisión interior por un delito que ejecutaron a su alrededor.

Descubre una mácula pegajosa que no la deja sentirse una buena persona, lo cuestiona todo sobre sí, se sentía como si hubiera

cometido grandes crímenes, ella intuye aquello como una mancha inconsciente que es la causa fundamental de su locura por la omisión de la negación, aparece otro mundo desconocido. Se repite en su vida de forma insistente, siempre la abandonan, su agresividad y su amor van juntos, cuando quiere a alguien siente que le está haciendo daño y cuando intenta frenar su agresividad, frena su afecto también, como si no supiese amar a nadie, presiente que no hay expiación para ella bajo el sol.

Es como si intentaran convencerla, que en alguna parte de sí, deseara matar a sus seres queridos y su forma de vivir el afecto se lo frustrase constantemente para evitarlo. Y no se permitiera realizar sus deseos porque estos serían terribles: en la películas le gusta que ganen los malos, no le gusta que descubran al asesino, sufre cuando lo están descubriendo porque siente que la descubren a ella.

Se siente tan mal, que es capaz de matar a quien sea, por recuperar algo de paz, tiene la tentación de explotar, de aprovecharse de quien sea que le calme su ansiedad, de robarle a quien sea un poquito de sal, de humillar a quien le ha causado sufrimiento, violando hasta el mismísimo código penal, pero se queda en un ser menguado, aplastando todos los anhelos y realmente maniatada, incapaz de matar una mosca, tiene delirios de grandeza y su fantasía vuela, más allá de la ética, frustrada por los ideales, se ha convertido en una depredadora domesticada.

Ella es la víctima, han logrado hacerle sentir tan mal, que hace que se sienta culpable de lo que le ha caído encima, era volver a sentir otra catástrofe, hacer que se sienta responsable de las privaciones, de la miseria que la ahoga, de la opresión en la que Margarita piensa, no quiere hacerlo pero está secuestrada por una rabia que le dice: «tienes que cargártela». No puede perdonar a esa monja siniestra, la relación entre olvido y ese odio hacia quien le ha hecho tanto daño, no podía de ninguna manera perdonarle su crimen; olvido de parásitos flamantes y crimen de sanguijuelas recompuestas son dos caras de la misma moneda, pero ella no era capaz de olvidar su rostro de maldad. Al final rumiaba la falta que es sustituida por el silencio que la consumía.

En ella todos los recuerdos son encubridores del olvido como un ocaso sin redimir, de un delito contrahecho que queda impune como un prodigioso incordio, alejada de la realidad, pero queda el residuo que se esconde y fascina en su mal hallada fealdad humana, y un rencor que la corroe.

No renuncia a la satisfacción, transformada en conciencia de la arrogancia que sostiene la megalomanía que oculta la desdicha. Su alianza con el sufrimiento trae alivio a los terribles impulsos en busca de castigo, está enferma por su necesidad de padecer, eso le impide renunciar al padecimiento aunque le lleve a su perdición, buscando el camino de la autodestrucción.

Ella se resiste a hacer consciente lo prohibido, le produce una sensación perturbadora, una búsqueda inagotable, siente la vergüenza por la humillación recibida, como una afrenta cometida en la trasgresión de un ataque de aquellas que se esconden como ratas.

Quiere sacar a flote su mal, vomitar la impiedad; esta no le sirve para poder vivir su propia bondad aunque en los tiempos que corren se haya vuelto quebradiza por el reverso de las cosas. Necesita liberarse como sea de su pesar, con el autocastigo, obligándose a fracasar…, nada bien con el malestar como si tuviese una deuda indefinida por saldar algo que no se podía perdonar, como un espectro penando por sus hijos descarriados vagando por el mundo sin poderlos amamantar.

Hay un infierno desatado que la habita, un ser atormentado que no ve, pero que siente en su interior y la acompaña, ella no quiere verlo pero él no la deja, siente que la acecha tras los matorrales de su cabello, se siente juzgada por romper una puerta del siglo de las luces, ha derribado el ideal de sí misma, sintiendo las contraluces aciagas estupefacta; no puede concebirse como una persona agresiva y destructora que atravesó la frontera de sus ojos y sus actos al derribar ese límite, no puede mirarse en el recuerdo de ese acto salvaje y aniquilador del patrimonio personal, de la falacia de sí misma que había construido y que encerraba a esa sombra salvaje que la habita, que se ha excarcelado en ese golpe con fuerza de siglos

concentrados en su puño. Como si al romper la puerta, hubiera roto la inocencia infantil, como si el golpe liberara toda la violencia que guardaba en su interior, romper esas barreras que bloquean el acceso al fondo abisal, a las profundidades del desconocimiento, al fondo oscuro del olvido, donde estas momias perversas guardan celosamente y atesoran el secreto de su poder tras la clausura y bajo las cerraduras de seguridad que no dejan que el conocimiento profundo salga; lo ocultan y lo sustraen a la luz de todos, impidiendo que aflore, lo esconden tras sus muros viejos, tras las puertas del infierno, es una deriva de una obra inacabada y colosal, poblada por flaquezas estremecedoras, donde vagan espectros condenados al suplicio de penalidades ilimitadas; son mujeres desdichadas arrastradas por la tempestad, personalidades violentas acosadas por religiosas truhanes, son personas heridas convertidas en herejes maltratadas, convertidas en contenedores de calamidades destripadas, auténticas blasfemas sin amonestar, un poco quemadas de esta actividad maldita oscureciendo como pasto de las llamas, son verdaderas ladronas convertidas en reptiles evidenciadas, se han convertido en una banda, corruptas irreductibles ahogadas en repugnancias inexpresables sin arrepentimientos.

Margarita sabe que solo la conciencia de los recuerdos inconscientes la libraría de la manía de la culpa, pero necesita aliviarla como sea, no sabe cómo proceder ante este frágil equilibrio tan precario, acosada por la anormalidad de la disfunción desgarradora del mal recibido, se retuerce por algo que no ha cometido pero que la consume sin consuelo, estos nacimientos terribles le han dejado la autoestima por los suelos, desvaneciendo la ilusión que no suple a los ausentes, no hay forma de llenar el vacío de sus ausencias, de alguna manera ella se ha dejado encerrar y está embrujada en su fragilidad de vidrio, inmersa en una delirante inestabilidad, prisionera de una sabandija atroz sin escrúpulos, por sufrir los rigores de unas malhechoras escurridizas disfrazadas de virtud, ante su falta de reposo, asolada espera que la ingresen en el manicomio; ella lo vive como una forma de escapar de la desesperación.

IV

Francisco García fue a poner una denuncia ante la policía, a pesar de las presiones que ejercieron por parte de la clínica, a pesar de los chantajes emocionales que soportó por parte de las monjas y de las intimidaciones de todo tipo dirigidas a sus miedos más profundos, de las amenazas con males mayores que los de las plagas de tunantes sin escrúpulos que lo asediaran como usurpadores de su paternidad, que sufrirían sin remedio él y toda su estirpe si ejercían ese derecho, porque quienes estaban enfrente era gente muy poderosa, con recursos financieros, situados en altos cargos del estado, y podían ejercer su autoridad con una dureza inaudita, advertencias a las que él no les prestó ninguna atención, parecidas a las bravuconerías de los gánsteres, y la policía lo trató como si estuviera loco, no le hicieron ni una pizca de caso, le dijeron: «que no sabía a lo que se enfrentaba». Pero él se quedó con una copia de la denuncia, llevaba una copia del escrito poniendo los hechos en conocimiento de la autoridad judicial, confirmando para sí que esa era la manera correcta de actuar; que tomaran medidas o no, no dependía de él, lo podían archivar, sobreseer o darle curso, pero eso ya no estaba en sus manos.

Al principio no querían admitirle la denuncia, él sabía que pisaba un terreno pantanoso, le pusieron mil excusas, pegas peregrinas y sin fundamento para que tuviera claro en qué parámetros se estaba moviendo y que de aquel caso solo podía obtener disgustos y sufrimiento caminando entre arenas movedizas, le pedían formalismos inauditos, tuvo que sortear infinidad de

dificultades para poder tramitarla, pero él insistió. No dejaron de decirle que al final aquella iniciativa podía volverse en su contra y podría perjudicarle, que le podían buscar las cosquillas por cualquier parte, por mal padre, por falta de cuidado y no sé cuántos inconvenientes más, que sería peor que denunciarse a sí mismo; pero él no desfalleció, fue a distintas comisarías, en todas ellas le dieron largas y al final acabó en el juzgado de guardia donde no le dieron muchas esperanzas de que encontraran a sus hijos, pero le tomaron declaración y le dieron una copia de la misma, con su resguardo que atestigua que él la había presentado en tiempo y forma; no era más que un papel, pero ese escrito era la constancia que acreditaba unos hechos que jamás serán olvidados, esta realidad tan dura necesitaba una documentación que la soportara.

Le habían robado una parte de sí mismo, vivía un calvario en el que nadie le prestaba atención, nadie parecía ver la gravedad del delito de lesa humanidad que había cometido gente con autoridad.

Padece una presión silenciosa que no es normal, más peligrosa que la muerte lenta que esconde una alta tensión arterial, con todo su mundo emocional destrozado por aquel atropello sin parangón. Él quería que pusieran en busca y captura a esos ladrones de niños con batas blancas y hábitos negros, adalides de la corrupción y de sucios manejos en el mercado oculto del estraperlo de tráfico de bebés robados, a los que cambiaban de manos de forma clandestina como si fueran zapatillas al por menor.

Actuaban con la alevosía de los maquinadores de fechorías, se paseaban por la vida dando lecciones de moralidad al resto de la sociedad, desde sus periódicos, intentando impactar en la frente una tergiversación de lo que le ocurre a la gente, desde sus escuelas donde se ocultan invisibilizando la máscara de estas sanguijuelas, desde sus televisiones mostraban un gran desprecio hacia los humildes, vendían humo donde se camuflaban sus fauces de depredadores, solo pretendían utilizar de ellos su fuerza de procrear, lo demás les daba igual, con su retahíla de acciones a realizar y con la estafa de que ellos y ellas nunca las iban a realizar, predicaban una cosa y hacían todo lo contrario de tapadillo. Cuando nadie los ve, su

burla cobraba otra moralidad en la oscuridad.

Francisco sufre las secuelas de estos abusadores de remate, delincuentes múltiples, su mujer estaba de los nervios, sin poder dormir, se han apoderado de lo mejor de sí, sus lamentos de mujer despojada no la dejaban vivir, se le había caído el mundo encima y todo le daba vueltas en un círculo vicioso, dejando un reguero de hijos sin paradero.

No podía calmar su ansiedad generalizada, en aquella clínica de impostores, falsificadores de la realidad, prestidigitadores que hacían desaparecer a los bebés por la puerta de atrás, a los que no les afectaban las diligencias previas, hasta ahora los usurpadores creían que tenían atados todos los cabos, les han arruinado la vida sin ningún costo personal, han suplantado su paternidad, se han sumergido en el barro de asuntos turbios, a sabiendas cometían actos injustos. La participación en los hechos luctuosos es lacerante, lo ocurrido le pesa en el ánimo como un yunque oxidado, en este caso tenebroso que solo deja un reguero de amargura, son una jauría de lobos hambrientos de cachorros ajenos, eran cómplices de una pesadilla que Francisco vivía todos los días despierto. Les cuesta indagar el rastro de estos seres en los que todo es falso, no quieren que nada de lo que hacen conste en autos, no quieren que nadie pueda encontrar algún dato que los descubra, lo borran todo para que nada los incrimine, no tienen absolución posible estas hienas insensibles, no hay imputados en unas investigaciones que no se llevaban a cabo, a nadie se le había empapelado aún, por esta lacra que azotaba a los partos de estas mujeres desgraciadas, a las que les caía encima aquella manada de zorros hambrientos que las atracaban con anestesia armada, indefensas madres desvalidas que sufren la rapiña de los frutos de sus vientres, nadie perseguía a aquellos delincuentes disfrazados de personas de bien y emponzoñados de perfidias en sus entrañas, su reclamación tenía una eficacia limitada. Con esta gente la justicia se volvía excesivamente blanda.

Francisco se esfuerza en intentar encontrar una explicación para no perder el juicio, no entendía nada, todo se le había derrumbado, su ilusión rodando por el suelo, todo lo que le estaba ocurriendo era

estrambótico, todo era inexplicable, el llanto se había apoderado de su personalidad, lloraba para adentro, en silencio, sufría aquel sucio desahucio de la alegría, había sido asaltado por el mal de ojo organizado, destrozado por estos agentes sin piedad, rompiéndose por estos inmisericordes golpes bajos, tiembla como una víctima sin consuelo, cuando se llega a esta materia oscura, de estos relimpios amantes de lo ajeno, enigmáticos asaltadores de incubadoras del vecino; de algunos ladrones conocía sus nombres y los citaba ante las autoridades, en sus reclamaciones los describía con pelos y señales, con suficientes datos como para empezar a desmantelar aquella trama de delincuentes múltiples sin antecedentes en los papeles, pero con un historial delictivo que sería la envidia de los bajos fondos de las fechorías, este proceso rocambolesco donde los hijos son saqueados de sus verdaderos nidos, desarraigados de sus úteros, y las cunas son sentenciadas a quedar vacías por las sustracciones de niños ejecutadas por malnacidos, a los que aborrece; les han hecho demasiado daño.

Él se sentía infinitamente pequeño, impotente ante aquel agravio, ante aquella violencia brutal basada en la desigualdad social, envuelto en un estado de carrete desvelado, él que perseguía la luz sin cesar, se le estaba revelando lo peor del ser humano, el fango oscuro de aquel atropello que apestaba a colonia cara y a perfume de laboratorio sofisticado, no hay nada natural, con ropa de diseño y trucaje en el resultado, todo lo que creía saber de cómo funcionaba el mundo ha saltado por los aires hecho pedazos, lo que es posible e imposible, todo ha cambiado para él de forma inesperada.

Se siente sobrecogido por la indefensión más absoluta que vive ante aquel despropósito, aplastándole la insignificancia que lo agobia, abrumado ante tanta pequeñez; se siente en una lucha titánica contra una maquinaria de poder, con una denuncia frágil, como si fuera papel mojado, pólvora húmeda, con su desbarajuste encima, rodeado de una atmosfera que pesa como las injusticias que lleva a cuestas, soportando sobre sus anchas espaldas la pesadumbre que lo acogota.

El desconcierto lo invade, un desamparo terrible lo posee, siente

el espanto de la soledad como un vértigo indomable, como un peligro indefinido que no se sabe muy bien de dónde proviene, es como un estremecimiento malvado, un escalofrío sin sentido, paralizado por este hecho traumático, su visión del mundo se ha hecho incomprensible, siente que va perdiéndose a sí mismo, sin solución, pero su obstinación por declarar es su forma de manifestar su protesta ante aquella situación, su rebeldía ante aquel estado de las cosas.

Él está privado de su paternidad, del fruto de su pasión conyugal, engendrados con el amor de una pareja que se confiesa como la fertilidad de su deseo sembrado en las carnes abiertas, citándose en la hora de la entrega, inventándose el juego de la procreación en el tálamo donde se fundieron los dos, perdiendo los contornos entre los brazos donde florecía su unión, a sabiendas de que ambos reproducían un ser que los llenaría de ilusión. Estaban alerta, poseídos por la tentación, se aportaron lo mejor que tenían, ellos se abrían a la vida como se abre la alegría, los besos no se los robaría nadie aunque sufrieran el embargo de sus sueños como una orden de la indefensión.

Tenía un mal presentimiento. Entre tanta palabrería esconden algo en el trastero de lo inconfesable, estos extorsionadores con prisas por tapar hasta los testimonios anónimos; esta trama de secuestradores organizada que niega las evidencias impactó en su ánimo inoxidable, deslumbrándosele el resplandor de su pulcritud por la vía de apremio, desvelándosele el carrete e intentando no dejar rastro de los trucos de los hijos falsos; tenían apiladas montones de fechorías, borradas por la inacción de las autoridades presuntamente sordas, inverosímilmente ciegas, con versiones torpes y una fatalidad tullida. Pero la determinación de Francisco era esclarecer este escándalo oculto, aireando esta cámara de los horrores tristemente ensañada con los desheredados, sacándole los colores a esta conspiración de los intocables del robo de niños ajenos, incautando los estados de ánimo de los padres verdaderos, condenando a la resignación a los desvalijados.

Todos son obstáculos para el desmantelamiento de los presuntos

implicados en la desaparición de los hijos; él lucha por desenterrar la parálisis de las indagaciones, tenía que cauterizar la cicatriz que lo ha convertido en un afectado atormentado, no cejará en la búsqueda de sus hijos arrebatados, mediante los esparadrapos de los engaños. No podrán disolver la magnitud del trauma de la herida de esta cesárea, no podrán hacer que se desvanezca la escalofriante afrenta secreta de las tumbas vacías de supuestos bebés muertos, con todos los tentáculos insensibles pareciendo que actúan a tientas, con la ocultación y dejación de funciones de la inoperante autoridad, atada por la desidia de la susodicha impunidad.

Francisco presentía que tenía que insistir, debía desenmascarar esta siniestra incongruencia de la tragedia que vive por la desaparición forzada de su descendencia, con el amparo tácito de los poderes facticos; a él lo injurian, lo desacreditan ante todos sus conocidos, lo acosan para que tenga la boca cerrada y le roban los carretes de imágenes de niños que hacen que valga la pena todo el esfuerzo por averiguar pruebas fehacientes que deshagan estos entuertos torticeros.

Ha recibido múltiples presiones para que desista, le quieren hacer creer que está loco, ha tenido que soportar trifulcas, empujones, detenciones ilegales, encierros en calabozos, interrogatorios infernales, tratos vejatorios, golpes bajos, voces intimidantes, malos modos, desprecios injustificados y él se ha mantenido firme con sus frágiles fotos, con su verdad por delante, escudriñando aberraciones traspapeladas, desmantelando impostores y las versiones falsas e interesadas; entre legajos desolados, escondidos debajo de las polémicas de las alfombras rojas de estos bipolares maníacos que los pisan, obviados por la justicia que jugaban con cosas que eran sagradas y no se podían ocultar con la aquiescencia de estos felpudos insensibles a los que no les importaba su sufrimiento.

El vive en un continuo sobresalto, descubriendo una actividad ilícita, cruenta a todas luces, que aparecía cada vez más evidentemente delatada, los hechos era tozudos por muchos eufemismos que esta gente utilizara, no podían revestir esta antipatía

con una cara edulcorada, era desagradable desenmascarar a esa gente tan glamurosa, le costó improperios, enfados y malas caras que le tomaran muestras de su perfil de ácido desoxirribonucleico por si alguna vez era necesario que los análisis genéticos de alguna niña o algún niño coincidieran, le costó varios enfados que le autorizaran que los laboratorios del Instituto Nacional de Toxicologia procedieran y los incluyeran en un banco de datos por si fuera necesario que se cotejaran en algún momento. Lamentaba tantas dificultades para ejercer cualquier derecho, pero él perseveraba, él barruntaba la esperanza de que pasase algo que hiciera que su suerte cambiara, insistía en esta prueba para demostrar empíricamente que existía un elemento de unión, un hilito pequeño entre sus hijos y él, y la comisión de un delito flagrante que mantiene en vilo a todo su mundo afectivo, le habían robado la seguridad jurídica y la prole, extrañamente era él el que sufría el acoso de la justicia en vez de los verdaderos delincuentes.

Determinados agentes no identificados lo abordaron para amedrentarlo cuando vieron el cariz que empezaban a tomar los acontecimientos, cuando su esfuerzo se centró en que estos hechos trascendieran al conocimiento público masivamente. Hizo ruedas de prensa y fotos, declaraciones públicas señalando lugares, datos concretos, personajes siniestros, prácticas mafiosas y malas hierbas, imágenes inéditas de la realidad, duras a cara descubierta.

Aquello que estaba viviendo era una auténtica pesadilla, lamentando tanto sufrimiento a su alrededor, aquel trance en que se hallaba soportando tanto desgarro, despojado de su descendencia, desarbolado de su equilibrio, roto en el alma, plagado de secuelas. Los que se apropiaron de sus cachorros le han dejado sangrando como un espejo destrozado, con una herida en el pecho que sigue derramándole los sentimientos como un tiro de gracia emocional, el remate de los que se han apoderado de sus descendientes, agriándole su identidad. Se le partió su familia con una ráfaga de argucias falsificadas donde se esfumaba la alegría de su mirada y lo hundían en una miseria de tristeza de una envergadura sobrehumana, y no le hicieron ni caso en lo que él reclamaba.

Sabe que hay gente suplantando su paternidad pululando por ahí, han usurpado su amor hacia las personas que les han arrebatado y ahora se ha transformado en un dolor fantasma, como si fuera una crueldad invisible, latente, que vigila oculta entre visillos, como un aparato oficial de la barbarie en la sombra, como último alegato de la desesperación por la ruta del silencio en su búsqueda de la verdad tras la razón de los canallas.

Le decían que tenía mucho que perder. Estos desalmados sin permiso actuaron como una plaga terrible de psicópatas inhumanos; es un escándalo que se le atraganta a la justicia que se vuelve paralítica con estas noticias. Francisco se encuentra consternado por causa de estos enfermos; especialistas en causar daño, promotores de la pobreza, incluso del ánimo, hacían sufrir con una pésima y recalcada embestida de maldad, como una tortura que lo atraviesa sin analgésico, como una cornada por la espalda y sin compasión.

Pero su permanente constancia inesperada se rebelaba con persistencia para perseguir los cabos sueltos, los rastros que dejaban como un reguero de damnificados, había hileras de victimas desdeñadas, con la herida del abandono abierta. Estos malditos peligrosos eran seres antisociales, poseídos por su propia propaganda, seres degradantes secuestrados por sus cloacas, habitantes del caldo de cultivo de las mafias, para descubrir a la espeluznante red de ladrones de recién nacidos y esclarecer esta trama que opera en las tinieblas, causante de los niños sustraídos.

El que veía el mundo a través de su cámara, que se guio en la oscuridad a través del boca a boca, que extrajo conclusiones de hilos conductores imperceptibles, como un rastreador de sensaciones, con un olfato de canino para detectar pistas y perseguirlas hasta encontrar evidencias, pruebas que esclarezcan, papeles que soportan aberraciones, seres que se ocultan y callan como tumbas vacías, que les hagan caer en paradojas y contradicciones entre tanta podredumbre, que extinguió sus dudas de denunciante, estos maleantes presuntos ladrones de inocentes debían ser procesados para que se depuraran las esencias de la procedencia verdadera de los menores; él necesitaba un baño de autenticidad para que

resplandeciera la magia del que no tiene nada que ocultar.

Acudió a un abogado y se convirtió en acusación particular, además de perjudicado, para que instara a la fiscalía a actuar; pedía que las monjas y los médicos comparecieran y que fueran imputados en el robo de su bebé, que investigaran a estas parejas adoptivas irregulares, con determinación, como él busca la luz en las imágenes, con la misma resolución con la que se busca el remedio de una enfermedad, sin desfallecer, sin descanso, sin dejar que anide el desaliento.

V

Encarnación García Corrientes se quedó atónita, sin saber cómo reaccionar, sorprendida por la osadía de estos intrusos. El día en que estaba sola y entraron unos ladrones en casa, ella estaba escaldada por las actuaciones de los cacos vestidos de blanco; cuando se le fue diluyendo su parálisis pasmada sintió mucho miedo de estas presencias extrañas e intentó espantarlas como pudo, como si fueran el mal recuerdo de una pesadilla.

Ella no sabía qué hacer, estaba aterrorizada con estos ladrones siniestros, todo de negro, con pasamontañas y guantes, conocía a otros que tenían batas blancas o hábitos negros que robaban niños. En cuanto pudo y se repuso del susto, vio a uno de ellos echar objetos a un saco. Contaban atrocidades del hombre del saco y lo tenía ante sí. Ella intentó adelantarse y cuando iba a coger otro trasto ella se anticipaba y lo cogía primero como en el juego del pañolito y trasladaba el objeto a varios metros. El mangante de guante negro se quedó perplejo, no entendía cómo las cosas cambiaban de lugar solas, cómo los objetos del saco salían volando y se alineaban de una forma ordenada, como si una inteligencia superior estuviera detrás de ellos. Empezó a subir la temperatura de una manera insoportable, el amigo de lo ajeno sudaba como en un campo de trabajos forzados en pleno verano, cosa de la que huía como una centella. Encarnación García Corrientes había enchufado el aire acondicionado y lo había puesto a máxima potencia, tanto calor tenía el mangante que para quitarse el sudor, aquel pobre desgraciado tuvo que quitarse el antifaz, un pasamontañas viejo que

utilizaba para ir en la moto por las mañanas de invierno para que no se le helaran las orejas con la escarcha que quedaba en el ambiente y que a él, como a casi todo lo que hacía, le atropellaba. Ella lo identificó rápidamente, antes de que se quitara los guantes, tenía una cicatriz en la cara, quemaduras en las manos y cojeaba levemente, de la última caída que tuvo al saltar una tapia ajena; tuvo que salir corriendo, se le partió la tibia, tenía secuelas de las fechorías que hacía. El peroné ya se lo había partido cuando era pequeño y jugaba al fútbol. Se había convertido en un drogadicto que vivía en la calle Erizo. Tenía un hijo muy guapo al que apenas veía; él no era buen ejemplo para nadie y le sobrepasaba el papel de padre. De este mangante de poca monta lo protegía la madre, una mujer muy bella a la que no se podía acercar, por una orden de alejamiento que le impedía estar a menos de quinientos metros de ella, aunque allí en Vistahermosa era difícil de cumplir. La mujer se fue a vivir lejos de allí, ya que la situación llegó a ser insostenible. Cuando ella llegaba a una calle le avisaban y se iba del bar en el que estaba, dejó de ir a la piscina, porque ella llevaba a su hijo a que se bañase y en el recinto de la piscina no había espacio suficiente para los tres. A su exmujer hasta su sombra la inquietaba, solo el rastro que dejaba la huella de haber estado en un sitio determinado la incomodaba, y tomó la decisión de rehacer su vida lejos de allí.

Vicente no estaba acostumbrado a lidiar con extrañas presencias, sentía sensaciones encontradas. Su experiencia le había dado cierta frialdad al actuar, normalmente la repercusión de su actos no solía importarle nada, y mucho menos le importaba el qué dirán, su única preocupación era que no le pillaran. Tenía más miedo a una paliza de una víctima enojada que a la represión de la autoridad. Si dejaba un rastro de dolor, de indignación o de daños colaterales, no era de su incumbencia, el doliente tenía que aviárselas con los resultados de su acción malsana.

No se desanimó con estas primeras sorpresas, él sabía que a veces surgían inconvenientes, esto eran cosas raras. Había oído hablar de casas encantadas donde pasaban cosas de estas que no tenían explicación, pero él no iba a reflexionar ni a buscar un sentido

a aquello, iba a lo suyo, a llevarse todo lo que encontrase de valor allí, aunque en ese aspecto parecía caer en la cuenta de que podía haber sido una mala elección haber entrado allí, haber forzado la cerradura, rompiendo la puerta para encontrar tanta austeridad, tan poca opulencia, que estaba claro que el valor de las cosas de aquella familia a la quería desvalijar era muy distinto al de la gente que nadaba en la abundancia; estaban más cerca de la escasez y de las carencias que del natural desahogo monetario. Por cierto, ahora que caía, no había visto hasta el momento ni un duro, no había dinero ni cosas que fueran fácilmente convertibles en este, y necesitaba intermediarios para transformarlas en monedas de cambio. Para él era lo único importante, el dinero, era lo único real, su realidad se reducía a eso: la forma más redonda, más lograda de la realidad no eran los planetas ni las estrellas, eran las monedas, eran la realidad perfecta, encontrar la forma de esta, su imagen concreta, es la realidad más real de todas las realidades. Todas las cosas pueden conseguirse con eso, todas las cosas del mundo real se pueden adquirir con solo poseer el suficiente parné, él utiliza este atajo para comprar la realidad, al desplumar de parte de su realidad a sus vecinos.

Pero Encarnación García Corrientes estaba dispuesta a desmontar toda la teoría occidental, que era una gran mentira. Eso que llaman realidad era una gran estafa, era la mayor falsedad.

Ella al ver que Vicente no desistía comenzó a arrojarle los cuadros de la pared, a lanzarle los retratos de la familia a la cara, y estos le voceaban diciéndole picardías y muchas palabrotas. Muchos de ellos eran muertos que le gritaban el mote, y le decían: «Chato» huye mientras puedas. Él los esquivaba con el antebrazo y el cristal de los cuadros le estallaba y se le clavaban algunos pedazos volviéndose para que le dieran en la espalda y le hicieran menos daño. Lo insultaban con mil y un improperios, aquello parecía que escalaba una espiral de inconvenientes desmesurados, y se empezaba a plantear cómo iba a salir de esta situación con algo de provecho, ante los extraños sucesos que le estaban aconteciendo en esta casa de pelagatos que se había propuesto atracar, donde solo encuentra la

desventura y parece que el que va a salir peor parado va a ser su vano afán. Cuando se le acabaron los cuadros, Encarnación empezó a lanzarle sus muñecos, con los colmillos retorcidos y parlanchines, como si los peluches cobraran vida y ella como una ventrílocua reprodujera todas las voces que se le venían a la mente, haciendo ruidos extraños. Para Vicente eran muñecos que hablaban solos y aquella lluvia de objetos le había cogido desprevenido y no sabía cómo reaccionar. Estaba ya más preocupado por sus heridas que por la idea inicial de sacar tajada de aquella mísera morada poseída por gente agresiva, y bastante mal educada.

El peroné de su pierna izquierda, se le rompió a Vicente aquel día que golpeó al director del colegio con todas sus fuerzas, desentendiéndose del balón, dejando pasar la pelota; él era el último hombre, el defensa libre. Aplicó la teoría de si pasa el balón no pasa el jugador, máxima de un defensa central y de la civilización deportiva, que guardaba las esencias del no pasarán. Practicaba juego limpio hasta cierto punto; el director había abofeteado a varios niños y a un amigo y Vicente tuvo la clarividencia de que era el momento de tomarse la justicia por su pierna; el director cayó rodando como un canto por el suelo duro casi de piedras. Por donde Vicente marcaba no crecía la hierba. El director se enfureció y se fue hacia él con agresividad, dispuesto a golpearlo con toda su corpulencia embravecida y Vicente muy tranquilo le dijo:

—¡Eh! ¡Que estamos jugando!

Con convicción, el director, grandullón y violento no tuvo más remedio que claudicar y aceptar un argumento de tanto peso como la masa de aquel gerente obeso y admitir que aquel era un lance del juego que el árbitro castigaría con una indulgencia desmedida y con una tarjeta amarilla.

A él le dolía la pierna y siguió jugando. El golpe fue tan grande, que cuando se le fue enfriando, el dolor se le hizo insoportable y tuvo que ir al hospital, le enyesaron desde la rodilla hasta el pie, tenía roto el peroné y el médico lo amonestó con razón, no tenía que haber aguantado tanto dolor.

Aun así, Vicente Caravaca Valdemoro no podía dejar quieta la

pierna, iba con la muleta y daba patadas a las latas y las piedras con su extremidad escayolada; tenía la pierna enyesada, llena de firmas azules, una pierna rígida y blanca como la nieve, tiesa y acartonada, forrada por una materia que le picaba, era una venda empolvada con una especie de cal que al humedecerse formaba un molde que se adaptaba a la forma de su gemelo. Él se rascaba con una aguja de hacer puntos de lana, esto no era un obstáculo para driblar el aburrimiento, no se conformaba con ver los partidos desde las gradas, ni tenía paciencia para permanecer en la reserva chupando banquillo, estar lesionado lo enervaba; no podía ser un espectador de la vida, eso le pasaba al Gordito, solo jugaba de portero, se asfixiaba al correr, aunque fue el que había conseguido aquel balón de reglamento pinchado, que rodaba hinchado de trapos y a pelotazos cruzaba el viento. Vicente participaba en los partidos aunque tuviera los huesos tronchados y el calcio solo en desechos, era habilidoso hasta con la pata inmovilizada, pensaba en positivo y veía que así no necesitaba espinilleras. Otros aportaban las piedras de la portería de aquel campo troglodita, allanado con las suelas de sus pisadas y con la insistencia con las que atacaban sus jugadas. Los partidos duraban cuarenta goles y nadie perdía. Su pierna era mágica, con ella marcó goles por la escuadra inexistente, eran felices, llenando las tardes combinando el balón con los otros; cada uno aportaba sus habilidades, sus defensas contra la soledad, sudaban las camisas y goleaban el tedio. Llegaban llenos de churretes de afectos y la ropa sudada chorreaba autoestima, así eran los partidos de su infancia. Los partidos oficiales, los del colegio eran otra cosa, allí había otras reglas y en juego otras cosas. A su zurda a partir de entonces la llamaban patachula.

El saco que traía se había quedado vacío, ya no le quedaba nada, olvidado por el ladrón sin miedo, que acabó huyendo de lo desconocido, abandonándolo en el suelo como utensilio inservible del caco. Encarnación lo aprovechaba para jugar, para ella aquel saco de algodón era un saco de cualidades, del que sacaba miembros para poder recomponer su cuerpo robado, lo imaginaba lleno de brazos y piernas, de cabezas raras, de caras y pelucas de cabello largo y

virtudes para recomponer su alma, ella fantaseaba como del vacío de aquel útero de patatas, podían salir raíces que poblaran y reconstruyeran las ausencias de las matrices, soñaba con ser una niña encantada, con su bolsa de cualidades colgada de bandolera y se las iba sacando y poniendo según las facultades que necesitaba de este saco mágico olvidado en el miedo irremediable de un caco.

Tantas cosas pensaba que iba a llevarse aquel chorizo que portó un saco grande, como los que se utilizaban en las tareas agrícolas; en la recogida del algodón o en la recolección de las patatas, unos los llamaban sacas y otros los llamaban balas. No se sabe cuántas cosas pensaba embalar este ladrón de poca monta, pero Encarnación imaginaba que podía contener todo un mundo que saciara todo lo que necesitara; sacando partes, en su interior había recursos para su reconstrucción, se iba recomponiendo, elaboraba su autoestima perdida, su resurgir.

No podía ser que aquella casa tan mísera fuera una casa encantada y al mismo tiempo tan peligrosa. Vicente era un hombre curtido y escéptico, se reía de los lugares embrujados, no le temía a lo sobrenatural, a estos fenómenos les buscaba una explicación aunque en estos momentos estaba abrumado, no exento de fascinación y frustrado por el gatillazo profundo de no haber logrado su objetivo. Quería dar un golpe modesto, para salir del paso, y aquella actividad con la que se empotró no era apta para sujetos paranormales como él, que siempre estaba al límite de lo que estaba bien y resbalándose en las arenas movedizas de lo ilegal. Era agnóstico o incrédulo por definición y le resultaban inexplicables tantos obstáculos insalvables, tenía una empanada mental quemada por los cortocircuitos que sufría, al enfrentarse a algo mucho peor que un mal de ojo. El que pensaba que los únicos fenómenos que no tenían explicación eran los que ocurrían en su interior, eran los mismos que no dominaba. A lo único que tenía miedo era a caer en la locura, sufrir la enfermedad del olvido y no saber quién era; intentaba convencerse de que pasaba algo que se entendería con una hipótesis racional, aunque en este momento todo era claramente inverosímil, lo achacaba a posibles problemas eléctricos, algún cable

suelto, haber pisado un cable pelado de aquella instalación rudimentaria que pocos campos magnéticos podía crear, pero nunca se sabe; estos cuerpos magnéticos podían atraer lo objetos, moverlos, incluso un fuerte viento que no hubiera notado que entrase con él, al romper la ventana, podría mover los objetos no conductores; más complicado era encontrar una explicación a esa transformación de los peluches en seres animados, y al cambio de actitud al convertirse en peligrosos y agresivos juguetes currantes; y los palos de madera que atizaban con una fuerza sobrehumana… ni se imaginaba de dónde sacaban tanta inquina para darle tamaña paliza, ni intuía de dónde podía venir ni cuál era su fuerza motriz.

No podía explicarse la dureza con que le golpeaban cosas inanimadas, alguna brujería que no se explicaba qué era, lo mantenía hechizado y se sentía como un astronauta, con su cordón umbilical y sin escafandra en aquella humilde casa convertida en cápsula espacial y los objetos no respetaban la mismísima ley de la gravitación universal, bailaban por el espacio, estaban como pájaros volando, estaba siendo golpeado por una realidad virtual que lo vapuleaba en tres dimensiones y con una intensidad muy por encima de la de los malhechores, pensaba que no sería verdad eso de que uno proyecta su propia realidad, su propia maldad y esta se la devuelve como una sombra dándole coscorrones, estaba fascinado por aquellos fenómenos inexplicables, aquello era un espectáculo terrible donde todo ocurría por arte de magia y los objetos se movían en el aire como plumas salvajes. Esta levitación de todo lo que le rodeaba lo estaba mareando, como si fuera un encantamiento que lo ceñía por todo su contorno aeroespacial y chocaban contra él como hologramas táctiles que lo azotaban con vehemencia, eran como ficciones armadas con objetos contundentes que en sus sienes lo golpeaban sin ninguna razón aparente, hostias fantasmas, incluso alguna nube espectral le descarga guantazos sin manos de palmas heladas.

Para Vicente Caravaca Valdemoro era como si estuviera en un viaje astral, colgado de sustancias alucinógenas, en su mundo amniótico con un chute de heroína que lo ponía en órbita, en un

mundo artificial creado con el consumo regular de estupefacientes, en el que se evadía, pero nunca cuando regresaba a este mundo en el que existía la gravedad y el tiempo.

Notaba que aquella casa se movía ¡Ah, no! Era él el que se movía o era su mala cabeza que le jugaba malas pasadas.

Él sentía sensaciones contradictorias, todo aquello no dejaba de ser paradójico, tenía visiones no usuales, de presencias salvajes, de bruscos ruidos, de extrañas luces y de palizas fascinantes, alguien lo tenía embrujado y lo tenía sin saber cómo reaccionar, inmovilizado en un inmueble que no sabía cómo catalogar. No se explicaba nada, en su interior crecía la angustia que gritaba, una agitación sobrehumana, no comprendía lo que le ocurría, se sentía cerca del delirio e imposible de conectar con el mundo que él controlaba y que tenía sentido en su tocado raciocinio. Desvariaba y su introspección no le daba respuesta a lo que se desbordaba, y ya había sobrepasado con creces los límites de su desmadrada y tolerante razón, intentaba interpretar concienzudamente algo que lo golpeaba y antes de que le diera tiempo a nada recibía otro impacto de la realidad aunque fuera disfrazada, aquello no podía ser verdad, pero a él le dolía y en la piel le dejaba una huella amoratada, iba a salir de allí con más cardenales que en la fumata blanca de la elección del papa, aquello parecía una fábrica de patadas.

Aquí la única alma en pena que vaga sin ton ni son, prácticamente noqueada, es la suya, purgando sus múltiples abusos y sus golpes modestos, desvalijando a pringados, actos de los cuales no sentía culpa alguna. Una cosa tan fuerte como esta ni en el cine pasaba, él se consideraba más inteligente que sus víctimas y en este momento empezaba a tener síntomas de dejarse vencer por estas fuerzas extrañas que lo dominaban y le cascaban. Sea lo que fuera lo que ocurría allí, escapaba a su comprensión, no sabía combatir a un mal invisible como si aquello fuese una epidemia de virus desatados que no paraban de azotarlo, pero lo hacía con enseres de la casa que él pensaba robar y que se habían rebelado contra él, repiquetean contra su cara, le dan castaña en su espalda y le descargan con furia golpes que le hacen más daño que cualquier venganza. Le estaban

robando la energía y tenía los plomos fundidos. Allí, presuntamente, se había desencadenado un atropello que era superior a que le pasase por encima la violencia de un descontrolado camión, no había nada que parase el desmesurado acoso que estaba sufriendo; él había tenido la temeridad de acometer un allanamiento de morada, pero sin duda iba a salir morado de allí; iba a ser él, por incauto e ir de sobrado. Le habían hecho vudú o le habían puesto dos velas negras, recibía malas prácticas a oscuras y era acribillado por una trampa sin fisuras, alguien le había echado mal de ojo, o lo querían mal, cosa que se podría explicar. A la animadversión le tenía cogida la medida, pero aquel castigo parecía sobrenatural; aquello que se le manifestaba le era imposible de conjurar; tantos acontecimientos sin explicar, que sucedían como una ametralladora a la que no se le agotaba la munición de sorprender, con su infinita capacidad de disparar fenómenos sin igual, todo era anormal, aquel caos que deambulaba por aquel lugar era como un ritual, del que si supiera la paliza que le van a dar, saldría gritando: «para ya», «para ya», pero su estabilidad psicológica ya rozaba la disfunción de su salud mental, él sentía muchas hostias dadas por nadie; no podía ser, una mano negra tenía que estar detrás o una mano invisible con más crueldad que el mismísimo capital, tenía que estar atizando al mismo tiempo: palos, porrazos, tortazos sin par. Aquel día todo era sorprendente, hasta que le iban a tener que mudar todos los dientes, un grito de estruendo como si reventara de una explosión que da importancia, que inunda el salón. Se escucha un llanto de derrota, postrándose de rodillas y rogando que cese aquel aluvión.

VI

Cuando Vicente estaba rodando por el suelo, fuera de combate, después de los diferentes golpes, en el justo momento en que se detuvo ante la lavadora, Encarnación, que no tenía noción de la proporcionalidad en la respuesta, después de que le robaran el cuerpo, no quería que le robaran nada más, no soportaba ningún saqueo por nada, accionó el botón y puso en marcha la lavadora, y Vicente se quedó embobado mirándola, que daba vueltas y vueltas con una fuerza centrífuga que lo lleva al sueño, quedándose como hipnotizado. El poder mental de Encarnación era muy superior a la del ladrón y después de los actos vandálicos de defensa del territorio y la morada familiar, ella empieza a dominar la situación y se para a observar.

Vicente, dando vueltas, como sonámbulo intentó meter su cabeza en la lavadora y balbuceando, creyendo que tenía criterio dice:

—Me meto en ella y es muy divertido. Parece como si fuera una máquina del tiempo para viajar. —Esto lo hacía por voluntad infusa y él tan feliz como si fuera una ducha o algo agradable.

La voz de Encarnación suena en su cerebro como un mandato incuestionable. Lo saca de aquella sesión de balneario con lavado de cabeza y le cambia el paso.

—Anda ven, pon la tele. Eso da tantas vueltas que lo único que puede pasar es que te marees y acabes con un lavado de cerebro, aunque la alternativa puede ser peor. Pues la tele sin darte cuenta es más peligrosa que la lavadora.

Permaneció un rato embobado, tranquilo, hechizado por las imágenes, como hipnotizado, se acercó a ella, la tele no paraba de llamar la atención con su programación, intentó abrazarla y no la abarcaba, después intentó llegar hasta arriba, para ver si la alcanzaba. En este movimiento brusco la tele se le echó encima, cayó de tal forma que lo tenía reducido y lo aplastaba, él gritaba pero no lo dejaba moverse, lo había maniatado; intentaba quitársela de encima y no podía con su peso, le dolía el pecho, lo estaba asfixiando. De pronto acudió Encarnación y le dijo:

—Quítatela de encima antes de que te ahogue.

—¡Trasto inmundo! ¡Suéltame! —gritaba Vicente.

Entonces, intenta hablar con la tele, como otras veces, queriendo interactuar con ella, pero está sorda, no escucha. Y se la quitó de encima sin contemplaciones. De una forma brusca, la tele se quedó arrinconada por el ímpetu del empujón que le dio Vicente, que descubrió un peligro del que no había sido consciente hasta este momento con este trasto, que podía maniatar a los ladrones de sueños y a los de poca monta.

—Mueve los brazos y las piernas —le dijo Encarnación. Con la voz de hipnotizadora aficionada, pero tremendamente eficaz.

—No me pasa nada, estoy bien, lo que me agobió era que el trasto no me dejaba moverme. —Él no sabía a quién le hablaba.

Al televisor se le estropeó la imagen y empezó a oler mal; parecía que iba a salir fuego, que podía hacerlo volar todo en pedazos; las luces de la casa se encendían y se apagaban solas, lanzando chispas como estrellas relampagueándose y tronando como fuegos artificiales; las bombillas estallaban cuando se encendían, era como una traca de explosión en cadena, de las que chisporroteaban imágenes y lo que lanzaba era terrible. Parece un aparato inofensivo y cuando se le cae la máscara aparece esta tormenta de ideas que tantos hilos proyectan, que tantos cables pelados sostienen a los títeres que representan, dejando mudos a los que observan y con las bocas abiertas.

Lo dicho, toda la vida pensando que eso de darle a un interruptor y que saliera la luz era mágico, que tenía el poder de la

luz y la oscuridad en sus manos y se encuentra con esto. —Entre tanto apagado y encendido cuando le da la gana a esta casa, que parece que está loca, es un milagro que se encienda cuando se le da al interruptor— piensa Vicente para sí.

En un instante, le dio un tirón al cable y al enchufe y desconectó el artefacto y la chispa que lo mantenía con vida desapareció, la electricidad que lo mantenía latente, se apagó y dejó de hacer ruido, ya no volverá a encenderse, los va a dejar tranquilos.

Vicente pensaba en voz alta que la tele era un comecocos y embobaba a la gente, mas no sabía que este aparato fuera tan peligroso. Pero sigue teniendo un problema:

—¿Qué hago ahora para salir de aquí? —se preguntaba Vicente.

Encarnación no le daba tregua, antes de que pudiera pensar y se le escapara, coge la caja de costura de su madre y se la arroja a la cabeza. Tiene alfileres y agujas; Vicente de pronto se encuentra en una batalla a manotazos, acaba como si estuviera recibiendo un tratamiento de acupuntura, pero cada vez que se movía y se daba con las manos, más dolor le provocaba todavía, vaya conflicto que tenía con ellos. Le vendría mejor quedarse quieto, no hacer nada o hacerse el muerto, maldita la hora en la que se le ocurrió entrar en esta casa.

Los alfileres se transformarían en soldados que se le volvían en contra y el juego con ellos a la guerra era muy peligroso. ¡Curioso! Pero ya había tenido bastante guerra por hoy, con la luz eléctrica, con los aparatos eléctricos, con el chisporroteo y las explosiones, todo un enfrentamiento con las instalaciones. Esperaba que no se hubiera estropeado nada. Y con las tuberías pasaba lo mismo, le daba al grifo del agua fría para lavarse un poco y salía caliente, le daba al del agua caliente y salía fría, esto no hay quien lo entienda, esta es una casa de locos, así le pasa a esta gente esas cosas tan raras, «no me extraña que los que viven aquí acaben todos en el manicomio, si yo llevo aquí un rato y estoy turumba, los que llevan tantos años estarán desquiciados sin remedio». Él no podía ni refrescarse, ni siquiera hacerse un lavado de cara, él que solía dar los golpes y salir de ellos limpio.

No estaba acostumbrado a tantos inconvenientes, tenía tanto desorden que de eso ni se acordaba. El fontanero, buen amigo de Francisco García y en su tiempo lo fue de Vicente, gran aficionado al aguardiente, a veces cuando estaba mareado no daba pie con bola, puso cambiados los grifos, por eso están al revés; «todos los problemas fuesen eso», decía: «solo hay que saberlo, acordarse y acostumbrase como si fueran ingleses». Casi lo entendía Vicente, pero eso era antes, cuando más o menos controla que los grifos estaban al revés; resulta que hay más problemas, ahora los abría y salía como vapor, no, eso que salía no era vapor, es como si saliesen por ahí las nubes. De pronto observa y ve que están saliendo como figuras, como salen de las nubes. Sorprendido, mira cómo salen unos animales, estos salían y se iban por el techo, parecían bisontes y eso de al lado era un caballo flotando. «Mientras no salga un genio», pensaba Vicente, «puedo dejarlo abierto, a ver si se completa el techo de la cueva de Altamira». Después salían caras, miraba cómo aparecía una nariz de la nada, los ojos y la boca. Las caras estaban por todas partes, su mente está llena de caras, las paredes estaban rodeadas de rostros, allí en aquella casa había demasiada gente, demasiadas presencias.

De pronto nota que le hacen daño las caras, verlas le duele, como algunos recuerdos que le hacen daño, miraba a una que parecía un murciélago; los murciélagos desde niño le daban mucho miedo. Tuvo pesadillas con Drácula durante toda su infancia y ahora estaba viviendo la peor pesadilla de su vida, mucho peor que cuando se separó de Nuria.

Vicente intentó abrir la ventana por ver si se iban tantos fantasmas y para intentar escapar, pero estaba atrancada y por un rendija vio que estaba cortada el agua; estaban arreglando las acometidas del suministro de la calle y desvariaba, buscaba una explicación disparatada a lo que le pasaba, «como no sea ese indio que anda por las calles como un indigente al que le ha dado por hacer candelitas»; solo habla con señales de humo, entre el humo que se mete en los huesos y los huesos de las tumbas que se meten por las tuberías, es un milagro que salga algo de agua con tantos

turistas por las cañerías. Y con tantas zanjas, calicatas y obras a medio hacer que tenían a la población patas arriba, parecían querer meterlo por las instalaciones ya construidas. Si la voz va por un cable por qué no va ir el humo por los tubos de cobre, con tantos cortes de agua a veces lo consiguen y la compañía del gas ha instalado el servicio de gas natural, eran especialistas en vender humo; como se equivoquen de servicios se forma un cacao que nadie sabe cómo va acabar.

Le tranquilizaba un poco una explicación peregrina aunque no se la creyera ni una niña recién nacida, que era capaz de poner de rodillas a este delincuente de pacotilla.

Las nubes parece que aterrizaron, la población se inundó de una niebla negra, que se metió en la casa por todos lados, por las ventanas, por las cañerías y salían formas de monstruos deformes por todos sitios.

Definitivamente en aquella casa había alguien que era gafe. Roban a sus hijos unas monjitas que parecen inofensivas, un ladrón profesional se estrella contra las fuerzas ciegas de la justicia y no consigue más que un botín de golpes y porrazos por doquier, las nubes se le echan encima, las puertas y las ventanas están atrancadas «¿Qué más cosas pueden pasar?».

¡Joder!, puede pensar Vicente que su casa de ladrón desordenada comparada con esta, era maravillosa, al menos si le daba al mango del grifo y salía agua, si quería que se enfriara la metía en una caja mágica y se hacía el frío, si quería que se encendiera el fuego solo tenía que darle al mando de la llave de paso y salía ardiendo, tiraba de la cisterna y se iba la caca, ponía el calentador y espantaba el frío, ponía el aire acondicionado y el calor salía huyendo.

Normalmente todo esto era impensable, para que una casa fuera mínimamente confortable, pero apenas hace unos años, sorprendería lo que se parecía la casa del fotógrafo a una chabola improvisada, hay muchos países aún en que esto que era tan sencillo y cotidiano, allí les parecería magia.

Vicente sabe muy bien que aquello no era magia ni siquiera era magia negra, era más bien una auténtica locura. Estaban rodeados

de máquinas, cables, tuberías que aun pareciendo que no existían estaban ahí, no eran trucos ni ilusionismos. Pero eran cosas sorprendentes, la ciencia y la tecnología generan un ilusionismo que hace que la lógica y lo maravilloso se fundan y crean estos prodigios. Eran cosas que servían para andar por casa, pero en este momento lo que sin duda le parecía mágico es que pudiera ver con los ojos morados por los golpes y aún más sorprendente que pudiera tocar con las manos encallecidas y quemadas por tantos agentes coordinados, pero mayor truco aún era que fuera capaz de hablar aunque era un milagro; él apenas balbuceaba, y era maravilloso y asombroso que la percepción la mantuviera casi intacta, que escuchara con sus oídos reventados por tanta electricidad, que los sentidos los tuviera machacados pero funcionando. Era una potra que le hubiera sonreído la fortuna aquel día aciago, que el dolor lo asediara por todo el cuerpo, pero que no le faltara nada. Tenía todos los huesos hechos polvo, hechos añicos, pero podía pensar en el misterio de una paloma al volar, en que todo lo que le rodea es sorprendente; que la vida está llena de efectos especiales, y de pronto se para y se da cuenta de que podía respirar, y daba gracias porque parecía que lo iba a poder contar.

Y lo que lo supera todo, para él, es si podría volver a robar, ¡no!, él no se aburre, a él le fascina un buen atraco, un buen saco lleno de billetes, hurtar herramientas y venderlas tiradas de precio, destrozar puertas, romper cerraduras como una mosca cojonera que se posa en una caca ajena, le podía más que cualquier sorpresa y así era su naturaleza, sisar una cartera, quitarle los limones a hurtadillas a cualquier vecino aunque luego aparezca malvendiéndolo en cualquier mercadillo viejo; era como una hormiga que lleva un grano que pesa más que él.

Pero Vicente era de los que decían que no había que estar buscando soluciones mágicas a las cosas, que es importante ver las cosas como son, que hay que renunciar a una idea fantástica de las cosas, que había que ser practico y que algún día tenía que dejar de tener pájaros en la cabeza, que alguien les podría poner cualquier trampa y los caza.

Él se sentía viejo para algunos trotes, que vivir del cuento tenía su tiempo, que cada vez corría más riesgos, y que fallaba más. Se estaba volviendo un prosaico árido y carcamal, con menos reflejos, más vulnerable; notaba que el tiempo no pasa en balde, que era más fácil de desanimar, que se come la moral cuando se para a pensar, ya veía con más claridad que no le entusiasmaba esta profesión igual, cuando ocurría cualquier contratiempo le afectaba mucho más. Con lo del televisor algo se le había trastocado y todo en él estaba descontrolado.

Por suerte tenía ojos para verlo, si no lo veía no lo creía, ¿qué estaba ocurriendo en su vida? ¿qué crisis es esta, que todo lo ha trastocado? Todo lo que creía seguro se ha convertido en pantanoso, tramposo e inseguro.

A ver si podía salir de allí con vida, pensaba irse a la calle, escapar antes de que se acabara convirtiendo esta casa en una escombrera y le pillara allí dentro; o que pasara otro desastre que eche abajo lo poco que queda desde antes del asalto, la ruina que ha acumulado en un rato es de una catástrofe peor que la que un huracán va a dejar a su paso; los propietarios iban a necesitar una buena cuba para echar todos los trastos que están quedando fuera de combate.

Vicente estaba que se subía por las paredes, y sin poder moverse por los golpes recibidos, los nervios le iban a salir como a un endemoniado, los alfileres se le habían clavado donde más le duele, se arrastraba intentando buscar una salida de aquel atolladero en el que se había metido él solo, si se lo llega a imaginar, no cruza el umbral de aquella morada ni aunque tuviera un pase de temporada, ni con una entrada regalada en una tómbola, a aquella casa no volvía ni a coger monedas de oro, aunque en ella se encuentre el botín más preciado, él estaba recibiendo por su mala cabeza los golpes del siglo.

Vicente seguía preso de los monstruos que lo habían rodeado, estaba impactado y veía como monstruos a los seres que en el fondo apreciaba, al vecino lo veía como un bicho raro, un poco pamplinas con las fotos y eso, pero no tenía nada personal con él; Nuria, su

exmujer, se había convertido en una bruja monstruosa a la que amaba y temía al mismo tiempo, y su hijo sin saberlo, como su madre era un monstruito al que amaba pero que estaba en sus cosas, y algún día se arrepentiría de no habérselo devorado cuando era un encanto y estaba para comérselo.

Aquí está la gente loca: les dan a los interruptores de la luz sin manos, que con su presencia la encienden y se apagan cuando se ausentan; se activan solas, salían del televisor y abrían el grifo del agua corriente y solo él los veía; podría decir que son alucinaciones suyas y le agredirán después por falta de credibilidad aunque parecía que algo de delirio también había y lo cierto es que él los veía; se abrían y se cerraban las puertas solas en aquella casa en la que, aparentemente, no había nadie, pero la familia que aquí está viviendo, a la que no quería molestar, por eso hablaba bajito hasta consigo mismo, no quería que se enfadase. Él solo venía a robar, no era nada personal, en el fondo apreciaba a aquella gente, pero cada uno tenía que cumplir su cometido en esta sociedad tan exigente; él era un profesional y solo había venido a sustraer algo, no lo había conseguido, pues a otra cosa, él no era rencoroso, lo había intentado sin efectos, no había dado fruto su intento, todos en paz y a otra cosa mariposa.

Pues no, él sabía que a la gente le gusta que le sigan la corriente y que es maravilloso darle a un botón y que se haga la luz, pero ya le da miedo, porque ver es maravilloso, más que encender la luz, pero ver más allá de lo que se ve, y que te azoten calambrazos o te den un guantazo y te dejen ciego de tanto porrazo, eso ya le intriga más; que escuche voces que no suenan, que no se perciben, que solo escucha en su cerebro, eso le preocupaba más, sabía que los perros oyen cosas que los humanos no podían, pero los que tienen alguna habilidad extraordinaria aunque no sean muy bien vistos, los especialistas en apoderarse de lo ajeno, como Vicente, tenían las mayores percepciones que el resto de los mortales desconocían.

VII

Encarnación García Corrientes no le daba tregua, no sabía cómo parar, le cogió gusto a eso de tirarle trastos a la cabeza, le lanzó lo que encontró más a mano; sin pensarlo le arrojó a la cara una caja de gusanos de seda, de su primo Diego Corrientes. Estaba llena de palomitas que estaban poniendo huevos pequeñitos que parecían cagadas, pero eran futuros gusanitos. Los capullos eran amarillos, tejidos con su humilde hilo de satén, tenían un brillo especial, y aquellos sencillos gusanos, que hibernaban en aquellos nidos de seda rompieron el cascarón de aquel huevo de tela, por fuera, tenían el color de las yemas, habían conseguido abrirlos, ponerse en libertad, y escapar de aquel sueño de crisálida enclaustrada.

Esta caja de cartón donde estaban guardados tenía unos agujeros sobre la tapa para que los gusanos pudieran respirar, era como una Caja de Pandora, que guardaba la esencia de los truenos a la que se le escapan con la agresividad del enfado de todos los desvalijados; en ella se guardaba el misterio de algunos delirios, ese secreto de cómo se transforman los gusanos en mariposas y cómo se transfigura gente que parecía cuerda en loca. Hacían acopio de hojas de moreras para usarlas como alimentos de aquella metamorfosis de los gusanos de seda formando pacientemente capullos envolventes como cápsulas que iban a viajar en la relatividad del tiempo, unos capullos que hacían el milagro de transformar unos gusanos maravillosos en flor, con los pétalos aleteando por la oscuridad del salón y las estrellas ocultas en la oscuridad del sol, como comprimidos que tejen enredaderas, como mariposas que siembran huevos y continúan el

ciclo de la vida, a través de orugas devoradoras de clorofila, de larvas que eclosionan en primavera y crecen con un combustible verde ecológico y se convierten en crisálidas, en estado de sueños que se cumplen, deseos que se hacen realidad. Cambian el cuerpo sin cirugía estética, cambian de piel, se deshacen del antiguo pellejo, sufren una transformación hacia la belleza, mudan su fisonomía, dejan de comer y solo tienen tiempo para el amor, para unirse sin desfallecer; se convierten en palomitas con alas frágiles, alas blancas sobrevolando el salón encantado, y todas fueron a por él, se llenó la casa de mariposas, volando todas sobre la cabeza ahuecada de un cada vez más desconcertado Vicente.

A él, el golpe de la caja había conseguido provocarle un efecto casi alucinógeno con el impacto, veía las estrellas y las constelaciones pululando a su alrededor, estaba rodeado de alas destellando, y ve un firmamento que lo rodeaba. Aquella vía láctea de alas blancas lo tenía ya totalmente mareado, con un universo de insectos rondándole la cabeza, no podía procesar tantos estímulos simultáneos y estaba abrumado por tanta naturaleza de golpe en la frente y que hacía que le estallase la caja de los truenos y toda su evasión volase por los aires. Aquellos gusanos voladores que habían dejado de ser patitos feos, transformándose en cisnes pequeños desplegando sus alas como hojas albinas de moreras abiertas y trasformadas en alas hermosas. Lo tenían perplejo.

Era una descarga eléctrica de mariposas como una lluvia suave que revolotea y desafía a la gravedad, empapadas de húmedas visiones, de estar en las nubes, como una tormenta de trapecistas alados que relampaguean en su mente obtusa, en el tejado de su cabeza, haciendo malabarismos, aleteando, como gusanos voladores haciendo cabriolas fugaces, en el espacio que subía hasta el techo como un artesonado de polillas que simulaban un cielo poblado de aves migratorias, de cigüeñas diminutas colgadas a lo lejos cual astros con colas, habitados por pequeños prodigios voladores, que se dibujaban como hologramas prehistóricos pintados en cuatro dimensiones en la cueva de sus proyecciones. Como una explosión de alas, como metralla viva, una onda expansiva de bichos en una

caja explotada contra el frontal de su cavidad craneal; era una bomba de insectos, que la cabeza de Vicente, a semejanza de un abrelatas, destapó liberándolas de la caja de los horrores; abrió la esencia de las centellas de la belleza, reventando con sus infinitas alas orbitando alrededor de su sesera, minúsculos seres parpadeantes, en un caos desbordante. Era un desbarajuste hermoso de ingrávidos lepidópteros a velocidades inverosímiles, huyendo de la claustrofobia de su inconsciente de cartón, y liberándose de la reducción de los embalajes, con las hélices de ácido desoxirribonucleico abriéndose a otras dimensiones; levitan como electrones gigantes, como un desorden huyendo de la materia, en aquel alboroto desplegando interrogantes estelares, como una plaga impensable de esfinges batientes; era una exhibición de maniobras acrobáticas esquivando obstáculos constantemente iguales, como en una pista aérea de autos locos de choques, buscando siempre el hueco con los reflejos alerta que evite el encontronazo que los derribe de aquella batalla por los aires del espacio que cada uno encuentre, como pequeños acordeones volantes que se encogían o se abrían según quien pasase por delante, cogiéndose los contrapuntos como gusanos bailando una danza zigzagueante, como remolinos de hojas que viajan en volandas y se deslizan como flores blancas que organizasen una invasión de miles de fenómenos extraños sobrevolando la mente distorsionada de Vicente.

Era tan hermoso aquel espectáculo que hasta Encarnación sentía mariposas en el estómago que no tenía, y decidió completar aquel cuadro arrojándole a la cabeza el tarro lleno de aludas que guardaba su primo para cazar pájaros con trampas. Ya por puro contraste estético, invertebrados volando como extrañas criaturas aladas, con aspas batiéndose con el aire. Le arrojó el bote de cristal lleno de hormigas voladoras, guardadas para ser utilizadas como cebos en los cepos para cazar incautas aves hambrientas, que caían como moscas atrapadas por aquellos artilugios de alambre que les robaba el cuello. Después le tiró un tarro de miel y las abejas del panal del patio acudieron al olor meloso que desprendía su cabeza, como un champú más rico que la mermelada fresca; fueron a por él. Y

entonces ya vio todas las estrellas con aguijones de dolor agridulces.

Esta metamorfosis de seres que se arrastraban, esclavizados, que sufren una revolución, se preparan, hibernan, sueñan, estudian, les salen ideas, y les brotan alas, llenó todo el espacio de ilusión; todo se inundó de blanco como si lo rodeara una niebla de insectos revoloteando, todo se anegó de alas flotando, todo se colmó de luz con la aludas brillando; parecía un universo que le sangraba por la cabeza, era un cosmos infinito que no le cabía en su conciencia, que le costaba entender pero que estaba ante él. Parecía haber entrado en otra dimensión, con una cantidad infinita de puntos moviéndose en torno a sí, como una alucinación sin medida.

Son miles de hormigas aladas las que salen del estallido de cristal, como si un hormiguero artificial con trocitos de papel, que servían de alimento a falta de otra cosa mejor, le reventara en los sesos; como una lluvia de diminutas gotas de vidrio volando, como un universo de agua, salpicando. Se elevan aladas mariposas de vidrio, como si en vez de alas tuvieran escamas brillantes, trasparentes, como luciérnagas encendidas, como destellos de luceros iluminando el salón de su firmamento, extrañamente configuradas de una desbandada en vuelo.

Encarnación se daba cuenta de que tenía controlada la situación, y era la vencedora de aquella batalla. Aquellas hormigas grandes con alas brillantes, destellaban como estrellas en aquel firmamento y los cristales del bote saltaron en miles de pedazos, simulando bengalas salvajes abordando aquel microcosmos, que se proyectaba como un efecto rebote de la evasión de la sangre del ladrón como cometas rojas, hiriendo al asaltante en su capacidad de reflejos y en sus maniobras, por fin huyendo despavorido de aquel universo encerrado, en aquella casa sin recursos que sin embargo él no sabía en qué abundancia nadaba.

Como no fuera por la riqueza de innumerables orugas titilantes como criaturas temblorosas, en una constelación de levedad que forman numerosos pétalos de luz, mariposas suaves de seda en un revuelo de cacofonías silenciosas. Un remolino de lazos blancos huyendo de la cabeza de Vicente, oscilan en un vuelo masivo de

pequeñas alas etéreas colgadas de la nube que lo ha invadido; laten en el aire como plumas que palpitan, como llamas poblando la oscuridad por donde deambulan, planeando una miríada de alas que pululaba por el aire desplazándose de forma incesante y no chocaban entre sí de forma inexplicable; aquellas azucenas blancas lo ocupaban todo como una plaga de alas fugaces, estallaban en el techo de la bóveda celeste de aquella sala, miles de pétalos saltaban como fuegos artificiales, en la explosión del tarro de brillantes flancos, que salían de la cabeza impactada de Vicente como un panal de hormigas volantes, que se multiplicaban como ideas que se funden al instante, oscureciendo la cabeza de Vicente.

Aquello era una explosión que sacude su cabeza, giran alrededor de su cerebro como pequeños gusanos disfrazados de planetas diminutos orbitando sobre sus sienes, gravitando sobre su mareo, en un bamboleo maravilloso, con sueños bailando que sobrevolaban sus sesos. El salón estaba lleno, como si un árbol frondoso con todas sus hojas blancas se hubiera abierto en una copa llena de mariposas, como si fuera un árbol caduco en el que hubiera explotado la primavera, como si una caja de cromos hubiera volado a su alrededor con sus alas de papel y sus hojas revoloteando como tatuajes dibujados de coleópteros que se desprendían del cuerpo huyendo de la quema. Como si en vez de lanzarle la caja de los gusanos de seda le hubiera lanzado la caja de los cromos, como papelillos flotantes llenos de colores, despejándose de su cabeza como fantasías que dan vueltas y vueltas y nunca se asientan.

Daba la impresión de un mundo confuso como si aquel salón fuese un caos, dominado por el desorden. Es un desastre en el que, sin embargo, Encarnación lo tiene todo controlado; tiene un orden subjetivo, que ella sola conoce, como la habitación de un estudiante, con todos los papeles revueltos pero que solo él sabe dónde está cada cual, como la mesa de un sindicalista con casi un síndrome de Diógenes, en el que la limpiadora no puede limpiar nada, porque el orden aparente es demasiado rígido y entonces es cuando desordena todas las cosas que están en su mente y ya no se puede encontrar nada.

Continuaba la expansión de aquella explosión de corazones blancos de gorriones que parpadean como aves pequeñas, como si fueran pompas de jabón que ululan latiendo en bandadas, brujitas enanas volando sin escobas como cometas buenas, escapando como pesadillas de la noche, como sueños maravillosos que huyen de Vistahermosa.

Era una auténtica sobredosis de seres fugaces, una sobreabundancia fantástica y onírica, formando una imagen de voladores insectos trapecistas haciendo juegos acrobáticos entre la humilde lámpara apagada del salón que estaba asediada y poseída por estos hermosos bichos y la imaginación desbordada de Vicente que parecía un espantapájaros asaltado y sin éxito de la función que le habían encomendado.

No conseguía espantar a aquella escuadrilla de sombras chinas minúsculas suspendidas como manos innumerables y cometitas blancas, como electrones gigantes que ocupan el vacío; miles de palometas de cal, sin peso, sin tuercas a las que apretar, un tráfico intenso con antenas que les impide chocar, ligeras como el aire, como ángeles de seda, suaves, libres, han dejado de estar encajonadas y se han soltado, liberando todo lo que son capaces de mover sus alas, como fotogramas en masa desvelados que levitan retratando el aire a cada centímetro, cartografiando el espíritu del salón y respirando desplazamientos arbitrarios de aquel caos luminoso que se había desatado. Parecía un cuadro puntilloso con miles de pinceladas con todos los colores girando y sintetizando el arco iris en pequeñas pinceladas blancas.

También podría dar la impresión de que eran como ondas hertzianas que con tizas han dibujado miles de palabras lívidas, como jazmines de pequeñas damas de noche con trajes de novia, reventando en un estallido de la primavera inmaculada en el azahar de los cítricos, creciendo hasta el techo y rodeando la cabeza de Vicente y la lámpara maravillosa que está apagada y cuelga de un cable oculto tras miles de bichos prófugos que han huido de las mazmorras del cartón por túneles del tiempo y los agujeros gusanos, en la gran fuga de la ruta de la seda arrojada al serrín del pocas luces

de Vicente, que es lo que más espacio ocupa en el cocotero de este delincuente que merece acabar entre rejas antes de que se lo cargue una plaga de seres inteligentes.

Daba la impresión de que aquello era un galope astronómico a pequeña escala, una orgía de vuelos que daba vueltas, como una borrachera de asteroides de esta especie en peligro de ocupación, que obedecía la atracción gravitatoria que se ejercía de forma inconsciente desde la cabeza de Vicente; las ideas revoloteaban como meteoritos planeando en el fin de su mundo, y la testa estaba ocupada lanzando mariposas sin fin, vuelos expulsados de aquella atmosfera de miles de cosas suspendidas como planetas asombrosos que giran a altas revoluciones. Aquello era una sorpresa constante, cohetes imprevisibles en órbitas interplanetarias, como fenómenos volatilizados en el aire, como satélites en un ambiente turbio de estos bólidos especiales, que en vuelos de rasante parecía que el cielo se les caía en la cabeza.

Aquello estaba poblado por una manifestación de innumerables pequeñas llamas escrutando las sombras de aquel habitáculo sombrío y cercando los pensamientos de aquel caco; a vuela pluma van un gran número de velas pequeñitas, inofensivas, como pequeños artefactos sin rumbo definido, toda una masa en movimiento, como una lluvia de fragmentos de una caja con toda la caótica energía acumulada en su interior, como una capa de polvo en suspensión, una pléyade de fauna diminuta. Pululan partículas cósmicas como cenizas echadas al vuelo, como una cortina de humo de alta concentración volátil de la que hubieran brotado chispas y astillas formando un alucinado escuadrón de pesadillas, parecían miles de aviones de papel en miniatura, aquello lleno de preguntas en un equilibrio inestable de una flota que no se posa, como una brigada de paginitas sin límites en una trama de devaneos de espejismos ligeros que se expande por el cielo roto de esta caverna llena de palmas enanas, pululando en la cavidad anegada de millones de recuerdos, iluminando el ambiente junto a misterios que dormían en la caja de los gusanos y ahora saltaban por los aires, liberando los hallazgos que se ocultaban bajo la tapa, como revelaciones de brujas

pequeñitas fosforescentes de la noche intentando dibujar un cielo encerrado bajo aquel techo humilde inundado de giros vertiginosos rodeando la efigie de Vicente, balbuceante como si se le hubieran escapado todas las palabras que estaban sueltas saturando el aire ahogado por girasoles frágiles, diminutos, donde cumplir el sueño de volar. Le haría aborrecer aquel empacho de pilotos enanos colgados en paracaídas de seda, que planean como parapentes amortiguando la velocidad de las caídas, en aquella batalla aérea de avioncitos sin alma que se elevan sobre el vértigo chocante de aquellos seres animados por una interminable huida de fantásticas aspas y hélices ensimismadas que giran locas desafiando a la aerodinámica, en esta increíble lluvia de alas, que lo atacaban como crisálidas fantasmas y meteoritos fugaces; como animales inverosímiles que se transformaban y a los pequeños gusanos les brotaban las alas que les reventaban en la cara, con la desintegración de las fricciones de la caja en miles de pedacitos curiosos desplazándose; miles, millones de bichos extraños desafiaban las reglas de los asaltos con una caja de cartón improvisada en un laboratorio que albergaba fenómenos inverosímiles, y en un improvisado suceso fruto de la desesperación y el miedo convertido en legítima defensa, aquellas anomalías de la metamorfosis, se estrellaban contra su envidia. Su deseo de apoderarse de lo ajeno, amando en exceso lo que no le pertenece, se quedó frustrado por una tromba de diabólicos insectos que volaban en masa y vivía una incesante aparición de plagas siniestras.

Vicente no sabía cómo parar aquella avalancha, estaba impotente ante aquella lluvia de ira invisible para la que no poseía paraguas, ensimismado en la sorpresa reiterada, condenado a las ocurrencias de las desgracias que lo azotaban, como si todas sus víctimas se hubieran confabulado en una celada y se hubieran unido para gastarle una broma macabra, en una lección impagable de la vida para darle su merecido.

Las erupciones brotaban de la caja llena de palomitas, los tarros de aludas seguían dándoles vueltas, las abejas lo aguijoneaban dejando a Vicente en un colapso mental que bien podía ser un

agujero oscuro, sin capacidad de reacción.

Vicente, aquel gusano, esperaba un milagro de la naturaleza, que su alma, algún día, vuele como una borboleta, haciendo propósito de enmienda, que puede durar menos que un segundo, sintiendo la inconsistencia de las mariposas y la necesidad de las alas para su libertad con la fugacidad de los pájaros, en un revoltijo de minúsculas joyas voladoras, que él veía en la deformación de su punto de vista inquieto, en el brillo era donde pensaba que estaba el valor de aquellos insectos, con sus alas de cristal volando, como luciérnagas formando un universo de estrellas nerviosas, un universo de transparencias volando; un sin fin de bichos, agitando el espacio viciado de aquella sala, abarrotada hasta los rincones de abanicos pequeñísimos, que danzan en el aire; pequeñitos desplegados como alas, como párpados que se pliegan y se despliegan, como manos de sombras chinas que bailan sobre las paredes de aquel comedor humilde, donde Vicente llora de impotencia ante lo que le ha caído encima de repente, con su mirada ausente humedecida como si unos esmaltes de óxidos nublaran su córnea, con las sensaciones difuminadas por el techo, como representación de sus temores, como fobias a los bichejos voladores aunque aquello está lleno de temblores, como confetis con menos colores, sobre el espacio suspendidos de suaves destellos brillando, como vidrios estallados en la mente del ladronzuelo como si estuviera viendo una película en tres dimensiones, sin gafas y con muchos moratones proyectados a todos los rincones de aquel comedor saturado por alas de insectos y vuelos de seda.

VIII

Vicente Caravaca Valdemoro cansado de visitar casas extrañas, de entrar en moradas ajenas y de todo tipo de anécdotas, saturado de experiencias de allanamientos con ganzúas forzando las cerraduras, saltando las tapias, este crápula de las ventanas, oculto siempre detrás de un pasamontañas, amigo de lo ajeno, acostumbrado a altercados con sus víctimas dolientes, conocido delincuente y atrapado más de cincuenta veces, enganchado empedernido a los estupefacientes, con un historial de detenciones y de antecedentes penales que supera el umbral de mangante profesional.

Vicente estaba totalmente desconcertado con este atraco frustrado, nunca le había ocurrido nada igual y habían sido numerosas las casas asaltadas por sorpresa, con total impunidad y a sangre fría. Esto era lo más equiparable a un accidente laboral que padecía en toda regla, sobre todo porque el varapalo recibido le afectaba a su seguridad en sí mismo, que se verá resquebrajada; se había sentido acosado en sus tareas delictivas por una víctima inexistente y a la vez un monstruo invisible, por los efectos y las huellas marcadas en su piel y por la inestabilidad que había dejado en su mente. Si no fuese él el delincuente, hubiera sido el que denunciara los hechos ante la autoridad competente, sentía que necesitaba protección ante tamaño atropello, parecía que le había pasado por encima un camión; aquello se salía de todos los cánones conocidos de las penitencias judiciales, parecía un castigo milagroso de algún ente demoníaco que desconocía el código penal y la proporcionalidad por analogía que toda pena deba conllevar, por

más que lo pensaba, entre el dolor y la punzada púrpura que padecía, no dejaba de parecerle extraño aquel acontecimiento que le hería como una máquina excavadora con avería; se ve que el enfado de fantásticas figuras carentes de cuerpo, le han dejado más mella que todo el cuerpo de policía.

Lo más parecido a una cosa así que había vivido, lo más impactante y traumático que sufría en su larga experiencia vital Vicente Caravaca Valdemoro, fue aquella ocasión en el cine de verano, cuando aún era impresionable siendo aún niño, y que aún recordaba como si hubiese ocurrido la semana pasada, aunque se remontaba a varias décadas; aquello seguía presente como si hubiera recibido una impactante pedrada y su sesera continuara traumatizada.

Aquel hecho lo tenía tan fresco que se acuerda de cuándo llegó la noche, la oscuridad lo llenaba todo de misterio y miedo; del fondo siniestro de un agujero negro, desde un ventanuco pequeño, se asomaba una lente gruesa, era como un cañón de luz de donde salía un rayo como si fuera una perspectiva invertida de humo teledirigido que quisiera salir a escena, se liberaban de las cadenas de la sala de proyecciones pequeñas partículas, diminutas como polvo en suspensión atrapadas y reveladas por un rayo de luz. Rayo que chocaba con la fachada lateral, que era una pared enfoscada y encalada, formando parte de la casa de dos plantas que servía como un frontón y recibía el impacto de las imágenes terribles. Ahí tomaban forma las fotografías animadas, haciendo la función de pantalla del cine de verano.

Un haz de luz que atravesaba todo el cielo y el universo sideral a la velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo, con partículas de imágenes suspendidas, sueltas, descompuestas, que se componían en la pantalla, se teletransportaban por aquel espacio oscuro hasta la casa de Nuria, desde el proyector de Casimiro, aquel hombre con barba que hacía magia con un aparato y una fina película llena de fotogramas como una proyección freudiana que se reflejaba en la pared blanqueada.

La pantalla era el lateral de la casa de Nuria, una niña guapa, a la

que Vicente amaba con locura; cuando la veía parecía que todo su corazón se le iba a escapar del pecho y que se le evadía de su camisa, le latía más deprisa, el pulso se le aceleraba, corría más que la brisa, la tensión arterial se le subía por la paredes de sus pestañas; cuando se cruzaba con ella, no podía dejar de mirarla, su corazón la buscaba como un imán en plena adolescencia y su mirada se le iba encandilada, solo obedecía a la llamada de la belleza de aquella niña que se soltaba el pelo, con tirabuzones suspendidos que desafiaban a la gravedad y que huían de las trenzas con una energía estática que lo paraba todo en aquel campo magnético que espontáneamente surgía como de una fuente en aquel momento en el que con su grácil cuerpo, se concentraba en ella toda la atención.

Tenía que poner en marcha la imaginación para poder ver la proyección de aquella noche, los árboles que rodeaban el recinto le impedían ver el bosque de Transilvania y todo el paisaje del miedo que por allí se palpaba. La tapia era alta e imposible de saltar y los árboles se elevaban por encima, dificultando la visión aún más, todavía no había desarrollado sus grandes habilidades en el escalo de diferentes tipos de cerramientos; lo de saltar tapias era un deseo ya anhelado en aquella época, pero lo perfeccionaría mucho después, con consecuencias funestas. En el periodo de aprendizaje se había roto las tibias y los peronés y en diferentes momentos tenía una escayola inmovilizándole los pies; aquel lugar durante el día, era un patio grande donde jugaba Nuria por las mañanas. Desde dentro se subía a los árboles y soñaba con construir una casa de madera cerca de la ventana de ella.

Vicente no quería quedarse fuera de la gran fiesta del cine, era el mejor acontecimiento al aire libre del valle en aquellos estíos calurosos que invitaban a estar en la calle, no quería perderse la película. Todo el mundo hablaba de que había que verla con ojos para espantar a los sátiros y maléficos colmillos del conde con los dientes largos cuando veía una muchacha de cabellos sueltos y vestido blanco; no quería perderse la gran representación aunque tenía una inquietud, que no sabía cómo sobrellevarla y tampoco quería quedarse huérfano de la emoción de los personajes.

Él desarrollaba su técnica para poder entrar sin pagar peaje, había que ingeniárselas todas las noches, pero no se perdía ni una película a la que le echara el ojo; a veces se perdía el No-Do y los reportajes anunciadores de otras filmaciones, pero al comienzo de la letras ya estaba dentro; esperaba a que entrase todo el mundo, él, mientras, permanecía comiendo pipas, no tenía dinero para comprar la entrada, aquello estaba cerrado para los que no podían pagarlo. Pero Cristóbal, el portero, lo dejaba pasar de tapadillo todas las noches, cuando nadie lo veía, porque era primo segundo de su madre. Otros para entrar sin pagar, limpiaban el recinto de las cáscaras de pipas de girasol de la noche anterior; aquello era mejor que el cine de las sábanas blancas con sus sueños de sudor y sus pesadillas de calor, con el insomnio mezclado con los ronquidos que venían del fondo de la calle, sin dejar dormir a nadie.

Todos llevaban su asiento, su silla plegable de madera y Manuela, la abuela de su amigo Bibiano, iba con la silla de aneas de su casa, su refresco de naranja de una marca que ya no existe, porque cerraron la fábrica, y con su manta, que no era para el frío, aunque ella decía que siempre lo tenía; era porque debajo de ella se escondían todos los niños del miedo para que no los mordiera Drácula.

Aquella era la experiencia más traumática que se manifestaba y que no podía ocultar su manta quitamiedos. El terror atravesaba la gruesa franela con la que la oscuridad intentaba ocultarla, sin éxito, el miedo era más grande que el firmamento que parecía que se reflejaba en los dientes incisivos que mordían en los cuellos de damas incautas, el amor era ciego y aquella gente no veía el peligro de las noches en aquel castillo minadito de murciélagos inmortales, de los que no había forma humana de acabar con ellos.

En aquel momento, oculto entre las faldas de Manuela, decidió que nunca iría a Transilvania y mucho menos quedarse a vivir allí, él se temía que estaría siempre nervioso y le saldría todo ladeado y retorcido en la vida.

El pánico era en blanco y negro, terrible como el miedo, así era el personaje que los aterraba, con sus fauces de pinchos sangrientos,

con sus colmillos afilados por los huesos de los cuellos de jóvenes y hermosas mujeres y por los bocados hambrientos.

De pronto, se abre una ventana de la pantalla y aparece Nuria como sonámbula, era la ventana de su cuarto, siempre pintada de blanco, se le llena la cabeza de imágenes y los ojos de sombras, y Drácula intenta morderle como un resucitado con hambre, es como si abriese la ventana a otros mundos, a otra dimensión, en la que ella no quería ser espectadora de su vida, ella quería ser la gran protagonista, no se daba cuenta del peligro que eso podía representar, pero valía la pena correr el riesgo, ella no podía huir por la ventana, estaba demasiado alta. Vicente no distinguía entre la realidad y la ficción, la trama lo había conquistado, como una evasión de la dura realidad, el miedo y la angustia crecían como una enredadera que se le agarraba a la garganta y lo ahogaba, la ventana ahora era una trampa mortal, rodeada por los noctámbulos del mal y ella no advertía el peligro. En un instante se detuvo el mundo, se había metido en la película como si fuera un cuerpo extraño.

Vicente sentía la angustia de no poder salvarla de las garras de aquel mamífero con capa, de no poder ser un héroe y rescatarla de la ventana tan alta, esa que para él a veces era la salvación, él era un héroe contrastado en la huida. Cuando en el comedor del colegio les ponían una película del lejano oeste y de indios, al acabar, los encerraban y les obligaban a escuchar misa celestial, y él parecía huir de los crucifijos como un vampiro atado por una ristra de ajos; cuando terminaba la cinta cinematográfica, se escapaba huyendo por la ventana para no quedar atrapado en aquella trampa mortal de la culpa y la expiaba en la tapia de la escuela que también saltaba, hasta encontrar el aire libre, el campo abierto donde respirar y aliviar aquella opresión que sentía en el pecho; no le gustaba que nadie le obligara a asistir a una liturgia que no acababa de comprender, y cuando la escuchaba, solo lo agobiaba.

La ventana estaba pintada de blanco con trazos gruesos de brocha gorda como el papel de estraza, con cal de Morón como el resto de la casa. Drácula dio con sus quijadas en las hojas de la ventana, rodaba por el suelo y con la agilidad de la maldad se

rehacía, levantaba el vuelo y volvía a la carga.

De pronto, se produjo lo que todas las noches ocurría más de una vez, un corte de la cinta cinematográfica. El proyector rompía la fina película del celuloide y la pantalla se quedaba en blanco y todos rechiflaban, gritando al operador, aquel dios barbudo del que renegaban cuando la tecnología fallaba; el insulto era la menor de las blasfemias que se escuchaban, estaban en lo más emocionante de la noche. Y que Casimiro, el operador barbudo del proyector, les frustrara ese momento, era imperdonable, y todos renegaban de aquel gran maestro, que en ese momento era el culpable de romper aquel placer interruptus, en medio dela acción; por ello se convertía en el villano más deleznable; si había que condenar a alguien no era a Drácula, sin duda el linchamiento sería para él, como a un Barrabás al que no libraba ninguna decisión popular.

Vicente lo vivía de una forma diferente, para él era como despertar de un sueño, el corte del celuloide en aquel momento tan crucial fue un alivio y Casimiro era el héroe que salvó a Nuria, su gran amor, de las fauces de Drácula; a él lo rescató de una pesadilla terrible y del agobio que sentía.

La pantalla se quedó vacía, como un espejo sin reflejo, una luz potente la iluminaba y aparecían como unas sombras chinas de unas tijeras cortando la fina película, que Casimiro a toda prisa y con la manifestación de protesta popular jaleándole, intentaba reparar; mientras, el rostro de Nuria estaba aterrorizado por la gran pitada del público. Se quedó paralizada, como si tuviese la mente en blanco, estaba encandilada, como un conejo hipnotizado por los faros de la noche, ocupando toda la escena como la actriz principal de su vida que había olvidado el guión, que no sabía qué decir y no podía ni gritar.

No paraban de increpar a aquel dios barbudo de Casimiro, al que a veces se le rompía el celuloide trasparente, ese material translúcido que unía las escenas y los fotogramas de la vida cotidiana y urdía los entresijos con la película de cada día. Ese viejo, regordete, calvo y con barba, que hacia el milagro diario de iluminar los sueños de cada noche con una película que a todos encantaba y

con la que Vicente sufría.

El corte cinematográfico hizo feliz a Vicente y aplaudía; aunque todos los demás insultaban al operador de cine. Para él, era un gran héroe que había salvado a su amada de aquella pesadilla, y los demás rechiflaban e insultaban porque se les había roto la ilusión de las fauces de aquel fantasmón que se deshacía, cuando aparecía la luz, como si fuera la luz del día que lo desintegrara; bien es sabido que los vampiros a lo que más temían, mucho más que a la estaca, era a la luz cuando amanecía. Aquel deslumbre fue como una toma de conciencia que evidenciara una fantasía dolorosa e inconsciente que se apagaba en el reflejo de sus traumas y que se curaban como una catarsis del horror que veían en la pantalla.

Nuria cayó al suelo, desmayada, con la ventana abierta. Vicente corrió a auxiliarla hacia la puerta de su casa, era el único que se había percatado de que algo raro ocurría. Llamó con fuerza a la aldaba. Cuando la madre de Nuria abrió, Vicente, subió las escaleras como una centella, saltando los peldaños de dos en dos; la encontraron en el suelo, en su habitación, inconsciente, revoloteándole los gritos, los insultos y los silbidos por el rostro como si fueran murciélagos nerviosos, rodeada de pánico. Vicente le espantaba a manotazos los espectros. Los vampiros de la noche huían de aquel plato de ciencia ficción, ella quedó como en una secuencia rodando por el suelo y con dos incisiones en el cuello de donde le brotaban dos regueros de sangre.

Vicente temía haber llegado tarde en su afán por auxiliarla, que el film se redujera a un tráiler como por encantamiento, que todo ocurriera en menos que en un sueño; ante sí se le ofrece otra visión, que es demoledora, como un naufragio de todos sus sentimientos. Lo primero que hace es cerrar la ventana, para que no volviesen a entrar las luces del peligro. Restableció la pantalla para que no entraran los enemigos chupasangres. Aquellas sanguijuelas cobardes que le sacaban toda la sangre y la dejaban con una anemia sonámbula que la arrastraban a fantasías peligrosas, a pesadillas caníbales en las que le mordían condes con hambre.

Ella intentaba buscar aliento, con su boca silenciosa, buscando

palabras que no le salían del alma, no llegaban al aire y quería decirle algo que lo resucitara del interior de sus sentimientos, que lo rescatara del desastre de verla en ese trance.

Vicente quedó como en una cámara oculta, hechizado por un beso que nunca había dado; la persona idealizada estaba ausente; no siempre acaban las películas con un final feliz; esa noche estaba en un conflicto con las historias hermosas que a veces acababan mal.

En aquella escenografía de cartón piedra, Vicente se convirtió en un enfermero improvisado que no sabía su guión, puso sus dedos en su cuello para contener la hemorragia de aquella alucinación.

La fugacidad de los momentos corría, los dejaba con un sabor ausente, como si en aquella atmósfera irrespirable se palpase el olor de la muerte a la que se le adelantaba la sirena de la ambulancia y su ulular le sirviera de eclipse, con su gálibo apartando obstáculos y confundiendo luces; giraba tan rápido que hipnotizaba a algunos infelices. Nuria seguía en estado inconsciente, elaborando la fantasía de los fotogramas, y en estado crítico, impactada por las imágenes del cielo nocturno y como si el argumento de su vida se fuese desvelando.

Cuando llegan los profesionales, él tiene que salir de escena, baja de nuevo al cine, la película había terminado. Cristóbal cambia la cartelera por la del día siguiente. Nuria sigue dormida, se apagan las luces, el gálibo amarillo destella en la noche, rodeado de la angustia que alumbran las ambulancias. Y la ventana de Nuria ahora está encendida, como una bujía que ahuyentaba las sombras poseídas por la luna llena, con su lívido rostro astral.

Está iluminada como una antorcha efímera que quema el aire del desasosiego. Vicente se refugia debajo de una tenue farola con sus rayos peleando en la oscuridad; allí su esperanza de llama agónica espera, quemando las alas de los parásitos y las capas de los aparecidos ladrones de energía. Su mirada permanecía fija, como una vela prendida en la pantalla celeste del universo de aquella sala de verano a cielo abierto.

Se perdió el final, ese nunca se sabe cómo llegará, Nuria siguió con su sonambulismo toda su vida y él enamorado de su mejilla. A

él le contaron que habían descubierto la forma de poder matar a un ser inmortal y era clavándole una estaca de madera en el corazón que le destrozaría esa angustia perenne de la eternidad. Y él cogía todas las estacas que veía para darle un golpe mortal a su tiranía, tiraba de ellas hasta que caían y las guardaba por si algún día, este bribón o sus descendientes aparecían. Mientras tanto él desde ese día tendría una espina clavada que le hacía vagar por su fantasía todavía.

IX

Matilde Corrientes, la hermana menor de Margarita había venido a poner orden en aquel desbarajuste, a recoger objetos y cajas, todo lo que pudiera salvarse de aquel desastre. Comenzó a recoger todos los restos del frustrado asalto, que nadie se explicaba cómo se había desarrollado. Le reñía a su hermano Rafael Corrientes, que era tío de Encarnación y estaba en un carrito de ruedas; le reprendía por el desorden de papeles y libros que siempre tenía, que él le tenía prohibido ordenarlos. Solo él se orientaba en aquel caos y Matilde lo picaba diciéndole que tenía síndrome de Diógenes. Él se reía, pero cada vez que ella le ordenaba algo, no encontraba nada, eso lo desesperaba, así que era mejor que siguiera todo revuelto y prefería que siguiera relatando hasta que se cansase, por falta de eco, predicando en el desierto de su hermano insensibilizado de medio cuerpo e insensible a sus reclamos en el otro medio. Pero esta vez, Matilde Corrientes entró a fondo en la reestructuración del orden familiar y todo lo puso patas arriba y lo volvió a colocar. Con su lógica cartesiana, aprovechando que los ladrones entraron a saco y no dejaron en pie nada de la realidad ni del orden establecido por nadie, ni siquiera por el inmovilista de su hermano Rafael, tenía la coartada perfecta para meter mano a aquel microcosmos con los papeles mal distribuidos, según su peculiar percepción.

Llegó el fontanero a revisar las tuberías, buscando la avería o el atasco. El hombre estuvo revisando todos los grifos y no veía nada anormal, todo funcionaba correctamente, solo intercambiados de temperatura. Seguía saliendo agua fría por el lugar de la caliente y

viceversa; por lo demás, probaron todos los grifos y ya no salía vapor, ni neblina que pareciese humo, ni echaba nubes con formas de figuras, decía: «que eso le parecía muy raro; que ni con varias copas de aguardiente lo veía», era la primera vez que el fontanero oía que eso les pasara a las cañerías. Matilde que era una mujer guapísima, parecía de las que pintaba Julio Romero de Torres, se encaprichó con el adolescente que acompañaba al fontanero, su ayudante inexperto, que al menos estaba sobrio; era un chaval tímido, de buen parecer y dotado de la belleza de la luz de la juventud. Se embelesó de tal manera, que el pobre chiquillo estaba abrumado con tantas atenciones; le preparó un bocadillo, le regaló unos zapatos nuevos y por lo guapo que era, varías camisas.

—Anda, deja ya al muchacho que lo estas sonrojando —dijo Rafael.

—Pero no has visto lo guapo que es.

—Vale ya, págale al hombre y deja al chiquillo tranquilo, que podrías ser su madre.

El fontanero no quería cobrarles nada, porque nada tuvo que arreglar, ella insistió y él le dijo que ya lo invitaría a un café otro día Don Rafael o Francisco, en el bar del Fin del Mundo.

—Bueno, pero al niño le doy una propina, para que invite al cine a las niñas, que las tendrá a todas locas.

Curro cogió la propina, mientras miraba el escote de Matilde e imaginaba los pechos blancos y lujuriosos de aquella mujer que lo llenaba de atenciones, al mismo tiempo que le salían unos deseos libidinosos de darle un beso que él contenía en una batalla interior. Matilde no sabía cómo había disparado la ebullición de los deseos que Curro contenía a duras penas. Ella le zampó dos besos en las mejillas, diciéndole que era un rompecorazones y que volviera cuando quisiera, que se lo iba a comer a besos, mientras le daba una bolsa llena de regalos; él no estaba acostumbrado a tantas atenciones, no sabía cómo interpretarlo.

—Ha tenido éxito, el niño —dijo el fontanero.

—¡Vaya que sí! que es guapo a rabiar, el canalla —contestó Matilde.

—¡Vale ya, Matilde! te estás poniendo pesada con el niño. ¿Qué vamos a comer? —le preguntó Rafael.

—Hay pescadito blanco, como no puedes comer grasas ni sé cuántas cosas más, así tienes el carácter tan agriado. El colesterol y el azúcar te tienen amargado y con lo poco que comes parece que te alimentas del aire. Te digo una cosa, desde aquí, desde el ojo de patio de la cocina, está entrando un olorcito a chícharos que quita el sentido. Voy a poner a mi madre aquí, que yo sé que va disfrutar como en un banquete, luego le quitaré las espinas a la merluza para que goce con el sabor del mar que también le gusta.

—¿No ha venido todavía el Calambre? —preguntó Rafael.

—Se habrá entretenido en el bar del Fin del Mundo, pero tiene que arreglar el enchufe y las demás cosas que se han roto. Sin él no podemos terminar de recoger tanto desastre. Estamos sin luz y no voy a poder ver la telenovela latinoamericana, que a mí me gustan los culebrones.

—Estás enganchada y la tele está absolutamente quemada.

—Cada uno tiene sus vicios, en la habitación de Margarita hay otra pequeñita.

Rafael, mientras, se fue a la ventana del ojo de patio, Matilde se fumaba un cigarrillo y se dispuso a apagarlo. ¿Te molesta el humo Rafael?

—No.

—Como está tan prohibido el tabaco en estos tiempos y hay gente a la que le molesta, no sabe una si acierta o no, con este placer fugaz que se va como el humo.

—Eso son los que lo han dejado, que lo llevan peor. A mí me lo quiso quitar el médico cuando tuve la bronquitis, pero yo nunca he fumado, nunca le he prestado atención, nunca me ha gustado, nada más por no ir a comprarlo, y no estar pendiente de encender, de las cenizas, de apagarlo, me da una pereza, que ni se me ocurre fumar, además que el sabor del humo es tan fuerte que no puedo con él.

—Todo es acostumbrarse, la verdad es que siempre fuiste un poco raro Rafael.

—Sin embargo, me gusta la postura, el punto de apoyo que

supone el cigarro, a veces cojo un lápiz y me sale como si estuviera fumando. Reflexiono mejor, pensando mientras doy una chupada al lápiz y las ideas como el humo imagino que merodean flotando, como musas etéreas, formando círculos ascendentes de humo.

—Ya te veo, a veces, pero te veo tan absorto, que pienso que estás fumando de veras, como estás tan pirado.

—No es eso, es como un pilar de soporte donde se sustenta uno mentalmente, para construir toda la arquitectura intelectual del pensamiento de un momento.

—Así es de quebradiza tu cabeza, si se apoya en eso, menudo punto de apoyo, en algo que no existe, todo tu mundo mental se apoya en una entelequia etérea que se esfuma por los aires; como si no fuese bastante poco solido el punto de apoyo, además imaginario, lo tienes claro hermanito.

—Anda, fuma lo que quieras y no enredes más, liante, que eso es lo que eres.

—Venga Rafael, deja ya de alimentarte del aire y de ensueños, no vas a poder comer con más sustancia que la del líquido que bulle en la olla, de la que solo te llegan los gases, pero huele que alimenta.

—Es su forma más elevada, más espiritual.

—Que tienes más pájaros en la cabeza que la canaria que está en la jaula.

—Ya está aquí el Calambre.

—¿Qué ha pasado aquí, Don Rafael?

—El televisor, que parece que esta noche ha salido de su sitio y quería matarme el aburrimiento y no se le ha ocurrido otra cosa que andar por el salón con explosiones, pegando chispazos, cargándose los enchufes, las instalaciones y no sé cuántas cosas más. Y la lavadora también se ha vuelto loca, dando vueltas por ahí y destrozando todo a su paso.

—Por aquí parece que ha pasado un vendaval. El televisor no tiene arreglo.

—Ya. —Milagros no hago. Hay que tirarlo, no sirve ni para chatarra.

—Pues hágase, procede y un trasto menos.

—El enchufe, el magnetotérmico, el diferencial, las bombillas rotas, esto le va a costar una pasta; vaya desastre. Lo primero es encontrar el cortocircuito, tengo aquí el polímetro que será el chivato que nos cante dónde está el problema.

—¿Quieres picar algo, Calambre? —le ofreció Matilde.

—No, gracias, me he tomado tres copas de coñac y dos de aguardiente y el estómago se me cierra.

—Así estás tan canijo.

—Luego me tomo una litrona de cerveza y ya me quedo harto, no me entra nada más en el estómago.

—Pues come tú Matilde —le dice Rafael—, que por lo menos disfrutemos viéndote comer, viéndote la cara de placer, la cara de alguien que disfruta con la comida.

El Calambre comprobó el magnetotérmico y el diferencial, estaban bien. —Don Rafael, voy a quitarlos para arreglar el enchufe —. Probó e iba bien.

—Ya solo queda la bombilla que explotó —dijo Rafael.

—A ver, solo tiene el casquillo quemado —dijo el Calambre. Lo fue a coger, se olvidó de volver a quitar el diferencial y le dio una descarga, un calambrazo que lo dejó pegado. Rafael intentó arrancarlo del casquillo, pero no podía, le tiraba de los pies dándole calambre a él también, y se queda pegado también, las ruedas del carrito echaban chispas. Recibió una descarga eléctrica descomunal que le llevó a una especie de túnel de luz, como si él fuera todo una instalación de luz, un resplandor que brillaba en el metal de su vehículo que parecía espacial, a una velocidad infernal en fibra óptica como un superconductor en el que se había convertido el Calambre volatilizado con tanto alcohol en sangre; se sentía como un cable pelado borracho, con la tensión elevada, con los colores subidos y disparados, se había convertido en un guziluz tullido, viéndolo todo con una alucinación eléctrica donde el nivel etílico parecía descomponer aquel final del túnel interminable en un círculo iris etílico y cromático roto por el apagón del magnetotérmico al que había procedido Matilde.

El Calambre antes de caer desvanecido, le gritaba:

—¡Apaga el magnetotérmico, Matilde!

—No sé cómo va esto ¿a qué le doy? —Le da a todo y se cortó la corriente. Cuando dio Matilde con la tecla, ya el Calambre iba en volandas, todo iba sobre ruedas por el cielo, se le aparecen unas revelaciones, una luz cegadora de al menos tres mil voltios y se queda en el limbo, prendado de aquella encandiladora luz. De pronto, los dos cayeron al suelo, permanecían tumbados, como dos pollos asados y enrojecidos. Matilde llamó a una ambulancia y a los dos los llevaron a urgencias en la misma ambulancia, llegaron al hospital universitario. Matilde iba con ellos.

Los atendieron rápido y los pasaron a planta, los dos vendados en la misma habitación, bien quemados, chamuscados y doloridos.

Rafael, ya despierto, dopado, con calmantes poderosos y con la voz entrecortada le dice a Calambre:

—Recuerdo a tu padre y las travesuras de cuando éramos pequeños; le metíamos una varita a un avispero y todas la avispas venían hacia nosotros y nos picaron por todas partes; a eso me recuerda este avispero que nos ha atropellado, a un montón de picotazos con efectos especiales, mezclados con truenos. ¿Tú te acuerdas de tu padre, no?

—Lo tengo grabado en el pecho.

—¿Será en la mente?

—No, es un tatuaje, mira, se abrió la camisa del pijama y le enseñó la parte superior del pecho, entre los apósitos y los vendajes, aparecía una figura de trazo azul dibujada.

—¡Coño! Pero si es Eugenio, el Calambre padre.

—Murió pegado a un cable de alta tensión, en un poste metálico de corriente de alta tensión. Y nosotros hemos estado a punto de palmarla también en esta aventura sin arreglo. La avería no la hemos podido reparar del todo, pero de esta nos hemos librado y podremos contarla en el bar.

—Es un consuelo —dijo Matilde— menos mal que aquí en la habitación, al menos, he podido ver la telenovela, si no se os cae el pelo a los dos, os corro a escobazos. Menos mal que Luisa la vecina se ha quedado a cargo de mi madre y Francisco por fin ha llegado y

ha continuado con el adecentamiento, y lo siento por ti Calambre, pero mi cuñado es un desaborido y ha llamado a la competencia. El Voltio se ha cubierto de gloria y al casquillo asesino que por poco os mata, lo ha cambiado de destino y lo ha tirado a la basura, ya no da más la lata.

—Lo que hace uno por que le acompañe una mujer guapa, Don Rafael. Yo sí que estoy en la gloria con que tú me acerques a la boca un poco de agua, cuándo me voy a ver yo en otra mejor.

—Lo del calambrazo no habrá sido a propósito. Calambre, que te pongo en el suero algo venenoso y lo arreglo —comentó Matilde.

—No, pero te veía andando por allí y me ponía nervioso, te miraba y ya no me concentraba.

—Calambre, que tú no estás de muy buen ver, estás muy dejado, cuando caigas en manos de una buena mujer, te van a rifar. Con lo manitas que eres y la electricidad que desprendes, con cinco kilos más, te pones como un pincel, un adonis con el que poder pasear por ahí, y la envidia sube en el valle más que el colesterol en la feria de la matanza.

—Eres el galán más embalsamado del hospital —dijo Rafael.

—Menos mal que no hay quien me calle y Matilde tiene gracia a espuertas y bondad hasta en el talle.

—Por lo menos alguien puede ir acompañado al baile —dijo Rafael.

—Mucho se tiene que reformar este, aquí hay mucha mujer para esos brazos de alambre —aclaró Matilde.

—A ver cómo quedamos después de esta, achicharrados como estamos, el linitul hace milagros, pero te veo dejando el coñac y las litronas, por algo más dulce y menos abrasivo por dentro —insistió Rafael.

—Un poco de amor no le vendría nada mal a ese cuerpo —dijo Matilde.

—Yo no digo nada más, que me pillo los dedos y acabo enamorado de tu hermana, toda la vida cruzando miradas, de reojo observándola, me sentía indigno de tanta belleza.

—Oye que estoy aquí presente —saltó Matilde— te voy a decir

que tú siempre me has hecho tilín, desde que éramos niños, pero te he visto siempre tan distraído, tan abandonado, tan falto de cariño, tan peluso y desaliñado, aun así siempre me has gustado, aunque te he visto siempre muy triste. ¿Te gusta que te cuide?

—Tus manos son las puertas del paraíso.

—Estas inmovilizado y no hay nadie que eche una mano. Mi hermana Margarita está para que la cuiden, ella ahora no puede ayudar. Mi cuñado, un zángano integral, embobado con las fotos. A Rafael ya lo ves. Mi madre con esa enfermedad terrible que no se acuerda de nada, así que como no tengo nada que hacer, qué voy a hacer, te cuidaré. Pero cuando te restablezcas, que lo harás por la cuenta que te trae, me tendrás que compensar.

—¿Cuál es tu sueño?

—Viajar, así que prepárate, me vas a tener que llevar al fin del mundo y no precisamente al bar.

—Lo que da de sí un buen chispazo. Menos mal que me dedico a esto de la electricidad, pero las emociones fuertes están aquí en el hospital. ¿Usted no dice nada Don Rafael?

—Me he quedado mudo, estoy sin palabras, dos momias aquí chamuscadas, que no nos podemos mover y están saltando chispas.

Olvido Rodríguez, la abuela de Encarnación tenía la enfermedad de Alzhéimer, no reconocía a nadie, ni a sus hijos ni a sí misma, ella había olvidado hasta quién era. El pasado era un mundo irreal, ya no existía para ella, su identidad se apoyaba en sus recuerdos y estos ya no eran reales, todo había cambiado; de alguna manera su olvido era una forma que tenía de negar la realidad, ella extiende una niebla perpetua sobre su pasado, una penumbra vana sobre su vida cotidiana, y una sombra anodina sobre sus motivaciones. El mal que le aquejaba era cruel, la dejaba despojada de su memoria, no se acordaba ni de su nombre y no sabía en qué lugar perdió su identidad.

Pero el cerebro humano es un lugar inquietante, inhóspito, lleno de ocultos secretos y misterios de los que aún no conocemos muchas de sus estancias, el vacío está lleno de recuerdos olvidados, de habitaciones pintadas, de imágenes proyectadas a las paredes del

cerebro que a veces se abren como una sala oscura de cine iluminada. La abuela Olvido no consigue tapar al fantasma del pasado, que se ha vuelto recuperable; a veces, muy pocas veces aparecía un destello fugaz, un intervalo lúcido lo llaman. Ella de forma espontánea y sin que nadie lo esperara, se preparaba para conectarse con su pasado, ella sabía que el futuro ya llega trágicamente, hubo un momento en el que aprieta los dientes y parece hacer un viaje venciendo el miedo al vértigo y atraviesa una barrera en su mente, y se encuentra en un viaje trepidante por un laberinto, por los entresijos insondables de la mente humana y se abre alguna ventana que daba a algún patio que recuperaba la memoria de un pozo de agua clara que refleja el viaje de una amnésica a lo más profundo de su memoria, una luz explosiva intermitente que lucha para sacar su interior, algo importante que en su existencia aconteció. Era un reencuentro con la esencia de su memoria, no se habían destruido todos los archivos como todo el mundo creía, ella vivía en un limbo, con un gran vacío interior, con el enigma de quien estaba perdida en el nirvana, en una paz ausente en la que se mantenía. Pero parece que tuviera un último intento de viaje en el tiempo y pusiera en marcha una máquina que la transportara a sus recuerdos.

Aparecen relámpagos, imágenes fugaces de su memoria, entre tormentas chocándole sus neuronas en la cabeza, intentando aflorar impulsos interiores, que intentan ver la luz de sus espacios oscuros, la cámara de su mente parece rebobinar, resucitando la sensibilidad como en un poema, los veneros de agua de su cerebro parecen canalizar los cambios que quieren ver la luz, que empujan desde su interior.

Su memoria despertó y empezó a recordar cosas, los recuerdos llegaban lentos, como chirriando en su mente, como si estuvieran oxidados todos sus circuitos, pero los recuerdos dolían, eran como las compuertas de una acequia que habían sido bloqueadas por una presa hecha por nutrias salvajes, que obstruyen las neuronas y no dejaban volver al pasado, ese que se había ido de forma irreversible con su infancia y su juventud, ya sabía que jamás volverían; pero algo

consiguió desbloquear los diques y la presa no pudo contener más tantos recuerdos ahogados y se le van escapando por unos canales secos y llenos de fango, por los que la imágenes tardaban en fluir y se veían turbias y lejanas, como una corriente que empezaba a inundar la cabeza secada por los electrochoques de vida y las vivencias angustiadas: se le venían sus muertos a darle aliento, sus travesuras a escondidas que nadie aún había descubierto, sus amigas con las que cuchicheaba con soltura, la mujer que nunca había olvidado del todo, llenándola en todo su contexto, los sentimientos que estaban bloqueados tras un muro de frío y detrás de una anestesia que impedía sentir la angustia que llevaba arrastrando, como una mala pasada que la vida le jugaba, pero también la alegría de vivir, sus secretos inconfesables, su primer amor que nadie sabía quién fue, sus crímenes fantásticos que nunca ocurrieron, pero a más de uno le echó la cruz, con un mal de ojo como si fuera un sicario asesino que nunca contrató, pero no le faltaban ganas de hacer un encargo y eliminar a algún que otro malasangre que por ahí andaba.

Al padre de Encarnación le tocó la tarea ingrata de intentar entender lo que allí había ocurrido, por qué los ladrones habían causado tantos desperfectos si no se habían llevado al final nada. En su vida todo era extraño, no encontraba la secuencia lógica de los acontecimientos, todo le sobrepasaba y en el laboratorio de fotografía que estaba en el sótano, todo estaba intacto, para él era lo que más valor tenía. Él se ganaba algún dinero revelando los acontecimientos sociales y haciendo chapuzas en bodas, bautizos, comuniones y otros eventos.

Recogiendo los tiestos de la batalla entre Encarnación y los ladrones, le acercó a la abuela Olvido el retrato del abuelo sin el cuadro que se había roto ni el cristal que lo protegía del tiempo y del polvo, ella abrazó la fotografía de su marido, con una fuerza que tenía guardada solo para él, escondida en lo más profundo de su ser, después de cincuenta años muerto, tuvo un intervalo lúcido y recordó lo que todos creían que se había llevado esta terrible enfermedad para siempre, la amnesia hacía años que había borrado todo rastro de su pasado y de pronto, todos se quedaron atónitos,

parados, todo el mundo se detuvo perplejo, todos dejaron de recoger por un momento lo restos de aquel naufragio, ella gritaba con ahínco:

—¡Ay, mi Antonio! ¡ay, mi Antonio! —aferrándose a él como si se lo fuese a arrebatar el olvido de nuevo.

X

Encarnación García Corrientes quería estar pendiente de su madre y de su abuela a la vez; de su propio cuerpo que lo tiene fuera de órbita y no sabe por dónde anda; su padre le preocupa menos, anda casi siempre refugiado en su cuarto de los revelados, sumergido en el sótano de las fotografías, perdido entre imágenes; para él ella era como si no existiera, no le prestaba mucha atención, está tan imbuido en su mundo subterráneo que se olvida de la vida y a ella prácticamente no la ve, se choca con ella y él sigue en sus asuntos, arrancándole imágenes a los rollos de celuloide. Su tío Rafael Corrientes en el carrito de ruedas, sin piernas, necesitaba ayuda en todo momento, y ella, siempre alerta, le traía un vaso de agua cada vez que le notaba los labios resecos. Seguía en el hospital recuperándose del calambrazo familiar; su tía Matilde iba y venía, se multiplicaba, también estaba pendiente de Rafael, del Calambre y de su abuela Olvido que seguía perdida, sin recuerdos, a excepción de algunos y esporádicos intervalos lúcidos que dejaban a todos desconcertados.

En realidad ella hacía lo que podía, se desdoblaba, se multiplicaba, pero su madre convaleciente no podía hacerse cargo de una tarea tan ingente y ella no daba abasto, menos mal que tenía recursos, redoblaba esfuerzos y aparecía en todo lo que se necesitara.

Ella conocía algunos secretos sobre la ubicuidad que desconocían los demás, sabía en el fondo de su inconsciencia profunda que a veces con su intuición consciente, aparecía disfrazada como una especie de superstición, como una sabiduría

natural que se aprende al nacer y que no se sabe muy bien por qué cuando se crece se convierte en ignorancia, y era que estar en dos lugares a la vez era posible, en el asombroso mundo de lo infinitamente pequeño, y ella se consideraba infinitamente pequeña, acababa de nacer; esto de la mecánica cuántica es difícil de entender, pero ella tenía desarrollado una grado de conciencia especial, entendía cómo funcionaban los hologramas y cómo en el mundo de las cosas pequeñas existen otras reglas del juego, todo un universo de misterios y contradicciones, y se podía estar en dos lugares a la vez y al mismo tiempo. Es un poco paradójico pero ella parecía que lo llevaba bien, era conocedora de cosas de la realidad que nadie podía ver, y jugaba con la antimateria como un físico y no como podía hacerlo un bebé.

Parecía que no era de este mundo, que no era humana, veía las cosas antes que cualquiera, siempre iba por delante de los acontecimientos, parecía una alienígena, como si fuera todo inconsciente completado con la máxima conciencia, era como si fuese la primera extraterrestre de la tierra, era todo espectro, un espíritu libre sin domesticar, un aura de energía que la rodeaba y que cualquier ser sensible la notaba, una entidad ondulatoria que era toda inteligencia, algo inmadura, nadie es perfecto, y era como alguien indescifrado, precursora en saber que cada niña se inventa a sí misma, sabe que no existen modelos a seguir, que los maniquís inquietantes pueden ser algo diferente a lo que se puede percibir, algo puede ser siempre otra cosa distinta de lo que parece y ella proyectaba todo su ser, todo su mundo lo lanzaba al exterior y eso es lo que se ve.

Era como dos niñas a la vez, estaba en estado de gracia, pese a la distancia en que se encontraban, ella tenía una fuerza increíble e inagotable.

En el fondo de sí sentía una disociación, se había escindido de su cuerpo, sentía una necesidad profunda de reconciliarse con su propio cuerpo y al cuerpo no se le puede engañar, parece como si estuviese en el interior de una burbuja, hay una muralla que la divide, necesita derrumbar esa muralla, mientras ella a su vez está

lejos llorando, como dos entes aparentemente diferenciados, insuflada de este prodigioso estado.

Vivía con cierta perplejidad los trastornos que le producían sus frecuentes cambios de forma, ella sabía que todo se transforma, nada se crea ni se destruye, todo es metamorfosis, cambio, continuo fluir, todo es información, todo es energía. Sus intentos acaban con frecuencia en fracaso de adaptarse al tamaño de los que la rodeaban y a la ubicación en las dimensiones espaciales de las cosas, para que no se le distorsionara su imagen corporal; a veces, se sentía infinitamente pequeña, diminuta, y otras se sentía omnipotente, le daba por la megalomanía, se sentía como una gigante de mente rodeada de liliputienses con sus cabezas minúsculas y descerebrados que viven en otro tiempo con el corazón roto y una esquizofrenia sin control.

Encarnación vivía como dos instancias de sí divididas, como una pareja repartida, en una inescrutable trascendencia separada. En este trasiego más allá de reflejarse en su espejo, ella flota con su aura desnuda, sin la piel de bebé; también llora aunque no se la oiga, algunas de sus lágrimas se le caen y casi se desintegra, a veces se la ve, se la siente lejos, llorando en estéreo como dos altavoces interconectados, inalámbricos, que resuenan en entidades diferentes, como un eco se derrama en un sentimiento abrumador de verse en la infinitud extremada.

Se enciende como la gloria, como se enciende un hipogeo romano, pero sin necesidad de leña, se envuelve de calor como un hueco de ladrillos macizos de un barro etéreo que contiene el fuego a su alrededor; le podían las injusticias, se enojaba de tal manera que echaba chispas.

Mientras, su tía Matilde empezó con sus manías, era un poco caprichosa, ella tenía cosas extrañas, a la hora de recoger aquel desastre producido por aquella batalla campal con Vicente, decía:

—«Yo limpio lo que ya está limpio, no esta pocilga». —De lo gordo ya se encarga su hermano Rafael, que iba con su silla de ruedas como si fuera un vehículo de la limpieza pública en funciones de recógelo todo, dando viajes al contenedor, como porteador de

bolsas llenas de destrozos.

Matilde echaba la bronca por doquier, como un manijero que tenía una gran cuadrilla a su cargo, tenía una autoridad con mando en plaza a la que solo le hacía caso su hermano:

—¿Quién ha tirado el papel a la papelera? —gritaba, mientras su hermano se quedaba perplejo y respondía:

—Pero no ves que aquí todo va para la bolsa grande, no se van a hacer las cosas dos veces.

—Ya sabes que yo miro, pero no lo veo.

Después ocurrió lo del calambrazo y todo hubo que resituarlo.

A Encarnación le gustaría creer en las reencarnaciones, ella se acerca a un mundo ignorado, de algunos aspectos intuye los perfiles desconocidos de los relieves exteriores, ella da un paso hacia otro plano, más allá de las imitaciones, como un pequeño duende empieza a intuir cómo se llevan a cabo las transposiciones, toca con su intuición una dimensión nueva, donde presiente una forma de saber que solo ella conoce.

Mientras, su tía decide qué va a lavar previamente, antes de tirarlo a la basura. Todo lo que había en la lavadora y que se ha destrozado en la batalla, se ha hecho polvo, hay que tender y dejar que se seque, no vaya a pensar mal el basurero, y crea que no es porque se han estropeado y no sirvan ya. No se vaya a pensar que tiramos las cosas sucias. Las cosas podrán deteriorarse por su uso o por viejas, no porque no sean dignas. Estas eran las cosas de su tía Matilde, que era muy peculiar, pero tenía un gran corazón.

Encarnación nació un día gris. Cuando fue dada a luz la tristeza la rodeaba por todos lados, le acaba de caer una gota de agua como una señal que anuncia la llegada de la lluvia que le ha refrescado la mente y ha abierto las compuertas del recuerdo, como si fuese una lluvia de estrellas que le iluminara su firmamento interior; el universo podría ser un revoltijo, una confusión inmadura, como el cuerpo de un bebé flotando en un montón de basura sideral, un caos que desconoce sus límites y sus cualidades. Cuando abría la escotilla de su mundo interior aparecen su memoria fotográfica, una gran capacidad de concentración y su capacidad de poder hacer varias

cosas a la vez; tiene sensaciones extrañas en sus fluidos corporales, tiene calambres y descargas mentales, hormigueos y cosquillas cuando se pone nerviosa; no para de asociar ideas, siente cómo le afectan los afectos, el calor y el frío, tiene pinchazos en la garganta, tiene cualidades especiales, gracias a las cuales descubría elementos de la realidad que nadie podía ver. A veces parece que se desvanece, cambia de forma, tiene alucinaciones constantes y delirios creativos, ve todo lo que se genera en su propio cerebro como una realidad, no puede dejar de pensar, tiene conductas extravagantes y mente escindida, ella también estaba un poco loca, disociada y repartida en lugares distintos.

Ella maduraba la forma de llevar con arte aquellas cualidades que le había aportado su nacimiento acelerado, convivir con los fenómenos extraños, siendo una cerebrito que piensa más allá del talento, con su conciencia desbordante, que se deja fluir cuando nadie la ve y su inconsciencia incontinente, que llegaba y se entrelazaba con todo lo que le rodeaba.

Todavía era un poco inexperta y los sentidos no los dominaba con soltura, se dejaba inundar de los olores de la música, con el olor a veces comía, probaba sabores respirándolos. Encarnación se acercaba al balcón, allí encuentra el placer más grande del mundo, desde allí olía a pasteles, un olor que la inspiraba de forma profunda y dejaba que la inundara, como si tuviera su pecho y su abdomen, mientras estos estaban lejos de ella; notaba cómo alimentaba el oxígeno dulce de la mañana, con su aroma de miel y tocino de cielo. Le llegaban los bienmesabe como unas hondas electro olfativas que la imantaban, no se separaba del balcón para que no se le escapase ni un gramo de la dulzura que salía del horno, milhojas poblaban el aire por la chimenea de la panadería de enfrente, un humo dulce con el que se fundía, durante la noche y la madrugada olía a pan calentito, coscurrito y ella se hinchaba de bollos que florecían en el horno, esnifaba el espíritu de los dulces; la producción de la industria repostera se le mete por las narices, la inspiración y la expiración se convertían en un instante sublime de la evocación de sus olores que eran todos infantiles. Ella los saboreaba de una forma

sibarita y emulgía como la levadura levantada por el calor de las manos artesanas, es como si le hubieran prohibido los pasteles, los refrescos con azúcar, el alcohol y muchas cosas más, en unas cosas les hacía caso y en otras no, ya que no podía gozarlos con las papilas gustativas ni por el cielo de la boca inexistente ni por prescripción facultativa, ella buscaba un sustituto sublime que la llenara de sensaciones, así la glucosa no se le dispararía; cuando olía a caramelo que ella respiraba del cielo, por un rato se dejaba llenar por el olor del paraíso, después se tomaba una pausa del atracón de pasteles, se sentía satisfecha y descansaba cuando el fogón de la panadería daba una tregua.

Pero llegaba el mediodía y volvían los efluvios desde el ojo de patio de la cocina, por la ventana entraba un olorcito a lentejas que quitaba el sentido, no comía nada pero acababa empachada, había aprendido a alimentarse del aire, del espíritu de los conversadores, del aroma del café cuando bulle y se evapora su esencia y ella lo intenta retener también; se mezclaban los sabores y sentía la riqueza del mestizaje de los olores.

Desde su casa, se perciben los manjares de la cocina de María Trinidad, a través del ojo de patio emanaban los vapores de una olla de alubias blancas, el vapor que le llegaba a Encarnación era una entremezcla, donde ella separaba los olores, las sustancias y por un lado imaginaba la morcilla de cebolla que le daba en la nariz con su color de sangre desteñida, descolorida por la cocción, su chorizo ibérico que se distinguía con su color rojo intenso y su pimentón molido que se le metía por las fosas nasales, el laurel que tenía su sabor grabado a fuego lento en su memoria, como el sofrito de ajo, que era el arma secreta de la naturaleza, el pimiento verde y tomate con tanta sustancia que la tenía extasiada, la trasladaba a otro mundo, con grasa y con alegría, que ella añoraba.

Encarnación se alimentaba del aire y de ensueños, no va a poder comer con más sustancia que la del líquido que bulle del que solo le llegan los gases.

También alimentaba su esencia con su forma más elevada, más espiritual. Cuando oye música ve formas geométricas y haces de luz,

explosionan chirriantes de color, ondas de agua en espirales deliciosas y rayadas notas que alimentan de brillantes a las almas, con las emociones exaltadas saltándole en la piel rizada de todas sus glándulas.

Ella apoyada en un lugar de la tarde, donde las llamas de su ira a veces arden anunciando el clamor ardiente del sabor, con ojos plateados huele el dolor que desde que nació la ha rodeado.

El café que sube, sabe a siesta desperezándose, a sueño hervido en la ebullición de las noticias de la radio, a churros vespertinos merendando por el hambre, que huele a ayuno de sueños rotos, a dormidos catres desechos, a despertar sin besos, a rincones donde florecen los cerezos, a botellines de cerveza con mensajes escritos dentro, en el corazón de la cebada, que grita a resaca en las amargas borracheras de agua salada, en el mar de las palomas que llevan una anilla de papiro pidiendo auxilio a la carne ausente, a los abrazos insalubres que no se dan, que desafinan el cobijo necesario del ambiente, como un desgarro de los vínculos que vibran en una bisagra negra, como un portazo en los rincones de su desagradable soledad.

En ella, los sentidos tropezaban unos con otros, se contaminaban entre sí, impregnándose sin tocarlos; los sabores aparecían disfrazados de olores y surgen manchados los sonidos de colores, como una secuencia delirante de actos fallidos, continuamente confusos; a trompicones expresa sus frases llenas de errores, elevados fallos sin fin, es como si las sensaciones no supieran muy bien cómo canalizar los sentidos, no sabía a través de cuál debía canalizarlas, cómo poder gozarlas, desarrolló el gusto por la palabra hablada. Fluyen por su mente el agua azul de sus vocablos, puntos en perspectiva que se pierden en el horizonte y rayas horizontales hacia las que avanza, hilando ideas con la voz cálida con la que ella habla, disfrutando el tacto por la lectura con cualquiera de los libros que llevaba entre manos, con las gafas de su abuela que las olvidaba en la máquina de coser aunque ella no cosía, tenía la costumbre de perderlas siempre en el mismo sitio. Ella se las ponía y lo veía todo más grande, como con una lupa gigante; escuchaba el violín del

vecino con sus estridencias de mariposas revoloteándole, poblándole la mente de imágenes viajando en la cuerda floja de equilibrista aficionada, sin red, oliendo a tendones desengrasados, mira que ensayaba y ponía voluntad el chiquillo, pero chirriaba como las puertas viejas de su hogar falto de oído musical.

XI

Vicente Caravaca Valdemoro antes de ser maleante profesional y ladrón de baja estofa, era representante de diferentes artículos de ferretería, su obsesión por sustraer herramientas debe de tener algo que ver con esto, entre una caja de herramientas y cualquier objeto de valor, no lo dudaba, primero se llevaba la caja de los alicates y luego lo que se terciara, viajaba continuamente, trabajaba duro; durante la semana era muy responsable y diligente, era un joven que manejaba parné, hidalgo intemporal, acostumbrado a tener la bolsa llena de dinero venido a menos, vive de dar una apariencia, una imagen de sacar un buen fajo de billetes del bolsillo, vivía del pasado glorioso de su imagen irreal, de su dilapidado patrimonio personal, amasado en su deriva hacia la evasión y más allá; estaba pulido por su prodigalidad, desgastado por sus prioridades mundanas. Lejos ya de lo que ingresaba, el negocio empezó a estar desasistido y a no marchar como debía. Los fines de semana se desmadraba, se colgaba con distintas sustancias alucinógenas, se metía droga por un tubo, se iba a casa de su madre, se encerraba en su habitación de soltero, su madre le pasaba la comida por debajo de la puerta para no interrumpir la metamorfosis que su hijo sufría, también le pasaba el agua como si fuese un preso en una celda de castigo o en una cámara oscura donde ocultar el lado más tenebroso de Vicente, lo inconfesable, que ella escondía con celo especial y con un poco de asco. Era una habitación cerrada a cal y canto; detrás del giro de la cerradura se quedaba solo, encerrado en su propio mundo, enclaustrado en su útero materno y bajo llave, allí apartado del resto

del mundo, viviendo con sigilo toda su intoxicación; era su habitación secreta, su cuarto prohibido, donde habitan todos sus monstruos, todos sus asesinatos imaginarios, donde habitan todos sus traumas, allí vivía una inmersión de retorno a los infiernos, a las tinieblas oscuras, donde su pánico se manifestaba con una anestesia que daba la apariencia de placentera y alucinaba, se colocaba hasta los tímpanos, se subía por las paredes, se evadía de todo, se aislaba en ese paraíso de mentira que él mismo se fabricaba, se colgaba de imágenes alucinatorias, estaba enganchado a esa experiencia mística, a ese éxtasis donde solo encontraba su estado del bienestar, nadando en la alucinación de unas ubres virtuales, donde todo le daba vueltas, los sueños se le disparaban y aparecía el salvaje que levita en ese estado amniótico; se transformaba en un ser que había que esconder, que no se podía mostrar para evitar el rechazo, la madre lo escondía con sigilo, lo mantenía oculto en este cuarto oscuro; ese Vicente con sus debilidades no podía conocerlo nadie, no podía mostrarse ese vivir en la irrealidad, no estaba presentable para nadie. Ella podía comprender sus vómitos, sus exabruptos, sus resacas prolongadas, sus cambios de humor, su autodestrucción; su esposa no sabía nada, estaba en la inopia, Nuria estaba completamente enamorada de una persona que solo le había mostrado una parte de él, su fachada, la trastienda no aparecía en la vida cotidiana, solo en los fines de semana y a escondidas.

Él estaba enganchado al cordón umbilical de una huida constante hacia la nada, había picado el anzuelo de la evasión como una presa fácil y no podía salir de aquel bocado mortal, de aquel laberinto delirante, dependiente de la respiración asistida de una sustancia prohibida, de una diálisis de su estado de ánimo sin medida, de aquella sustancia por la cual era capaz de matar a su propia madre, era capaz de robar para conseguirla, de saltarse todos los códigos por la obtención efímera de unos narcóticos que adormecen su estado desesperado.

Solo luchaba en la vida por conseguir esa sustancia que lo transporta al mundo de las apariencias, al limbo, que lo mantenía colgado como una bombilla del techo, suspendido en el globo de la

irresponsabilidad, pero que lo llevaba por la vía rápida, por la autopista blanca de gran velocidad de las sabanas, levitando encima de la cama, que era como un gran océano y él naufragando agarrado a la tabla de salvación de su almohada, a la deriva ilusa de la gran evasión.

Pronto aparecen los efectos alucinatorios, todo le daba vueltas como un trompo en su cabeza, como un rollo de película que gira y gira buscando la luz del proyector, en un vértigo infinito que lo absorbe, desbordado por imágenes que le salen y se proyectan en sus fantasías inconfesables, como un carrusel de sensaciones artificiales, imposibles de obtener sin la ayuda psicotrópica, hasta que llega un momento en que la cama deja de darle vueltas y todo en la habitación deja de girar, y el círculo vicioso de su depravada transformación se frena; para un momento de vomitar imágenes, como si aterrizara de un viaje de ciencia ficción, y como un héroe caído en desgracia, allí arrumbado, delante de sus narices en un jardín que no existe, con árboles que se enredan sobre sí mismos, con troncos enroscados y de aspecto deforme que trepan entre sus cortezas, a través de sus propias ramas, elevándose hacia el cielo; observa pastando como en un paisaje encantado a una manada de animales que no existen, como un grupo de animales de cartón piedra, animados, como seres fosilizados moviéndose, que recobraban el aliento como si fueran extrañas criaturas que han entrado en su habitación, que se han colado por cualquier rendija de su imaginación, a pesar de tener echada la cerradura, «vaya mierda que me han dado, me han tangado con esta mercancía averiada, con lo que cuesta y me han convertido en un troglodita de los picapiedra, en un mundo con estos mastodontes de mascota, si sé esto voy al cine a ver una película de ciencia ficción». Se sentía decepcionado de aquel viaje en el tiempo, lo que veía eran unas criaturas fascinantes, bichos de gran tamaño como inmensas esculturas destacando por encima de los árboles, lamiendo las pompas de las nubes, y él huye de aquel ecosistema antediluviano, de aquella infancia en que los hombres se sentían ante aquellos seres enormes tan enanos, borrándolos en el encerado de su cabeza,

intentando dejar su mente en blanco, y él permanecía en su fuga sin moverse del catre. De pronto, es tragado por el resplandor del viaje, por el vacío del claustro amniótico, poseído por la luz, las imágenes bucólicas y las sensaciones en un mundo feliz, por un océano que diluye el yo, lo disuelve como la sal, se desintegra como el polvo estelar, era pura inconsciencia, se sentía en el limbo, como si no existiera, como si viviese en la nada y se quedara en un apacible caos, se sentía descompuesto, y su yo se envolvía en una niebla espesa, desaparecía su conciencia; era una autentica desaparición del ego, causado por un fuerte disolvente inorgánico, un aguarrás inodoro y doloroso, que lo mantenía en un estado de levitación, flotando en la habitación como una respuesta inconcreta que busca tomar forma pero que no lo logra, como la ingravidez del claustro materno que le hacía tener la sensación de estar en una burbuja, en el interior de una cápsula espacial, aislado de lo inhóspito de la realidad, era un viaje tempestuoso hacia la euforia, intentando fundirse con el entorno, buscando la sensación de comprender el sentido de la vida o por lo menos de su pequeña guarida, donde solo entran escenas retrospectivas y psicodélicas, sintiendo una percepción equívoca, falseada por la edulcoración de un deseo drogado, distorsionado en el tiempo como una luna de miel fugaz, una sensación de placer efímera, una sedación del agobio. Sufre una trasmutación brutal, la disolución del cuerpo represivo que lo ahoga; siente que está volando y una risa tonta que deriva en una aparente ausencia de malestar psíquico, disfrazada por la inhibición del mundo que brota del fuego de una papelina, las sustancias tóxicas que lo camelan, calmándole el malestar que lo domina y el infierno que lo rodea con una inyección que suaviza como la vaselina una insatisfacción galopante, pinchándose una burbuja, como una pompa de morfina, intentando desinflar la presión que lo domina, no controlando la levedad de la vida, el agobio de una responsabilidad que ahoga sin tregua, buscando una vía de escape que lo transporte a otra realidad insuflada por los efectos evasivos de la química de las adormideras.

Aquel espacio era como un gran pecho materno, parecía inagotable, como un biberón gigante, que flotaba alimentando

delirios, que dejaba salir de paseo durante el fin de semana por aquel espacio mental de su habitación. Las alucinaciones se transformaban en aullidos, se escuchaban gritos desesperados, golpes descoordinados en el ánimo, porrazos en los tímpanos de su madre, dejando las paredes temblando ante aquel espectáculo dantesco, como si una bestia estuviera allí encerrada a cal y canto, amarrada a la pata de la cama; se oían llantos desgarrados, lamentos de estraperlo, robados a los cimientos de las penas, quejidos sin concesiones que muerden hasta el aire, vómitos de fantasmas amargos, orina de próstatas incontinentes que todo lo ensucian, convulsiones que echan por la boca todos los agobios que hacen daño en las entrañas.

En este recorrido llega a las raíces de los estupefacientes, como cuestiones que lo desnaturalizan y no identifica en las oscuras profundidades donde se hunden, tiene que ver con sus grandes tragedias, la desaparición o destrucción de los orígenes, como grandes autodestrucciones que quedan borradas; solo dejan algunos rastros que hacen intuir la rotura de las sombras, dejando el olor del autocastigo de los sujetos perdidos, el dolor de las miradas salvajes, junto a los alaridos de los ojos extraviados y el duelo de las puertas rotas, junto a la incomprensión de las ganzúas de los ladrones que no dejan huellas en los escaparates locos, saltando las tapias de las censuras de los viajes de los sueños vacíos, perdiendo las claves de las cerraduras incontinentes de los delirios, forzadas por los golpes de los martillos de la vida, ante la desobediencia de las brújulas desorientadas; las roturas de las esclusas invisibles, que no logran contener los saltos de nivel y se derraman como cataratas en el último destino de los barrotes de las alcantarillas, haciendo brotar de la oscuridad las sombras de las alimañas de las cloacas, como si fueran la contracultura imaginaria del fin del mundo, sacando a la luz el cieno desagradable que se esconde en estas galerías de los bajos fondos, oliendo a demonios que se evaporan entre las conciencias de los pensamientos fecales, intentando despejar el eclipse del rostro de los misterios, donde el horizonte se hunde debajo de la línea de flotación de las conciencias, junto a Vicente

desalmado y sin esperanza.

Se sentía como un feto vertiginoso, disfrazado de astronauta, venciendo a la ley de la gravedad, sobreexcitado en la euforia del vacío y rodeado por los delirios producto de su imaginación y los silencios en la gestación de su mundo interior, transformándose en un animal ancestral, en aquel lugar se situaba fuera de la realidad, intentaba huir de ella a lomos de un caballo blanco levantando una polvareda de pastillas estridentes con las herraduras marcadas en las sienes, pero se cae cuando se agota el efecto acelerado del salvaje que lo habita.

Se abandona a un ambiente de imágenes agradables, disfrazadas de fantásticas musarañas como un niño y huye con un aullido de gamusino poliédrico del mundo del pensamiento, insistiendo en su deriva de dulcificar todo lo cruento, en su producción permanente de un estado incierto, que solo existe allí en su cuarto.

En esos momentos era como si fuese capaz de hacer el nudo de una gota de agua de la psicología del engaño, fabricar una ilusión del espejismo del desierto, forzando la interpretación de las fantasías con la manipulación que achicharra las ideas, aplicando la cera que deja la estela del mentalismo resbaladizo de un detergente que limpia la contaminación de su propio mal ambiente, practicando el escapismo de efectos especiales del carácter gregario y la subordinación a las jerarquías odiosas, fingiendo la fuga de las dependencias a la deriva del rastro de las sustancias que huyen, del magnetismo irresistible de la perplejidad que mata como paradojas incrustadas.

El viaja en busca de la medicina asesina de las realidades incómodas; a veces las medicinas son peligrosas y Vicente no advierte las consecuencias de los efectos secundarios y solo nota que aumentan las falacias, necesitando que se desordene el caos galopante de la mente con un calmante efímero, intentando paliar su inconfesable ansiedad que lo arrastra a un pánico irracional, lleno de percepciones extrasensoriales de las heridas abiertas en las raíces del dolor, creando la sensación del efecto placebo en un ser poseído por el diablo de la insatisfacción.

Se encuentra varado en un ilusionismo del letargo, embebido en una verdad increíble, en la lucidez peligrosa de las apariencias como si entrara en la boca de un volcán apagado, deslumbrado, como un testigo perfecto que se mira y no se ve desde lejos; contempla escenas que se vacían en el miedo negro y no se implica en la revelación de su propia vida.

Está instalado en el ensimismamiento del resplandor de la creación de la tormenta de experimentos que se evaporan en el mismo momento, rodeado de visiones sin número, de las soldaduras sujetas a la ley de fugas del objeto de satisfacción, atrapado por la droga que sustituye al pecho de los impostores que disfrazan de omnipotencia las fuerzas que se oponen a la voluntad, esas que son invisibles y que vuelan con su alto riesgo distorsionando la realidad, luchando con sus espectros, en un limbo donde pudre su cabeza, sin saber que es imposible escapar del mundo interior, que por mucho que quiera no puede escapar de sí mismo.

Vive el éxtasis de un alma en pena que invade territorios extraños, echando fuera los supositorios de la infancia instalados en el recuerdo, con la sensibilidad reventada, en aquel espacio cerrado y poseído por claustrofóbicos sentimientos, con los trapos sucios brotando en arcadas, en aquel cuarto de intoxicación movido, donde mantiene los ojos cerrados, con los tiestos rotos, no queriendo ver más allá de su ombligo, y los objetos rodando por los suelos.

Estaba allí como si fuese un becerro rodeado de babas, como si fueran residuos de placenta transparente y meconio, entre caca y restos de crisálida; como si pasara un trance, totalmente desnortado y recién nacido de una larva de fin de semana, en postura fetal; y su madre recogía los pedazos de su hijo transfigurado, totalmente trasformado; con un manguerazo de agua le retira los restos de sangre de las hemorragias de las alucinaciones y una costra repleta de cadáveres de las fantasías de lo que era su hijo; este intentaba despejarse y recobrarse del ensueño de estar un poco noqueado, totalmente traspuesto, con dos cafés bien cargados, rescatándolo de una resaca monumental, que le golpeaba sus sienes. Había dejado de ser un animal galáctico que salía de un capullo, y como una

mariposa que hubiera desgastado las alas en el intento, volvía a sentirse como un gusano y en este huevo del cascarón de su habitación se había convertido en un animal irracional, en un monstruo de fin de semana, dispuesto a vender su alma o herramientas para sobrevivir a la levedad de la vida cotidiana.

Terminaba el fin se semana, llegaba a la playa del domingo por la tarde como un náufrago, agotado, y poco a poco, recobraba su compostura para enfrentarse a la sensatez de la semana laboriosa y cambiaba radicalmente, volvía a la realidad, a la dureza del día a día, sin monstruos ni pesadillas, volvía a ser una persona cabal, un padre cariñoso, un marido afectuoso. Hasta que Nuria lo descubrió y habló con la madre, que ya no pudo ocultar por más tiempo el problema psicodélico de su hijo. Ella lo quería, con desgarro pidió el divorcio, dejaba que su hijo fuera con su padre, pero no podía vivir con él más tiempo, él solo podía vivir con su madre, que lo trasladaba a aquella habitación amniótica, en un incesto inconsciente en el que no podía madurar con ninguna mujer, no había mujer en el mundo, que resistiera la comparación con ella, no se sabe por qué, en el fondo ella lo comprendía.

A pesar de que robaba a su madre de todo, hasta la salud, y le vendía las cosas para la adicción a su viaje a ninguna parte, a una vida insostenible, se convierte en un ser invalidado, apoyado siempre en la dependencia de unas imaginarias muletas, sintiéndose evaporado con el transcurso de tanto desatino, extraviado en una metadona adictiva, dimitiendo del mundo, y su madre que lo quería más de lo que lo comprendía, decía para sí: «¿En qué me habré equivocado? le he dado tanto, tanto amor, tanta protección, tantos regalos, tanto consuelo».

Nuria acabó yéndose del valle de Vistahermosa y de su lado; ella y su hijo se fueron lejos de Vicente, puso por medio cientos de kilómetros, no quería que su hijo se criara con aquel modelo de padre, para que no tuviera la tentación de copiarle, era mejor que se quedara con su lado bueno, ya no era buen ejemplo para nadie, el deterioro, la evolución nihilista y sin sentido, continuó durante varios años; Nuria rehízo su vida lejos de este vampiro de la heroína.

Vicente terminó echando a su propia madre de su casa, no podía convivir con ningún límite humano y su capacidad de rechazar era como una fuerza centrífuga que se le había ido de las manos.

Un enfermo del manicomio, experto en tratar con todo bicho viviente, en esta selva de seres perdidos y toxicómanos descarriados, logra salvarlo *in extremis*, de aquella deriva suicida que tenía toda la pinta de acabar abonando cipreses. Antes se encerró con él varias semanas en su habitación, en su lugar sagrado para la evasión, en aquel altar consagrado a la flor del traficar, y le dio a probar una salida de aquella ruina de vida, le dio a probar la pipa de la metadona de la paz; se encerró con él en su habitación y como un socorrista en tareas de salvamento lo rescata ya mar adentro y lo acerca a la orilla de la desintoxicación. Para cuando Vicente despierta de esta marejada, se entera de que su madre ya había muerto, Nuria y su hijo estaban lejos, con sus nuevas vidas y con su fututo resuelto y él coge un nuevo rumbo, sigue un poco volado; el enfermero mental que le ayudó no podía hacer milagros, él continua dando tumbos, transgresor, sigue adicto y drogodependiente, autodestruyéndose constantemente, invierte su malestar haciendo daño a los demás, sisando los sueños a otra gente, sin trabajo y sin forma conocida de ganarse la vida, ha pasado de drogadicto a delincuente habitual, no es que haya dado un gran paso para la humanidad, pero el alma humana nunca se sabe cómo va a evolucionar, y aquí lo tenemos de golpe en golpe, algunas veces de fracaso en fracaso, no muy centrado, la verdad, aprovechándose de todo el que puede como un parásito de la sociedad; en el valle estaban un poco hartos de su forma de actuar, ya había vivido algún que otro linchamiento colectivo que no logró hacerle parar su cleptomanía sobrevenida, era más fuerte que cualquier respeto social; sabe que su destino es la cárcel, pero hasta ahora ha logrado burlarlo, tiene reservada una celda incómoda y un patio al que dar vueltas, sabe que está jugando con fuego y que al final se quemará aunque está tan quemado como el viejo Vespino que tiene arrumbado allí en el patio y que robó un día en la ciudad, con el que se entretiene rumiando golpes del siglo, desmontándolo y

volviéndolo a montar; o cuando está cometiendo un delito de los que en él son habituales y de los que hasta ahora ha salido impune, pero no ha logrado dar con la tecla y las bujías aún le siguen cogiendo perlas, dejándolo tirado en cualquier camino que haya emprendido, en lo más emocionante de cualquier fechoría, falla, como una burra vieja que lo deja tirado en cualquier cuneta.

XII

La única fotografía que Encarnación García Corrientes poseía de ella misma, era de una ecografía de la época de su gestación, donde salía con una imagen interpretable; se la habían dado a su madre de recuerdo, como una representación gráfica de su estado de embarazo con un feto en periodo intensivo de autocreación, era un espíritu en proceso de formación. Con una imagen obtenida de forma estable, mediante una técnica novedosa que ya no era por la acción de la luz, sino por un proceso de capturar imágenes por la actuación del ultrasonido, mediante unas ondas que hacen ruido y tienen un eco cuando chocan con un cuerpo diminuto que es capaz de representar una imagen con una máquina que solo la tenía que fijar en un medio adecuado, en un papel o en un material digital; solo con apretar un botón, queda fijada una imagen que da la sensación de una hiperrealidad un tanto irreal, imitando a lo que hacen los murciélagos en la oscuridad, como si fuese un preludio de lo que iba a ser su futuro inmediato, reflejándose como un retrato de una sombra espectral; era una niña dotada de una extraña fantasmagoría, ya en su más tierna creación, poseía una intensa aura, como un testimonio de alguien que apuntaba maneras sobrehumanas, desde los primeros momentos de su concepción.

Era una época previa a su alumbramiento, como si fuera un momento anterior al invento de la pre-fotografía o como si fuera un daguerrotipo primitivo bautizado por una palabra que sonaba a moderna y que llamaban ecografía, y en aquellos tiempos antiguos algunas voces rancias y no autorizadas de algunas opciones religiosas

se pronunciaron en contra porque decían que robaba el alma con las imágenes de quien era capturado, pero algunos miembros de algunas opciones religiosas tenían mala conciencia y fueron mucho más allá, porque robaban no solo las almas con las cámaras negras, también robaban los cuerpos de los niños indefensos a las madres parturientas. Además de suponer el hurto de la sorpresa, junto a la sustracción del encanto y la incertidumbre sobre cuál iba a ser el sexo del fututo ser humano, antes del mismo nacimiento.

Encarnación se veía difuminada entre la oscuridad del útero materno y ciertos destellos de metal que simulaban la figura de una niña con la cabeza muy desarrollada sobre un fondo negro, una nariz muy respingona, un cuerpecito que parecía querer enroscarse sobre sí mismo, como si estuviera intentando dormir en postura fetal, abrazada a una almohada imaginaria, con unas manitas ágiles que intentaban atrapar algo en aquella pecera cerrada que parecía una pompa limpia de vida intrauterina, con deditos bien definidos, tocando aquella tripa abultada de su madre, que parecía el alambique transparente de una bruja en su alquimia procreadora a toda marcha; en el contorno del perfil se daba un cierto parecido a su madre, aunque todo era más intuitivo que imagen, la definición del aparato estaba claro que tenía que mejorarse.

Su padre era fotógrafo y no había podido retratarla aún, ella intentaba colarse en las fotos que él realizaba, como una lagartija que pasaba desapercibida. Comparte espacio en viejas diapositivas sacadas del álbum de su familia paterna, se inmiscuye en las vidas que la precedieron, invade, en suma, las imágenes que se tomaron antes de que ella llegara, hacía una minuciosa labor de documentación y recreación de la memoria, para que Encarnación fuera atendida por su progenitor; se inventaba mil y una situaciones, no sabía cómo captar su atención, cada vez que tiene ocasión le hace al padre un reclamo inocente, ella se convierte en una especie de fotógrafa auxiliar espiritista, en las que se inserta de manera natural en los recuerdos, como un personaje, y adquiere forma física sobre el papel revelado; intenta cualquier cosa, para atraer la mirada de él y este no le hace ni caso, ni siquiera la ve. Ella para él era como un

negativo de un carrete de celuloide aún por revelar, su padre lo intentaba, a lo más que llegaba era a conseguir una imagen difusa, manchas extrañas aún por descifrar, se sorprendía de que a veces les saliera una especie de niebla a las fotos o una pátina rara, pero nunca intuía ni imaginaba que era el rastro del paso de su hija por las imágenes de su vida, necesitaba poner mucho el foco y bastante atención para ver allí la imagen de Encarnación.

Su madre pensaba que en realidad Francisco era un zángano integral, que vivía de las celebraciones de acontecimientos sociales, era la forma que tenía Francisco García de escapar de la realidad, era a lo único que le prestaba atención, estaba absorto en esa tarea permanentemente, no le echaba cuenta a nada más, como si su mundo se redujera a aquel hoyo iluminado como un garito trasnochado, con luces de colores rojas, pero sin ningún glamur, aquel laboratorio adornado de guirnaldas, con fotos colgadas secándose al sol tenue del crepúsculo artificial, con su suave luz escarlata, estaban cogidas con alfileres, en un tendedero de cuerdas como si fuesen las imágenes colgadas como la ropa del alma, balanceándose al aire encerrado sobre cuerdas blancas, sujetas con pinzas animadas sobre las que bailan como trapecistas que sudan sin red y que impactan quitando hasta el habla; aquello estaba adornado por una ristra de instantáneas pendientes de cordeles flechados, como si fuese una verbena enterrada en aquella oscura habitación subterránea que festejaba la llegada de la recolección de la fruta madura de los carretes, que se celebraba allí, en el mejor fondo engalanado, con la más potente alegría que era capaz de suspenderse en su imaginación colorada; hasta que estuvieran listas para poder ser tangibles, permanecían allí en el secadero, como hojas de tabaco policromadas que parecían frutos psicodélicos aún agarrados a las ramas, esperando recoger una cosecha de colores, mientras maduraban las imágenes como láminas de espigas doradas a punto de caer en manos de Francisco, en copias grabadas como estampas, con sus figuras de ilustraciones maravillosas prendidas de guitas, sujetas con fíbulas humildes de madera para que no se descolgasen de aquellas cintas a las que estaban asidas con imperdibles, hasta que

estuvieran listas para ser vistas. Cuidaba las imágenes que se representaban y daba una imagen exterior impecable, mucho más deteriorada era la imagen que Margarita tenía de él, parece que se venía abajo en aquel sótano que a sus ojos se veía deplorable, entre esa confusión de la química y los líquidos reactivos.

La cámara para Francisco García era como si fuese un diario íntimo, como si ella pudiera anotar cosas que le pasan y pudiera capturar el paso del tiempo, dando cuerpo visual a fugaces momentos; con ella, intenta retener lo que no se puede fijar, plasmar en un papel fragmentos de memoria que ya nunca se olvidarán, reflejar trozos de inconsciencia que emergerán subiendo a la luz, captar la percepción difícil de la fábrica de colores que lo habita en su interior; con este maravilloso artilugio hace cosas que nunca imaginó, atrapa las imágenes como si fuese un gran manazas, las caza con su cámara fotográfica como si tuviese una red con la que les da alcance, puede contemplar recuerdos desde fuera de sí, como un espectador de lo que ha pasado por delante de sus ojos. La foto aparece como un espejo que les devuelve el reflejo de su propio mundo, el rostro y lo que les rodea. Cuando en el laboratorio ve cómo la foto sale del papel, se llena de felicidad y goce, sigue siendo un misterio que se revela, cada vez, como un espectáculo maravilloso solo para él.

Hubo un tiempo en que solo podía echar fotos, no tenía un lugar oscuro para revelarlas, acumulaba cientos de carretes en lugares ocultos, lejos de la luz; siempre llevaba la cámara encima para atrapar todo lo que veía, aunque también le gustaba anotar todo lo que le ocurría, y leer era un placer que le hacía crecer, hacer una foto para él era como hacer un poema, la poesía se parecía al instante fotográfico, eran imágenes que transmiten emoción.

Francisco quería ordenar el caos que había en su vida, él le dedica sus mejores ratos, lo mejor de su tiempo a esto en lo que tenía talento, era algo que nadie le pedía, era una necesidad que le salía de dentro; él partía de la idea de que lo que perciben los sentidos no deja de ser un sinsentido, componía con su imaginación todo el caos de su vida, las piezas que se le escapan a la percepción

las busca, como si adivinara la fugacidad que se insinúa en algo aparentemente absurdo, pero al apretar el obturador, el rompecabezas se compone en su mente, y esta se conecta de tal manera con el corazón de la cámara que aparecía lo que él presentía, necesitaba darle soporte a lo que él solamente veía, era vital evitar que se perdiera aquella revelación, incorporarla para que perdurara su visión, esta tarea le absorbe el seso y toda su energía se concentra en cada fotografía.

Se esfuerza en dar plasticidad y forma material a algo que aparece abstracto, como si en el carrete estuviera atrapada la representación de un momento fecundado, el embrión de un fogonazo que lo mantiene en vilo hasta que toma forma su visión fotográfica; en ella concentra todo su universo, en una emoción sentida que brota y coge forma en un papel, que puede tocar, palpable, de una perfección maravillosa, de una verdad imperecedera como un relámpago en el que la sensación es intemporal, salvando los momentos vividos de la condena del olvido.

Él había aprendido en el instituto, en el taller del aula de cultura de fotografía, esta técnica maravillosa, en blanco y negro; más tarde pudo montar su propio laboratorio, con los ahorros que había obtenido trabajando como peón de albañil de Manolo Linares, un oficial de primera que era el más habilidoso con el palaustre que había conocido, y de él había aprendido las técnicas de autoconstrucción elementales, para poder instalar, él mismo, el laboratorio subterráneo que se esconde en un sótano escavado a mano, a pico y pala. En su casa abrió un agujero no muy grande, como una habitación hundida en el corazón de su casa, construyó una escalera para acceder a él, debajo de una trampilla que pasaba desapercibida; había encofrado las paredes, después las cubrió con viguetas y bovedillas, con un mallazo de hierro para que aguantara cualquier peso y lo rellenó con hormigón armado. Pretendía construir el cuarto de las revelaciones, cazar partículas elementales que interactuaban con los colores, buscando con detectores muy sensibles partículas de materia desconocidas, tenía una bombilla roja siempre encendida en la cabeza, como un piloto automático que

desde el inconsciente siempre lo mantiene alerta, tenía una especial habilidad para captar imágenes en materia oscura del negativo y dar imagen a algo que aparece abstracto, captando procesos no visibles directamente, con su intuición abierta a todo lo que ronda en aquel ambiente.

Para Encarnación García Corrientes el sótano es uno de esos lugares opacos, donde su padre había decidido que podría crear una cámara oscura, como un prestidigitador que con los elementos esenciales podía crear magia, para ello había decidido instalar su laboratorio de fotografía en un bunker, era el mejor escenario para lo no revelado, aprueba de bombas, para procesar todo lo que ve y todo lo no controlado, revelar películas tenía allí algo de arte, toda la alquimia que conocía daba un resultado mágico, el negativo era esencial para darle vida al positivo, como la muerte es esencial para darle sentido a la vida.

Francisco García estaba encerrado en el cuarto sin luz, casi a tientas donde se revelan la imágenes, el silencio se escucha como en un útero materno, viendo cómo la luz hace esa fotosíntesis de toda la gama del arco iris, la oscuridad brilla como una luciérnaga, con sus aparatos y cubetas, toma forma la nada, surge un mundo inventado, por unas manos de gurú, mientras el resto del mundo pasa por la calle, cada cual con sus diatribas.

Francisco García buscaba en la fotografía lo que se les escapa a las personas sensibles, la explicación de lo intangible, hay algo invisible que no se capta, siempre lo intuye, como una presencia innata pero que está ahí, en la muerte y que investigando, como él hace siempre que puede, busca todo el tiempo libre de que dispone y se encierra ahí, como en una burbuja roja de paz, que le permite concentrarse en la ebullición cromática de la vida, donde los colores revientan creando imágenes nítidas, mientras él permanece observándolas pacientemente; sabe que algún día, alguien podrá desentrañarlas, como el significado de un cuadro por plasmar, hay muchas cosas camufladas dentro de los seres humanos, como sueños por pintar, pero como todos los misterios es la luz la que los descubrirá, para ello intentaba ganar espacios a la conciencia,

pensaba con obstinado empeño, que en el conocimiento hay algo que se nos escapa a los sentidos, que se intuye a cada paso y que es vital para entender cómo surge el milagro.

Para él, el cuarto de los revelados es el lugar donde los misterios se desvanecen, la cámara oscura llena de claroscuros y los oscuros se llenan de colores y las imágenes florecen; muchas voces sumergidas brotaban de los líquidos, las imágenes se liberaban de aquellas aguas turbulentas, impresionadas como peces alegres por la luz del negativo, pasiones brutales subían por las paredes como una paleta silenciosa que perfilaba los contornos de su rostro, emociones aplastadas saltaban, miles de escenas atrapadas se desatan y aparecen dibujadas en el papel con los colores vivos del alma como en una acuarela, los personajes de la imágenes retratadas de la obra han sido secuestrados por un pincel de luz, privados de movimiento y de la voz, trasladados a la quietud, confinados a un rectángulo para el recuerdo, les habría devuelto la vida representar otra visión distinta; insuflándoles la vida intentó rescatarlas con una electricidad positiva, devolverles el alma, conseguir que de alguna manera estuvieran animadas.

Él sabe que la fotografía da visibilidad a algo oculto, apenas imperceptible, a una inquietud que apenas se manifiesta, como una olla a presión insoportable, hirviendo en colores, entrando el haz de luz puede desenmascarar el negativo y hacer estallar la imagen, puede desvelarse con una sonrisa hermosa, en un papel especial que atrapa la realidad con un líquido que se mezcla y se auto compone, seleccionado por un haz de luz, que da vida a unos seres inquietos y expresivos que asaltan a los ojos, la foto es el espejo que nos devuelve sus rostros, sus cuerpos detenidos en el tiempo.

Y los llenan de estímulos, congelados entre sales de plata como una profecía de armonía, que se refleja en cada fotografía, algo de un valor sin cólera se incorpora, un sentimiento condensado en un gesto de luz continuada y puntual, aparece la imagen analógica de la identidad.

Es la captura de la ilusión óptica de la realidad, que se intenta atrapar pero que resulta inabarcable, es el acto de abrir el ojo de la

cámara a todo lo que le rodea, y esta a pesar de su fidelidad la falsea, él quería interpretar el lenguaje de las imágenes, tenían algo de poesía y de ficción, las fotos hablan con gran nitidez y con muchos contrastes, son símbolos de lo que quieren expresar; a veces se va, de alguna manera se evade, a él le gustaba disparar sobre la ciudad transformándose, hacia ella se desplazaba, se tiraba horas y horas observándola, veía cómo avanzaba hacia el valle, cómo iba devorando las huertas, cómo iba cambiando de color, el verde alegre por el gris triste, estaba en obras continuamente, reinventándose a sí misma, reconstruyéndose y derribándose en una sustitución sin fin, le gustaba captar la luz de la noche, la ciudad apagada, la desnudez de los cuerpos y de sus miradas, captando los matices y los sentimientos de los rostros fosforescentes en el destartalado espacio urbano; las deja impresas sobre el papel, como si estuviese contando una historia de miedo, dejando una huella que el paso del tiempo no puede borrar.

Por eso acechaba a los edificios, seguía a la luz, observaba cómo se movían, antes de apretar el obturador, interpretaba los bloques de pisos, traduciendo una visión tridimensional de la realidad, creaba una composición abstracta en dos dimensiones del plano de una fotografía, les pasaba el filtro de gelatina y le aplicaba una luz difusa y suave.

Pero a él, lo que le interesa de verdad es captar la realidad interior de las personas y la de las cosas, la lente de su objetivo está lista siempre para sorprender a la vida, es el arma más poderosa para desvelar la oscuridad, para retener un instante; era su única forma de atrapar el tiempo, siempre huyendo, retenía imágenes que se iban más allá del recuerdo; tenía un instrumento poderoso para capturar su fugacidad e intentar aplazar lo que inevitablemente se va; con una prueba gráfica de que un segundo dejó una huella en un soporte más duradero, una marca donde se plasma el rastro de las vivencias que pasan, existencias de otro tiempo, almas robadas a un espejo que con imperdibles se fijan, y se detienen en un momento.

Francisco García estaba enamorado de las imágenes. Y Margarita Corrientes Rodríguez, su esposa, estaba celosa de la

fotografía, él le prestaba más atención a las imágenes que a su mujer, ella se lo recuerda cada vez que se le viene a la mente, sobre todo cuando se enojaba, le echaba en cara su ensimismamiento en aquel agujero de luz roja y no se ahorraba adjetivos descalificativos para llamarle la atención sobre su placer por aquellos procesos químicos que a él le hacen disfrutar de lo que había elegido como medio de vida aunque no diera para tirar cohetes.

Para él, su cámara era un artilugio sensible, por el agujero de su cámara oscura cabe un paisaje, una persona, una visión del mundo; es un auténtico útero que da a luz imágenes sorprendentes; lo mantienen en contacto con todo lo que lo rodea, lo que le hace saber que forma parte de todo este entramado donde la luz es generosa.

El caza animales salvajes con su dedo índice, los siente tan cercanos y luego los deja libres, captura lugares olvidados, la vida siempre le sorprende, le regala dulces momentos y otros instantes más duros, captando la esencia de trozos de vida que esta técnica sorprendente y mágica ilumina captando los reflejos.

Aunque llegó aquel momento cruel en el que sufrió el robo de sus bebés y con él, el trauma que destruyó a Margarita todo el sentido de su ser; él también tuvo la tentación de borrar todo lo ocurrido, deshacer la película de su vida, sacar el carrete de aquellos momentos a la luz para que desapareciera aquel amargo trago, deseando que se borrara aquella película de la cámara de su mente, para que pasara de puntillas aquella resaca, sepultando lo ocurrido en los quirófanos, quería hacer desaparecer aquel golpe vivido, aquel atropello sufrido. Con aquel despojo se habían alterado las consecuencias de lo vivido, aquel crimen de lesa humanidad generaba una especie de amnesia de lo ocurrido, olvidó que se había producido el proceso inverso del de su laboratorio, lo positivo se había convertido en negativo, por el robo sufrido desde el nacimiento.

En su mente niega las imágenes que vio, se resiste a creer que aquello pudiera ser verdad, siente el vértigo de intentar borrar imágenes, sumergiéndolas en un tanque de líquidos y estas son devueltas, vuelven a flotar, los recuerdos de aquel delito son como

un vaivén que la culpa no deja enterrar, no puede tapar la fotografía que se le ha estampado y le sangra en los líquidos de su alma.

Porque los filtros de la realidad ya no le funcionaban con normalidad, los procesos químicos sufridos por su estado de ánimo le han golpeado duro, el impacto que ha recibido le ha alterado el estado de las cosas; a veces, cuando hay demasiada luz, las cosas se hacen invisibles, como cuando a un carrete le sorprende la claridad y lo desvela, borrando todas las imágenes, pero ese desvelo ya no le funcionaba con su dolor, no podía negarse la sangría afectiva que vivía.

En los momentos en que van a ingresar a Margarita en el manicomio, fija la vista en un instante, en un fogonazo de vida, piensa que el dolor la ha convertido en una persona distinta, aparece un aspecto de su mujer que él nunca había visto, como si fuese una persona desconocida, como si su mujer fuese otra, como si la que él conoció ya no existiese. En la foto que hace Francisco, aparece una calle y un cristal donde se refleja una persona, en un coche dispuesto a trasladarla a no se sabe dónde, a un edificio herido entre ondas; toda la escena se refleja en un charco. Es un juego de espejos invertidos en el que todo es real pero parece virtual; la foto intenta leer los labios a aquella mujer resignada, la cámara lenta capta de forma borrosa el movimiento de la segunda persona, que no estaba en escena; las cámaras tenían razones de peso para mentir, podían traducir formas, interpretarlas de forma interesada y capturar texturas en detalles en los que no se pudiera plasmar ni el color siquiera, se podrían manipular sus fotografías, incluso se podría llegar a distorsionar su propia historia y modificar las imágenes fotográficas con las técnicas de recreación de situaciones que no habían sucedido, pero a pesar de las distorsiones, siempre surgía poderosa la transcripción óptica de la realidad y la cámara nunca le mentía, podía ser borroso el recuerdo; en un momento determinado reparó en que en ellas había huecos que pedían presencias y empezó a mirar con más atención las imágenes.

A pesar de la opinión que Margarita tenía, Francisco siempre destacó por su sencillez, su amor y su lealtad hacia las personas que

amaba; siempre con el pelo al aire, muy moreno y con su cámara colgada al cuello, era una persona situada en la frontera entre la imagen y la realidad; inmortalizó aquella transición de Margarita, de una mujer libre pasa a ser una interna encerrada en un centro psiquiátrico. La fotografía no dejaba de ser un arte, aunque aquellas lo que reflejaban era el dolor de una víctima, huyendo de la realidad y al mismo tiempo, retenida en una representación gráfica de la misma.

Margarita era una mujer rota, sin la ayuda de nadie, como si estuviera en una isla perdida en mitad de la nada, donde como un espectro se perdía, herida por el impacto; ella no había hecho nada reprobable, sabía que todo lo que le decían era incierto, y la habían convertido en víctima de un zarpazo.

Sabe que se abre camino, entre la niebla, en la última toma, le llamaba la atención la frialdad de aquello, se sentía atrapada, retenida por una red de luz, se sentía presa, allí arrumbada, depositada en aquel archivo de locura, con su imagen deteriorada, plasmada en una foto que nunca será famosa, nadie publica su dolor suelto y sin contención, no había color para su desesperación. Allí se apartará, en aquel lugar, de donde no sabe si algún día saldrá.

XIII

Entre los árboles se dibujaban los contornos del hospital psiquiátrico, como un cuartel viejo, casi escondido, como si quisieran ocultar de la vista todo lo que fuera diferente, había que intuirlo detrás de una vegetación exuberante, detrás de una hilera de altos eucaliptos que se elevan como una pantalla que tapase la visión de un mundo aparte y desconocido, con varios pabellones con el síndrome de edificio enfermo, con varias alas resguardadas detrás de los hangares de los árboles, escondidas en las sombras; aparecía un complejo de edificios fantasmagóricos a través de los visillos de las hojas, eran construcciones de volúmenes desmesurados, de proporciones irreales como las fantasías; sobredimensionados ante tanta locura no cabría en las mentes liquidas de sus moradores que pudiera haber allí encerrada tanta gente, un armazón estridente poblado de seres sedados, con la voluntad medicada; habían construido una tapia enorme, un muro para aislar a los perturbados en el campo, en el valle del Miraflores. La ciudad estaba inundada de verjas asaltadas por las hiedras, murallas ocultas detrás de buganvillas, puertas pintadas en distintos colores, cerrojos impregnados de olvido, cerraduras que luchan entre los brillos lubricados y el óxido incansable, candados inmovilizados que encierran esperanzas enjardines alucinados, verdes como la belleza, en casas donde se encerraba la tristeza y la oscuridad sin tratamientos. Y las personas parecían querer imitarlos, estaban a la defensiva, con mecanismos protectores y con cuero de coraza curtida como una armadura invisible de hojalata disfrazada de piel de

gallina, de las de patas duras, con la sensibilidad atorada a prueba de abrelatas; no sabían cómo encerrar los miedos ni los conflictos inconfesables que eran un tabú condenable a las mazmorras indomables de las pesadillas furtivas y las frustraciones que atacan a los egos más férreos y a los censores más vigilantes. El mundo de los sanos está secretamente enfermo, es un mundo donde conviven seres abominables y ciudadanos amables, un lugar donde habitan multitud de seres que sospechan la verdad, lleno de fugitivos y esquivos fantasmas, que no se atreven a atravesar las defensas levantadas en las frágiles mentes acorazadas, impenetrables hipocresías, sutiles convenciones e invisibles renuncias cotidianas; a veces vislumbran la regiones prohibidas, arrinconadas en una gran oscuridad metafísica, y se manifiestan con una fuerza tan grande como la de una pesadilla, permiten desenmascarar esos tenebrosos suburbios donde se esconden los pozos ciegos del horror, con sus silenciosas filtraciones y sus configuraciones subterráneas, que atormentan a los biempensantes y cordiales congéneres que se esconden bajo el felpudo del inconsciente.

Comúnmente se pensaba que acercarse a los locos era como acercarse a seres de otro mundo, eran seres excéntricos, la locura producía inquietud cuando no era más que aproximarse a una forma chirriante de lucidez, una flor de la contracultura que permite sacar a la luz los monstruos que se llevan por dentro.

Aquello era un gigante sanitario pinchado por la burbuja psiquiátrica que intentaba paliar la difícil convivencia con estos seres que han perdido el norte y todo lo demás; una parte se quedó inutilizada, estas megalomanías infladas por delirios de grandeza, por el deseo desmesurado de encerrar las alucinaciones y las avaricias que se olvidan, como restos hiperbólicos de los dementes, quedándose en esqueletos de hormigón y ladrillos vistos abandonados, coronados con jaramagos secos que poblaban sus tejados, que querían ser derribados por un ejército de impacientes.

Formaba una superficie extensa, era bastante complejo, dada su planta laberíntica, eran construcciones aisladas, edificaciones realizadas con un estilo poco funcional, unidos por patios y galerías

porticadas, con jardines bien cuidados y que aportan una mirada verde sobre los ojos de los arcos de cal, en espacios abiertos, donde los enfermos que salen del ala deambulan sin rumbo, con poco afán y sin saber a dónde van. Todos ellos forman un cuerpo único con los pabellones alineados y columnas que sostienen los pasillos porticados. Aquí todo cambia, se entra en otra dimensión, en esta institución te marca un estigma, y todo es distinto al mundo exterior.

Margarita García Corrientes estaba confusa, inundada por el miedo y con las carnes abiertas, con la incertidumbre de no saber qué le esperaba en aquel mundo cerrado, lleno de gente que había perdido la cordura, hacinada en esta especie de cárcel hecha especialmente para dementes y ella viene atravesando los umbrales del abismo; cruzó una gran puerta de hierro, pintada con minio y después repintada de negro, que combatían el óxido y ocultaban el brillo del metal, chirriaba con sus bisagras desengrasadas y un poco desvencijadas, parecía la puerta del infierno; allí se paró el tiempo, el reloj grande de la entrada tenía las manecillas rotas, era una de las cosas, como tantas otras, que no tenía arreglo, siempre había estado agobiada por las prisas y se había cansado de correr, allí se entraba en otra esfera, la realidad se relativizaba, los medicamentos le quitaban la gravedad del tiempo, aquí no existe; un relojero enfermo intentó arreglarlo sin éxito y lo dejó a medio montar, sigue ahí sonando con su latido perdido, con su tic tac sin medida, en un círculo vicioso, con su mecanismo oculto funcionando pero sin visualizar el resultado; pasando de puntillas sobre las defensas escondidas en el inconsciente, el tiempo se evapora y se pierde, sin saber muy bien si avanza hacia el pasado o se detiene en una estación sin futuro. Ella la sentía como la puerta del precipicio, no sabía si algún día podría salir de allí, nada más verla imaginaba cómo derribarla, para ella era la puerta del fin del mundo, el acceso a la puerta de las sombras, que encierra el manicomio con su tapia castrante.

Ella percibía que aquel lugar era poco acogedor, es un lugar de desencuentros del alma humana con la arquitectura, todo allí era

tosco como las paredes sin colores, rudo, sin la suavidad que da el tacto al contactar, gélido como los mármoles sin pulir por los trámites de admisión y por la monotonía de la frialdad; el deterioro de los materiales con el que fue construido está recibiendo las sentencias injustas del tiempo, este se agrietaba por zonas vitales, no toleraban aquel ambiente hostil y en tensión que suponía el encuentro con lo irracional, allá donde crecen las hierbas del olvido, extramuros de la ciudad, intramuros del malestar inolvidable, en las estancias donde se pueda apartar lo irracional, donde encerrar la flor de los disparates, las mentes que patinan en las fantasías resbaladizas y desbarrancan en el inconsciente del dolor, derrapando por los cráneos mágicos de los mundos inexistentes, entre cuadros eléctricos perturbados por calambrazos, con fogonazos enormes que a veces afloran y alumbran el desnortado horizonte de los dementes.

No hay locos ya en la ciudad, proclaman los biempensantes y sus periódicos con su volubles opiniones y sus editoriales cambiantes; aparentemente todos se apartan a los márgenes de la artificiosidad, encerrados detrás de la tapia, allí donde no puedan molestar con sus ocurrencias desesperadas; aquí se rebelan las flaquezas deshumanizadas de la calle, ellos son la manifestación de la desobediencia de las sombras. A Margarita la declararon inútil para la sociedad, aquello le resultaba algo extraño, había perdido la sonrisa fuera de allí, en este lugar sabía que no estaba y que no la podría encontrar.

El manicomio era una fortaleza de otro tiempo, el pabellón donde estaba Margarita era un poco viejo, en estado de abandono y ruinoso, allí la trasladaron junto a Rosario, aunque la llamaban «La Alcayata», otros la llamaban la Jorobada de Elche, era la mujer ele, formaba un ángulo recto con su cuerpo como si estuviera en una reverencia permanente, y Luisa del Real, a la que apodaban la Tartamuda del Real, cuando pasaban lista y todas decían «presente», ella decía «preeee…sente», se alargaba tanto como un presente continuo que hacía que solo existiera el presente de Luisa del Real, y la fila se partía de risa; las carcajadas de todas y el desorden se apoderaban del paso de lista, y el recuento se convertía en un

pitorreo que las enfermas disfrutaban sin contención ninguna, era como un disco de vinilo rayado, repitiendo compulsivamente con la aguja pinchando el círculo alegre, era una risa onírica, el tocadiscos que Luisa tenía en sus cuerdas vocales rayadas en la garganta, hacía que todo el hospital estuviera buena parte de la noche riendo, con una alegría contagiosa que buena falta le hacía. Allí se personó una mujer de la dirección para llamarles la atención, diciendo que tenían que respetar el sueño de los demás, y Rosario, la veterana le dijo: «compartir un poco de alegría no puede ser nada malo en este lugar». La directiva sorprendida, como si se le hubiese encendido una bombilla, le respondió honestamente, que ella nunca lo había visto así, que era otra forma de verlo; «podéis seguir riendo», añadió.

A Margarita la habían llevado a este lugar como último recurso, está aquí ingresada porque la había devorado la locura, estaba poseída por una enfermedad mental devastadora, se había convertido en una fuente inagotable de generar dolor: a sus familiares que también estaban bastante tocados, a los vecinos que estaban bastantes preocupados, nunca la habían visto sufrir tanto, sobre todo a sí misma, con quien era de una dureza inmisericorde y ahora asediada por una culpa sin fundamento, saqueada hasta en sus más tiernos sarmientos; una vez aquí, ya podía estar loca tranquilamente, todos los que la rodeaban lo estaban y abiertamente lo proclamaban, había dejado de estar entre locos anónimos, y ahora se encontraba entre extraños y aceptados perturbados sin remedio.

Ella había notado que vivía una pérdida de la realidad, esta se dilataba, se ampliaba, era cambiante, su percepción se trasformaba, tenía alucinaciones frecuentes, sabía que se encontraba perturbada, oía cosas raras, voces que solo sonaban en su mente, escuchaba voces que no le decían nada entendible, que tenía que interpretar, es un nuevo lenguaje el que tenía que aprender para descifrar sus traumas, es un nuevo alfabeto, en el que los garabatos son signos que le alertaban como un faro en las tinieblas de los símbolos, hablaban los sueños hasta por los codos, se asociaban contenidos libremente, y entre líneas se podía leer por dónde estaba sangrando su ser, los errores que cometía solo eran aparentes, eran una llamada de

atención hacia un contenido que se escondía en el rincón más dañado de su mente.

Margarita llevaba innumerables noches sin dormir, sudando de una fiebre extraña, cada vez que iba a caer rendida en el sueño se espabilaba y se quedaba en estado de vigilia permanente, eso hacía que salieran raros los electroencefalogramas. «Aquí sale una cosa muy extraña», le dijo el psiquiatra que la examinaba, «parece el perfil de una enfermedad mental por descubrir», y ella sentía un nerviosismo patológico, como si hubiera recibido un calambrazo de pies a cabeza que la mantenía alerta, como un cable de alta tensión de los que saltan chispas de temor que la mantenían siempre inquieta.

El resto de la gente estaba sedado, drogado por los psicofármacos prescritos, en condiciones calamitosas y dantescas, vagando por los largos y oscuros pasillos, sin rumbo definido, como si tuvieran la cabeza desconectada de unos cuerpos de autómatas, que andaban con las emociones anestesiadas para no llegar nunca a nada, a ningún sitio que no fuera el aburrimiento y la desgana.

Fue ingresada en la unidad de psiconeuróticos obsesivos, estaba allí sentada, sin querer nada, sin salir, fumando, cuando ella antes jamás fumaba, dejándose consumir como el cigarrillo que era lo único que hasta ese momento aceptaba, su obsesión eran sus hijos perdidos, todo lo que pensaba era dar vueltas a aquella tropelía que la desangraba, como un duelo irredento que no la dejaba vivir, una angustia de madre que desconocía el paradero de sus frágiles polluelos.

Después de varios días de estar allí, entre ratas, con las sabanas y mantas grasientas, llenas de lamparones de los más diversos fluidos humanos, restos de vómitos y de excrementos, en un ambiente poco sano que no ayudaba a sanear nada, el lugar era poco terapéutico y un agujero negro por donde se fugaba gran parte del presupuesto, no era capaz de gobernarse a sí misma, la enfermedad se apoderó por completo de ella, como un trauma enquistado que sufre una severa y grave enfermedad mental por diagnosticar. No opuso ninguna resistencia a las indicaciones que se le hacían ni desobediencia a la

autoridad blanca que ejercía con sus batas el personal, aquí fue internada de forma voluntaria por decreto familiar, como un ser aborregado por su propio bienestar, ella tenía alteradas sus capacidades decisorias y no tenía todas sus facultades psíquicas en un estado adecuado, en los primeros días no da señales de mejoría, aún la terapia no le había comido la sesera y seguía presa de cierta misantropía.

Había un enfermero, se llamaba Antonio, con su uniforme blanco, era noble y paciente con los enfermos, intentaba darles ánimo en la medida de sus posibilidades; una tarde se sentó a charlar con Margarita, le auguró que ella se libraría de aquello, que saldría de allí, estaba en un estado en el que necesitaba cuidados y aunque con el ánimo por los suelos, él intuía que la mejoría podría llegar pronto; había descubierto que escribía a escondidas, en el registro rutinario que se les hacía a todos los enfermos encontraron que tenía escrito sobre un periódico viejo, que era el único papel que encontró, algo parecido a un poema, que lo había leído, y le dijo que escribir era una forma de terapia que le ayudaría a mejorar, que había esperanzas para que ella sanase, pero que la expresión del muro castrante que rompe el horizonte le preocupaba, tenía una fijación extraña por las tapias, parece que tiene ganas de salir y eso le hacía tener un buen pronóstico para su futuro.

Ya en las noches de insomnio, ella se iba a los locales nocturnos de la Vistahermosa que no duerme, a veces aparecía por la taberna del Fin del Mundo y allí con los viejos bohemios que ya han perdido las neuronas del sueño, se enzarzaba en discusiones de tertulias noctámbulas sobre novelas negras y poemas oscuros; ella no le había prestado antes tanta atención a eso, con tanto agobio que la rodeaba le costaba concentrarse y no fue consciente de su potencial lírico hasta ese momento.

Antonio, el enfermero, quería ser médico y estudiaba medicina para ser psicoanalista, era depresivo y melancólico, necesitaba ser psicoanalizado y llevaba seis años y medio de terapia, desde segundo de carrera en un viaje profundo e introspectivo a los confines más recónditos de su inconsciente, y ya conocía muchos de los conflictos

que los seres humanos albergan en la cabeza y que explicarían mucho de lo inexplicable de algunos comportamientos; él ayudaba a entender alguna cosa que se ocultaba, siempre como aprendiz porque no había terminado la especialidad, supo dar el perfil de lo que le aquejaba, le pasó varios tipos de pruebas proyectivas que apuntaban a una gran depresión. A partir de este momento, este era el interpretador de sueños y el traductor del inconsciente que tenían a mano, el analista de la gran crisis que la aquejaba y de los brotes verdes que pudieran aparecer entre los síntomas de algunos espejismos de mejoría.

Los psiquiatras le prescribieron un tratamiento muy fuerte, con el que parecía que se equilibraría y podría volver a la cordura, a una calma blanca, con sus dosis calculadas de psicofármacos que la debía conducir por aquel camino previsible a la paz de sopetón, al menos le ayudarían a relajarla y a dormir sin contemplación.

Le pusieron una inyección a la que llamaban cóctel, que eran varios principios activos a la vez, una mezcla de distintos compuestos que sin duda surtirían efectos; las pastillas hasta ahora, no eran la solución, no le hacían ningún efecto, el pinchazo potente de hipnóticos acabó derrotando sus resistencias, dándole la puntilla a las últimas huestes de su prolongada vigilia. Con una única jeringa que le inyectaron, estuvo durmiendo tres días, le costó trabajo despertar y también levantarse; ella sintió la penetración de la aguja y en pocos minutos acabó rendida ante aquel suero del sueño, de ser la vigilante de la infancia perdida pasó a ser la bella durmiente.

Cuando despertó de aquel profundo viaje, más cerca del coma que del reparador descanso, con un fuerte dolor de cabeza, vivía aquel naufragio de las sombras como una deriva desconocida, escuchaba a los que habían sobrevivido a la zozobra atentamente, la declaración de aquellos náufragos que pudieron salir del infierno de las olas internas; era alguien poseído por el cataclismo de las desgracias, invadida por un estado ausente, que la hundía en las tinieblas infinitas de su mente, entre brumas era un lamento andante, una dolorosa entre los espectros de sus ausencias, invadida por la desesperación galopante, extenuada por las cicatrices abiertas

de su alma, marchitando todas sus flores, abatida por los claroscuros de su sensibilidad, sola ante aquella tormenta aciaga y lastimada por la hostilidad de las que en el fondo la envidiaban; los fármacos la dejan insensible, como anestesiada ante los partos que la desahuciaban, en su huida sin remedio hacia la mirada perdida, en un reguero imprevisible de asistencias que no le dejan que se desenvuelva al aire libre. Aquí se halla, en su residencia de la inopia, no vive en ninguna parte, ya no se estremecía por nada, aquello se había convertido en un lugar de sombras tranquilas, se ha trasladado a un paraje sin emoción, y a vivir en Babia.

Ella estaba en la sala para psiconeuróticos obsesivos, se rompió una viga del pabellón mugriento donde los habían alojado, parecía que se le derrumbaba otra vez el mundo, aquello era peor que un barracón antiguo de campo de concentración de después de la guerra civil, tuvieron que trasladarlos a otra ala del hospital psiquiátrico, la pasaron al pabellón de los agudos, allí había un enfermo, como se quería que les llamasen a los locos, que conducía una moto imaginaria. Antonio el enfermero decía: «En realidad en un sueño una moto no es una moto, las cosas no son lo que parecen». Encontró a otro hombre muy cuerdo pero que estaba convencido de que era un auténtico indio Cheyenne, de tanto ver películas de indios; otro decía que era descendiente de Napoleón, y otro decía que era un representante de Dios.

Allí conoció historias terribles, veía sombras por los pasillos oscuros con olor a medicinas, en aquella sala de enfermos profundos, que no eran más que prodigiosos seres imperfectos con algún tornillo suelto, de aquella surrealista cámara imaginaria llena de monstruos inofensivos y maravillosos seres deformes, poblado de perturbados que se transfiguran, en aquel gabinete de chiflados que parecen siniestros y no eran más que la representación permanente de un carnaval en un teatro cerrado, eran agudos inadaptados y hundidos psicológicamente por asomarse a los laberintos de la mente, curiosos excluidos en estos manicomios que parecían cárceles, donde recurrían a terapias agresivas como formas de control de las gentes que les parecían peligrosas, y que sufrían el

violento poder de los cuerdos.

Con la noción del tiempo perdida, descubrió que no tenía ninguna enfermedad mental rara, sufría una depresión reactiva ante un enorme dolor, se sentía poseída por una fuerza poderosa que la dominaba, un remolino en las puertas de la mente. Antonio, el enfermero aprendiz de psicoanalista, le revienta todas sus hipótesis, le desmonta todas sus teorías, le ayuda a tomar conciencia y a superar el dolor de sus traumas, ella cree que no sabe lo que realmente sabe, siente un verdadero horror a tomar conciencia, pero poco a poco se abre ante la evidencia de sus revelaciones interiores.

Paseando junto a la tapia, le confiesa a Rosario «La Alcayata», que le está ayudando mucho, entre las dos idearon una forma de jugar al ajedrez sin fichas; así se les había ocurrido que se podrían entretener, ella lo hacía con la mente, con piedras y letras, Margarita le comentó que su gran anhelo era poder salir de allí. Rosario le contestó:

—Ser loco es a veces querer ayudar a los demás. —Aunque eso le animó a decirle a Margarita:

—Yo también deseo marcharme de aquí, perder todo esto de vista, lo que podríamos hacer es intentar ver si nos podemos escapar.

—¡Tú estás loca Rosario! —le dijo Margarita. El loco es un espejo de nuestros conflictos, va dentro de nosotros, no podemos escapar de nosotras mismas.

—Está claro, el manicomio lo llevamos dentro y cada loco va con su tema. ¡No te fastidia! cualquiera se escapa de sus propias garras, pero sería maravilloso escapar de este lugar ¿no?

—Eso sí.

XIV

Francisco García, aquella noche en su delirio, después de que Margarita había sido ingresada en el Hospital Psiquiátrico, fue a tomarse una copa. No sabía cómo borrar el mal sabor del trance amargo que le había supuesto dejarla allí, tan indefensa, y la impotencia que sentía de no poder hacer gran cosa; cuando más lo necesitaba, no podía hacer nada. Él entendía la copita como un arte para evadirse de aquel momento tan triste, una vía de escape ante tanto disparate, algo trascendente que le hacía salir de su laboratorio. Cuando iniciaba un paseo por la ruta de las tascas, recorría las tabernas y salía a la aventura, a ver a quién se encontraba por ahí. Este camino era como trasportarse a otro ser, como si fuese un hallazgo semioculto en su interior, de difícil acceso al vertedero de los recuerdos, al basurero de la memoria, a la arqueología de los paraísos perdidos. No sabía nunca en qué aventura quedaría enredado; se transformaba en el ser más locuaz e intrépido. Nada más entrar en el bar del Fin del Mundo, se descubría el mundo secreto de la noche, el ambiente decadente de la gente que no duerme.

El vino lo hacía trascender el mundo aparente, sumergiéndose en otro de sensaciones intangibles; se convertía en el fluido de la flor del placer, era un líquido indescriptible que permitía compartir el momento y abrir la puerta de los mundos interiores, adentrándose en los pozos oscuros de su mente, en el tanque de revelado de sus sótanos ocultos, que salían a la luz en este santuario de copas a medio llenar, en este garito lleno de cálices medio vacíos, este bar

donde brotan las babas asombradas y olores dilatados y que es un lugar de avenencia, donde se encuentran los corazones sedientos de amigos sin cuentos, en ese ambiente sudado envuelto en humo de tabaco sin filtrado, con el calor de las palabras formando un murmullo como un magma para compartir la soledad, con su sabor a aceitunas aliñadas con la amarga experiencia que los azotaba y altramuces salpicados por cristales de sal que arañaban el desánimo, con el aliento traspasando la hiel en la boca dejado por los malos tragos de la vida. Se puede disfrutar transpirando el rescoldo de las conversaciones indiscretas, con un vino dulce o un oloroso que sabe a bodega llena de misterios, a barricas preñadas de vida, es el bar donde se comparten las heridas y, a veces, se llevan una lanza desgarrándoles el pecho, con cualquier palabra con aristas que hiera los sentimientos.

Francisco le pidió un solera a Luis, el camarero, estudiante de filosofía, buen conversador aunque estudiaba poco y porfiaba mejor; antes trabajaba en el Mesón del Moro pero lo cerraron, después fue reciclado, lo reabrieron, pero descubrió que habían abierto una pizzería en su lugar. Francisco le preguntó por su amigo Ricardo, que siempre estaba sentado en la esquina, depresivo y taciturno, al que le daba por escribir a unas damas idealizadas a las que nunca les había dado ni un beso, que ligaba menos que el aceite con el agua, que ya era decir, —«la tristeza espanta al amor»— solía afirmar con buen criterio, los tristes pasean como zombis, como muertos andantes, como vivos que llevan a cuestas unos cuantos muertos que no les dejan andar, como lastres que les impiden adentrarse en la vida; tiran hacia la tumba y les hacen vagar de taberna en taberna, intentando ahogar las penas, pero con poco éxito; estos parece que son como corchos, que flotan en ese lugar de los ausentes donde se evoca a los que no están, tienen la vida vacía y la copa llena, se beben el misterio del vino, naufragando en el líquido turbio de la profundidad del alma, ahogándose en un vaso de cristal empinado con frecuencia. La conciencia es como un bote flotando en el océano de la inconsciencia, de pronto una herida, un trauma, abre una vía de agua, la inunda y la hace hundirse en las profundidades o como

un bote al que le van echando vino y se va ahogando en alcohol, y van entrando las olas, marejadas, piratas, corsarios y seres que habitan en el fondo de las turbulencias de la sangre hambrienta de las respuestas.

El vino era como un explorador de los sentimientos: recorría los caminos del mundo de la melancolía, viajaba a zonas oscuras, por las galerías de la sangre a la cepas de las penas, a las barricas del dolor por las parras de las neuronas, se le subía a la cabeza y producía efectos especiales, maquillaba la realidad y retocaba los momentos, manipulaba el tiempo dilatándose como las pupilas, se refractaba la luz y las imágenes se derretían como un escultor que modelaba el barro.

Francisco García empezó a ver doble, intentaba concentrarse en sus visiones pero no podía, se esforzaba en fijar la mirada en algo en concreto y se dispersaba, veía cómo en el bar la gente estaba interpretando varios personajes en una misma escena, los tertulianos flotaban en el aire o surgían de la nada, se recreaban la voces, una mezcla de sesudos intentando desentrañar los misterios de la noche; aparecían fragmentos desordenados de su memoria, deambulaba el fantasma de un poeta embriagado y la bruma de un poema flotaba sobre su garganta, se agarraba como el vaho a las ventanas, intentando sacar una imagen de los sótanos de su mente y era el espectro ronco de su gran amigo muerto que flotaba en las conversaciones, y se dejaba asomar de forma intermitente.

El camarero le comentó que había muerto de puro desamor, Ricardo, el poeta, que iba al cementerio a buscar inspiración romántica y acabó expirando allí, en una esquina de la taberna. Francisco salió de la taberna del Fin del Mundo con una borrachera de solera y de cerveza que le enturbiaba la cabeza, como si se le entintara de visiones e imágenes; echó a andar por el laberíntico entramado de calles desordenadas, se perdió por la calle del Agua, que lo envolvió en una niebla beoda, continuó por la calle Vida, a duras penas y a trompicones, siguiéndole los pasos a la bebida, entró en un pasadizo oscuro y sin luz al final, se metió como en un remolino por la calle Aire, salió por las siete revueltas mareado, todo

giraba y lo desbordaba, como si se hubiera trasladado a otra dimensión, el suelo empedrado de la calle se le subía por las paredes, todo se había vuelto inestable, estaba en un trance, y aparecía en un tiovivo de imágenes, con la cabeza casi colgándole de los hombros, soportando a duras penas el peso de la borrachera. Intentaba mantener vigente la ley de la gravedad, derogada por una sobredosis etílica que le hacía sentir cómo se elevaba con los pies temblándole en el suelo a duras penas, una levitación hacia las farolas, atraído por su luz como un insecto; permanecía colgado del espacio, sin moverse de donde estaba, sin apoyarse en casi nada; todo se había transformado, la población era la misma pero las personas iban vestidas de forma diferente, los tiempos se mezclaban en su cabeza y en sus calles, confundiéndose la vida de este sitio y su propia existencia junto a los recuerdos y las citas históricas, con fantasías vividas en las aulas de su infancia y piedras con decorados de hazañas. El entorno físico se impregna de imágenes, donde se proyectan sensaciones de un semisueño, en una vigilia poco despierta.

Francisco tenía un problema. Cuando entraba en trance etílico atravesaba el estado de embriaguez, era una manera de pérdida de la noción de la quimera; creía que todas las imágenes de su mente eran la realidad, todo lo que había estudiado se le venía a la mente como un borracho que se examina; de pronto, se sentía reencarnado en Drácula, este dejaba de ser un personaje de ficción y lo vivía con la angustia del que tiene fobia a la sangre; también imaginó ser un hombre de la edad del bronce o un escritor dél siglo de oro; después, por arte de magia en un encantamiento feroz, huye despavorido de sí mismo y se ve como una alucinación sufriendo y padeciendo rigores y necesidades, o de pronto, se convierte por una suerte de embrujamiento, en alguien huyendo de la belleza, de los celos que provoca, deseando sobre todas las cosas que lo dejen en paz.

Su imaginación desbordante se desbocaba, todo estaba fuera de su propia realidad, la población estaba poseída de leyendas ocurridas en sus calles, todos los personajes legendarios del lugar y todas las criaturas imaginarias se le venían a la mente, emergiendo como

sombras desde el pasado de sus recuerdos, abriéndose la puerta de sus infiernos, llenándose las calles de seres fantasmales; el flujo de imágenes seguía por el entramado de calles estrechas, el reflejo de la luna dibujaba algo irreal como una localidad suspendida que quería ir a su encuentro, una población que tenía vocación voladora y se traslada en un vuelo mental, por el aire libre, recreando los contrastes de lo desconocido.

Francisco García se empezaba a asustar, su entorno desaparecía, su estabilidad entraba en crisis, las paredes se habían hecho móviles, los objetos iban y venían, los acontecimientos se sucedían a la velocidad de la luz, no se detenían, todo fluía, era como un repaso de toda su vida hecho por un moribundo. Estaba revisando toda la vida de la humanidad, como si fuera una atracción de feria que giraba, y él era el testigo en su desvarío, él solo miraba algo que le sucedía pero que no entendía en su interior, algo había disparado todos sus mecanismos de seguridad, todo estaba desbocado hacia no se sabe qué deriva, ni qué relación con el tiempo y la realidad tenía aquello, había entrado en una inconsciencia salvaje de delirio etílico, una alucinación que escucha voces lejanas, de sirenas de humo y túneles de luz; venía de vuelta de casi todo, de una acera a otra, con la dificultad que da para la orientación la ebriedad, imitaba a las mareas en su oscilante paso, simplemente el mareo lo poseía, le había dilatado los sesos de lo que fantaseaba y la calle estaba habitada por su imaginación. Encontrándose con las formas fantasmagóricas había entrado en una aventura embriagada que le hacía perder la conciencia, y sus fantasías gobernaban su mundo sin timón, su evasión lo empujaba aquella noche como a un personaje fuera de su propio relato, se adentró por los rincones de la calle Niño Perdido. Vistahermosa parecía encantada, formaba curiosas formas por la erosión de las miradas, sus enormes piedras y sus bloques como las nubes le evocaban objetos, animales, personas, era la imaginación del alcohol, que como una pócima misteriosa o como un agua milagrosa que altera la salud mental, con sus casas colgadas, al borde de su abismo monumental, atrapa los símbolos de la noche a la orilla de la oscuridad, perdiéndose por las calles abstractas de la

nocturnidad.

Él estaba intentando atrapar las sombras, atravesando lugares de la arquitectura negra, la vida nocturna de los vestigios, los tesoros escondidos en las fachadas de los restos humanos de su paisaje interior. Cruzando la plaza de la Corredera donde el sentido se pierde, esculpiendo su mirada una imagen impresa en las paredes, llegó, arrastrándose, hasta las rejas del banco Hispanoamericano, confundiéndolo en su fantasía con una cárcel, se agarró a sus rejas, como un desahuciado, y desde allí gritaba: «¡soltad a Margarita! ¡cabrones!, ¡encerrad a las monjas y a los doctores!».

No sabía dónde estaba escrito, aquello lo vivía como un delirio, para él era realidad y presente todo lo que había en su mente, una alucinación inexplicable. Hechizado y en trance, le desbordaban las leyendas que había almacenado en su fantasía infantil, guardadas en no se sabe dónde, atrapadas en una muralla borrosa de tiempo, retenidas por la cordura a cal y canto, con sus vacíos llenos de historias, con el ideal del silencio de las cosas olvidadas, como la anestesia del dolor. Era solo la apariencia de una tapadera que en su mundo interior bulle como una pócima que guardan los fantasmas que siempre lo han habitado; cuando el alcohol lo poseía, la realidad oculta lo confundía y no se hallaba donde vivía, inmerso en una excavación de la oscuridad. Atravesaba un plano distinto a estar despierto, por sus ojos pasaban épocas pretéritas, predicciones de futuro, tenía huecos con telaraña en su mente en desuso, con miedos y tensiones, túneles con vaho y ausentes; se imagina su cerebro con huecos oscuros, con sus destellos de talento.

Francisco miró hacia arriba, sentía que los edificios lo iban a devorar en su delirio, le entró un sudor frío y se meó en los pantalones, le entró pánico; el terror se apoderó de todos sus actos, en un principio lo paralizó, agarrado a las rejas, sin poder moverse, con las manos soldadas a los hierros como si fuese una balsa en un ciclón de oscuridad.

De pronto, se acercó alguien que dormía en un sillón olvidado en la calle; el servicio de limpieza dejó de llevarse un sofá de la calle Larga del que nadie se hacía cargo, y allí dormía Vicente desde hacía

una semana. Los dos compartían un viaje a través del abandono del valle del Miraflores, son las cosas de las que querría deshacerse este monstruo omnívoro, igual que de los mayores y de las mascotas, solo era una calle llena de pequeños comercios, que a esas horas permanecían cerrados. Pernoctaba en un banco como un búho con los ojos escudriñando a las víctimas de sus sablazos, como una gárgola observando pringados incautos susceptibles de sus atracos, encadenado a la soledad de un ave de presa, dormía en la calle, a veces con los ojos abiertos. Se había quedado sin nadie, su hogar abandonado, sin calor, sin afecto al cual agarrarse, abocado a un tobogán de tornados interiores, a una sucesión de desgracias y de circunstancias traumáticas, condenado a estar maltrecho, a estar marginado, sin acceso a las conquistas sociales ni al equilibrio del día a día, desconectado de la corriente de bienestar, superviviente de una aventura que no le ha dado la oportunidad de escapar de la pobreza sin necesidad de robar a los demás, era una apisonadora sin piedad que lo deja aplastado contra el suelo, tirado en cualquier calle, antes de que amanezca el desconsuelo, arrastrado como desecho que no sabe qué hacer consigo mismo.

Vicente fue a auxiliarlo. Cuando cogió a Francisco por la pierna, el pánico se transformó en dinamismo, cayó al suelo y salió corriendo, y se empotró contra una farola solitaria a la que quedó enlazado, paralizado de nuevo. El delincuente y vecino se acercó, lo abrazó y le preguntó: ¿cómo estás? —Y él respondió: «no sé»—. El drogodependiente lo tranquilizó.

—Francisco empezó a darle golpes y patadas a la farola.

—Pero ¿qué haces? te vas a hacer daño.

—Ella me lo ha hecho a mí. Tengo que descargarme esta electricidad y la mala hostia —le gritaba Francisco.

La farola permanecía inmóvil, estoica, por propia voluntad seguía alumbrando la ceguera transitoria de aquel energúmeno que desplazaba su frustración a cualquier objeto con el que no tuviera ninguna relación.

—Está claro que lo que puede ser bueno para los demás puede ser nefasto para uno mismo.

—Pues insiste, golpéala, siempre tropezamos con la luz, hay gente poseída por los objetos y tú eres uno de ellos.

Francisco insultaba a viva voz, agredía con toda la rabia que se fermentaba; el disgusto que le despertaba y hacía saltar todas las válvulas, le hacía superar sus propios límites. Él seguía sujeto a la voluntad estática de la farola, que lo tenía deslumbrado; solo con haberle causado dolor, lo había seducido, no se apartaba de ella, sin tenerse en pie, hasta que quedó exhausto y cayó al suelo; entonces Vicente lo trasladó al sofá abandonado en la calle Larga, lo arropó e intentó curarle las heridas con un poco de ron que le quedaba y una camisa seca del contenedor de ropa usada.

Otra gente duerme sobre el asfalto, sobre sus azoteas dormirán sus dioses, mientras miles de voces bullían en su interior como una cocción a fuego lento que no para.

Vicente estaba con sus esporádicos destellos de lucidez y Francisco sin su cámara para poder retratar el estado lamentable en que se hallaba y la marginalidad que los rodeaba, ¿dónde había quedado su búsqueda elevada de la luz de alma? ¿dónde la fuerza bruta de los colores? ¿dónde la imagen que se esconde entre los negativos impresionados por los ladrones de niños? ¿dónde los que le han destrozado injustamente la fuente de la que brotaba su cariño? ¿dónde estaban su hijos? Cuántas preguntas sin que las respuestas acudan en su auxilio, qué mal le han causado algunos disfrazados de virtud, y que en la práctica eran auténticos desalmados del santo oficio, quién iba a sospechar que la impiedad tuviera como madriguera los hábitos de la caridad.

XV

Francisco García y Vicente Caravaca Valdemoro continúan caminando por las entrañas oscuras de Vistahermosa, adentrándose en el corazón alucinado del valle, a través de su entramado evasivo, en la huida de las propias emociones de sus calles, entre la ebriedad sin consuelo de uno y la cleptomanía drogada del otro.

De pronto, un rayo ilumina el cielo y se estrella contra el árbol solar; después son miles de rayos, donde la luz explota y las centellas cruzan el firmamento, jugueteando como miles de bengalas, que azotan a aquel árbol en llamas, fuegos artificiales hacen cabriolas y dibujan estelas fantásticas, formando un árbol pirotécnico y achicharrando a aquel amasijo de metal que parecía pedir auxilio, hundiéndose en la humareda y con él todas las esperanzas que albergaba; parecían incendios artificiales que reflejan los desastres fugaces de la energía sostenible, aquel fenómeno era un tesoro para los cazadores de tormentas y de instantáneas prodigiosas, como si estuvieran dando fe de un parto del universo, pero era una catástrofe para la electricidad limpia que se buscaba con sus células fotovoltaicas. Francisco, con sus ausencias, ya está bastante atormentado, pero echa de menos su cámara en ese momento para poder captar aquel instante mágico en el que el árbol solar era magnético, atraía a todos los relámpagos y se vivía como un espectáculo natural, con calambrazos del cielo, que hacia tambalear aquel ideal disparatado de un gobernante histriónico que decretó un impuesto al sol a través de la luz que se obtenía por medio de placas solares, sancionando el autoconsumo; estamos en una época de

oscuridad, malos tiempos para la energía de las personas limpias de corazones que estallan cada segundo para darle fuerza a la vida y sangre a las arterias de los hogares. Era el momento en que los rayos tocaron la tierra y se quedaron atrapados en su interior; se produjo un gran apagón, el valle se sumergió en el caos, las tinieblas se apoderaron de todos los rincones, se fundieron los voltios, los cables perdieron la tensión, y se quedaron sin suministro eléctrico; se sobrecargaron los postes y cayó la red de venas que trasladaban la luz coronaria de estos cuerpos celestes nublados por las ausencias de seres queridos, se incendiaron estaciones transformadoras; después de varias explosiones sordas en cadena, por los efectos de una avería en las entendederas del suministro, quedó el servicio interrumpido y permanecieron atrapados en la oscuridad; fue muy aparatoso, el colapso los dejó bloqueados, sin fluidos, los dejó a oscuras, todo se llenó de un humo negrísimo que olía a rayos, y apareció el desorden.

La compañía eléctrica era como un pulpo gigante de ramificaciones innumerables, una maquinaria demoledora de poder, con una trama de cables interminables, con sus instalaciones disfrazadas, unas redes que se extendían por todas las calles a través de conducciones aéreas o subterráneas, con sus tentáculos que llegaban a todas las casas, adentrándose en ellas sus líneas forradas de plástico, traspasando las paredes, llegando a todas las habitaciones sus terminaciones nerviosas. Tenía al valle rodeado, con un entramado de cobre y un sin fin de facturas impagadas.

Era un leviatán que no se detenía ante nada, ponía patas arriba las calles, las levantaban como a ratas desesperadas que huían del poder oculto de los hilos de cobre y de la energía eléctrica enredada en instalaciones neuronales; su negocio era darle forma a un caos organizado, robándole con artilugios y artimañas energía a la naturaleza; mientras el cielo se cubre de nubes negras, las farolas de la calle se han apagado y una densa oscuridad los rodea. Vicente y él caminaban por las calles a tientas, y Francisco se dio un golpe, tropezó con un obstáculo vertical no identificado a primera vista; él acostumbraba chocar con los postes de las farolas cuando estaba en estado de ebriedad y estas estaban plantadas en medio de las aceras,

al igual que otros obstáculos que se plantaban en medio de las calles; pero esta vez, a ciegas, descubrieron que se trataba de una señal de tráfico. Otras veces solía abrazarlas para poder mantener erguida la compostura y para que la verticalidad precaria no acabase por los márgenes de la calzada. En esta ocasión no cayó abatido por los golpes de los malnacidos, sino por su propia embriaguez, rodando en el duro acerado por su falta de recursos para afrontar aquella afrenta; nunca había visto las estrellas desde el suelo, no se podía mover, estaba como soldado a la tierra que con la atracción de la fuerza de la gravedad ejercía el poder sobre él, como un imán de piedra, su propio peso no lo dejaba elevarse y él sin su cámara no podía atrapar aquel instante delirante:

—Esto es una señal divina —decía desde el suelo.

Y Vicente desde su pragmatismo le decía:

—No, es una señal de tráfico, es dirección prohibida. Siento contradecirte Francisco.

—Bueno, no sé, pero estoy viendo las estrellas.

—Y yo sin el telescopio que le robé a un vagabundo, era su única pertenencia, le ayudé a aligerar el peso de su vida; iba como un caracol sin su carcasa, no tenía techo, estaba enamorado de las estrellas y no sé qué he hecho con ese aparato tan prodigioso ni dónde anda, o si lo malvendí, pero con él podía ver el universo, me gustaba ver los astros; con él tenía todo el firmamento para mí, era el único instrumento que poseía para evadirme de esta cruda realidad, y no me costaba nada, el catalejos era la única forma que tenía de huir de esta adicción terrible que me posee y que es peor que la mendicidad; era el hombre más afortunado del mundo, mirando al cielo podía ver todo, las vistas eran espectaculares con ese artilugio, de esta manera podía ver otra realidad y me permitía salir de esta especie de indigencia, de esta vida tan perra, me sustraía de esta miseria, me adentraba en el sueño de otro mundo más elevado y me olvidaba de este, podía tener el cosmos a mi alcance, todo para mí.

—Estamos sin herramientas Vicente, a mí me falta la cámara de fotos y a ti el telescopio, para sacarle partido a la noche, estamos sin

nuestros mejores instrumentos.

—Yo no veo nada, no se ve ni la madrugada, con lo oscuro que está el cielo, aquí para ver las estrellas te tienes que chocar con algo, con una señal, con una farola apagada, con un telescopio o lo que sea, entonces te zarandea la conciencia y puede que divises las estrellas; yo estoy enamorado de ellas, de las manchas solares y de las sombras de la luna, de sus cráteres en relieve, mirando al cielo sueño con otra realidad, pero mi afición a la astronomía hoy solo me lleva a ver los hematomas que te van a dejar señalado para una semana por lo menos. Siento romper la magia de este momento, algunas veces yo también necesito aterrizar; aunque no lo parezca he caído más bajo que tú y sin tropezar con nada, siento que aún no he tocado fondo.

Francisco tiene una marca en la frente, como una huella del beso de judas, un moratón vertical, y la señal de tráfico está ahí a lo suyo, recta como un mástil impertérrito, redonda como una sartén con algunos colores, resolviendo cuestiones circulatorias, con su aspecto inteligente y su sentido común, avisando de los peligros y exclamando una advertencia, prohibiendo el paso, aquí se prohíbe cualquier cosa, sin cardenales insensibles, hasta un trozo de lata redonda se convierte en autoridad y cuando alguien no se percata, aparece el anatema divino, y lo golpea como un gendarme sin sentimientos, sancionándolo como un transgresor en movimiento que sufre un placaje en seco.

Son las señales al viento contra las que se estrellan los incautos, aprovechando que la gente va a ciegas o borracha, sorteando mil obstáculos para deambular por sus problemas, ahogados en un agobio imperceptible, contaminado por símbolos tramposos de un tiempo de prohibiciones, con un lenguaje silencioso, dando señales universales de cosas que están más allá de la vista, que los tratan como un monigote de chapa con el nombre rimbombante de peatón al que le exigen un comportamiento rígido como un poste de metal a la altura de su frente, pero que en la oscuridad no se puede detectar la señal, y se convierte en un peligro sin nombre para los viandantes ensimismados que van absorbidos en sus pequeñas

miserias cotidianas, que algunos es lo único que ven.

Francisco se quedó atolondrado, el golpe lo dejó traspuesto, Vicente lo reanima como puede; se produjo un gran apagón en su interior, casi tan grande como el que vive desde que ha ingresado a Margarita en el manicomio, la oscuridad se expande por todos los rincones, está en estado casi de coma etílico, casi noqueado por los golpes de la vida, empieza a hablar un lenguaje extraño, repite unas palabras desconocidas, no coordina bien. Vicente, que tampoco erala lucidez andante, no consigue descifrar lo que dice cuando balbucea, intenta espabilarlo.

Cuando vuelve en sí, Francisco le pregunta un poco traspuesto:

—¿Qué ha pasado?

—Se ha ido la luz.

—¿A dónde?

—¿Quién sabe? No he podido seguir su rastro, no veo nada, no hay quien siga la estela a esta lumbre fugaz, esto sí que es todo invisible, aquí nos ha invadido la oscuridad. La electricidad está en el aire y en el mismo se rompe, y como los pájaros negros se va, igual que un rayo quebrado por la tormenta se desvanece, como la vida que cuando menos te lo esperas desaparece.

—Para, para… Vicente, no te embales, que te conozco, no te pongas trascendente, que la magia también se evapora cuando menos te lo pienses y a mí me duele la cabeza.

—Vamos a tientas, hemos entrado por la puerta de la oscuridad, allí a lo lejos se ve algo de luz, es el árbol solar, alcanzado por un rayo, está en la Plaza Nueva, allí, camino del manicomio, todavía chisporrotea.

—Esto es como una gran censura, como apagar la creación, como un texto oscuro en el que vamos a tientas entre sus letras negras, interpretando entre líneas qué camino seguir, necesitamos linternas para poder descifrar sus túneles, con la luz declarada en huelga, es como la llegada de la muerte, no sabemos qué pasa cuando ocurre, no es extraño que muchos acabemos locos. No sé si es casualidad, pero ese árbol de metal está en dirección al hospital psiquiátrico, y por ese camino vamos todos.

—Definitivamente, el golpe te ha dejado rematado.

Francisco lleva toda su vida peleando con la oscuridad a base de fogonazos, a base de tragos buscando la luz en su laboratorio, pero los hijos robados han afectado a su equilibrio, y lo de Margarita lo ha lanzado al precipicio de la bebida, su mirada se va apagando a la vez que las botellas se le han ido quedando vacías.

Llegaron hasta donde estaba el árbol solar; por fin, en el centro de la Plaza Nueva, se toparon con aquel trasto inaudito.

—Y ahora, ¿esto qué es? El golpe me ha dejado trastornado, ya con las alucinaciones no puedo.

Se sienta en una terraza. El árbol tenía como unos brazos donde se apoyaban unas planchas de células fotovoltaicas, que a Francisco, en su ebriedad, se le antojaban unas grandes bandejas porteadas por un camarero gigante que venía a servirle una copa. Obsesionado con continuar su viaje sentado en primera fila del bar del Fin del Mundo, imaginaba aquel árbol experimental, de energía limpia, con clorofila brillante como el metal, con múltiples bandejas de fuego, que daban una tregua al oxigeno sin metales pesados; ese armatoste mastodóntico, como un personaje mitológico, gigantesco y de rostro anónimo es el único que, momentáneamente, apaga la oscuridad en esta ciudad, partiendo el cielo con sus paneles de cristal, como un eucalipto seco, dominando los ciclos de la altura. Es un gigante, que está ahí, como un padre impertérrito, tiene un aspecto terrible, como un Dios de metal chamuscado, parece un esqueleto fotovoltaico, con paneles en los brazos, como un girasol que atrapa rayos, con brazos de metal y con hojas fotovoltaicas, con sus ramas abiertas y sus aspas eléctricas.

Está ahí plantado, como un obelisco coronando la plaza, alto y esbelto, al que parece que se le ha estrellado un helicóptero quemado encima, con zancos enormes, con sus hélices ecológicas disfrazadas de placas solares achicharradas por el astro rey, anclado a la tierra como un sol de pipas coronado por un girasol, como un molino al viento moderno, con el que se ha topado un ejército de caballeros al volante, generando una energía poderosa que lo ha desbordado y sigue dando chispazos.

Los daños eran mayores que los que le asestaban los decretos del gobierno con la voluntad abducida de las compañías eléctricas, con sus ramas que asemejan paneles con forma vegetal que parecen brazos abiertos pidiendo explicaciones de esta sinrazón; fue concebido como un elemento paisajístico experimental, con su copa en forma de árbol, estructura imitando a un gigante con tronco fuerte, con su savia de limpia electricidad recorriendo su mástil solitario; será difícil que se recupere aunque su vocación es la de ser energía renovable con placas vegetales, y su apariencia de árbol desmesurado atrapa la luz y la guarda en su caja de pandora, la almacena en una batería redonda que esconde el sol; Francisco lo ve achicharrándose como un espectro de sí mismo, y exclama:

—¡Joder! ¡Voy a tener que dejar de beber! Veo un camarero gigante, y eso yo sé que no puede ser, pero está ahí con su aura servil, con varios brazos, bandejas fotovoltaicas coronadas de mollate ardiendo, como si fueran caimadas del infierno, como un monstruo mítico que me quiere ahogar en alcohol, resistiendo en aquel bosque de farolas anémicas que no pueden espantar la oscuridad que los rodea, y yo aquí sin mi cámara, sin poder inmortalizar este momento.

—No vale la pena Francisco, ha quedado hecho un armatoste que no sirve para nada, está ahí como derrumbado, como un artefacto moderno y lo que tú crees que son copas, son papeles y zapatos que los jóvenes cuelgan con sus deseos, y otros le tiran botines; siguen ardiendo como pequeñas bujías en ese trasto tan grande, me recuerda a un ninot, está totalmente calcinado como una falla; antes se parecía a mi salón todo lleno de facturas, con tantos papeles colgados, con mensajes apocalípticos, con anuncios de embargos.

—Es un árbol raro, no tiene ramas claras ni hojas perennes ni color esmeralda, está chamuscado y tiene unas bandejas enormes con las que pretenden atraer el sol, su energía era verde esperanza; en este invierno negro no está en calma, tiene menos fuerza que un árbol seco.

—Estás desvariando Francisco, tu estado es mucho peor de lo

que yo pensaba, tienes los plomos totalmente fundidos, definitivamente estás delirando.

Cuando estaba borracho, Francisco perdía la noción de la realidad. Una suerte de esquizofrenia no académica apareció en su frente, se transformó en un ser distinto, sin fundamento en que apoyarse, con una sensación permanente de vacío que lo abocaba a una especie de vértigo autodestructivo, con un hueco en los sentimientos del precipicio de su ventrílocuo interno, sin su sangre al corriente, con el corazón roto.

Permanecieron sentados en la terraza del bar del Fin del Mundo de la Plaza Nueva, se acercó el camarero:

Francisco permanecía mirando en dirección al árbol que había quedado como una criatura desarticulada, como si hubiera recibido una avalancha de botellas negras, estrelladas, y hasta el vino tinto se hubiera quedado chamuscado.

—Buenas noches, Francisco y las malas compañías. Otra vez por aquí, el mundo es un pañuelo, pero te veo con peor aspecto y peor acompañado.

—Deja los sarcasmos, que llevamos una noche de perros —le contestó Francisco.

—Sin comentarios. ¿Qué van a tomar?

—Buenas noches, Luis, aquí el sol sería lo mejor, los primeros rayos son los más felices, pero aún queda mucha noche, aunque un tinto fuerte también ilumina por dentro, bueno en puridad un clarete alumbraría más, ya veo que las velas no dan para espantar tanta oscuridad —dijo Francisco.

—Vaya circunloquio para llegar a un clarete emocional, ¿y tú Vicente?

—Yo nada, solo vengo con él.

—Hoy estarás contento, lo del apodo de Pocasluces te viene al pelo. ¿Pero no vas a pedir nada? ¿No te apetece nada de verdad? Tú también estás raro. Siempre gorroneando y dando sablazos a todo el que pillas, y hoy que puedes, no haces gasto ni lo intentas, algo te traes entre manos tú.

—Hay gente que confunde el estar tieso con ser un

aprovechado, qué mala es la fama, pero si hay que hacer honor a ella, se hace, y si es obligatorio dejarse invitar… dame una copa de coñac y un paquete de tabaco.

—No te pases Vicente —le contestó Luis, el camarero, un poco enfadado. Hoy estáis raritos, habréis tenido una mala noche. Eso parece evidente, no hace falta ser un lumbreras para verlo, y voy a tener que tomar decisiones drásticas; estáis hasta las trancas así que voy a traer lo que considere más oportuno, un café y muy cargado, eso es lo que hay. Eso sí, que esté bien negro, pero os voy a traer el fluido para despejaros un poco, que os hace falta. Eso, un buen café solo, una ducha, un buen sueño y se os pasa el mal rato.

—¿Qué quieres? que se me pase este estado de gracia en que estoy. Siempre le ha gustado porfiar a este camarero, al final voy a preferir a las máquinas expendedoras antes que a los camareros con criterio propio —contestó Francisco.

—¿Pero te has dado cuenta de la pinta que traes? Intentaré evitar un coma etílico, te has hinchado de alcohol esta noche, debes de tener en tu interior alguna herida que querrás desinfectar.

—Solo he tomado el suero de la verdad.

—Y el alcohol, que te ha llevado a un estado alterado de conciencia. Ya veo que solo los borrachos y los niños dicen la verdad. Pero voy a ir al botiquín y te voy a curar las heridas, antes de que se te infecten. Tienes la cara hecha un cromo.

—Yo no me acuerdo muy bien de lo que ha pasado, no sé si me he chocado con un telescopio o algo así, pero que tenía un magnetismo irresistible.

—Paradojas tiene la vida, parece que te has caído en las zanjas de las calicatas de las calles que son como trincheras, padeciendo las molestias de las obras. Y todavía estás viendo los efectos especiales.

Ellos intentan llegar a ser seres que pueden sustraerse de la melancolía, sentirse como personas diferentes. Se tomaron los cafés, tranquilos y sin rechistar, y ya se levantaba Francisco.

—¿Quién paga esto? —gritó Luis, el camarero.

—A mí se me han olvidado tantas cosas que se me ha olvidado hasta cómo es eso de pagar —le respondió Francisco.

—Déjate de rollos, te lo apunto. Ya sabes que aquí siempre tienes crédito; no sé muy bien por qué mi jefe tiene tanta confianza contigo, eres la única persona a la que nunca le cobra, incluso me riñe si lo intento —le dijo Luis.

—Apúntalo, él lleva mi cuenta en la barra de nieve —le replicó con guasa Francisco.

—Menudo compincheo os traéis los dos. Mi jefe te echa de menos, debe de ser por lo mal cliente que eres, la última vez me dice: «Francisco viene poco por aquí, ni que le costara dinero» —le insistió el camarero.

—Cosas nuestras, que no se pagan con dinero, solo con la presencia.

—Eso será.

Continúa Francisco el camino junto a Vicente y le dice:

—Algo me pasa, he empezado a ver muchos soles, el cielo se ha llenado de soles, toda la noche ha sido invadida por soles. Como si los rayos del sol imaginarios me despertaran de una pesadilla y viviera varios amaneceres a la vez, tengo sensaciones raras, como si se hubiera dispersado la aurora con la luz en aquella atmósfera viciada, estoy esperando que llegue la resaca y se vuelva todo negro de verdad.

—Eso que ves deben de ser las velas que iluminan la población tímidamente.

—Voy a tener que ponerme gafas. Hay gente poseída por los objetos, pero cuando está borracha, como yo ahora, abraza a las farolas y también necesita que le abrace alguien, siempre buscamos la luz.

—Tú también estás poseído por los demonios.

—Es curioso Vicente, yo tropiezo con las señales y tú con las personas.

—¡Yo no he chocado con nadie!

—¡Conmigo! ¡Te parece poco!

XVI

Francisco García se despidió de Vicente, seguía caminando solo con su ebriedad, en una deriva sin rumbo, iba hacia ninguna parte, vagaba por las calles de Vistahermosa cuando escuchó el sonido de unos pasos que lo seguían a través de la oscuridad, miró hacia atrás y no había nadie, el misterio se apoderó de él. ¿Qué era ese sonido en la inmensidad de la noche? ¿Quién estaba detrás de sus pasos en medio de la soledad del silencio? Se oían, pero no era el taconeo de sus zapatos; siguió indagando y descubrió que se oían sus latidos, los de su corazón, como un pulso, como una aldaba que le llamaba en su pecho. Sus propios pasos retumbaban en la soledad de sus latidos, llamando a las puertas de su conciencia, para encontrar un sentido, un rumbo en aquel laberinto desierto de piedras bañadas por la oscuridad y el frío de este lugar misterioso, que lo atraía como un imán o como una leyenda; su encanto intimo está en lo que nos evoca su pasado, con sus secretos flotando en el tiempo, en las sinuosas callejuelas, en las horas nocturnas, para intentar entender el acertijo que lo embargaba, para intentar entender el símbolo abstracto del abismo que habitaba en él. Mientras, las sombras se pasean por la calle, se reflejan en el suelo, alargadas como las huellas de sus ausencias.

La oscuridad había devorado los colores, estos no eran capaces de transformar la realidad a oscuras, en la penumbra le habían abandonado sus poderes mágicos, en la noche hay que dejarlos en libertad, los colores sin luz se pierden, se sienten impotentes, van a ciegas y no pueden hacer nada; así iba Francisco, sin luz, a tientas,

en su propia oscuridad, con el farol tenue de su ebriedad, proyectaba su penumbra y su distorsión visual; una acumulación de colores apagados, superpuestos unos sobre otros, creaban imágenes nuevas, inexistentes en la realidad, imágenes plomizas arrojando su luz sobre las cosas, reinterpretándolas.

El café de Luis no había producido, los efectos deseados ni eran inmediatos. Francisco continuaba borracho, perdido en las tinieblas de su interior, envuelto en la niebla negra de la contaminación de los sentimientos que lo habían extraviado por el cosmos de su propio universo, acosado por la complejidad de la bruma perdida de su memoria y por el germen autodestructivo que habita en la tierra; no sabía volver a ningún islote de su huida, había sido como un apagón que lo dejase suspendido en tierra de nadie, acosado por fantasías que no le dejaban ver el camino en este laberinto sin conciencia. Él mantenía una brújula de la existencia, buscaba una salida, el despertar de un delirio del que era consciente y que lo arrastraba como a un náufrago, necesitaba arribar a la resaca de una playa y ver que las nubes y el humo pasan.

Francisco buscaba lo espiritual, se perdía por la belleza y bebía los vientos por el arte con una fuerza invisible, y deseaba plasmarlo en un papel de colores brillantes, amenazado por la mancha grasienta y pegajosa de la culpa que amedrenta las almas, condiciona juicios y decisiones, arrastrado a una dictadura fantasmal, que fuese la máscara de la violencia, la pérdida de sentido de la vida y el deseo de la muerte; estos pensamientos parecían efectos especiales de los mitos que el alcohol liberaba, para poder enfrentarse al monstruo que lo habitaba. Llegó a la plaza de los Cuatro Vientos, a través de las calles envejecidas por el tiempo, las calles escondían sus propios enigmas.

Iba persiguiendo sombras, en su paseo oscilante junto a la noche, transitando por la oscuridad, recorriendo mundos imaginarios, confundiendo el espacio y el tiempo, se había vuelto introvertido y se perdía por su mundo interior.

Notó que algo lo acechaba desde el fondo de la oscuridad siniestra, percibía un jadeo cansado, oía cómo se le acercaba, percibe

el aliento que huele a alcohol, como si estuviera dándole en la nuca.

Imagina que las voces de la calle entran dentro de él y luchan por ocupar su espacio en sus propias voces, esas que no dejan coger el sueño. Eran voces perdidas de gente que estaba muerta, como la luz de las estrellas; las voces desaparecieron, intentaba huir de ellas, convocó a algo que no debería existir, que era fruto de la locura, alguien respiraba el olor del agobio, eran sus propios pasos que pesaban una eternidad, hablaba solo, de pronto volvieron a habitarlo voces. Hay gente que les saca voz a los ecos, era él mismo, no había nadie más allí que él. Sentía temor a no se sabe qué, un temor sin nombre, sin pensamiento, necesitaba ponerle rostro a sus amenazas, no sabía cómo desprenderse de esos sentimientos que no podía tolerar.

No sabía si era él o era el suelo el que temblaba de miedo, el temblor iba *in crescendo*, se sentía inquieto, miraba a su alrededor, el nerviosismo zarandeaba su estabilidad y estaba a punto de perder el equilibrio de su conciencia, como si naufragara y se hundiera en un mar inseguro; cada vez, lo que fuere se le acercaba más en la oscuridad, salía algo del fondo de la noche que parecía que lo iba atropellar, pensó que lo mejor era quedarse quieto, sin moverse, con un sudor frío, mientras se orinaba de nuevo sin poder controlar nada de su cuerpo.

—¿Será un vagabundo que anda por aquí? ¿Qué querrá? ¿Por qué me perseguirá? Será un pesado, voy a ver si me lo quito de encima y me deja en paz. Porque Vicente no puede ser, se ha ido después de tomar café, decía que tenía cosas que hacer. No creo que espiar a un ser ebrio y ofuscado sea de su interés.

De pronto, mira hacia una de las cristaleras de los comercios, entre un laberinto de espejos poliédricos, allí en los escaparates de la calle Larga, que de día es la calle de los sueños donde encontrar cualquier ganga, y en la noche se convierte en la calle de las pesadillas amargas, cerrada a cal y canto por la oscuridad; y allí en la luna, en el lado oscuro del espejo, en su cara oculta, se mueve algo como un pez en el agua, y aparece allí en el fondo abisal del cristal del tiempo, su rostro oculto en el volumen del vacío; Francisco, en

su borrachera, se vio reflejado en un escaparate, era una figuración que le daba forma a lo hueco, se encuentra flotando en la reflexión de su imagen, él se veía reflejado en el vidrio, y este le devolvía la mirada como si él fuera un maniquí ausente, como si fuese el señor de los reflejos que le devuelve todo lo que él le ha prestado, se veía como un ser irreal, suspendido en el tiempo, levitando sobre nada, ingrávido, había alguien con su rostro en el espejo que le miraba, como un ente proyectado, que para él se convertía en una silueta misteriosa, no sabía si eran visiones, fatiga visual, un espíritu extraviado, o eran sus ojos perezosos que veían lo que querían sin importarle lo que ocurría frente a él. En la realidad real que se diluía, no podía ver en tres dimensiones aquella aparición virtual que tomaba forma en el reflejo de vidrio plano y vertical, se miraba y no se reconocía, él tenía una imagen de sí mismo digna, allí se veía como disfrazado de mendigo; cuando se vio en el cristal, el vagabundo era él, así se veía como una imagen indigente, era la sombra de sí mismo, la parte de sí que no quería ver, el Francisco que buscaba en las fotografías, y que al mismo tiempo temía que emergiera.

Creía que tenía cierto control de su imagen, pero notaba que se le escapaba su aspecto, percibía un cambio profundo en su mirada y de su ubicación en el mundo, notaba que su cerebro lo engañaba al percibir determinados fenómenos y experimentaba la fuerza del aire que los separaba. No dejaba de mirarse ante el espejo cóncavo de su pupila ni de verse deformado, viendo la profundidad de la calle con una perspectiva, empequeñeciendo el fondo, esos son juegos misteriosos de la mente, como los sueños, eso es el inconsciente de la psique en una selva de espejos poliédricos, en todas las cristaleras del centro de la población de Vistahermosa; si los observaba no podía ver la realidad, siempre estaba cambiando como si lo manipulara un servicio de inteligencia en la espalda del espejo, sentía que trascendía el marco, que entra en otro plano, profundiza sobre sí mismo, se ve reflejado y la conciencia ilumina un trocito de sí, como si traspasara una frontera y avanzara más allá de las apariencias.

Se daba cuenta de que esa era una lucha contra él mismo, que se encontraba en un combate con las sombras, intentando destruirse, no soportaba su silueta esquelética y su cabeza fantasmagórica, con su boca negra, costaba pronunciar y reconocer la máscara de su verdad, a oscuras, su percepción de la realidad fue cambiando, las lecturas de su juventud se le fueron viniendo encima y las vivía como reales.

Aquello era una ventana abierta a otra dimensión, la de las sombras de las figuraciones, y entornaba los ojos luchando por recomponer su figura, una imagen que se le había ido a lo largo de la noche, se debatía ante la incredulidad de sus pupilas, que le dibujaban un ser extraño que le devolvía el espejo con su ideal distorsionado y cargado de lo que siempre se había negado, aquel era el último ser que quería ser, un noctámbulo ebrio, que de pronto se le apareció como la sombra de sí mismo, como si se fugase de sí y se proyectase en una escena insólita, como si algo que siempre le había asustado, se visualizase; su imagen como un aparecido, dibujándose en el cristal, se veía reflejado allí; el fantasma de su envidia, sus celos terribles, la explosión de su agresividad escondida… todo lo que había tenido que enterrar dentro de sí para parecer perfecto y ordenado estaba diluyéndose, allí aparecía un Francisco en bruto, salvaje, sin pulir, era un rostro que le daba terror, lleno de ira, expresaba un dolor sangrante, cuyas cicatrices eran poesía desgarrada en las arrugas de su rostro, por sus ojos aparecen pasiones inconfesables enterradas y ruinas de canallas legendarias.

Sufría tormentas de dolor en sus neuronas, explotando en cada idea nueva que le venía con luz y luego se diluía como un sueño y volvía a brotar como aguas de una fuente interior, un volcán en erupción que no cesaba de lanzar imágenes hacia la cámara oscura de su cerebro; se proyectaban fotogramas en su mente, en un incesante destellar de relámpagos ingeniosos, en que la imaginación creaba mundos que solo existían en su creatividad incesante, y para poder comprenderlo tendrían que coger sus palabras como escalones para así acceder al interior de su cabeza. Con su espontaneidad imprevisible y su ocurrencia a flor de piel era capaz de sorprender

con su talento desbordante y su análisis que brillaba en un instante, como un descubrimiento rebelde que salía de las sombras, como un espíritu inquieto que él narraba con el dominio con el que gozaba entretejiendo palabras y que él anotaba en cualquier hoja de papel, en una servilleta incauta y sorprendida que se condenaba a soportar una de sus historias.

Su imagen se escapa de los límites de la realidad, se desvanece y se transforma, saca a la luz los espectros interiores, como un misterio inconsistente y ambiguo.

Parecía un actor representándose a sí mismo, pero con una visión sorprendente al estar unido y a la vez disociado, en un estado de conciencia alterado, y su ingenio creciendo en los sueños como una pesadilla en la vigilia.

Su figura ahí se reflejaba; cuando volvió a mirar a los ojos del maniquí de su imagen proyectada sintió una inquietud profunda, necesitaba tener las cosas controladas para que otra vez no le cogieran desprevenido, no se fiaba ni de su propia sombra.

Como si hubiera perdido su propia imagen, iba por el camino de los perplejos, igual que un vidente ciego o un invidente iluminado.

En la luna llena del escaparate que ilumina el cielo del maniquí, allí ante su imagen distorsionada, él se veía como el efecto de una ilusión óptica: más viejo y menos elegante de como creía verse, desastrado, desarrapado, desaliñado; eso le causó un gran impacto, un disparo en la flor de su narcisismo; constataba que era distinto a la imagen que veía y ese enigma le mantuvo intrigado, absorbido. ¿Cómo se producía ese truco en su cerebro? ¿Dónde estaba la magia o el ilusionismo?, o era un autoengaño, el negativo de sí que guardaba en el carrete oscuro de su vida y no se atrevía a revelar.

El espejo refleja la imagen de su propia mirada, una proyección hacia el fondo abisal del cristal; nota cómo está saliendo del cuerpo, proyectándose en aquella pantalla, rompiendo las leyes de la física; se aleja de su cuerpo y se ve flotando, como una aparición de sí mismo, el alcohol lo había disociado, le jugaba una mala pasada, aquello era una experiencia mística.

Él se creía incapaz de salir de sí mismo ni abrirse a los otros,

mucho menos ponerse en el lugar del otro y pensaba que estaba burlando la realidad, dando pasos en el aire, flotando, transformando su figura desdibujada, se sentía poseído por alguien, como un enamorado, poseído por otro ser que parece desconocido, el cuerpo se mete en el lugar del otro, piensa y se adentra en lo que pensará el otro, transmutado, cambiando cosas dentro de su persona, siente que ha perdido su propio cuerpo y se encuentra frente a él, la sombra también sabe golpear en el interior de Francisco, siente que está habitado por siluetas, por espectros profundos.

Aquel que se reflejaba en el escaparate le devolvía una imagen distorsionada, él no se veía desaliñado pero lo estaba, aquella imagen inquietante le daba golpes en la cabeza, le hería de dolor los sesos, le arañaba el cristalino de los ojos, los cerraba para apartarla, y la seguía viendo.

De pronto, se quedó en un estado similar al de un hipnotizado, se ve sin la máscara de la corrección, lo que no ha estado dispuesto a aceptar de sí mismo, lo asaltan sus instintos desbocados que galopan entre cristales salvajes, sus emociones sin control atraviesan las barreras impuestas, sus sentimientos no aceptados palpitan en su pecho, sus conductas inapropiadas se manifiestan como un ser inadaptado, sus actitudes reprobadas toman una fuerza incontenible, sus pensamientos rechazados aparecen como una cuadrilla de fantasmas, se le escapan de su control haciendo aguas, han invadido su imagen idealizada como una espejo de Troya; allí aparece el rostro del olvido como una capa de polvo que oculta pasiones inapropiadas, sus figuraciones, todo lo escondido por el miedo, todo lo invisible pero evidente, todo lo que lo atormenta, y lo atacan los personajes ocultos que lo asustan, imágenes distorsionadas que lo acosan y sus defectos aparecen como demonios, es la oscuridad que proyecta luz sobre aquel cristal nocturno.

Su mundo se derrumba a pasos agigantados, su idea de sí mismo cae hecha añicos, con la sensación amarga de quien se siente un fracasado, sin remedio para aquella situación tan desbordante, sin energías para imponerse sus propias normas, con una sensación

intolerable de mortificación, inundada de una vergüenza vacía, con el desplome en desproporcionadas magnitudes de todas sus fantasías, cayendo en la desgracia de sus vanidades, y viajando embargado por la desesperanza.

El ideal es como un fantasma en decadencia que lo recorre, está atrapado en un trauma que lo ha dejado sin apoyo, se preparaba para un golpe que le había dado la vida y esta le golpeaba con más virulencia con otro acontecimiento, dejándolo tocado, su malasombra es más fuerte que el hombre que lo alberga, con su imagen totalmente desdibujada, no hay continente que contenga su humanidad deshumanizada, está desbordada por la nebulosa del enemigo que lleva dentro, en una zona inmaterial de su propia falta de recursos ante aquello que habita en el insondable espacio de su parte oscura, ese territorio indómito que oculta la especie humana, detrás del crimen de la ignorancia, como la condena de la noche ciega; era como un monstruo que salió de la caverna de las entrañas de la tierra, en esta especie en guerra, que acaba entendiéndose solo por lo que dicen las piedras o por lo que se enredan las hiedras engañosas.

Su mirada llena de deseo le perseguía más allá del sueño, sentía en su interior un asco inconfesable y mudo, Francisco lucha sin éxito por mantener su imagen sin desprenderse del presente, acosado por su visión autodestructiva, que poco a poco le comía sus fuerzas, le deterioraba su lucidez y le decrepitaba su estampa, él creía que era el monstruo de la muerte que en sombras lo acechaba, como una bestia que lentamente lo iba erosionando, desgastando, y lo iba convirtiendo en un carcamal prematuro, arrugándolo; el tiempo se había acelerado y había acometido una tarea que parecía irremediable; la decadencia se había mostrado ante él y no podía soportarlo, él peleaba con su propia debacle, con su soledad echa imagen, como un proyector de cine que aprovechaba su última lucidez para reflejarse en el cristal con su corrosiva desesperanza. Las columnas en que se sustentaba su estado de ánimo se tambaleaban, las raíces cuadradas donde se hundía su equilibrio, en el que flotaban sus neuronas, se habían agarrotado, su mente se queda vacía, se

esfuerza en concentrarse en un solo personaje, viéndose ahí, maniatado como un espantapájaros.

XVII

Francisco García sigue viéndose como alguien extraño, como un ser indefinido, gravado en el cristal del escaparate, detenido, que lo miraba fijamente y lo escuchaba, como si reaccionara ante un personaje real allí reflejado, como una imagen cincelada en el vidrio, indeterminado, estaba proyectado allí su yo negado, este se sitúa frente a él y lo mira a los ojos sin parpadear, Francisco queda como hechizado. El espejo le devuelve una imagen agresiva, distinta a la que él necesitaba, que parecía que tuviera autonomía; no se reconoce en aquella expresión mezquina, vivía una lucha interna con sus propias grietas del alma, aquella visión era desgarradora. De pronto, la apariencia del espejo saca la mano del escaparate, lo coge por el cuello como en un mal sueño, consumando un autocastigo flagelante donde una parte del cuerpo ataca a la otra.

Aquello se le había ido por completo de las manos, la mano se movía sola, sin su voluntad, no atendía orden alguna, parecía que no fuese suya, era una lucha de su fuerza interior y la mano era más fuerte que su mente, quería abarcar el cuello y la otra mano luchaba por impedírselo. Era como una alucinación en la que alguien le pegaba, se arañaba y se hacía moratones por todo el cuerpo, dando golpes al aire intentando quitarse de encima a alguien que solo él veía. Gritaba para ver si lo oía alguien, seguía manoteando, nadie veía a nadie atacándolo, el supuesto individuo que solo él veía estaba en el cristal del escaparate, vivía dentro de él y se reía, mientras se debatía como un loco muerto de miedo, dando voces, pidiendo ayuda y creyendo que lo mataban. Era su imagen arrebatada por el

cristal, veía allí el retrato de la muerte, podía verlo sin mirar aunque cerrase los ojos, era la muerte que había roto algo, que se acercó y una fuerza se apoderó de su propia mano y se agarró al cuello aferrándose a él hasta que logró tumbarlo, él luchó contra ella con su otra mano, con los dientes buscando la mano, pataleando en el suelo; era una fuerza autodestructiva que siempre lo había empujado hacia el abismo del peligro, era el suicidio que lo habitaba y del que huía como un poseso.

En una décima de segundo se le pasaron mil cosas por la cabeza y se detuvo en una, esta no es la mano invisible de la que hablaban los liberales, apretándoles el cuello a los más débiles, que ahoga a los desgraciados; era una mano negra, una mano siniestra, la zurda que no se atiene a ninguna regla. Aunque es la suya intentando ahogarlo, se prolonga desde el escaparate de su malasombra, es la mano transparente del escaparate. ¿Pero es suya o de las sombras? Tenía que librarse de ella o lo mataba. Imaginaba pegarle un tiro aunque con él matara una parte de sí y muriera él también.

Francisco intenta siempre demorarlo todo, como si quisiera alejar a la muerte con sus diatribas, se pelea con su soledad y los fantasmas que lo tienen atrapado por el cuello; ya dudaba si era él mismo el que se ahogaba. Era una lucha consigo mismo, desvelándose en ese momento de sus conflictos internos, parecía que se había sentido toda su vida sometido a la merced de fuerzas intangibles que por fin podía ver aunque le aterraban y le siguen apretando; habría hecho un gran descubrimiento sobre sí mismo, pero no le servirá, no habrá tiempo para nada, porque estará muerto si no reacciona pronto.

No dejaban de pasarle cosas por la mente, era una oportunidad increíble, quería capturar un instante arrebatándoselo a la fugacidad, transformando la realidad en ficciones. Tenía que hablar con ese hombre errante, desarraigado, de imágenes a veces distorsionadas, movidas, difusas; esto era la mala sombra, todas las imágenes que se guardan en un pozo sin fondo, no eran más que alucinaciones que se rebelaban contra él. Pero no era momento de recrearse en su buen talante ni de dialogar, si no reaccionaba ante aquel ataque de sus

fuerzas ocultas pronto, ya nada tendría sentido, tenía que escapar de aquella pesadilla como fuera, necesitaba salir de aquel mal sueño, aunque estaba despierto o al menos eso era lo que él creía.

Vicente dejó a Francisco en la terraza del bar del Fin del Mundo, creyó que lo dejaba en buenas manos, se tomó el café y se despidió de él; a Luis el camarero, le dijo que tenía cosas importantes que hacer, se acercaba el momento y tenía que aprovechar aquella oscuridad para algo más que hacer de lazarillo de alguien con quien tiene una extraña relación.

Vicente, una vez superado el gran chasco del fallido atraco a la casa de Francisco García, se plantea nuevos horizontes, dar un salto cualitativo en sus actividades delictivas, ya estaba bien de esas minucias de asaltar casas, con mucho riesgo y un beneficio limitado; se plantea asaltar a lo grande un banco, donde estaba el dinero, y pensaba robar por el método del alunizaje que tenía según él pocos riesgos cuando se hace de noche, cuando no hay nadie en la calle y no se necesitan armas. Lo primero era encontrar un buen coche, un coche grande y potente; encontró un Ford Orion, que era fácil de robar, lo abrió con facilidad, le rompió el cristal de atrás, el más pequeño de la puerta lateral trasera derecha; no es que fuera un virtuoso cerrajero, era un chapucero, un manazas profesional que utilizaba una piedra común y un porrazo para romperlo, metió la mano y abrió la puerta de detrás, luego, debajo del volante, pegó un tirón a una carcasa y salieron una multitud de cables, empezó a probar hasta que al acercar dos saltó una chispa, los volvió a unir, los mantuvo en contacto y logró arrancarlo.

Vicente era un ladrón de miradas, cuando iba por la calle miraba constantemente a los ojos a todo el mundo, era un hurtador de nubes, siempre intentando un imposible; parecía que estaba en la inopia, era un mangante de sombras, siempre se esfumaba, él era una sombra fugaz. Lo de este ladrón es raro, es de poca monta y de miras aún más cortas, pero se ve que el vicio de apoderarse de lo ajeno le puede. Esta vez, iba acompañado de un compinche, un amigo de la infancia, temeroso de las consecuencias y con un poco mejor juicio que Vicente. Se llamaba Paco Monzón, era también un

bala perdida, pero el miedo lo hacía prudente, sobre todo después de aquella vez en que logró que Elisa, su amiga hasta entonces, se subiera en su moto, una derbi de cincuenta centímetros cúbicos de gasolina mezclada con aceite, con el chicle del carburador recién limpiado en el taller. Fueron a dar una vuelta y no volvieron juntos.

A la mañana siguiente él estaba con la cara toda llena de postillitas, de pequeñas heridas, minúsculas, y manchada de yodo. Vicente le preguntó:

—¿Qué te pasó? ¿Tan fiera es Elisa? Te ha dejado hecho un cromo.

—¡Cállate! Cuando se subió en la moto me dijo que le daba miedo y se agarró tan fuerte a mí que pegó sus pechos en mi espalda, y cuando pasábamos cerca del aeropuerto yo me sentía que iba a despegar, todo se elevaba en mí y no pude evitarlo, me volví para darle un beso y ella me respondió, iba conduciendo y besándola a la vez, la velocidad y sus labios de miel al mismo tiempo, me extasiaba, y cuando me di cuenta, la moto se salió de la carretera y nos estrellamos contra un seto que había en la cuneta; la moto no sé dónde está, a Elisa la he perdido para siempre, no quiere volver a verme, tiene una pierna escayolada, se le han roto la tibia y el peroné; ha sido el beso más dulce de mi vida, la caída más dulce de mi vida, no me arrepiento de nada; ahora sé que cuando me llegue la muerte, me gustaría que fuese así, besando a Elisa.

Vicente no perdió el tiempo, se dirigió hacia la sucursal más cercana que encontraron, la que estaba en la calle Larga. Pretendía estrellarse, quería hacerlo a toda costa, necesitaba dinero y fue directo a la fuente, a un banco. Se preparaba para un alunizaje en toda regla, intentaba darle una embestida contra la luna de cristal blindado, se reflejaba en ella como si fuera una noche de luna llena, y loco de ambición, pretendía estrellarse contra el reflejo que destellaba en la oficina de la sucursal bancaria. Su amigo Paco Monzón con mejor criterio, escarmentado del choque que había vivido antes, le aconsejó que no lo hiciera:

—¿Para qué estrellarse contra un banco? ahí no hay dinero, es mentira que se guarde en una sucursal bancaria.

—¿Cómo no va a haber dinero? si todo el mundo lo ingresa ahí.

—En los bancos no hay dinero se los lleva el furgón.

—¿No lo guardan en la caja fuerte?

—Eso es muy antiguo, ahora casi todo es electrónico y en los bancos no dejan nada.

—A mí no me lo quitas de la cabeza, si quieres vienes y si no, te quedas, pero voy a dar el gran golpe.

—Que sepas, que es todo para nada. Piénsatelo bien, que te ciegas con el dinero.

—Anda, bájate y ponte a varios metros, retirado del escaparate pero con la bolsa preparada, voy a entrar.

Vicente se abrochó el cinturón y pisó el acelerador, el coche dio varios rugidos, no había soltado el embrague y cuando levantó el pie pisó a fondo el acelerador; el coche cogió una velocidad inaudita, iba como un cohete y Vicente, directo hacia la luna, embistió al escaparate y lo golpeó a tal velocidad que el porrazo fue estruendoso, el impacto fue tan brutal, que el cristal quedó hecho añicos y saltaron todas las alarmas; lo estrelló contra el sistema financiero, como un toro enamorado colisionando contra la luna de vidrio blindada, contra una idea irrompible del poder económico. El amigo que estaba escondido detrás de otro coche, quedó ileso, pero Vicente, se pegó tal encontronazo, el golpe fue tan bestial, que estaba chocando contra sus propios demonios, rompiendo sus esquemas mentales en miles de pequeñas lascas como metrallas de cascotes de las imágenes de su propio cerebro, esquirlas de negros pensamientos desparramados por el suelo, rompiendo la noche en miles de cristales expandiéndose, como se extienden en el universo obtuso de su mollera; quedó medio traspuesto y sangrando por todas partes, el cristal del parabrisas también había saltado, impactado por cientos de trocitos de vidrio que le habían producido miles de heridas; Paco Monzón se acercó a socorrerlo. Habían saltado todas las alarmas, había un ruido ensordecedor y estridente, a pesar de que no había fluido eléctrico aparentemente en la calle, se ve que los bancos cuentan con sistemas propios de corriente para estas contingencias. Los chivatos siempre han trabajado para los

pudientes, dando la voz de alarma, sin que nadie lo espere.

—¿Y el dinero? ¡Coge el dinero!

—No hay dinero, ya te dije que aquí no había dinero. Vamos que te llevo al hospital antes de que llegue la policía. Aquí lo único que podemos robar es la madrugada y el sueño a los vecinos — Vicente no podía oponerse, no era dueño de sí.

—Pero al hospital no me lleves, que nos detendrán. Aunque no hemos robado nada, sería una puerta de acceso hacia la nada, hacia el talego.

—Ese es el menor de tus problemas ahora, no sé si vas a salir de esta ¿y si te mueres?

—¿Tú eres tonto o qué? Llévame a casa y allí me curas. Tenemos que evitar ser descubiertos.

—¿Tú crees que esto se cura con vendas y yodo? No sé si tienes algo roto, te tienen que hacer radiografías.

—¡Te he dicho que a casa!

Él lo recogió y se lo echó encima, como un saco de patatas, y como pudo lo transportó a un lugar seguro. Se entretuvo quitándole cristalitos de todo el cuerpo durante varias horas con unas pinzas de depilar, le estuvo desinfectando cada herida, una a una y le dio varios tranquilizantes, somníferos y calmantes para que se le aliviara el dolor.

Mientras Francisco peleaba con sus sombras, las cosas se veían de otra forma, desde otra perspectiva y simultáneamente. Vicente como si no tuviera que respetar ley alguna y menos las leyes de la física, apareció de pronto, igual que si fuera un trozo de granito; en vez de tirar una piedra al cristal, él ahorra tiempo y embiste sobre las sombras de la luna a toda velocidad y sin ser muy consciente; sentía la llamada del dinero, pero era su amigo Francisco quien lo necesitaba y él acudía en su auxilio una vez más sin saberlo; de forma instintiva salda una cuenta pendiente que no estaba anotada en ningún diario de afrentas impagadas. Al impactar contra el escaparate se rompe la sombra, la mano suelta del cuello a Francisco, era la inconsistencia de una quimera, como una imagen virtual, un desconocido ha atravesado la cristalera del tiempo; era el retrato de

un espectro que se desvanece como en un mal sueño. Se queda el espejo vacío, con los cristales rotos atravesados por el aire, como una telaraña de aristas cortantes, como cuchillos desordenados y con lascas hirientes, que lo atrapan y lo desangran al mismo tiempo, como placeres desfigurados por el dolor; si no deja de observar, la sombra fantasma acaba enredándose en ella como la niebla.

Parece que se está difuminando, desintegrándose, deja pedazos suyos esparcidos entre los cristales, intercambiando momentos de una manera extrema. Francisco se siente liberado; tosiendo, sale corriendo, huyendo del fantasma de la muerte y choca contra el cristal de enfrente, y con este segundo golpe siente como el despertar de una ilusión. De allí, de entre cartones, asoma un indigente, con tanto jaleo cualquiera duerme, sale de las sombras y le pregunta:

—¿Qué te pasa?

—Que antes, en el espejo estaba viendo mis sombras, querían matarme y ahora me estoy viendo en ti como un vagabundo.

—Eso es por el estado ebrio en que estás, así desaliñado y cansado.

—Hay un bicho en mí que me quiere destruir, me mira con malos ojos, es mi alma que se me ha rebelado, se enfrenta a mí, me ha mirado con malos ojos, ¿de dónde has salido?

—Yo también salgo del mundo oscuro de las sombras de la miseria, se oculta a los vagabundos en el paisaje de cristales de la calle, entre los escaparates nos refugiamos de la intemperie, nos esconden y no quieren vernos; los que están ciegos, los que solo ven sus propios miedos, nos desdibujan, nos borran de la escena de la calle, nos arrinconan, nos ocultan entre cartones y mugre, donde nos refugiamos del frío, solo nos ve quien quiere, son efectos de la luz. Igual que hay gente que se busca en el espejo y no se encuentra.

—Debo dar gracias, por trasladar de nuevo al cuerpo las emociones humanas.

—La sombra decide por ti, es un impulso irracional y toma las decisiones por ti, crees que eres tú, pero es tu sombra.

De pronto, una aparición pasaba entre los dos, era una

presencia, un fenómeno extraño, en la oscuridad, era un amasijo andante, como dos hombres en uno, arrastrándose y formando una figura fantasmagórica en la noche; al aproximarse se distingue a Paco Monzón con Vicente a cuestas y después se alejan intentando camuflarse entre las sombras. Francisco ve una luz en el rostro del vagabundo:

—Tu cara me suena, es como si te conociera de siempre; tu rostro me es familiar ¿tú no serás un espectro también?

—Yo no, me he sentido acosado por la vejez, ese monstruo que se me ha echado encima y no me deja vivir, es un proceso irreversible de deterioro físico, con las ojeras pronunciadas, demacrado y envejecido, lo que yo llevo encima es una pelea con mi soledad, con las sombras que me persiguen.

—A mí me han abierto las puertas de mis zonas oscuras, donde habitan mis manías, mis enfermedades, mis aspectos malignos que me acribillan desde cualquier espejo.

—Mucho peor es mi caso, que me miro en el espejo y no me veo, veo a otra persona distinta que no conozco. Repentinamente, me quedé vacío ante el espejo, no me encontraba en él, era como alguien metido en otra piel; me perdí, he llorado ante el espejo por no encontrarme, como si estuviera en la piel de otro, me veo a mí mismo apuesto, fuerte, y lo que veo reflejado es un ser derrumbado y viejo, sin garbo, no me reconozco.

Francisco ya no podía mirarse al espejo sin traicionarse.

—No sé por qué, te miro a los ojos y veo mi infancia; veo mi estado y me veo como un indigente huyendo de todo, lleno de miedo, con el rostro descompuesto, con la expresión desencajada, mi silueta desdibujada.

Él se miraba en el espejo y no veía a nadie e iba por la calle y no era nadie, se buscaba en los escombros y buscaba su imagen, sentía que no era nadie, no recordaba nada.

—Después empecé a verme y me veía como una rata, con los dientes afilados, casi como un vampiro, y no soportaba mirarme en los espejos, no podía aceptar lo que veía; saludaba a las palomas como rata con alas.

—Eso será una rata que tienes escondida en las cloacas de tu mente.

—Aquí sigo con una desmemoria galopante y un síndrome de distorsión de imagen, que me hace verlo todo raro, lo que veo, lo que percibo, me parece todo irreal. Soy un hombre sin pasado.

—Y por lo que veo, también sin futuro.

—Yo no sé si vivo en el pasado o en el futuro. Mi lógica no tiene nada que ver con la tuya. No puedo ponerle orden a mi mente.

—Esa es una historia de fantasmas abocada a la nada.

XVIII

Francisco García se siente poseído por la apatía, con la mirada fija en ningún sitio, siente una dispersión interior y falta de concentración exterior, quiere matar el tiempo y es el tiempo el que poco a poco lo va matando, consigue quedarse con la mente en blanco, como un carrete desvelado por el deslumbramiento de aquellos malos nacimientos; creyendo que detenía el tiempo, aunque no consigue pararlo, intenta taparlo con la sábana del fantasma del pasado; se ha vuelto irrecuperable, no consigue conectarse con su pasado, el futuro ya llega, como una resaca pegajosa y frustrante; la sensación de felicidad parecida al aire fresco de la mañana se esfumaba, deseando volver a su ser, a la tristeza que lo poseía, y deseando que se le pasase la borrachera, reía con una risa triste y compulsiva, que se contagia.

Salió de casa vestido como para arrasar, guapo a reventar, vestía de forma informal, limpio, sobrio, pero la ausencia de Margarita le despeina su planta, vuelve desarrapado y le desorganiza su pelo ondulado. Iba con camisa blanca, las mangas arremangadas por encima de los codos, pantalón arrugado, con su destartalada chaqueta negra, después de deambular incesantemente con sus peculiares andares por las calles, dando vueltas por el entorno del bar. Con un aspecto lamentable, sufre esa enfermedad del sentirse vacío, es una enfermedad de los que lo tienen todo perdido, los que no tienen nada que los satisfaga, no tienen tiempo de derrotarse, están demasiado ocupados en sobrevivir a su propia tragedia.

Él se percibe sin sentimientos, y sabe que la vida solo tiene

sentido si se viven y se comparten las emociones. Pero se ha vuelto tan misántropo que le cuesta compartir.

Francisco portaba una vaga malasombra, el precio del absurdo. No poder dejar de pensar en los fantasmas de sus hijos robados ni en la imagen encerrada de su esposa, le impide sentirse bien en su piel, se siente vacío, solo se le viene a la cabeza la inutilidad de lo que se hace, lo trágico que resulta todo cuando toma conciencia, llevándolo a la ebriedad, a la desesperación. Aquel abandono lo había dejado sin rumbo, vagaba por las calles buscando lo que estaba enterrado en sus entrañas, echaba de menos el cuerpo caliente de Margarita, su sonrisa infinita que lo llenaba de calma. ¿Cómo hacerse a la idea de que no se le iluminará más? No hay sustituto para el amor total, no hay hueco en el que poderse cobijar, todos los demás cuerpos, toda la belleza que le rodea, no pueden calmar el vacío, hay seres irremplazables, nadie lo entenderá como ella, en su rareza natural, en su originalidad congénita, nadie sabrá sacar de él su sentido del humor, su lucidez, su afecto, ni el amor ni el calor que ponía en cada gesto.

Él paseaba su tristeza por las plazas y por los recodos de los saludos de los vecinos.

Subió el escalón de terrazo, con pintitas de piedras negras, buscaba la entrada en su casa con la naturalidad con la que entraba la luz. Cuando llega a casa nunca sabe lo que se va a encontrar, qué sorpresa le espera, qué misterios le acechan; es una aventura cada vez que gira la llave de la puerta. La abrió con un leve chirrido que rompía el silencio de la soledad, encendió la bombilla del salón, por fin arreglada, y cobraron color los muebles de caoba. Todo allí tenía su historia, era una casa en la que todo hablaba de sus moradores, con el lenguaje barnizado de la madera bien tratada; la casa era como una representación del cuerpo de los que la habitaban, a veces protesta, otras veces se ordena, pero siempre obliga a respetar los recuerdos.

Él sabe que la casa protege, da cobijo, y sin Margarita huele a abandono, es como un ser vivo o como una madre preocupada por la vuelta de sus hijos aunque vengan del mismo infierno, aunque

vengan con los ojos cansados y arrastrándose por el suelo; tiene fatiga, necesitaba expulsar todo ese mundo de fuera, maleado, viciado, y aquí en la casa tenía que adaptarse al bienestar, a vivir un mundo de apariencias y de racionalidad reprimida.

Un retrato de Margarita, allí colocado en medio del aparador, vigila a Francisco, lo observa y lo persigue con la mirada; él se pone nervioso, nunca la había visto tan incisiva y constante, como reprochándole aquel lamentable estado. Desde la foto lo miraba con ojos oscuros, con el puñal afilado de la muerte, con su rostro poseído por las facciones de las sombras, perdido como un portarretratos desconocido y viejo, como si solo reflejara los rasgos ocultos de su esposa, esos que solo podían vivir en la oscuridad. Francisco no pudo soportarlo, sabía que era Margarita quien le recriminaba, y no era precisamente para que desempolvara el cuadro de esa pátina del mal del abandono, que al encender la luz del foco la iluminaba directamente; él sabía que dándole con un paño, iría desapareciendo la severidad inquisitorial de la expresión fruncida de ella, volviendo la belleza racional e idealizada a la fotografía que presidia el salón.

Se le pasaron las arcadas, sin expulsar el malestar que lo poseía, de todo lo que le hacía daño; ya que no podía exorcizarse, pensó en ahogarlo, como había hecho tantas veces con tantas cosas; vino a la cocina a buscar algo para comer, abrió la nevera y había poco alimento, entre aquella frialdad, apenas dos huevos y verduras más abundantes, Matilde no había podido cocinarlas y estaban allí al fresco, tan campantes. Él pensó en hacer un revuelto, ponerlo sobre la mesa, en un plato decorado con motivos vegetales y con un vaso de agua, sentarse en la silla, coger un trozo de pan que no había y saciar algo que sentía durante todo el día en su interior. Estaba intentando freír un huevo, veía que era muy lento, tardaba mucho en freírse; con la rabia que tenía acumulada imaginaba cómo iría solidificándose y cómo la clara transparente iría convirtiéndose en blanca opaca. Después se da cuenta de que el fuego de la hornilla estaba con poco gas y el huevo seguía friéndose muy despacio, aquello le parecía imposible, era el poder de su mente, cuando quería algo podía hacerlo, aunque tarde. Con el calor que hace, el

huevo no necesitaría ni encender el fuego; con tanto desorden era una odisea encontrar las cerillas. Encarnación desde la discreción y respeto a su progenitor estaba pendiente y le ayudaba.

Pero el alcohol volatilizaba las neuronas de Francisco, que como espejos bailaban en su visión, alterando la puntería de su mano, como en un juego audiovisual que cuando intentaba agarrar los objetos, estos lo esquivaban, al buscar la salle dio con la mano a los palillos de dientes y se derramó todo, los intentó recoger y le dio al pimentón vertiéndose y mezclándose con el azúcar. Encarnación no se puede resistir y se embadurna en dulzura, chupándose los dedos inexistentes entre especias agridulces; quería jugar con él.

Los objetos de la cocina cobran vida, como juguetes que se mueven y lo desobedecen, se le caían las cosas, parecía que todo estaba vivo; los vasos eran comunicantes, parecían personajes transparentes de cristal a los que se les derramaba el vino por los cuatro costados. Encarnación no le dejaba beber más, la voluntad de la espumadera se había convertido en un artista plástico que modelaba aquel caos de comida, los manijeros de la fantasía trabajaban en su mente, la fantasía era una identificación proyectiva, era una forma de relacionarse con los objetos; él veía que eran los objetos los que se movían, que tenían voluntad propia, daban vida a una cantidad innumerable de personajes, lo llamaban, le exigían que los poseyera, y era él, el que se sentía poseído por ellos. Era como si su embriaguez conociera las técnicas de manipulación que conseguían que las cacerolas fueran como títeres, cobraran vida y cayeran rodando por el suelo, los alimentos se convirtiesen en personajes increíbles y todos los objetos se transformasen en criaturas fantásticas para construir una obra al disparate. Le recuerdan a Margarita y empiezan a moverse. De repente, le asaltan apariciones, visiones fantasmagóricas, y la soledad es terrible, hace hablar a las cosas, le suenan las voces de los muertos y los objetos que andan por casa le dan lecciones con sus palabras mudas, sus voces de ultratumba y sus gritos callando, precipitándose al vació profundo del suelo. Mientras Francisco lucha contra los vacíos, contra los olvidos, se disuelve entre espectros, en la transparente

desfiguración de los muertos. Encarnación para su padre no es concebida en su forma de pensar, pero su mundo se había convertido en un mundo lleno de fantasmas, ya no puede pasar desapercibida, aparece o desaparece y hasta le hace la comida, le recoge todo su desorden pero no puede cumplir sus expectativas.

El silencio se llena de murmullos, Francisco intenta interrogarse sobre sus sueños y recuerdos que flotan a su alrededor; cuando las puertas se abrían solas, era Encarnación intentando llamar la atención entre las sombras de objetos desaparecidos. Y él piensa que la casa está loca, la magia que perseguía en el laboratorio aparecía en la cocina brotando sola, le atribuyen algunas propiedades a algunos objetos rebeldes con los que él no atina, extrañas voces surgían de la comida que crujía, como si hallara la magia secreta que las cosas tenían; empezó a pelearse directamente con los objetos, con las sartenes y con los alimentos que parecen cobrar vida y convertirse en personajes increíbles; las cosas se transforman en criaturas fantásticas para hacer frente a la deconstrucción de una especie de sopa: puerros, zanahorias, cebollas, pimientos, nabos, apios entran en una batalla contra el fuego, se enfrentan contra el agua hirviendo y acaban todos cocidos, convertidos en un manjar bien sazonado; él no sabía combinar las especias, se preguntaba cómo había conseguido encontrar el punto para lograr lo bien que aquello sabía, ignoraba cómo había llegado a ese resultado estando todo tan descontextualizado, donde él presiente y se identifica con otra mirada, intentando encontrar lo que no se ve, lo que quiere ver, lo que sueña.

Francisco deja que fluya la actividad imparable, los objetos van adquiriendo vida propia como los libros, los libros que han sido siempre sus amigos y sus objetos de compañía, junto a sus cámaras y sus fotos. Los objetos se movían, no sabía si era su mente o su torpeza quien los movía, cobraban autonomía en la medida en que cesaba el control de sí mismo y las manos le temblaban.

Pensó que era una fuerza superior a la voluntad de los objetos quien lo estaba volviendo loco a él, que era su imaginación y todo ocurría solo en su mente, pero los veía moverse. O era la borrachera

que lo había vuelto turumba o era su falta de control del mundo exterior. Sintió un pánico tremendo a ser dominado por los objetos, atendía la llamada sobrenatural de estos, pero no acababa de percibir la mano invisible de la estirpe.

Él sabía que muchos de aquellos trastos le eran necesarios, incluso había algunos a los que les atribuía un poder superior; él sabía que una pistola o un coche eran más poderosos que su voluntad. En esos momentos sentía que necesitaba un curso de supervivencia doméstica; mientras, utilizaba objetos inservibles, cajas para hacer una proyección de sus obsesiones, eran esos los que comunican aspectos de su personalidad, pero él no era consciente de cómo solían jugar ni cómo evocaba Encarnación recuerdos de su presencia viva, como si fuese una llamada de espiritismo, sabiendo leer el rostro de las cosas. Seguía sin echarle cuenta a la realidad de sus parientes psíquicos que lo protegen sin él saberlo; desde que los objetos se pierden como seres fantasmales, desaparece su conexión con el mundo, percibe la oscura conciencia de que entre las cosas y él todo estaba cambiando.

Sentía como una obsesión aquella atracción y dominio de la necesidad por los objetos. Su lucha por controlar la voluntad de las cosas era irracional, toda la vida intentando obtenerlos y ahora sentía que los había perdido todos, quería acumular para salir del pozo en que se encontraba y ahora solo quería desprenderse de ellos, se sentía con menos peso; deja de percibir que son ellos los que mandan, los que generan deseo, y de ponerlo todo en función de ellos.

Estaba barruntando la idea y la necesidad de ir desprendiéndose de cosas; hasta ahora toda su lucha había sido por obtenerlas, incorporarlas, pero ahora su necesidad parecía ser desprenderse de ellas, empezaba a sentir más placer en separarse de los objetos que en adquirirlos, sentía cierto alivio en aligerar la carga, tenía que aprender a desprenderse de unas cosas para que llegaran otras; acumulaba muchas en las manos, quería hacer tantas a la vez que se estorbaban unas a otras; tener varias cosas en las manos, lo hace entorpecer, tener identidades que se estorban unas a otras, eso hace

que se quede parado y todo lo que viene detrás se acumula, abarca muchas tareas y al final se bloquea.

Francisco tenía los ojos cansados de ver tantas imágenes, se fue a la habitación, allí se tumbó en la cama desecha, con la ventana cerrada por el otoño, la mesilla llena de libros bien puestos y la ropa vistiendo desordenadamente una silla, siempre cercana a la mesa, con un bote lleno de lápices y bolígrafos de punta, algún rotulador, y una guitarra colgada de la pared, que él no sabía tocar, pero estaba allí en el cuarto y hacía compañía, algún hueco de su horizonte se encargaba de llenar y le recordaba cuando Margarita solía cantar.

La cama lo recibió con un leve quejido, aguantó bien el impacto de su cuerpo sobre la sábana blanca que la cubría, que distorsiona apenas el olor de vacío que deja el silencio y que descifra el código dilatado del lenguaje de la soledad; solo los recuerdos pueblan los espacios de esta habitación, que no sentía como suya si no estaba en ella su mujer aunque le pertenecía a él también. Ese sentimiento de ser, de pertenecer a algo o a alguien solo se despierta con el uso, con la convivencia, compartiendo momentos y latiendo junto a ellos; sin ella ya no lo sentía igual y él, de alguna manera, repudiaba esa cama si no estaba Margarita en ella.

Reflexionaba y se preguntaba sobre los objetos, hacia dónde van, se habían vueltos interactivos, eran emocionales, no pueden ser de usar y tirar, en su día enamoraron a la gente, son expresivos, huyen del uso diario, de la uniformidad, reclaman un alma y buscan un significado a su existencia, se sentía identificados con ellos.

Mientras, la habitación permanecía intacta, salvo la cama desecha y la silla mal vestida; el tiempo aquí se había parado, los libros bien colocados, Matilde no dejaba que el polvo creciese ni anidase en el cuarto de su hermana, con los cuadros colgados en las paredes, preparada para una vuelta que no sabía cuándo se produciría, un tocadiscos que no gira. Matilde se empeña en mantener ordenados sus cuadernos, sus apuntes, folios manuscritos, sus anotaciones en los márgenes; los objetos le ayudaban a escribir, esta habitación estaba imprimida en sus entrañas, las cosas ayudaban a entender el secreto profundo de las personas, sus íntimas creencias,

sus obsesiones y sus deseos inconfesables. Francisco escribe cartas a su mujer, como si quisiera desvelar el misterio que la envuelve después de encerrarla en el manicomio inhóspito, está ausente y la máquina de escribir sigue funcionado. Cada vez que Francisco se levanta dormido, con los ojos abiertos y sonámbulo, le escribe a Margarita las cosas que nunca le dijo.

Entra en contacto con Encarnación, en un dialogo sepulcral que se amotina, como en una sección loca de espiritismo, donde se rompen los vasos de cristal con la mente. Los personajes de cristal de sus sueños son frágiles; se deshacen cuando llega la vigilia y no recuerda nada, pero la máquina de escribir le habla y en el papel le contesta, intentando calmar su desasosiego. Los trajes colgados se mueven con el viento, como si los fantasmas los rellenaran de vacío, vistiendo el aire con un espíritu elegante entre la animación de los objetos y la abundancia de las acciones de los ausentes; Francisco estaba confuso, hasta cuando iba al baño, a veces, se quedaba dormido. Desde que ocurrió lo del insomnio de Margarita, dormía con los ojos abiertos, lo vivía todo de otra manera. Encamación ve cómo Francisco cae inconsciente al suelo, después de aquella batalla con los objetos e intenta reanimarlo.

—¿Qué te pasa, papá? —lo asistió Encarnación.

—Yo noto que con el vino me transformo, me convierto en el ser que yo quiero ser, me siento omnipotente, el capitán general que pierde los papeles, el que se quita los corsés y se siente libre, pero cuando se pasan los efectos, la resaca me hace sentirme como un guiñapo y el más sucio, me siento culpable por haberme extralimitado en todo y con todos.

—No te trates mal, quiérete y no dejes que te hagan daño.

—¿Quién eres? hablas raro y ni siquiera te veo.

—Soy una parte de ti y parece que me estoy volviendo como tú, solo me interesan cosas de mayores.

El interpreta y le parece que le sale una doble identidad, una parte dulce a pesar de tener un cabreo tremendo.

La contradicción en el interior lo tenía derrotado y hace que él mismo caiga en una especie de trampa. Solo era feliz en su propio

mundo, el de su laboratorio de fotografía, el que él se inventaba y que solo existía en su fantasía, el mundo exterior era un desastre desolador, al que disparaba con su cámara. A veces no lograba cambiar el paisaje, pero lo miraba con otros ojos.

Francisco sentía una culpa irracional por «la muerte» de sus hijos, eso le llevó a la condena en su interior, a ser rechazado en su propia casa, pasó a ser un extraño en ella, no hay mayor castigo que el que una persona se sienta como un extraño dentro de sí mismo. Ser expulsado del paraíso del cariño, sentir una culpa sin saber la causa, es ser desterrado a los confines del infierno, en una cárcel interior, rodeado por los barrotes de dolor, como lanzas en el costado de la esperanza.

Desde la experiencia del escaparate estaba algo escaldado con los espejos. A veces, las imágenes que lo rodeaban eran irreales, su imaginación veía más que sus propios ojos, aparecían reflejadas algunas cosas que nunca habían sucedido fuera de él, los deseos inanimados le despertaban deseos de ser poseído y sentía cómo estos querían poseerlo a él. Hablaba con alguien que está ahí, que le responde y que no ve, es invisible, pero lo presiente.

El único espejo que queda en casa, estaba en la habitación de Margarita. Cuando entraba y se veía a sí mismo, gritaba:

—¿Quién es ese cabrón que está en el espejo?

Es el mismo que estaba en el escaparate de la calle larga y lo quería matar, sentía la inestabilidad y lo quebradizo que todo se había vuelto en su mundo desde entonces, la fragilidad lo envolvía todo y cuando él lo toca se le derrumba.

Cuando pasó la resaca volvió a un estado sereno, a un comportamiento educado, amable, buen vecino y respetado por todos; no soporta la convivencia, la soledad se le había precipitado de repente, le había caído como una maldición; de pronto se encontraba cerrando las puertas a la posibilidad de buscar y encontrar algo que lo rescatase en el mundo exterior, se sentía como alguien perteneciente a una especie en peligro de extinción.

Intenta llegar a ser de forma artificial, una persona diferente, un ser fuerte que pueda sustraerse de la melancolía; el suero de la

verdad lo delataba ante sus propias contradicciones, su estado alterado de conciencia lo arrastró a las profundidades de sus tragedias empapadas en alcohol; empezó a aceptar sus propios límites, a vivir efímeramente, con la muerte revoloteándole alrededor, dejó la omnipotencia y se relajó un poco, respiró profundamente.

Solo tiene la luz de esta habitación vacía; en la estancia de detrás estaba oscuro; muchos papeles revueltos, todo desbordado, les daba a todos los interruptores y no iban, pensó que sería un problema de los fusibles y que tendría que llamar a «El Voltio», porque «El Calambre» seguía convaleciente.

Desde la irrupción de los aparatos con su poder invisible de seducción, vivía con la amenaza de ser invadido; totalmente ocupado por sus ausencias, la atracción que ejercen los que no están es tremenda, el poder de abducción del vacío es total, la dependencia es absoluta, como una enfermedad de los trastos que habitan en la oscuridad, como un deseo imposible que solo puede vivir oculto en los parajes de la clandestinidad. Imaginaba vías místicas para acceder a esa parte de sí prohibida, intentaba concentrarse en lo que le estaba ocurriendo, buscaba formas de cómo sobreponerse a todo aquello, como si intentara hipnotizar a los objetos. Y al final de todo se preguntaba: ¿qué estaba buscando yo en esta casa extraña que se parece a la mía?

XIX

Francisco se encuentra atrapado en el tiempo de su mujer que se perdía en el laberinto de sus hijos sustraídos, su esposa vagaba con una herida en el alma, era una llaga irreparable en el insomnio de los despojos; él vivía errando como un desahuciado por la barras de las tabernas, era un hombre que cultivaba sus demonios, intentando encontrar un consuelo imposible sin ella, azotado como una isla de mástiles indigentes por los vientos del desaliento, sin ubicación en mitad de la nada, donde dos espectros ebrios de ausencias se perdían. Había recibido un disparo de melancolía, un jarro de culpa fría y paradójica que condenaba a la víctima, destilando un tufillo a injusticia, que castigaba a quien sufría el agravio, un desgarro que hería a quien no lo cometía, una pena impuesta a quien no lo hacía, con un velo secándose al sol, ocultando los ojos de las secuencias de la verdad, en una terraza rosa donde repasa el rodaje transparente que aparta la venda que ciega, en su postura ergonómica devanándose los sesos, diseñando sobre una servilleta las fotos que tendría que hacer para seguir el rastro de su sangre.

Cuando tenga su cámara en la manos buscará a esa banda que ha machacado a su familia; tenía que identificar a los promotores que le han dejado varado, a la deriva, embarrancado en el óxido de las desilusiones; y al mismo tiempo que se tomaba el café cargado, sin azúcar como una mente oscura, se secaba los labios en su reflexión y la amargura no se borraba; era un crimen que se perdía en las aguas negras, en la zurrapa de la mala baba, dos cuerpos sentados se ahogaban en la cafeína despierta que los alejaba de aquel viaje

nocturno a sus adentros, aquí en la taberna del Fin del Mundo, donde el que marca la pauta es un camarero que va sin reflejos, cansado de tantos solitarios sin rumbo a quienes les cuesta volver a casa. Margarita se había ido a los parajes recónditos de sus complejos, allí donde no quedaba ni rastro de su inocencia por las sombras, entre las brumas de la inconsciencia de sus aristas, defendiéndose de los pleitos desestimados sin un médico que pueda salvar su esperanza. Él quiere apuntar con su objetivo la imagen decisiva que le achicharra, que no le deja avanzar como si tuviera una ferviente china antagonista en el zapato de su mente. Imagina un tiroteo de cámaras que retrate a los que se llevan a los bebés entre los atrezos de las fugas de contrabando, llamando a las sorpresas de las persecuciones de la alegría rota «daños colaterales», rompiendo los candados de los francotiradores impunes, a quemarropa con su obturador, como un tirachinas atrapa imágenes que refleja una culpa con hábitos innumerables y conductas corrosivas, sin que resulten detenciones de nadie ni frene el flujo de actos impropios. ¿Qué continúan haciendo los autores materiales de estas fechorías mañosas que celosamente cuidaban su anonimato, que no se quería que fuesen descubiertos? No quedaban pruebas que evidenciaran la trama de estos innombrables, se demostraba la rutina con que lo hacían los delincuentes que se sentían intocables; todo lo que se decía de estos desalmados indolentes parecía que ocurría en las esferas divinas. Él no entendía las excusas que le ponían, eran argumentos inexplicables de unos hechos injustificables, todo lo que le decían era incierto. Margarita estaba poblada por lágrimas desechables, sufría una pena inagotable; huérfana de amores y de hijos en aquellos pabellones desangelados, donde el desamor de los cuerpos la iba consumiendo de inseguridad, acababan esfumándose los besos que no se dieron en esos días aciagos. Los dos se perdieron sin remedio, sin el amor que siempre se dieron, sin nadie que pudiera recoger sus pedazos de témpanos que va dejando el rompehielos de la soledad mientras ella deambulaba muerta de miedo por los pasillos de la locura.

Francisco se lleva las manos a la cabeza, aprieta sus sienes con

fuerza debajo de la alianza que siempre tuvo, tomando el pelo con sus dedos fríos, con sus melenas retorcidas en unas mechas inimaginables; parece que el dolor le impide seguir adelante, está paralizado en sus tripas por la implicación infame de la violencia soterrada que ha sufrido y coopera boicoteando su confianza. Vive escapando del peligro como un prófugo del equilibrio, aún no se ha detenido en las redes de las amenazas. La captura de imágenes aunque parezca inservible, oculta la soledad de las almas deshabitadas, no deja que siga aislándose y que se hunda a pesar de que siente una amarga oscuridad, no se puede dejar atrapar en la desconfianza de un misterio ocultado a posta, subestimando sus fuerzas remotas. Los autores inconfesos con las manos limpias, miserables rampantes secundarios de una comedia de terror, de esta hipotermia corrupta que apaga la luz sobre lo esencial, desviando el foco de los corazones rotos, secuestrando el nido de un prisionero de sus carencias, escudándose en los cristales tintados de espejismos, abocándole a un callejón sin salida, son impostores volubles que planean en las azoteas de estos desagradables y siniestros ladrones, medran como cucarachas interesadas, destrozando su matrimonio con las peores pesadillas y acabando con la monotonía de los días claros y las alergias deshaciéndose de los cargos de conciencia.

Los dos siguen respuestas distintas ante los mismos hachazos, como una pareja condenada por un misterio indescifrable, encuentran respuestas antagónicas ante el despojo sufrido, como una huida hacía la falta de sentido de todo lo que les ha ocurrido, una fuga desesperada hacia la nada, por intentar escapar de los barrotes de la ignorancia sin tener la clave, huir de ser huésped de aquel estado sin control, no conforme con aquella estancia del corral del dolor, de la miseria que nadie quiere; allí nadan sin la contraseña que les abra la ventana a un paisaje donde sea posible respirar sin asistencia, ahogándose en el agobio de la soledad que hiere, desvelándose como una sorpresa herida, con la mente en blanco, con tanta luz que acaba deslumbrando, borrando los negativos del carrete, llenando la vida de olvido, de páginas en blanco, de fotografías que no han salido; unas huellas con las imágenes

perdidas, como acciones sin rastro, noches sin astros, días con la luna difuminada por la claridad, contaminada por la luz que se adivina entre nieblas, corriendo el riesgo de perderse, entre faros antiniebla desorientados como sueños efímeros que regresan como muertos hundidos en aguas turbulentas que no se despiertan, quietos, no se desperezan. El luto la atraviesa, a oscuras vaga por la mente aciaga, sin rumbo presa de las aguas, de las palabras pardas, de los rumores que hablan, un espejismo que engaña, atrapada en la trampa de una telaraña, en el aire irrespirable y viciado de los que la han condenado, fugitiva sin alma, clandestina aparece en lugares ilegales, en propiedades vedadas, una nube asustada, una acción muerta de temores, una letra ilegible en la frontera de lo prohibido, con la inmunidad roída por las sensaciones de libertad. Ha cumplido su pena atrapada en una fantasía pasajera, en una promesa viajera embotada de cenizas en la polvareda; protesta por una persiana entreabierta, al trasluz de los plomos fundidos, que expresa en la inquietud que no la deja vivir, sin el ferviente rodaje del arrepentimiento, sin perdón, sin conciencia de culpa, envuelta en una música indefinida y siniestra.

Francisco venía a recoger los frutos del paraíso; malviviendo, intentando sobrevivir oculto entre los sótanos, se refugiaba en el laboratorio, donde perseguía enigmas y buscaba respuestas que le saltan encima; sin que él se dé cuenta; se envuelve en una mezcla irrespirable de líquidos, a veces se trasporta a unos grilletes imprevistos, preso de sus propias limitaciones, enroscándose a las tuercas del mundo para intentar tener algo de seguridad que estaba desarbolada, la inestabilidad crecía como la maleza; el mundo de la cordura se escapaba si algo se trastocaba, era volátil y podía cambiar con que algo pudiera bailar, como una pluma oscilante sobre la realidad.

Margarita no era peligrosa, solo se hacía daño a sí misma; ella era como una sábana blanca, pero si no está se quita la calma, todo es podredumbre y zozobra en estos tiempos llenos de engaños, que alguien con una risita de sabelotodo oculta tras una piel de cordero. Ante Francisco se abrió una olla a presión, para que una nueva

verdad saliera de las tripas del agobio.

Él descubrió en la ausencia de su esposa que el paraíso estaba en el sexo de Margarita, en la selva tupida que alumbra como una gruta salvaje de lava encendida los labios pintados de su vagina, llamándolo como una boca de fuego en su ternura profunda que se ahondaba en su cuerpo, en las cataratas frescas de sus afectos, en el agua dulce de sus gestos, en la belleza del paisaje de su presencia que empapa sus imágenes mostrando la riqueza de sus sentimientos como una lluvia suave de caricias junto a la risa abierta que cala sus ojos contentos; habitaba en la conversación amable en la que ella vierte sus emociones inundándolo de alegría desbordante, iluminando cada instante.

Las puertas del infierno están donde se le frunce el entrecejo de sus reproches, y el purgatorio está en el manicomio, en el espacio donde se esconde la melodía maldita que evoca el hueco de su ausencia, en esta espera sin su presencia, en el vacío de su horizonte sin la mirada amable de Margarita.

Francisco andaba cabizbajo por el mundo, ha perdido el norte, vagaba con un rumbo desorientado, como si le pesaran en la espalda todos los acontecimientos que le habían sobrepasado, como si los hombros se hubieran vencido de soportar el peso del recuerdo de todo lo acontecido; su postura encorvada le hacía una figura desgarbada, parecía un jorobado por todos los sinsabores que había sufrido, lo habían convertido en un desgraciado, los brazos de Margarita no acudían a mantenerlo erguido. La situación había llegado tan lejos que sus extremidades estaban demasiado ocupadas lamentándose del destino aciago, rodeándose la cabeza con auto reproches infundados, apretándose las sienes fastidiadas con las manos; él llevaba encima el sobrepeso de su tristeza, cargando con la infelicidad a cuestas, le habían roto los lazos felices que habían construido juntos, todo se había derrumbado por un aluvión de mentiras. Portaba la huella de sus abrazos clavada y ahora estos se habían convertido en unas espadas por donde él hacía equilibrios en el filo resplandeciente de la navaja, una sombra lo ceñía ahora como un fantasma sin alma, todo lo que fue amor se marchitaba sin

remedio en medio de aquel laberinto negro.

El dolor estrangulaba su pecho, como si unos vampiros oscuros le hubieran robado el sentido de sus hechos. Francisco se sentía defraudado y maltrecho, los besos se habían evaporado, la ilusión se había triturado, la brújula de su vida se había desmagnetizado, ya no atraía a su cuerpo caliente, su belleza se ocultaba en mil pedazos de aristas opacas que no deseaban ser vistas, no podía resolver los enigmas indescifrables que le atacaban sin compasión por los flancos trillados de las heridas sin cerrar que le habían infringido en su mundo afectivo. Sentía una necesidad irresistible de difuminarse en la neblina de su propia indignación interior, había sido víctima del sadismo mayor, desestabilizado en sus entresijos con la descabellada agresión de la eliminación de sus hijos indefensos y hundiéndolo en la perturbación. El que era un luchador ante los adversos elementos, se ha quedado en una situación inestable de turbios manejos, llevados a cabo por seres truculentos. Estaba enloquecido en estos abismos incompresibles, tenía desvanecidas las esperanzas de encontrar consuelo, su deterioro irreversible y patente se reflejaba en su gesto, cansado de luchar contra sombras y enigmas, fluctuando entre incertidumbres devastadoras; sospechaba que iba a encontrar mil trampas para poder resolver las incógnitas que lo abrumaban, enfrentándose a multitud de trabas demoledoras que como una red tupida de espinas siempre lo acompañaban.

Francisco García era un ser ingenioso, un poco haragán a los ojos de Margarita; ella con su belleza reluciente prefería verse en sus ojos inteligentes antes que en el espejo de la vanidad de otros pretendientes; cansada del reflejo quería el cerebro de un hombre lúcido donde mirarse; es verdad que vivían con ciertas estrecheces, él dedicaba más tiempo a sus inquietudes de científico frustrado, que ensoñaba en sus clases de ciencias naturales, mientras era un estudiante colmado de ilusiones. Ahora estaba encerrado por su propia voluntad, preso de sus propias obsesiones, como un monje enclaustrado a cal y canto en su laboratorio fotográfico de alquimista de los colores ocultos en la luz, antes que dedicarse en cuerpo y alma a resolver las necesidades materiales que le atosigaban y que él con

un estoicismo trasnochado relativizaba sobradamente, convencido de que teniendo el amor de Margarita nada le faltaba.

Era un hombre subterráneo; enterrado en su sótano podía explorar su curiosidad introspectiva, divisar sus intestinos a través de sus dificultades para digerir tantos contratiempos malditos; se detenía a contemplar el desgarro que se producía en sus sentimientos con cada afrenta que recibía inmerecidamente. Acostumbrado a perderse en sus propias entelequias, buscaba en el fondo de su alma los restos de los abrazos fantasmas de Margarita, las huellas que no se disolvían de calor en sus brazos. Con su cámara jamás podía abarcar la inmensidad de sensaciones que le aportaba tanta belleza, era inaplazable recuperar su presencia; tardó en descubrir la necesidad de contar con su resplandor. La contemplación de todos los planos de su rostro, sus mejillas desafiando la atracción encarnada, suponía un retorcido acertijo que lo intrigaba, le faltaban herramientas para poder desentrañar el enigma de aquellas facciones que lo tenían embregado. Era su dama en apuros con su disfunción mental la que generaba aquella necesidad que tenía Francisco de difuminarse, de tomar fuerzas, de coger impulso para poder rescatar entre las tinieblas todo su mundo.

Margarita se enfrenta a digerir una situación surrealista, personificada en quienes representan socialmente el papel de la bondad; eran unas auténticas bestias que se habían confabulado para conseguir desquiciarla, aquellas excelsas arpías con sus fechorías la han arrumbado al ostracismo, los golpes recibidos le han producido un efecto perturbador. Estas titiriteras de la exquisitez, generadoras de padres bastardos, le han dejado el corazón fragmentado, le han eclipsado el juicio, le han deslucido su maternidad, dejando a una mujer dislocada, le han abierto los ojos, descubriendo el engaño de la fachada de estas monjas furtivas; desafortunadamente a través de un sopapo infumable, de un golpe terrible, de un manotazo de guante blanco, le han sustraído la alegría de sus entrañas y la han dejado con cara de tonta.

Margarita se rompió, está asfixiada, se había retirado a aquel sanatorio dislocado de bóvedas infranqueables, buscando una

reparación urgente del agotamiento que la pérdida de sus pequeños con sus huesos vulnerables le habían dejado. Apocada y yerma, con sus tripas burladas y la melancolía enquistada, reniega de las apariencias impolutas de las religiosas que la han hecho sucumbir con su deslumbrante cartel de buena conducta, con sus estereotipos de chicas buenas; nunca imaginó que la harían descarrilar de esta forma, ni que la abocarían a vivir una hecatombe de este calibre. Ella podía parecer poca cosa, era una mujer humilde, pero no merecía aquel despojo a traición; se llevaron a sus hijos estas carroñeras discretas, cínicas irredentas con bagaje y se quedó como un juguete roto, como si su vida le hubiera sido alienada. Desposeída de sus vástagos por super potencias ajenas, desmitificaba a las virtuosas sobre el papel, en estos tiempos duros que han encallecido sus sentimientos, con esas imágenes ideales como estatuas implacables que se les caen encima, aplastándole la alegría que la infancia transmitía.

Francisco, cuando iba a verla, la veía sin esperanza de recuperar a su hija cautiva; ella se había convertido en una réplica de lo que era su vida, estaba fuera de sí, como si de alguna manera su pérdida tomara todo su cuerpo y ella para compensar ese vacío tan infinito, expresara con todo su ser una enajenación constante. Francisco apretaba los dientes y tenía que rescatarla de aquel estado de dolorosa, ante el peligro de que lo arrastrara a él también hacia el abismo.

Margarita se quejaba de su acostumbrada falta de habilidades para entender lo que les ocurre a las mujeres, pero era el único que podía moverse en distintos planos para intentar resolver aquel desaguisado. Él se debatía entre sus propios extremos; en un dialogo inacabado y perverso entre las entradas de diario, con su falta de concentración y sus salidas novelescas que eran una alegoría de un mundo vivido con fiebre y con vértigo, con sus malas compañías, solo, como un lobo herido, buscando resolver los intríngulis de aquel enrevesado acertijo, sin que nadie apostara un duro por él.

XX

El único espejo útil que dejaron en la casa estaba en el cuarto de baño; el de la habitación de Margarita y Francisco lo habían vuelto hacia atrás el día en que Francisco llegó borracho, con una tajada difícil de superar. Era la última vez que se vio reflejado en él, a pesar de la ceguera etílica que lo poseía como a una marioneta en manos de una sustancia líquida que lo perturbaba; tuvo que pedirse perdón a sí mismo, se chocó con el espejo y no se dio cuenta de quién era la persona con la que se topaba, se disculpó cortésmente ante aquel espectro duro con el que siempre se tropezaba, no sabía cómo se las arreglaba, pero siempre iba a su encuentro y a tientas se buscaban; no había nadie que le dijera quién era ni nadie los presentó, se disculpó varias veces, hasta que llegó el día en que se dio cuenta de que era consigo mismo con quien chocaba, como si se encontrase disociado. Sabe por su larga trayectoria profesional y su constante investigación de la fotografía, que somos moldeados por la mirada del otro, la única referencia que tenemos sobre nuestro ser es la imagen que nos devuelve el otro, y la que a él le devolvía Margarita en estos días era demoledora, una imagen terrible que aparecía rota, él se sentía hecho añicos, pero al mismo tiempo sintió un gran alivio, como si inconscientemente necesitase perdonarse muchas cosas y de esta manera, aparentemente casual, lo hubiera hecho sin haber tenido que pensarlo previamente.

Se golpeó fuerte, como si fuera un autocastigo, era una llamada de atención a la aldaba de su desesperación, un encuentro traumático que en la frente le hizo un chichón, fue un encontronazo

con su conciencia superior que parecía un accidente, le brotaba un bulto abombado que le sobresalía de su mente; como todo su pensamiento estaba siendo deformado con él, se pidió perdón de forma inconsciente. Necesitaba que Margarita lo perdonara, no sabía de qué cosa difuminada, algo que no sabía definir pero que lo envolvía constantemente, todo lo que le rodeaba era culpabilizante, porque él no se dio cuenta de quien tenía enfrente, de hecho era él, pero se notaba que era diferente, como si fuese un doble de él con una expresión con mucha más mala leche; se había estampado de repente con un Francisco oculto, como si de pronto le hubiera salido un hermano gemelo que él no sabía que existía y que aparecía allí reflejado en el fondo del espejo, una parte de sí mismo que habitaba en sus confines, en los parajes recónditos de su magma simbólico, en los territorios inexplorados de su mente, en los lugares más remotos de sus tuétanos, en los más turbios sitios de sus ramificaciones psíquicas; había caído en la trampa de sus entresijos más ocultos, en los laberintos de su alma tortuosa, había tropezado con lo que no quería verse, con un náufrago que se ahogaba en sus entrañas, zozobrando en sus propias aguas interiores, entre la culpa ebria y sin flotadores, en una lucha consigo mismo para salir a flote, en aquella marejada etílica, que lo azotaba como un castigo humillante, como una pena solitaria cumplida que no lo redimía; era una sacudida constante que no lo absolvía, un veredicto rimbombante que no lo liberaría de aquel acoso de sus migrañas. Por eso era más importante aprender a perdonarse a sí mismo, era más acuciante que fuera indulgente con sus oscuras faltas imaginarias, que aceptase más su aspecto aunque estuviera marcado por el hematoma del desaliento. De alguna manera no se reconocía, porque sin darse cuenta estaba cubierto por la máscara de la expresión de lo políticamente correcto; idealizaba la idea que tenía de sí mismo, pero esta se tambaleaba y se derrumbaba sin contrafuertes que la soportaran, se hundía irremediablemente en las mazmorras de sus entrañas; había un Francisco oculto que se reflejaba en cualquier espejo y que no controlaba, no había forma humana de domar a aquella imagen que no podía soportar.

Últimamente sentía que esa imagen le perseguía, era la figura extraña de un Francisco que albergaba un odio irredento, una rabia dañina que le carcomía las vísceras, sentía la paranoia de su instintos más bajos, que atacaban sin tregua, eran sus deseos de hacer daño a quien se lo había causado, sentía una necesidad insana que no podía ocultar y un rencor enfermizo que lo consumía; todo se reflejaba en su autorretrato como si fuera un niño que lo habitaba resabiado y no lo soportaba, había cosas suyas que no podía aceptar, que atentaban contra la imagen de sí mismo que quería tener, aquello se lo distorsionaba todo y le hacía saltar por los aires cualquier idealización que de sí tenía. A él que le gustaba desentrañar todos los enigmas del mundo, que investigaba hasta la extenuación en su laboratorio cosas que no existían y que sabía que estaban allí, al inventor de artilugios para perseguir los misterios de la luz, investigador atento a los detalles que pudieran hacernos comprender las claves que abren los mundos de los matices.

El que jugaba con los signos hasta crear imágenes, que hasta ese momento no podían ser y que había convertido su laboratorio en un santuario que transformaba la realidad donde él controlaba hasta lo que no se podía ver; de una forma autodidacta se pasaba horas con aparatos de precisión construidos por él mismo y en secreto utilizaba contraseñas que desencriptaban enigmas imposibles. Con su trabajo humilde creaba realidades que nadie veía, se las ingeniaba para sacar de la nada imágenes que no podían ser, imágenes inverosímiles que se materializaban en un papel y allí permanecían para siempre para los ojos que las quisieran ver; eran ficciones que se sustanciaban en una hoja policromada y realidades desagradables que él hacía desaparecer, como un maquillaje que retocaba una y otra vez.

A veces, aparecían personajes indeseables que él retocaba y se convertían en seres invisibles. Con sus técnicas modestas, manipulaba los decorados que le rodeaban y en su cámara oscura cogían forma los escenarios que Francisco montaba y desmontaba con el arte de sus manos, retocando lo que no le gustaba de aquellos energúmenos que lo asediaban, la imagen más difícil de aparecer, arrancándole al carrete imposibles manchas fantasmas sobre el papel

especial que usaba. Con la magia de sus manos las lograba hacer aparecer. Sabía cómo tratar con cuidado el celuloide, cómo tocar con tacto el fotograma, para que saliera a la luz la flor de una instantánea. Pero ¿cómo poder recuperar a sus hijos de la nada? ¿cómo regresarlos de ese limbo en negativo de una fotografía robada donde se encontraban?, sin tino donde disparar su objetivo en la vida, sin saber hacia dónde orientar su destino para poder construir una foto familiar en positivo.

La vista es engañosa. Todos saben que el cerebro miente a sabiendas y que la óptica es deformadora con sus curvas peligrosas, son unas lentes refractantes que juegan con la luz y crean unas ilusiones, apariencias de la realidad en ocasiones, con esperpénticas posibilidades de una percepción no infalible, con múltiples opciones de componer una galería de estandartes que refleje lo que cada cual siente posando ante este objeto mágico, proyecciones que construyen una realidad desde el interior de su propia mirada. El necesita una nueva mirada, que le ayude a entender la alucinación de esta encrucijada.

No se reconocía a través del cristal, el barniz de plata untado tras el velo de vidrio translúcido daba un efecto de reflejo del cuerpo, igual que los ríos devuelven las imágenes que asomamos a sus márgenes. Era un brujo de la cámara que rastreaba su aura, rebuscaba su hechizo de mal fario, manipulaba las instantáneas de la vida adaptándolas a su propia mirada; prefiere verse retratado en un papel quieto, se siente más seguro ante la imagen detenida que pueda escrutar con tiempo, mientras estas permanecen inmóviles en un rectángulo perfecto, pero en el espejo la fugacidad le jugaba una mala pasada, en el fondo podían aparecer cosas que él no controlaba y eso siempre le despertaba una inquietud que lo desbordaba, se sentía como si lo despeinaran sin viento, como si lo desarbolaran sin miramiento.

Cuando Francisco entraba en su casa y se veía reflejado en el espejo de su soledad desesperada, recordaba el incidente del escaparate, se le aparecía el espectro del individuo que quería matarlo con sus propias manos y no se quería ver allí; su relación con

las imágenes se estaba transformando, siempre las había amado con pasión, pero todo en él estaba cambiando, sentía un vértigo que lo situaba en una panorámica extraña, ante un precipicio que no podía continuar; las prefería cuando no estaban en movimiento, cuando eran un retrato en un papel. El cristal del espejo le hacía dudar; él decía que había allí un hombre abismal, tan hondo que era difícil de visualizar, no se reconocía en él, se veía como un ser violento e irreflexivo que se desprendía de su retina, con facciones duras, gestos fruncidos, un ser malvado que no se detenía ante los reproches de los acantilados, un malasombra repeinado y escarpado con riscos en el trato, desnortado que ha caído en la desgracia, se proyectaba la parte de él que nunca se había aceptado. Siempre había negado algunos defectillos que no encajaban en la imagen propia que no quería ver para no hacer naufragar un autoengaño que tenía que mantener, para no hacer zozobrar su autoestima por el barro; allí aparecía el rostro de lo que él concebía como mal, no podía sostener sin difuminar su cada vez más maltrecho antifaz. Solía ir disfrazado de perfección y el espejo le devolvía una imagen que no tenía nada que ver, allí se veía lo que no le gustaba de él, sentía que aquel reflejo que estaba detrás del cristal como un fantasma profundo lo quería fulminar.

En esta ocasión que se ve en casa ante este espejo delirante, el espejo especulaba con él, con su imagen oculta, quería leerle la mente, con su aspecto siniestro y sus reflejos violentos, con sus destellos de muertos y sus rayos penetrantes, con sus sospechas permanentes y su mirada traviesa, con sus ojos abiertos, y no soportaba su mirada; su sudor frío se le reflejaba, aparecía el reflejo del miedo, lo que escondía dentro, su odio no admitido, sus deseos inconfesables, su pena de siempre, la culpa endulzada de excusas que ya no cree y que le saben amargas como potingues grasientos caducados en el alma. Allí estaba un Francisco diferente, intolerable, incivilizado, bestia e indomable, con él su lodo removido y su dolor enturbiado, como un vaho escandaloso que se ha apoderado del cristal y ve en sí lo que hay detrás, un pobre hombre acosado por fuerzas indomables, arrinconado como una rata o como un animal

acorralado que se abalanza sobre él.

Se transforma en un monstruo ante sí, como una pesadilla; aparece como un fabricante de sus peores sueños, sin su cámara que narra la vertiente de su figura evanescente, como un espacio vano que no ocupa su caja negra; puede capturar su mirada vacía con una amenaza de sus propias cloacas, por un dispositivo que se obtura para atrapar un mundo peculiar; pero allí hay una presencia incomprensible con un halo espiritual del mal, la luz exagera contrastes incluso en una obra de arte atrofiada, refleja imágenes sin las formas originales, como una sombra no fidedigna e inquietante, que desemboca en un tanque de tormentas reveladas en las imágenes grabadas en un carrete oscuro como el cilindro de una alcantarilla.

Mirarse en él era librar una batalla contra sí mismo, sus fantasías de fuerzas mágicas asoman en un plano irreal, como una máscara estereotipada de las míticas reproducciones de imágenes mecánicas que aparecen sin ser desentrañadas y se creen reales. Aquel objeto maravilloso juega con su identidad, transforma su apariencia en un espectro de la fatalidad, es un misterio inconsciente que aparece en él. No es como su cámara, con la que puede congelar sus imágenes; cuando mira en esa pantalla ve lo que hay y lo que se imagina, lo que le evoca, todo lo que se le viene a la mente, como una deuda permanente que se salda tomando conciencia.

El espejismo que ve Francisco es la parte de sí que se escondía tras la máscara, eran sus deseos salvajes que se le hacían insoportables, y su inconcebible inmadurez; en ningún momento se ha permitido imaginar que él pudiera realmente ser así, nunca permitiría sus comportamientos intolerables que nadie aceptara, anidara en lo más profundo de él, escondido donde nadie lo pudiera ver, sus deseos más inapropiados, insultantes para un biempensante desbordado por una censura sin argumentos, ya no podía convencerse de ser alguien bien visto a su propio parecer, aquella imagen artificial que él construía para agradar no era convincente ni siquiera para él, allí se reflejaba el rostro de un aparecido. Si se fija bien ve que es el resultado de su auto-exploración, expresa la tragedia de su mundo interior, con una belleza dramática y

monstruosa que se esconde en lo más profundo y que surge allí a pesar de él, es su plasmación de su figura surgida de la materia, de sus trozos de miedo, de su conspirador esclavo que siempre lo arrastra hacía el imborrable fracaso.

Él se convierte en un espectador de su rostro, una imagen penetrante, el espejo juega con la realidad, la invierte, le da la vuelta al laberinto interior, sus emociones aparecen en aquel lienzo de cristal, transmutándose en una imagen sin alma que no lo reflejasen, como si tuviera mil caras ocultas que ahora lo bombardean con la tensión de malestar de haber perdido la construcción de una escena del inconsciente, que sea el reflejo desconcertado que trasciende lo que se ve sobre su pellejo.

Francisco reflexiona sobre la memoria que aguanta el transcurso del tiempo, es la luz que perdura, un grano de arena transparente que no se aprecia y que lo entierra cuando cae al pozo sin fondo en un solo momento. Imagina que él es el reloj que lo cuenta mientras pueda, que lo va matando lentamente en sus adentros, le quita las fuerzas de sus potencialidades, el aliento se le hiela deteniéndosele en aquel retrato sin ímpetu, se cansa nada más observarlo y aparece en su rostro borrándole del espejo, con sus arrugas que le hacen parecer un viejo desencantado, aquel proceso de deterioro no se detiene ante nada, como si fuera una pluma arrancada al vuelo y que acabará describiéndolo como un tipo amargado, con su autoestima rodando por el suelo.

Él sabe que aquella era una ilusión grave, una figura imaginaria que le desobedece, ese hombre porta una imagen que no le pertenece, no se atreve a desafiarlo como a un mequetrefe; de alguna manera lo tenía secuestrado y su agresividad estaba disfrazada. Se sentía atrapado entre el espejo que le inspira un pánico escénico y su pasamontañas que oculta que le tiene manía; sin reaccionar, ocupándole sus horas muertas, en un mundo de humos y apariencias, ¿qué hacer con este arribista que se le ha colado por una rendija? en esta diapositiva que ha reventado la ignorancia con sus apariciones improbables, suspendidas mientras él las mira como un reflejo de su mundo interior.

Él se desconoce, vive el engaño de no reconocer al otro que lo habita, un doble que lo acompaña sin saberlo; no ha desentrañado el desengaño de ser otro que oculta lo que no se quiere ver, que especula con lo que nunca ha tenido, pero que guarda celosamente en la caja secreta de las esencias, donde se entierran los truenos bajo una capa de olvido, encorsetados en el trastero como herramientas de la verdad incómoda que lo habita, allí acumulados en el desván desprestigiado de la cabeza.

Su aspecto rígido presupone un poder mágico, el de un enfermo que captura fantasmas escudriñando heridas en su alma, recrea recuerdos como cuando el mundo entra en la cámara captando una gama de traumas, mirándolo como lo mira el miedo, en un magma que transforma la visión de un mito que descodifica conflictos que antes nunca había visto, cosificando las contradicciones anteriores, anquilosadas en la paradoja de la conservación de la belleza como un hábito rabioso que se esconde, en aquel reflejo del hielo perpetuo que lo acosa como un tormento.

Él se repite como una alucinación en aquel fresco de la pared que lo acecha como un plano maldito, como un disparo frontal del objetivo de su cámara lúcida, y no soporta la luz cruda que le rebota de sí mismo cual trama que lo corroe por dentro, en un formato desnudo de un icono revestido de signos del mal, con el foco apuntando a sus sentimientos invertebrados. Hechizado desvió la mirada deslumbrada por la mudanza que le inspeccionaba sus recovecos, que le lavaba el cerebro con su visor reducido a la mínima expresión, queriendo capturar una imagen fílmica y odiosa con su micro lente para siempre; lo tiene impactado como a un autómata con censor aquella figuración móvil, que lo hipnotiza con un halo mágico produciéndole dolor.

Él veía aquella imagen repetida en todos los espejos, desde el episodio del escaparate, tenía miedo de verse y de ver aquel espectro maléfico, que parecía perseguirlo en su alucinada paranoia especular, que le brotaba a cada paso como un juez implacable, que lo situaba contra la pared de su propia y terrible humanidad; y al mirarse, no poder soportarse y perder el juicio.

De pronto reacciona, cuando se ve a sí mismo fugazmente y se pregunta enajenado: «el hombre ese ¿quién es? ¿qué hace siempre mirándome?», ya sin reflexión como si se disociara en un acontecimiento constantemente repetible y se partiera en dos, rechazando de plano el perfil que aparecía con el reflejo de su lado menos favorable y gritaba: «que se vaya de aquí ese cabrón, no quiero verlo» «al tío ese me lo tengo que cargar».

A partir de aquel momento todos los espejos que había en la casa hubo que quitarlos, todos fueron puestos al revés, bocabajo, castigados contra la pared, como si así pudiera corregir su comportamiento inadecuado y valiese de ejemplo para los demás objetos, que se libren de servir para una cosa diferente de la que se espera de ellos, que para eso solo fueron creados, ya está bien de que cobren vida y con cualquier excusa muestren una cara oculta en cualquier momento, estaba harto de tantas sorpresas que le deparaba cualquier evento, quería controlar algo en su vida, tomar las riendas y empezar a curarse tantas heridas.

XXI

Apareció un cuadro pintado en la pared; formaba una pintura impactante. A través del muro se expresa una nueva visión de la realidad, alguien iba creando mundos imposibles en las paredes del valle. No era un cuadro convencional, surgió en la calle Larga, en la pantalla del viejo cine de verano. Tenía dos plantas de alto y toda una fachada en la que alguien soñaba los paisajes interiores de su propio rostro; con los árboles desnudos, con las hojas ocres derrotadas descansando en el suelo y sus ramas peladas, los hacían translúcidos como un bosque de varas de cristal; lo podía ver todo el valle en aquel espacio que se abría y dejaba pasar la miradas.

Era un gigantesco mural de dimensiones colosales, dotado de formas con la precisión de los pinceles y contornos insinuados por las huellas de las brochas, con la perspectiva profunda de la personalidad de la pared, llenando de colores esos muros desconchados y sacándole la transparencia a la calle que se ha iluminado con el brillo de la expresión del barniz, de la proyección de aquel exagerado retrato, que lo llenaba todo aquella mañana como un amanecer, reflejaba un dolor tremendo como el despertar traumático de un mal sueño, lanzaba un grito que llega a los ojos como una pesadilla interrumpida por un peligro inminente. Vicente Caravaca Valdemoro lo contempla y siente el impacto de un disparo de color en la frente, una angustia que se percibe aunque no se ve en el crisol fundido de su cráneo, como si se deslizara por el cristal de su espejo interior.

Era como si detrás del cuadro hubiera escondido otro, pero

intuyese que las flores tapan la lucha interior por la supervivencia, las imágenes profundas estaban escondidas detrás de las pinceladas y ocultas en la trastienda de lo que no se ve de él, como si fuese una diapositiva misteriosa. Era una pintura sorprendente, tenía un sentido enigmático que era preciso desvelar; algunos quisieron borrarla por la mañana, una vez descubierta; a nadie dejaba impasible, quien la veía sentía cierta inquietud, nadie sabe quién es el autor ni cómo se llama ni la forma de su cara. Era una imagen con un espíritu crítico, se resquebrajaban los esquemas que lo atenazaban, tenía algo de sátira y parecía romper con las tenazas imaginarias que los agarrotaban, les evidenciaba que estaban totalmente maniatados, les hacía sentirse como unos seres pequeños, frágiles y manipulables por fuerzas poderosas que les golpeaban los portones de su imaginación y les abrían las puertas a espacios nuevos de ellos mismos.

Vicente Caravaca Valdemoro, se queda mirando el cuadro, era una obra de arte contemporáneo y se ve reflejado en él; había desechos, alucinaciones, que no se diferencian mucho de los contenedores; junto a la pintura hay latas, cartones, zapatos, monstruos de harapos y sangre, agujeros y heridas, un espejo de su vida. Le llamó tanto la atención, estaba tan concentrado y se vio tan reflejado en él, que por unos momentos se vio dentro del cuadro, con el estado de evasión en el que solía encontrarse cuando se hallaba colocado y sin estar constantemente colgado de un decorado en el limbo.

Al mirarlo atentamente estaba viviendo un viaje hacia su interior a través del cuadro, como si el óleo tuviese propiedades que lo trasladasen a otras dimensiones, un espejismo visto desde distintos puntos de vista. Quiso perderse en la paleta de las mezclas, verse desde otra perspectiva; sobre el lienzo capta el reflejo del ambiente, el contacto con aquello que lo empuja a luchar contra el cuadro, viviendo una figuración especial, una forma de interpretar la realidad; se veía como en un espejo, dentro de él, atrapado tras un marco, era una verdadera figura humana, llevaba años sumergido en este mundo, sin poder ver su propia imagen, como un juego de

ingenio; se imagina que se adentra en el cuadro, se transporta en una metástasis plástica que avanza hacia las profundidades de la materia abstracta, hacia la textura perpleja de las figuras.

De pronto, siente que vivía en aquel semblante, se veía reflejado en ese rostro, el secreto de su alma estaba retratado, estaba poseído por el misterio de aquella cara, la contemplaba y sentía una fuerza extraña, un influjo que lo embotaba, le producía una inquietud profunda que se evidenciaba en los rasgos, en la expresión, en la piel de aquel cuadro que lo embargaba; hay una poderosa y profunda luz junto a una sombra que se huele, como el humo inspirado que lo inunda de desasosiego.

Vicente capta una inquietante incógnita, se contemplaba a sí mismo, a través de una oscura belleza, es un latido oculto que apenas está disimulado, una imagen difuminada que con una voz muda habla, comunica matices que solían pasar desapercibidos, transmite la profundidad de su tez, algo de lo que siempre ha quedado oculto de sí mismo. Su violencia escondida le había robado el alma y estaba ahí proyectada en la pared.

En un momento sintió que al mirar a los ojos de aquel ser, se adentró en él y vivió una vida entera con él, allí compartió sus sentimientos, su comida, su aposento y en un instante volvió en sí, no recordaba que fue él quien pintó aquel momento plasmado en la pared, él no sabía pintar, admiraba a quien era capaz de trasladar una imagen a cualquier lugar, aunque se veía proyectado allí como en una pantalla espectacular. Vicente, por fin, deja de huir de sí mismo, aunque apareció la sonrisa de la muerte y se permitió sentir la silueta del miedo, ese que siempre estaba en fuga como un cobarde irredento; no era obra de un pintor callejero, él sabía que el artista se curaba a sí mismo y a los demás; las paredes si las escuchas hablan, están llenas de colores, perspectivas, gestos, humor, cicatrices.

Él era el autor de aquello, empezaba a ser consciente de ello, pero no lo podía creer, no sabía plasmar una obra de arte. Aquella monja se parecía tanto a él mismo o quién sabe a quién, ¿cómo era posible?, tenía una sensación extraña de irrealidad; cuando empezó a

recordar comenzó a comportarse como un retrato inquieto.

La profundidad de su mirada se refleja en la superficie brillante, en la piel de sus ojos, allí veía retratada el alma que siempre se había ocultado, no se dejaba fotografiar para que nadie le revelara su verdadero rostro, ese que no traslucía a través del espejo; la parte de él que se ocultaba le asaltaba y el autor anónimo que lo habitaba le había robado el alma y la revelaba para que la viese toda la calle. El sin embargo se sentía con las manos y la ropa manchada de pintura, como si hubiera estado luchando con aquella masa de imágenes y símbolos, como un magma del cual había podido escapar de puro milagro.

Vicente vivió como si se hubiese adentrado en el cuadro, como si hubiera sido secuestrado por aquel mural sin par y siente la necesidad de escapar de la mezcla de locura que se plasma en el cuadro; huyendo de un mundo de basura aspira a escapar de ese infierno en el que se encuentra. Se veía reflejado en los ojos de la gente, como un espejo, allí veía todo lo que le costaba ver de sí, mientras permanecía ensimismado en aquel amasijo cromático lleno de contrastes, formando siluetas que eran el antídoto de la evasión de los aledaños de sus poderes subterráneos.

La mirada en el retrato ya no se encontraba con su identidad, es un momento en el que el cuerpo se pierde al otro lado, se convierte en un monstruo de la pared que sale de los escondrijos de su propio desván y chorrea por la pantalla como un fotograma estático en mal estado, que refleja lo que le ocurría y que a veces le asaltaba su tejado.

Los cuadros hablan de sí mismos, pero a Vicente le hacían pensar en aspectos suyos, diciéndole cosas, mostrando algo de sí que aún no ha visto, creando una inquietud, una sensación que le invita a buscar, como un narciso semioculto en su bulbo, en su interior, en los archivos de su frente; escarbando en el espejo de sus sombras, detrás de un cuadro siempre hay alguien inquieto y preocupado por transmitir el origen de sus imágenes, alguien que busca investigar su mirada, seducir penetrando en el interior del otro y captar la atención hacia una realidad apenas imperceptible, de escenas

pobladas por supervivientes fantasmales y llena de paisajes en conflicto.

A estas alturas Vicente y Encarnación García Corrientes, que estaba detrás de él sin que él fuera consciente, se habían convertido en amantes de la pintura, ella lo había dirigido con maestría y paciencia, como a un brazo ejecutor desconocido. Encarnación estuvo intentando mandar un mensaje a su padre, Francisco sabría hacía dónde dirigir sus pesquisas; Sor Lucía estaba allí reflejada de alguna manera, estaba de forma sugerida, de forma implícita, junto a otras claves que él sabría interpretar; Francisco se movía bien en el mundo de las imágenes y ese lenguaje lo dominaba con soltura. Los dos, Vicente y Encarnación, fueron compañeros de viaje momentáneos, solo en la pintura, los dos eran como el agua y el óleo; como los amores imposibles se quedaron contemplando el cuadro, desde allí, desde un poco más lejos, tenían otra perspectiva, descubrieron un nuevo ángulo, como si fuera un cuadro nuevo, tenía tantos puntos de vista que no dejaba de sorprenderlos, aquí se veía fuera de contexto.

Encarnación, para él, aparecía como alguien intocable, cuando la rozaba le producía electricidad, la energía estática era tal que el más leve contacto le erizaba los pelos y le producía una corriente interior que lo recorría, estremeciéndole hasta los lugares más recónditos de su geografía despoblada.

—El artista hace arte, porque consigue abstraerse de todo lo demás, se sustrae del mundo —pensó Vicente—. Yo con una buena dosis soy capaz de crear todo lo que se me pasa por la mente, pero no recuerdo qué fue lo que me tomé anoche. —Empezó a estropearlo inmediatamente.

Encarnación aprovechó el comentario, cruzó su mirada con la de él, le miraba intensamente, él le correspondió con la misma intensidad pero sin ver nada.

Era como si se estuviera acostumbrando a esto del arte, cuando en verdad a él solo le interesaba una cosa, la belleza, que para él era la expresión del ser, la manifestación más excelsa que se plasmaba en la tez de Nuria, su amada ausente, su mujer perdida. Lo sentía y no

podía resistirse a opinar sobre lo que paradójicamente desconocía, menos mal que no le escuchaba nadie, si no qué mal podría quedar. Siente una especie de ridículo ante su diatriba, una vergüenza que anida en su inseguridad, Vicente sale corriendo, siente que le pasa algo que no entiende, lo llaman pero no atiende a nada, no oye nada del mundo exterior, solo escucha la voz de su pánico.

Se siente alguien que escapa del cuadro, huyendo de un mundo de basura, logra liberarse de la imagen reflejada en ese grandioso espejo, aspira a escapar de ese infierno en el que se encuentra; aparece todo manchado de pintura, con las manos ensangrentadas de colores, como si hubiera estado nadando en el cuadro, intentando salir de él, donde se sentía atrapado por imágenes movedizas; teme que el cuadro lo pueda atrapar por el cuello con sus fauces y sus garras, que pueda intentar retenerlo con sus barrotes invisibles y encerrarlo en una trampa con sus colores vivos, sus tonos agresivos, sus acríbeos devoradores, como figuras inestables, como un reflejo que evidencia una realidad que se transforma con la plasticidad de sus témperas, inmovilizándolo, como una obra de arte carnívora.

En el valle todos han quedado impactados viendo que Vicente ha quedado poseído por el cuadro; nadie intenta rescatarlo, nadie quiere ser un héroe con él ni acabar siendo acusado de metomentodo sin necesidad, con alguien tan irrecuperable como él; no hay ni un alma pretendiendo salvarle, no hay ningún candidato a ser un liberador de este caso perdido, que aparece sintiéndose como un intruso en su propia vida, como un usurpador de su malogrado destino.

Encarnación, sin embargo, lo alcanza y logra detenerlo:

—¿Qué te pasa Vicente?

—El cuadro se me ha metido en la cabeza, no soy capaz de quitarme su imagen de la mente; pienso en imágenes, los dibujos eran mi lenguaje, los tebeos eran la mejor forma de disfrutar las historias; pero esto es como un estribillo que se repite y me ha absorbido el seso, quiere que yo haga cosas por él, me está obligando y yo me estoy resistiendo como puedo, pero… ¿qué hago hablando solo? Me estoy volviendo loco.

La imagen del cuadro les echó una mirada paranoica, desde el retrato que lo persigue, con su mirada penetrante no podía escapar de él, lo atraía hacia otra dimensión, hacia la realidad de la quietud. Era un viaje hacia el interior. A través de los cuadros se difuminan los limites, se desfiguran los cuerpos, se rompen figuras y se mezclan unas con otras, se emborronan los contornos, rodeados de monstruos; era algo que le ocurría en sus alucinaciones psicodélicas, cuando estaba colgado con las drogas, pero ahora le estaba pasando sin ingerir ninguna sustancia psicotrópica.

Es como si el cuadro poseyera un poder oculto, más potente que todos los estupefacientes, que está en la sombra que manifiesta, insinúa pero no deja acercarse a sus secretos profundos; lo cautivó por completo, tenía un poder hipnótico sobre él, estaba lleno de sabiduría y era algo mágico, conectaba con una parte del inconsciente, el antinarciso se veía reflejado en él, con claridad; se embobaba tanto que casi queda atrapado y se queda allí adherido al cuadro, formando parte de él; le sorprendió al ver allí toda su vida, plasmada y proyectada en aquella pantalla de la pared elevada, incluso aquello que ya había olvidado. Buscaba sombras desnudas, un ángel psíquico, una materia intangible, el alma que dé sentido a un espejo, que sea capaz de representar lo invisible, un rayo de sol que iluminara un espíritu inconsciente, como un fantasma de energía, que piensa lleno de imágenes y siente dándole formas a las palabras, como un sueño fugaz que a veces se vive, como late la vida en su misterio acechado por la muerte en un desfiladero inerte, donde está el milagro que crea el sentido de un latido que despierta del olvido de un silencio respirado, una sensación llena de dudas que puede crear una estilizada fuerza que llena la vida de belleza intemporal.

En el cuadro se veía reflejado en su desgracia, veía el fondo de su caos, la abstracción desfigurada de su vida, el desgarro y el desastre lleno de cicatrices, de alguna manera se veía desnudo; era el descubrimiento de otra realidad, el impacto visual de algo que estaba ahí.

De pronto, aparece un grupo de gente con mucho barullo,

querían destrozar el cuadro, habían buscado adeptos y venían como unos vándalos. Llegaron gritando y disparando al aire con insultos, creando confusión y miedo; arrojan huevos a la pared policromada, ensucian el marco incomparable y los colores del cuadro, acuchillan el lienzo de la pared y disparan al retrato que se queda inmóvil, sin vida, como una representación metafórica de lo que algunos cuadros expresan, con los fragmentos de las obras destrozadas, entre desfiguraciones; son como un grupo de salvajes sonámbulos, enfrentándose a las telas de fantasmas, proyectando imágenes en unas sábanas de cal iluminadas con óleo, con lucernas encendidas como velatorios donde los cadáveres flotan ahogados, en charcos de color. Después huyen dejando el rastro polvoriento de su despropósito inquietante, tras la escabechina matutina de los brotes de los colores, como el reverso terrorífico de la mentira, cómplices de la oscuridad para quitar cualquier atisbo de luz, para eliminar lo que a él le intriga.

Vicente sabe que el arte siempre ha sido secuestrado por los poderosos, no les gusta que pinten en la calle, han privado siempre a los demás de esa emoción que ya sentían las personas en las cuevas de Altamira; es parte de su ostentación. Por eso es tan importante que salga a la calle, que no puedan acallarlos los poderes plásticos; prefieren a Vicentes colgados de las cuerdas de los estupefacientes, antes que actores expresando algo, representando un mundo podrido que necesita ser saneado, descubriendo y dando forma a las caras sin rostros, para que dejen de estar atrapados en una imagen perdida en el limbo y pinten la búsqueda de su mundo interior; construir un mundo nuevo, sin necesidad de evasión, que los desechos sean parte de la pantalla para la reconstrucción de sus vidas.

Vicente se da cuenta de que las personas siempre descubren algo nuevo; con las imágenes que van cambiando, el cuadro se auto transforma, con vida interna, con una mezcla de abstracción y figuración; representa una metamorfosis, es la plasmación de una creación, donde se descubren como un espejo innumerables pinceladas de colores mágicos, formas nuevas, espacios infinitos en

el lienzo que contemplan.

La Verticalidad de la pared daba vértigo; clavado en la tierra, aquel mural encendía la calle con sus rasgos más luminosos, como un coloso de cal. Este muro tiene rostro propio; habían pintado su retrato, captado en miles de imágenes.

Tiene un efecto sobrecogedor, la luz viene de atrás, proyecta siluetas sobre las pantallas blancas que recogen las formas que necesitan como un mapa que oriente su itinerario; el cuadro estaba vivo. Francisco acude a ayudar a Vicente, le cuida las heridas de su autoestima, le transmite energía para seguir adelante. Vicente encontraba cobijo en el lienzo de las musas, que lo protegían de la intemperie del sin sentido y la desolación, estaba lleno de colores vivos que lo inundaban todo, era un cuadro viviente, inacabado, adoptado por el gentío biempensante que se arremolinaba a su alrededor; cautivaba a los que lo contemplaban, los llenaba de emoción, se quedaban perplejos, embobados, impactados. Francisco identificó el mensaje, el rostro era claramente el de una religiosa y se parecía tanto a Sor Lucía, que intuía que algo tenía que hacer, ese era el hilo del que tirar para desliar la madeja.

Mientras, la muchedumbre acusaba a Vicente de perpetrar un robo en la ferretería de Vallejo: haber hecho acopio de una escalera extensible, andamios y un sin fin innumerable de latas de pinturas de todos los colores. Aunque en esta ocasión, al no ser para vicios, parecía que había un perdón tácito de la población, fue tratado con un poco de tolerancia ya que no había lucro en la acción llevada a cabo y había algo de utilidad pública; por fin hacía algo para que disfrutaran todos.

XXII

Francisco toma conciencia de la situación y pasa a elaborar en su laboratorio una estrategia para salir de aquella locura, se prepara para pasar a la acción; monta guardia con su cámara apostado frente a la morada de la monja, siguiendo los pasos de Sor Lucía, y fotografía a todo el que entra y sale: a las chicas embarazadas y estafadas que salen sin nada, a la parejas que acuden para transformarse en padres adoptivos de tapadillo, disfrazados de progenitores biológicos con papeles falsos, acudiendo a aquel mercado clandestino; a los médicos cómplices, colaboradores necesarios a cambio de sus sobresueldos suculentos, a las enfermeras por obediencia debida a sus sobres de billetes sucios sin declarar, todos untados con dinero negro. Le pide un favor a «su amigo» Vicente Caravaca Valdemoro, delincuente habitual por degeneración profesional, vecino de frágil moral, amigo de travesuras en la infancia infernal y lejana, para que le enseñe las técnicas de las ganzúas y las llaves maestras. Vicente era tan hábil que no había cerradura que se le resistiera, las forzaba como fuera, ya fuese por la maña o por la fuerza. No sin dificultad logró vencer la resistencia de aquella reforzada a conciencia, entraron en el despacho de la monja y Francisco fotografió todos los archivadores pacientemente, todos los documentos que pudo ver sobre las transacciones. Entraron en su austero cuarto donde encontraron varios diarios donde ella anotaba toda la vida de las adopciones, seguía la trayectoria de todos los niños como si fueran sus hijos, los seguía como si estuvieran de vacaciones, en una ausencia temporal

prolongada lejos de casa, conocía sus progresos académicos y sus conquistas sociales. Francisco reprodujo todas sus páginas en microfilmes, no quería que se diera cuenta de que iba detrás de sus pasos. Vicente era un artista en esto de los espías y estaba encantado con que Francisco se moviera en su propia salsa; en este terreno delictivo él se movía como pez en el agua, con alegría y hasta con cierta destreza; no era un manitas finas pero su larga y dilatada experiencia en el mundo de la delincuencia, le prevenía de que había aspectos de la profesión en los que él seguía siendo un poco manazas, y le propuso a Francisco, ya que él conocía la forma, intervenir el teléfono a través de Andrés Benítez, un jubilado de la compañía telefónica que les podía ayudar para tener controlada a la monja, que era la clave de toda aquella trama. Sor Lucía tenía la central de información. Francisco filmó sus libros de cobros. Era sorprendente lo que llegaban a pagar por un niño robado. El delito de receptación era más penado que las sustracciones incluso.

El ojo de la cámara de Francisco siempre estaba alerta para construir pruebas gráficas que pudieran demostrar la trama infernal que retrataba. Apostado como un camaleón insomne, de día y de noche, siempre con el párpado avizor preparado, estaba vigilante de los movimientos impunes, controlando las entradas y salidas, las idas y venidas, pendiente de las compañías fraudulentas y de los compinches de esta delincuente disfrazada de piadosa.

Retrató durante semanas todos los rostros de aquellos crímenes, montó un rompecabezas con todos los datos a su alcance, con todas las imágenes de aquel horror; de los colaboradores, de las víctimas, de las madres despojadas, de su dolor en silencio y de la falta de escrúpulos que captaba el objetivo al por mayor. Era una tarea faraónica, una obra de proporciones espantosas, un trabajo meticuloso, desatando innumerables triquiñuelas. Eran muchos los recovecos y aristas peligrosas que tenía la mente obtusa de una jefa de la mafia organizada disfrazada de monja, que actuaba con una sincronicidad vertiginosa.

Sor Lucía era minuciosa en extremo, perfeccionista en todo lo que realizaba, no dejaba nada al azar ni ninguna señal olvidada. Él

observaba aquella realidad con sus contornos difusos, con sus claroscuros, con sus luces y sus sombras, observándola como un investigador obstinado; se sentaba pacientemente horas y horas pendiente de lo más nimio, escuchaba las cintas de la grabadora, las conversaciones que eran tremendamente reveladoras, empleaba todo el tiempo que necesitaba para entenderlas, pacientemente, sorprendiéndose con cada frase; todo aquello tomaba un carácter de hipérbole escandalosa.

Fotografió las caras de aquel delito *in situ*, en pleno directo, con toda su crudeza en carne viva, era como un duende del que nadie sospecha que los mira, tenía el aplomo de un *paparazzi* para robar a aquellos ladrones sin piedad, un corsario escrupuloso y selectivo que adivinaba que en aquellos rostros inhumanos estaba el perfil del mal; eran los mismos actores piratas que a él lo habían desvalijado como a un pringado, hacia el que solo sienten desprecio, un panoli quisquilloso e inofensivo, con delirios megalómanos, ninguneado por la prepotencia de la altivez de estas monjas. Él continuaba en silencio como una hormiga con su colección de imágenes importantes de víctimas anónimas que no suelen aparecer; visualizaba álbumes de seres macabros que no paran de ejercer, desentrañaba catálogos de espabilados truculentos, intermediarios irredentos que quieren sacar tajada de los vientres desiertos, delante de recopilaciones de espectros, llenos de revelaciones.

Los cacos disfrazados de agentes del bien no sospecharon que Francisco era el fotógrafo damnificado que durante todo el tiempo retrató el delito continuado, mientras estaba candente, siguiendo paso a paso cómo se iba ejecutando, quemando las pupilas con tanto infierno encendido, como ascuas hirviendo en la cámara encerrada que podían abrasar los carretes. Los colores rojos predominan en carne viva de estos truhanes desalmados a los que se les iluminaban las mejillas con el botín en sus manos, y los tonos grises se apoderan de los humildes burlados.

Francisco era obstinado, avanza en las investigaciones con decisión, como si fuera un detective introspectivo: cuando da un paso, se encuentra con un nuevo nudo de esta red criminal, cuando

lo desanuda toma el hilo para seguir la pista de sus indagaciones, se le abre un esbozo de sonrisa y parece como si volviera a ser un tipo simpático; siente un orgullo paternal en la seguridad de pisar terreno firme, en la misión que le ha asignado la vida de velar por el bienestar de su prole sustraída, en encontrarla aunque esté en el lugar más recóndito y escondido, sin que haya hábitos suficientes para poder ocultarlos. Él sabía que era el antídoto para rescatara su dama de las garras del manicomio, la vacuna para atajar aquella epidemia sangrienta que se entendía como una plaga lacerante.

La relajación de los que se sienten impunes les suele jugar una mala pasada, el confiarse en exceso hace, a veces, que se olviden de algunas insignificantes precauciones, su prepotencia les lleva a dejar cabos sueltos difíciles de apreciar; la rutina puede ser traicionera, se baja la guardia y esa puede ser la oportunidad de un avezado observador, la conciencia secreta del captador de detalles, cuando decaen las máscaras, cuando se acaba el baile de lo exacto, cuando el carnaval queda en una resaca vana, donde se muestra el rostro del diablo entre los hechos macabros que tramitan con el sello del infierno, esta gente puntillosa derritiendo la cera lacrada, de artificio quisquilloso que deja con el papel timbrado una huella que huele mal, representada en el dolor de las víctimas inocentes de los engaños operados.

Es un poco delirante la ingente cantidad de fotos, captando hasta el más ínfimo de los matices que la cámara era capaz de retener, detalles casi imperceptibles, minúsculas apreciaciones que casi no se ven pero que están, y cuando se detectan, se pone la lupa sobre ellas, son capaces de desvelar el misterio que albergan. Ha acumulado un material abundante, como un gran rompecabezas formando tapices en la paredes y alfombras iluminadas en el suelo, se amontonan por todos los espacios, como piezas que abarrotan estancias, ha desbordado los límites de su laboratorio; en la trastienda de sus paneles van tomando formas como único espacio libre donde encajan las teselas en aquellos murales de recuerdos archivados en los mosaicos del tiempo.

Francisco tiene pesadillas terribles, observa atentamente, toca las

láminas con mucho tacto, con la delicadeza con la que se toca la seda encapsulada, igual guarda en su alma las instantáneas que captan lo imposible; como en un mal sueño en miniatura, van tomando cuerpo y sentido, las imágenes van construyendo figuras.

Una noche, mientras montaba guardia, un coche chocó contra un árbol del acerado, era un contratiempo inesperado, el cruce de la desgracia. Sor Lucía era una monja depredadora y famosa. En su calle chocaron con su propia horma, en una carambola. El coche se empotró contra su propia esencia, estrellando su chasis contra el tronco inmóvil, como un soplo de frío, a una velocidad estrepitosa ocurrió todo, como un cuerpo de mariposa quebrado, parado en seco, abatido con la complicidad de la noche; había una quietud desprovista de despedidas. Francisco estaba espiando en ese momento y de pronto, solo ve trastos por todos lados y cómo todo es arrebatado, hasta la vida, sin auxilio, inerme.

El cuerpo de un bebé llorando desgarradamente arañaba los oídos, gritaba con su alma, pedía socorro por aquel atropello a sus derechos infantiles, reivindicaba unos padres protectores; no era mucho pedirles, no tener que chocar con la estirpe de su propio árbol genealógico, que aunque quisieran borrarlo siempre estaría por medio. Los progenitores mentirosos estaban muertos. Era una niña que lloraba como un verraco; se encontró de pronto en un nido natural que formaban las ramas, salió disparada pero la naturaleza amortiguó el impacto del accidente; aquellas hojas protectoras la salvaron de la muerte, con su tupida clorofila entre la vegetación abundante; su destino era haber nacido libre y no ser el resultado de un crimen, su objetivo era cumplir un sueño. Ahí se dirigían sus padres putativos, a probar fortuna, todo se tambaleaba a su alrededor. Aquel viaje estaba truncado antes de emprenderse, llevaba un vicio oculto que daba al traste antes del amanecer, fueron desvalijados, ellos también; a la muerte caprichosa le dio por aparecer, hizo escala en el árbol de la calle. El hombre que conducía el vehículo acabó degollado por el filo de la media luna que como una guadaña rompe el parabrisas, le segó la vida y lentamente lo desangra; todo aquello olía a desgracia, a cadáver fresco y a abuso en

descomposición, este hombre había sido abandonado a su suerte quedando de golpe inconsciente. Francisco fotografió un cuerpo con su ojo curioso, rescata los recuerdos de aquel siniestro que se derrumba como una gran ficción, era un accidente en la calle de las catástrofes silenciosas, que de pronto grita escandalosamente y las pone al descubierto; el accidente encubre crímenes que apestaban a fraude permanente, olía a caca de niños desvainados.

La mujer que portaba a la niña, se mezcla con las ramas atropelladas, en un innumerable amasijo de brazos de madera intentando echarle una mano a la mujer ya sin aliento, queriendo echarle un cable, salvarla a tientas, como una bolsa de aire con oxígeno vegetal salvaje, que se infla con las garras de la muerte, desafiando la pasividad estática del impertérrito árbol, intentando darle una vía de escape a aquella imagen filmada por Dante. Otras ramas se cuelan en el coche, asaltando las ventanas por el lado de la madrastra sin poder salvarla, parecían anunciar una explosión que descompusiera aquella trama siniestra; está como una actriz primeriza haciendo un papel improvisado de madre postiza, posa en la quietud de la imagen dramática que él capta; su cuerpo delgado sobresale de este revuelto de cristales con hierros y vegetales, como si intentara seguir representando el papel de su muerte ensangrentada. La mano izquierda le cuelga intentando agarrarse a un clavo ardiendo y toca el árbol en ascuas, con astillas saltando, mientras una farola lánguida ilumina su rostro patético; los ojos grises, fijos, bien abiertos, como si no quisieran perderse nada de aquella escena macabra, como si aquello no le estuviera pasando realmente a ella, actuaba como una fallecida ausente; parece expresar una felicidad en huida, como un objetivo rodado de una cámara oscura, que la estuviera retratando con su maquillaje impresionado, como un disparo impecable; se encontraba como una víctima en la engañosa maternidad de la muerte.

Hay algo irreal en su serenidad, la muerte está en una fuga tenue, en una partida solitaria hacia ninguna parte, con una fría llegada al final de la nada y un aterrizaje forzoso en el tronco infranqueable de la materia inerte, que no escapa del ojo que la

contempla, de una belleza triste, no duerme en su postura fosilizada, pero no despierta, aunque acabase el reportaje de su cámara oscura.

Después, el automóvil sufrió una explosión que se propagaba, las llamas se extendieron a las casas cercanas, ardiendo también la casa de las monjas; todas salieron corriendo. Francisco con el índice apretaba el botón del obturador, centrando su objetivo. En ese momento aparece una llamarada que sale por las ventanas, en ella se perfilan los contornos difusos de una imagen, donde se dibuja un rostro demoníaco de un dragón salvaje arrasando con su boca de fuego, con sus ojos ardiendo, con su cuerpo en ascuas, como un cuadro que refleja el infierno; afortunadamente Francisco tenía microfilmados los documentos que le interesaba conservar como material revelador.

Francisco lloraba de impotencia, pensando en lo que había visto sin poder hacer nada; era un hombre empecinado, de modales prácticos, tiene algo especial; lo envuelve un despiste permanente, como de estar ausente en sus diatribas, rumiando relaciones entre hechos que se solapan y tienen que tener una secuencia lógica que aún no atrapa; era un fotógrafo profesional haciendo lo que le gustaba, con ello se ganaba el pan, pero siempre estaba atento aunque la mirada la tuviera en su propio desván; escuchaba los rumores de su valle interior y estaba alerta a cualquier información que le pudiera interesar; de todo ello depende que pueda ayudar a liberar a su querida dama en apuros y que ella le devuelva de nuevo el saludo, puede que eso le restituya el esbozo de una sonrisa, que lo contagie a él, le transforme el rostro y lo inunde todo con su semblante mejorado, que de alguna manera le perdone, no sabe qué cosa, pero desea que cese la mirada inquisidora de Margarita que le reclama respuestas sobre su camada.

Él era un espectador armado y usaba toda la tecnología que tenía a su alcance para captar aquel mundo misterioso en el que poco a poco se introducía. Imaginaba lo que pensaba Sor Lucia, se inventaba una secuencia de todo lo que hacía, construía una historia de cada pareja que acudía; se componía una fantasía en la que intentaba relatar todo lo que de cada persona desconocía; con los

datos que obtenía, elaboraba una historia personal de cada uno, además de su fotografía. Siempre se montaba su propia escenografía de todo lo que acontecía, gente hundida por los abusos de esta depredadora, personas desfiguradas después de haber sufrido las arbitrariedades de Sor Lucía, esta persona extraña en el trato que actuaba como si estuviera en una burbuja aislada en la que nada afectaba, escondida detrás de un cristal que daban ganas de romper. Tras una máscara de frialdad, cambiaba a niños y la paternidad como si fuesen cromos, mataba la maternidad arrancándola de raíz nada más aparecer. Una precocidad en el despojo que no espera para la sustracción, con un impaciente relámpago de acontecimientos injustos que acaban aquel ciclo con el siguiente paso de la entrega a los impostores del fruto de sus verdaderos procreadores.

Sus composiciones sumaban a un reguero de damnificados, intentaba abarcarlo todo. En primer plano, la depredadora, con un impacto contra el objetivo de la cámara con su vista dispersada de mirón. Aquella reina de la muerte lleva en su imagen manchas de sangre, en su estela deja un reguero de dolor, que daba de sí historias a la luz paridas a solas; vista en un infinito oscuro, con una fuerza implacable, era un arma reservada y silenciosa, una bomba amarga; maltrataba incluso al revelador de sus andanzas sin que ella supiera hasta dónde llegaba la sombra de sus actuaciones macabras; ella repetía con frecuencia su *modus operandi*, y Francisco no podía desconectar la conexión entre su dolor y su cámara.

En ella captaba a un número increíble de niños, multitud de mujeres embarazadas que se quedaban sin nada, bebés robados con nocturnidad; todos ellos poblaban sus peores pesadillas, siempre le daban vueltas en su cabeza; lo que veía pasar delante de su cámara le hacía llorar, le despertaba las médulas, soñando obsesivamente con todas las desgracias que veía; no sabía cómo parar su propia película que merodeaba sobre su cerebro como la lluvia sobre su pelo desnudo, revoloteándole como pájaros que espantan los olvidos.

El finaliza su guardia de observador crítico, hundido, es la antítesis del que siempre se espera qué es lo que va hacer, un ser desgarrado, terminaba en mal estado, y con el ánimo por los suelos,

no deja entrever su ser afectado por lo que está viendo; es humilde, acaba extenuado de tanto espanto, agotado de tantas cicatrices, atascado de impresiones dañinas que le dejaban un sinsabor oscuro; era concienzudo pero terminaba destrozado, con un fondo turbio, impregnado de un cansancio plomizo, aunque su actividad prohibida le daba un poco de morbo y lo rescataba como una ambulancia de la modorra. Todo lo que estaba descubriendo era una auténtica bomba de relojería, estaba obsesionado con las fotos, imbuido en ellas, pero las evidencias más claras y espectaculares estaban en los diarios de Sor Lucía, donde se recogen años de fechorías; en estos manuscritos estaban anotadas de su puño y letra todas las transacciones, las notas del tráfico de bebes, listas de adjudicatarios, países, ciudades y destinos de cada robo. Todo aquello era solo un monólogo interior donde esta agente del eje del mal, enemiga publica número uno con licencia oficial para delinquir, no tenía duda sobre su proceder, no había ni un ápice de arrepentimiento, bajo pretexto de darles un futuro mejor a los hijos de los harapientos. Al final los hundía en la miseria por su bien. No confiesa ninguna empatía hacía las victimas de sus atracos, con la presunción de que servía a dios al dárselos a una pareja pudiente antes de dejarlos con sus verdaderos padres, que cualquiera sabe la vida que podían darles. Contaba con una mezcla perversa de placer frío, calculando con unas cenizas grasientas de ironía cómo estos desgraciados sobrevivirían. Francisco no entendía el goce que destilaba esta mujer por aquello tan atroz que hacía, no cabía en cabeza humana cómo esta señora describía sus hazañas, que si no fuera por la gravedad que entrañan, parecerían ridículas; esta rapaz resultaba tener a veces justificaciones tan endebles y prejuicios tan aberrantes que sorprendían los apaños que hacía con su conciencia, se autoengañaba sin ningún escrúpulo y a sabiendas; ella nunca imaginaría que estos textos pudieran ser leídos por alguien, los guardaba con celo, como una forma de terapia casera; eran una revelación de los complejos de este monstruo que le echaba literatura a la cosa. Si se desclasificara este alto secreto, al clero se le caería el pelo por haber creado a esta hembra domada, por lo que

tiene de niña y de monstruo de la naturaleza; había aparecido en sus cuadernos en una deriva enloquecida, aparentemente ordenada, como el libro negro de nuestra historia, una alegoría absurda sobre una gran felonía. Él leía con impotencia aquel relato terrible y obsceno, percibía una insensibilidad angustiosa; ella era el personaje principal, una egocéntrica sin par, todo giraba en torno a su ego devorador de halagos infundados que ella en el fondo detestaba y del pelotilleo que al mismo tiempo reclamaba para alimentar un narcisismo perseguido sin cesar.

Tenía algo de paranoica, era una mujer poseída por sus demonios que cultivaba sus confusiones y estaba enturbiada por su idea de la perfección, se detecta que sabe más de lo que cuenta, se transforma en esa intimidad donde se le caía toda la postura rígida que le dolía en la espalda de contracturas inexplicables que no le permiten relajarse; la oscuridad le rondaba la cabeza y ella intentaba espantarla, el temor de dios le inspiraba miedo y escribía para ahuyentar sus temores internos, como si darle la espalda a la realidad se le somatizara en ese mismo lugar; temía a la posibilidad de perder la razón, en cierta forma amargada por percibir que ha perdido su juventud; no dudaba de su vocación religiosa pero no soportaba sus inconvenientes, que los tenía y le pesaban como una sombra pegajosa. Era una pasión contenida, fuertemente reprimida, que en cualquier momento podía estallar rompiendo todos los diques, estrellándose como un cuerpo desplomado en el catre de la noche sin consuelo, sola con sus pecados absueltos por la confesión, corriendo un tupido velo sobre el horror brumoso que la hace desertar de la responsabilidad que la acecha, a la que le da largas, como si se hiciera la ciega y no quisiera ver el dolor ajeno. No sabemos qué tipo de trauma tuvo en su infancia, quizás ella tampoco sea consciente, pero parece venir de una familia desestructurada y se ha sobrepuesto a estas adversidades, y que ese sea el diálogo perverso que arroja al mundo; ella no sabe que está perdida, utiliza su sagacidad para ocultar cierta cobardía, le duelen especialmente los desaires del destino y la hieren. Cuando su voluntad se le tuerce, insiste con ahínco para restaurar su orden quebrado, es rápida para

deshacer el desorden, para romper y mutilar el fondo esencial de los vínculos de la consanguinidad, teme que la ataque el vértigo de la desilusión como una fiebre incontrolada que altera el sentido de la materia que lleva entre manos.

XXIII

Encarnación García Corrientes Bis, en cuerpo presente aún, era un ser quebradizo como el vidrio, frágil como una creación sublime de la naturaleza. Esta niña con mofletes de porcelana de extrarradio de la condición humana, estaba en capilla, con su suerte echada; cada vez que se la cambiaba de pañal olía a perfume y a los polvos de talco con los que era embadurnada, era una pieza excelsa de la creación humana, era un ser especial al que le faltaba algo por completar, con las lágrimas derramadas a raudales, formando cauces de cristal surcando su cara esmaltada de belleza; eran huellas de tristeza, recién limpiadas por un pañuelo de seda, de una estrella del cine mudo enana, irracional y estrellada en las expectativas de su ascendencia usurpadora, con su pequeña figura delicada, con un llanto prolongado de protesta que a ojo de los padres ilegítimos la afeaba; aquel ideal femenino en pequeño formato cuando estaba callada, era una obra maestra de la naturaleza, parecía una estatua modelo de un ser original y único, como una desnuda escultura de un proyecto de mujer en miniatura, un esbozo de las futuras facciones de formas nítidamente femeninas, con sus minúsculas mejillas de apariencias divinas, su pequeña figura de juguete roto condenada de antemano al cadalso; una muñeca abandonada a su suerte, ante el arma homicida de los verdugos, con piel suave de culito de mala fortuna, era una joya viviente con las horas contadas que no sirve para ser marioneta de sus adoptantes; la dejaron sedada como a un maniquí inexpresivo y doliente que representaba en su mundo un objeto decorativo que ha salido chirriante; con su llanto

desesperante, constante e insoportable, respira un odio creciente a su alrededor, un ambiente familiar cargado de malestar.

Cayetana Altamira, era aquella madrecita siniestra que le había tocado en aquella lotería macabra de una forma rocambolesca. Como madrastra era lamentable; era una máquina de ejecución imperfecta de la sentencia oculta que deliberaba, como el silbido del último tren que anunciaba el homicidio que no puede dejar pasar; Gonzalo Miranda era aquel padre diestro en desprotección, estaba dispuesto a darle el pasaje para el más allá; aquella adoptante diabólica afilaba los útiles de matar; aquel padrastro sin amor se vestía de indecisión; aquella bruja primitiva estaba dispuesta a acabar con la recién nacida; aquel hechicero sin corazón se iba metiendo poco a poco en el papel del personaje de matón; a aquella mamá insensible no le temblaba el pulso, aunque lo que se disponía a hacer fuera una cosa terrible; a aquel papá, con el afecto encallado en el corredor de la muerte, le temblaba todo pero le daba igual; a aquella polifacética compradora de niños irregulares, que se deshace de ellos con la misma facilidad que de un trapo viejo, tenía decidida la ejecución de su crimen; aquel traficante de almas ajenas que desposeía a los hijos de sus familias a golpe de cartera, estaba dispuesto a llevar hasta el final el parricidio original.

Hoy habían decidido librarse de aquella niña menor que una eyaculación precoz, más inofensiva que cualquier gesto de amor, con la misma audacia y desconsideración, como quien va al mercado a por un capón, llevándola al matadero, a un sacrificio sin rastro, a una barbaridad sin justificación, eso sí, con mucho estilo y sofisticación.

Nadie puede juzgar ni dar un veredicto sobre la planificación y ejecución de este crimen cantado, y mucho menos sentenciar a aquellos asesinos inconfesos que se ocultan tras un manto de dignidad y de postureo oficial, pero sí se puede contar cómo llevaron a cabo su plan, cómo tuvieron la determinación de acabar con cualquier obstáculo que se les pudiera presentar en su carrera de progresión social. Su falta de escrúpulos era patente antes de empezar, antes del nacimiento ya habían cometido su pecado original, pretendían asfixiar a Encarnación Bis, aunque ellos la

llamaron Claudia, que sonaba mejor en los ecos de sociedad; los indicios, las incógnitas jugaban a la par, no han arrojado luz sobre el caso, solo suciedad y más basura por airear. Aparentemente esta pareja había medido bien sus pasos, no querían dejar ningún cabo suelto, no había nada accidental ni dejaban que interviniera en ello el azar; la idea de asfixiarla era la que articulaba su plan, le hicieron tragar con un biberón, tranquilizantes y ruedas de molinos molidos, la niña podía haber muerto intoxicada por tanta sustancia sedante que le machacaron y que mezclada con leche absorbió esta chiquilla; la lactante perdió el conocimiento en un instante, el consumo de aquellos potentes anestésicos la dejaron inconsciente, de aquellos polvos blancos se desprendía una nebulosa gris que la hacía sentir en los abismos de sí.

La dejaron adormilada, para que no pudiera oponer ninguna resistencia mientras la mataban, querían que bajara sus defensas antes de asestarle el golpe definitivo, antes de darle el golpe de gracia; querían romper los hilos que los unían a ella de raíz, cortar todas las cuerdas que los vinculaban a esta boba mocosa que les amargaba su existencia desde que apareció en aquella casa; desde que llegó a sus vidas solo les había dado disgustos. Los lazos familiares eran débiles, aun así, querían deshacerlos totalmente, soltando amarras para que se hundiera en la profundidad de la inexistencia, en la zozobra de la desgracia.

Cuando saltaron todas las alarmas la decisión ya estaba tomada, el crimen era inminente, solo tenían que ejecutarla como en un rito sin testigos, sin revelaciones, ocultos; el factor sorpresa era fundamental, era la clave para proceder a estrangular, pero la niña en su instinto de supervivencia profunda empezó a vomitar, la fiebre le subía de forma espectacular, sin que pudiera hacerle ningún efecto el apiretal, devolvía todo lo que le habían hecho tragar, los síntomas de atontamiento se le empezaban a pasar y volvía a llorar como una descosida, de una manera totalmente compulsiva. Estos eran inconvenientes que surgían sobre la marcha y que tendrían que resolver de forma improvisada para alcanzar sus pretensiones de salir impunes; ya estaban implicados y la caca les llegaba hasta el cuello,

tenían que volver a analizar la situación e interconectar de nuevo las acciones a realizar, igual se les había ido la mano con tanto somnífero y la niña no los podía tolerar. El ataque tenía que hacerse con más cabeza y con menos ansiedad, porque la niña era dura de pelar y podía meterlos en un lio, cualquier acción inconexa los podría delatar. Algo se les cruzó por la mente para que el miedo empezara a anidar en ellos, una lucecita de alerta se les pasó por la frente para que se les gravara en la conciencia la posibilidad de que algo les podía salir mal. Eran novatos navegando en estas aguas turbulentas de los delincuentes, sabían que improvisar no era bueno para nadie, necesitaban pensar sobre cómo no recibir ningún rasguño y salir ilesos de aquellas acciones que, aunque no estaban bien, no les revertirían ningún mal si no se enteraba nadie; tenían que dejar borrados todos los rastros de su crimen perfecto, no podían dejar huellas que los vincularan con personas ajenas ni desconocidas, como esta recién nacida abandonada por sus propias andanadas; tenían que usar guantes caros para tener el tacto adecuado, eliminar los pañuelos usados con ella y no dejar en la casa ningún indicio de haber tenido un bebé alojado en el hogar. Tenían que echarla en una bolsa distinta de las que solían tener en casa para evitar que quedaran restos biológicos de ella que los pudieran comprometer, de lo contrario, todo naufragaría; los fluidos había que desterrarlos, las moquetas requetelavarlas, la cuna podía tener restos de ácido desoxirribonucleico que pudiera vincularlos y delatarles, así que sintieron un vértigo instintivo e irracional.

Había que deshacerse de ella. Su madrastra, Cayetana Altamira, se puso nerviosa, parecía reacia a dar el paso definitivo; aquel episodio iba camino de frustrar su deseo y le entraron las dudas sobre la culminación de la agresión, necesitaba la violencia de una energúmena, dejar de pensar, tenía que hacer desaparecer hasta las fotos; mientras, Claudia (nombre que le habían puesto a Encarnación Bis) no sabía cómo pedir socorro, en aquella situación desesperada solo lloraba como una descosida, no sabía cómo actuar para manifestar que sabía que la iban a matar, que lo habían intentado ya, no tenía recursos; sabía que la próxima vez no iban a

fallar; pensaron en pagar a un sicario profesional que les dejaría las manos limpias, pero incluir a un tercero podía hacer una multitud con la que arriesgar y todo se les podría complicar; las cosas salían de su estricto control parental y una información tan sensible en manos de cualquier maleante les podría perjudicar; empezaron a imaginar que después los podrían chantajear, que esa era una gente con instintos bajos de la que nadie se podía fiar, que venderían a su madre por menos que nada, por un cigarro eran capaces de rajar a cualquier persona cabal.

Cayetana Altamira tenía sentimientos ambivalentes, odiaba a Claudia de manera descomunal y de pronto, cambiaba, se le pasaba el momento y se volvía todo lo contrario, intentaba sobrecompensar; era algo inestable y caprichosa, constantemente decía: «qué asco me da», refiriéndose a casi todo, y en realidad tenía, a veces, grandes deseos de morirse, pero se le pasaban pronto, era una persona autoconservadora, a ella no le gustaba la vida; hasta ahora había sido un peligro para sí misma, no para los demás, había estado enferma, estaba siempre de mal humor, a aquella niña la había imaginado como una solución, como un revulsivo para llenarla de ilusión, pero cuando su sueño se cumplió y la niña llegó, la vivió como un obstáculo más, como un estorbo que se interponía entre ella y la paz interior, alguien que no podría darle nunca la felicidad malograda en algún trauma por desactivar; pobre Claudia investida de expectativas imposibles de realizar, aquella madre compleja que no sabía muy bien lo que quería, antojadiza y difícil de satisfacer, era una máquina deseante y caprichosa complicada de saciar.

Entre sus deliberaciones se pararon a pensar que tenían que deshacerse de ella en un lugar donde no hubiera cámaras urbanas que los pudieran grabar, un sitio apartado que no fuera próximo a su domicilio familiar. Era curioso que pensasen en el agravante de parentesco, que los podría llevar a la cárcel, cuando ellos nunca la consideraron realmente su hija; esto que iban a acometer no era tan fácil como hacer un pastel de calabaza, estaba claro que no tenían perdón alguno, los ansiolíticos podrían tomarlos estos padres malvados y evitarían males mayores, pero pretendían que a la niña le

hiciesen efecto los calmantes que le suministraban con abundancia aprovechando el abuso de autoridad en el que se encontraban, intentaban la asfixia cortándole el acceso al aire, restringiéndole la respiración y que se ahogara por falta de oxígeno; era una muerte limpia, sin derramamiento innecesario de sangre. En el segundo intento, el padre putativo sufrió un desvanecimiento, cayó al suelo como un árbol talado, se quedó traspuesto nada más pensarlo; son personas que se enfrentan a un riesgo extremo, si los descubren tendrían que pagarlo con un alto precio. La tensión era máxima, una cosa es elucubrar y otra muy distinta es hacerlo, infringir sufrimiento es duro en aquel ambiente cargado, todo ello para mayor incredulidad, se realiza en el acogedor seno de la unidad familiar.

Era una obviedad que esta pareja parricida quería consumar su delito a toda costa, englobar su contrariedad en aquel contexto tan peculiar, que tendrá que dirimirse como siempre, rompiéndose la cuerda por la parte más débil.

No descartaron que se produjeran los registros de la vivienda y tenían que ponerse de acuerdo para que en las declaraciones no surgieran incongruencias; los padres adoptivos no podían dejar ningún espacio para las ambigüedades, eso podía dar al traste con todos sus planes, no podían quedar conmocionados por los signos de violencia, ni aturdidos por versiones contradictorias, tenían que tener bien armada su historia, por si les preguntaban; que las investigaciones acabaran siempre en una vía muerta, que los interrogatorios no descubrieran los elementos fundamentales que pudieran conducir a poner al descubierto a los culpables; podían quedar intrigados, sospechar sin restricciones, pero que nunca encuentren la fuente que identifique a los autores de este asesinato programado. Las pruebas genéticas nunca podrían conducirlos a estos padrastros fingidos, investidos de indicios claros de intenciones homicidas, poco dispuestos a dar una oportunidad vital a esta niña llorona que es pura queja, con su llanto insoportable, con un malestar que le brota hasta por las orejas, esto no era un mal sueño, no era un deseo reprimido, era una planificación en plena vigilia por seres teóricamente civilizados, educados en colegios de pago.

Tenían un móvil peregrino, eran fútiles, seres cuyas vidas estaban ausentes en fundamentos, eran principiantes actores crueles y paranoicos, con unas hipótesis sobre la vida bastante descabelladas, sospechando que tienen una concepción caprichosa de la existencia, con poca tolerancia a la frustración, no aceptan que nadie les rechiste y menos una mocosa, que para ellos es un juguete, una muletilla breve, como si ya fuese un ser inexistente; la frialdad y la indolencia con la que planean hacerla desaparecer, y la urgencia con la que desean querer perderla de vista, es una forma encubierta de no reconocer las limitaciones ostentosas con las que ejercen su inmadurez, no se les espera ningún intervalo de lucidez en el cual recapaciten sobre el acto de barbarie terrible que van a cometer, sobre este engendro de niña a la que no pueden exponer y que no habrá salido de la barriga de una mujer, más bien de la picadura de un ciempiés; no la pueden mostrar en sociedad, con ella no tienen nada de qué presumir, nunca generarían vanidad, ni despertarían envidia, Encarnación bis era un ser inocente al que pretendían sacrificar, era prescindible y su modelo de vida no lo tenían por qué cambiar; aunque de forma gradual, cuando se acerca el momento de la ejecución, se evidencia la tensión existente entre los parricidas en potencia. Estos padres postizos han intentado drogar previamente a la criatura, avistaron los posibles problemas cuando se dispusieron a iniciar las cuestiones previas, los preliminares; ya era un maltrato físico difícil de justificar ante su doble moral; antes de estos trámites iniciales debían tener claro cómo dejar borrados los rastros de su implicación en este crimen atroz, que anularía hasta el paradero de la menor, buscar supuestas excusas para ocultar su participación, para mantener el secreto sobre lo inconfesable de aquel delito que preparaban con inusitada premeditación, no querían que quedara ninguna presunción del rechazo feroz que habían rumiado entre los dos, tenían una patología clara de falta de amor hacia la filiación, planeaban la manera de ocultar a los posibles acusadores indicios que los pudieran involucrar, en aquel acto que brotaba en las raíces del mal.

XXIV

Al parecer, esta pareja moderna de advenedizos disfrutaba abandonando las cosas a oscuras, entre basuras inservibles, entre muñecas despedazadas; después de que las expectativas se hubieran evaporado, procedían a desprenderse de cualquier cosa que aparentemente nadie quería, dedicándose a vaciar la casa de todo lo que les parecía desagradable; la niña era como una vieja máquina averiada que los ponía nerviosos. Encarnación Bis era a estas alturas una de esas piezas obsoletas que no dan compostura social, mantenerla sin utilidad, en el fondo lo consideran de idiotas; actos sin corazón que explotan en una tensión desbocada cual ataque cardiaco del cilindro ventricular, de unos monstruos que ocultan tras la fachada de amabilidad, la frustración latiendo en el pulso de su motores acelerados por convenciones sociales, que no satisfacen las aspiraciones de seres vacíos, todo ello, manteniendo las buenas costumbres aunque sea ocultando intenciones inconfesables.

El padre usurpador, Don Gonzalo Miranda, no se atrevía a proponerle nada que fuera amable a su mujer, legítima sobre el papel e inexistente en la realidad, eran cónyuges postizos, en sus vidas había pocas cosas que fueran de verdad, todo era fachada de cara al exterior, siempre pendientes del qué dirán; sin embargo, en el interior, una fuerza repulsiva les dominaba; mantuvieron las formas, lo hubieran dejado años antes, pero la rutina era muy poderosa y las convenciones sociales más, convivían más por la pereza que les daba organizar una nueva vida, que por el entusiasmo que ya no tenían el uno para el otro; ella sentía tanto rechazo hacía él, que le resultaba

difícil de contener y para él, acercarse a ella era superior a sus fuerzas; se repudiaban en silencio. Ella no sabía cómo el amor o la fascinación por alguien se diluía y lo que empezó siendo atracción se convirtió en repulsión; le dolía hasta su contemplación, detestaba incluso sus virtudes y él notaba su rechazo disimulado, revestido de cortesía, pero con palpable desgana hacia él. En el cuerpo a cuerpo sentían un fastidio patente, disfrazado de cansancio, con todo lujo de excusas para esconder la miseria afectiva, con una frialdad glaciar que les consumía el corazón antártico donde acumulaban la distancia que sentían, un hueco de miles de kilómetros, cuando estaban uno al lado del otro, con sus miembros helados como témpanos que no se rozaban ni por casualidad; notaban el vacío que dejaban las huellas de sus cuerpos, sentían la ausencia tan cerca y tan lejos la presencia.

Aquella adopción era un intento iluso de superar ese impase en la relación de esta pareja, irremediablemente abocada a su disolución; eran un par de dos que intentaban dar un salto al vacío, creyendo que un hijo sería un revulsivo para una convivencia de conveniencia que nunca tuvo verdadero sentido; eran la pareja ideal de puertas para afuera, envidiada en su puesta en escena, pero en el interior del hogar la frialdad se apoderaba de los dos; tras múltiples intentos sin éxito, no pudieron engendrar hijos biológicos, no tenían una pasión mutua, esta no prendía de forma espontánea, se lo planteaban como un ejercicio de cumplir con la llamada de la especie y mantener las formas antes que como encuentros cálidos de amor. Lo que vivían eran un choque de contactos mecánicos con amortiguadores aparentemente delicados, que generaban más cansancio que placer desaforado, un deber de cumplir con las obligaciones conyugales antes que unos encuentros apasionados que los dejaran colmados de amor; acababan exhaustos de vacío, no había entrega, ni dejarse ir, solo cumplir un protocolo de fecundación frustrante; hacer el amor les hacía infelices, era tanta la idealización que tenían de cómo debía ser aquello, que se creaban expectativas imposibles de cumplir. Era una pareja desgraciada colmada de bienes materiales y privada del fruto de la prole.

Encarnación Bis sabía de alguna manera que su madre adoptiva la quería matar, era algo evidente hasta para esta niña inocente; la quería obligar a beber un biberón de leche que estaba envenenada, intentaba forzar que la bebé abriera la boca, ella se resistía como podía, apretaba los labios con tanta fuerza como cuando lloraba. Después la quiso ahogar con un cojín sin funda que le estrujaba sobre la cara, ella forcejeaba apretando los labios y con la boca cerrada continuaba llorando. Le decía que tenía morir y Encarnación Bis (Claudia Miranda Altamira, en los documentos falsos para la parentela de pega; nombrarla así era más acorde con la posición social que querían aparentar) pensaba que no se iba a dejar matar, de pronto deja de pelear, se queda quieta, la madre descansa, la acaba de ejecutar, por fin se acabó aquella pesadilla. La niña parecía estar en un profundo y extraño sueño; se había dormido como si fuera soñada por otro cuerpo. La supuesta madre le puso los dedos en el cuello y no encontró el pulso, no respiraba ni desprendía aliento, entonces la dio definitivamente por muerta.

La metieron en una bolsa de plástico negra; por si había alguna duda o algún resquicio intentaron asfixiarla, dejarla sin posibilidad de respirar; los padres adoptivos querían deshacerse de la niña, no la querían, habían empezado a sentirla como un estorbo. Encarnación Bis no paraba de llorar, parecía estar siempre ausente; querían tener un hijo sobre todas las cosas, pero en cuanto lo tuvieron, empezaron a tener sentimientos ambivalentes; podía más el fastidio, el odio de no saber qué hacer con un ser que desde que llegó a sus vidas, lo único que había hecho era complicárselo todo. Antes de rozarla más, antes de que pudiera caber la posibilidad de cogerle cariño, tenían que acabar con aquel infierno en el que habían entrado, esta niña agotaba su paz, su tranquilidad había saltado por los aires.

No concebían esperanzas de que aquello fuera a cambiar; Encarnación Bis no tenía ningún futuro, no daba más de sí, solo malestar y llanto. Y los médicos les habían avisado, no les habían dado opción de mejora, les dijeron que no había nada que hacer, que no respondía ante ningún estímulo del mundo exterior; era algo extraño lo que le pasaba, una suerte de autismo. Aún no se le había

formado el ombligo para estar tan metida sobre sí misma, mantenía los restos del cordón umbilical que no acaba de caérsele, era como un nexo con sus raíces que no quería perder y no se le caía de ninguna manera; le calmaban el llanto con tranquilizantes vertidos en el biberón, a través de pastillas recetadas por el doctor, machacadas pacientemente; era la única forma que habían encontrado para que cogiera el sueño, pero la niña necesitaba dosis más altas cada vez para poder calmarla y se quedaba atolondrada. En ningún momento pensaron en devolverla a sus padres, ni a la monja que se la había vendido por una buena suma de dinero; ellos consideraban que era mercancía humana averiada, una trata de blancas inmadura, neonatos indefensos que vivirían toda su vida engañados sobre sus orígenes, no tendría el derecho más elemental que tiene cualquier ser, saber quién es, saber quiénes eran sus padres de verdad, vivirían una mentira sin posibilidad de averiguar cuál fue el impuso vital que hizo posible la razón de su existencia.

Más que a una niña pequeña, en ella veían la posibilidad de un negocio; no era más que una transacción económica, una hembra deshumanizada y en cierta forma así se sentía, y a su manera protestaba por aquella situación injusta en la que se encontraba, en la que era tratada como una simple mercancía del tráfico ilegal de bebés robados, con su cuerpo pequeño y su malestar permanente. Lo primero que pensó esta pareja de padres postizos, cuando dejó de interesarles, fue deshacerse de ella; daba más problemas que otra cosa, se había convertido en una complicación, un laberinto que no querían recorrer, querían una salida rápida, por la calle de en medio, pensar en un plan para matarla, así fríamente, de forma calculada, inmisericordemente; esa fue la respuesta de este matrimonio de clase alta y de pasiones bajas, hombre y mujer que tenían profesiones liberales, mentes amplias y holgura económica. De esta forma pensaban dejar de ser padres adoptivos, ni siquiera ejercer como padrastros, preferían taparse los ojos, mancharse las manos de sangre y ser unos asesinos de niñas lactantes, sin que nadie se enterara.

No podían aparecer en sociedad con aquel engendro de niña

autista que no servía para dar ninguna imagen de familia ideal, un bebé que les vomitaba en su inmaculado estatus social; parecía que la presencia de aquel cuerpo pequeño les turbaba el juicio. Estos energúmenos disfrazados de personas de bien, cortos de miras y de espeluznantes intenciones, daban vueltas a cómo ejecutar su plan, sin que la culpa los arrinconase, sin que les salpicara el reflejo de su acción. Alguien tenía que soportar el papel de chivo expiatorio, necesitaban a alguien a quien culpar, desplazar sus instintos primarios, aquellos deseos que apenas se atrevían a confesarse ante su propio espejo; estaban enfermos, no sabían muy bien de qué, de maldad, de pensamientos siniestros, de su capacidad de dañar; eran capaces de llegar más lejos de lo que nunca se atrevieron a imaginar, pero habían tropezado con una tozuda niña, con unos pulmones potentes y una gran pena que era mayor que su cuerpo, pequeñita como un proyecto que cabe en una lágrima; era una plantera por conformar, una semilla desconsolada, concebida como una cachorrita fructífera, una piedrecita en el zapato de esta pareja aburrida y que aparenta una relación ideal a la que le ha sido negada la concepción natural y el don de la clemencia, cínicos sin sensibilidad, criminales sin piedad, que se autojustificaban con una coartada narcisista y sin dignidad.

En algún territorio de su conocimiento de lactante, Encarnación Bis sabía que su llanto tenía un sentido, era un reclamo para que su origen no quedara en el olvido, un grito alejado de cualquier pensamiento elaborado, un presentimiento que instintivamente intuía, por encima de la atención especial que requería; sus lazos de sangre llamaban a sus tuétanos sin rendición, en su médula codificada de genes sintiendo una llamada hirviendo en el eco de su socorro, solicitado por el sentimiento de carencia que emitía su propia sangre. De alguna manera ella esperaba que la cordura se restaurase y que le devolviesen a sus legítimos ascendientes, ser devuelta a sus padres imperfectos, poder abandonar el exilio al que había sido sometida en su inmadura existencia y su prematura salida del nido, salir de su traumática captura por unos depredadores sin escrúpulos, formarse en su cruda aventura, en su extrema e impropia

cultura; ha caído en las garras de esta gente tan educada aparentemente, pero echaba de menos completar los trámites de su regreso al regazo materno, requería la restitución al claustro de su cuna asaltada, volver a su propio ser, retornar a la familia a la que pertenece, que la llamaba con ecos lejanos que vibraban en la distancia; echaba en falta las voces que la calmaran reconciliándose con su pasado, volver a su punto de partida, al origen en el que brotó su vida.

Pero la intención de estos impostores era estrangular su cuello; en su desvarío pretendían asfixiar su tierna yugular, robarle el aire de sus inmaduras branquias, evitar que respirara aquel ambiente cargado de malestar, arrebatarle el oxígeno que necesitaba para sobrevivir; la niña siempre había estado llorando, nadie sabía muy bien por qué, quizás porque respiraba un ambiente de muerte, como si elaborara su propio duelo, como si intuyera buitres sobrevolando sus futuros despojos; se ve que la niña tenía una especie de alergia a las injusticias, a los robos de bebés a sus familias.

Los antihistamínicos triturados en polvos blancos no eran eficaces contra el polen de los rechazados, ni otros aerosoles que no deslumbran a los vecinos; de alguna manera aquel proyecto de vida imitaba a las gramíneas, además, olía a cadáver; las migrañas que poblaban la cabeza de su madre adoptiva no se calmaban, la niña perdía peso y la madrastra perdía el pelo, no podía negar su deseo contranatural de matarla, estaba claro que había perdido su instinto maternal, la niña estaba en manos de una depredadora desalmada, más preocupada por ocultar su crimen perfecto, ese que acababa de perpetrar de forma impulsiva, que en guardar su más elemental sensación de humanidad; no le importaba perpetuar o no la supervivencia de la especie, solo le importaba presumir ante sus vecinos de lo que ella tuviese, un tesoro mocoso y llorón como un sauce inconsolable. Su alevosía iba más allá de su eliminación física, mostraba síntomas de rechazo a cualquier empatía o cualquier estima hacia la niña, privándola de lo mínimo que se respira, con la agravante desmedida; su prepotencia no le permitía atenuar su decidida voluntad de convertir a su hija ilegítima en víctima,

fastidiada por aquella situación sin control en la que se encontraba, decidida a deshacerse de aquel lastre, con la determinación de librarse de aquella carga innecesaria.

Esta pareja se había convertido en un dúo bandolero; asaltacunas de los barrios bajos, expoliadores del fruto de los descamisados y de las desafortunadas víctimas, envidiosos de lo que tienen los otros, llenos de carencias a pesar de vivir en la opulencia, demasiado pendientes de lo que les falta en vez de disfrutar de sus pertenecías; son unos ladrones de crías ajenas, un matrimonio de agresores dejando un rastro de catástrofes, asaltantes disfrazados de personas biempensantes; con su falta de escrúpulos que siempre llevan por delante, presumen de lo que no es suyo, como madrastras que atacan a la camada de las personas que sudan sus cosechas, son auténticos padres de presas, depredadores de la felicidad de los verdaderos progenitores; con su falta de ética pierden el control de su ambición de consumidores puestos a dieta, seres sin afectos, parricidas de pataletas, que acaban con lo más preciado de los semejantes.

¿Qué iba a ser de esta niña en manos de esta pareja de descerebrados?, este dúo de compromiso y matrimonio por interés, que se ha convertido en un par de asesinos brutales de niños, mercenarios sin sueldos, con mala conciencia, que intentaron ser lo que no son y que en el experimento acabaron con el crimen sin piedad que han perpetrado; estos padres inexpertos que no pueden ser sustituidos por un espíritu de la manada son unos auténticos destroza familias, estos presuntos delincuentes de cuello blanco que han cometido el delito de allanamiento de sentimientos, que no expresan lo que la máscara les corroe por dentro, a los que cualquier contratiempo saca de quicio y que tienen un *modus operandi* sin miramientos, sin empatía hacia los despojados, son unos degenerados con las manos limpias y la conciencia sucia hasta las trancas, no se lavan en las confesiones de los golpes de pecho de su culpabilidad manifiesta, ni soportan la infertilidad de sus recetas.

Le rellenaron el biberón de mala leche, la envenenaron con tranquilizantes y somníferos, con tal cantidad que acabaría con cualquier actriz famosa, cuanto más con la resistencia de esta

mocosa; qué hacer con estos padres alevosos, premeditadores de parricidios, prestidigitadores encapuchados que han cruzado todos los límites de la tortura y descoyuntado los viveros ajenos, asaltantes de brotes nuevos, machacadores de cápsulas como para suicidar a un condenado del corredor de la muerte, esperando la dosis letal que impidiera que a esta bella durmiente nadie la despertase; siempre se necesita una madre aunque sea mala, se necesita un padre aunque quiera meterte una bala; la adoptaron con un propósito, la compraron en un mercado de felicidad engañoso y todo se les ha ido de las manos.

Una niña no es un juguete roto, no es una muñeca lactante a la que arrancarle el corazón si no se calla; entre restos de desperdicios de comida, entre envases de plásticos, frascos vacíos y botes de marca, le daban tan poco valor a la vida ya usada como a una mercancía que ya ha sido desgastada, consumida; el placer estaba en la adquisición, después vendría el fracaso del afecto que se necesitaba.

La introdujeron en una bolsa negra bien cerrada, con un nudo en la garganta del infierno de la niña y en la boca de la saca, ahogando su espacio, bien apretado, claustrofóbicamente hermético, donde no entra ni sale aire viciado; la niña no tenía opción de salir viva de aquella celada, era una víctima propiciatoria e indefensa; con el abuso de la prevalencia y la ascendencia que tenían sobre ella, no podían fallar en aquel intento calculado de deshacerse de ella.

Podría haber sido una niña excelente, que tocara el piano para amenizar las veladas de la gente importante, y podía haber sacado buenas notas en un colegio de pago para hacerle fiestas cuando le fueran entregadas, podían haber celebrado cumpleaños con sus amiguitas de lazos en el pelo y vestidos de volantes, con su uniforme de mangas cortas y faldas a cuadros, e ir a recogerla a los actos de colegiala. En vez de haberles tocado un engendro de las clases bajas, que estaba en el limbo, sin seso y siendo una dolorosa mentecata, que no servía ni para hacerle pucheritos; se le hacían mojigaterías y lloraba más todavía, se le hacían carantoñas y las rechazaba con más llantina; esta niña no se cansaba de tanta lágrima vertida, tenía un

llanto gigante que no se consolaba ni con calmantes, ni con nada que se le ponía por delante. No había nana que la arrastrase a la calma, ni acunándola con una cuna automática que la mecía como un columpio sin éxito. En el propósito de que se callara no había nuevo invento ni máquina que pudiera suplir al afecto; intentaron comprar mordedores para el dolor de los dientes nuevos y sonajeros, pero no dieron con la tecla, qué niña más difícil, se sentían en un atolladero.

De pronto, se quedó tranquila; su pequeño cuerpo infantil sabía, de alguna manera, que ya no volverían a comprobar su respiración, se habían convencido de que estaba definitivamente sin vida y ya no se acercarían más a la bolsa que la contenía como un cadáver a la deriva; podía relajarse con los somníferos que le habían suministrado, por aquella noche parecía haber pasado el peligro, todo estaba en orden, no volverían a intentar estrangularla de nuevo estos torpes malhechores y ya no tendrían más discusiones de mayores, ni más gritos desquiciados, ni más amenazas de abandono, ni más intentos de arrancarle el oxígeno de sus latidos.

XXV

Ignacio Villarán, vagabundo sin vocación, iba paseando por la noche. Era un hombre inquieto, estaba muy delgado, tenía la mirada extraviada, ademanes impredecibles, ojos impenetrables, portaba una clara y marcada malasombra, llevaba el precio de lo absurdo en el rostro como una etiqueta de las rebajas; en su deambular nocturno descubre una zanja y reflexiona sobre sí mismo, todas las calicatas en las calles son grietas que se abren como heridas en la circulación de cada instante, y siempre llega, como la sangre, junto a la reconstrucción del contenedor de la basura.

Al corazón de la fría ciudad se le rompió la seguridad donde se apoyaba, el suelo de la calle se abría, y apareció un montón de basura junto a restos arqueológicos de otras culturas, como si en el interior de las personas, bajo la corteza, hubiera muchas cosas que no se podían entender.

Ignacio poco a poco se destruye, no sabe qué va a quedar de él ni si va a florecer; los restos de sí mismo se quedan en un conceptismo enclenque, en los huesos de la desnudez; era lo que le quedaba de la persona que resiste y sobre la cual intenta reconstruir sin éxito su singular conquista de nuevos espacios de conciencia.

De alguna manera, el olvido de sí mismo era una forma que tenía de negar la realidad, el pasado era un mundo irreal, ya no existía, su identidad se apoyaba en los recuerdos frágiles, y estos ya no eran reales, todo había cambiado a su alrededor, mientras él vagaba por su pesadilla diaria sin saber muy bien hacia dónde lo llevaba.

Era como un niño grande, con una infancia prolongada hacia arriba y su estatura amable; con su atuendo desaliñado, su porte elegante y su aspecto de abuelo prematuro, desconocía la maldad con mayúsculas, era querido y respetado en su entorno, un poco megalómano también, a pesar de que su economía sumergida se caracterizaba por ser más profunda que la bancarrota; la chatarra era lo que más valía, la economía de subsistencia estaba en mal estado, el reciclaje de los objetos le daba nueva vida; se relacionaba con los chatarreros, que eran hombres duros, solidificados en la escoria del cobre, endurecidos entre los restos de mineral de hierro; recolectaban los aparatos inservibles, rebuscando metal obsoleto de desecho, los productos férreos se fundían y volvían a funcionar, el espigueo de acero de la periferia se recogía para poderlo reutilizar, restos del naufragio de la ciudad que llegaban a la playa de sus manos y del estaño de los residuos se rescataban algunas monedas. Con los cartones pasaba algo parecido, sentía atracción por los desechos, aunque vivir cubierto de retales lo llevaba con tristeza, lo sentía como una representación de su abandono; quería transformar las miserias de los pedigüeños, dejar la imagen deteriorada, como un transeúnte que vivía en su tragedia, en un espectáculo visual del deterioro de la condición humana y de las perspectivas deformes de los objetos, con las imágenes abatidas como alas desplumadas, representando el disparate del traje del despojo, que es un impacto de peso brutal de lo más profundo y sideral.

Él no solía conciliar el sueño antes de que viniera el camión de la recogida de la basura; esa era la señal de que todo estaba correcto, todo estaba bien, todo quedaba limpio; los empleados de la limpieza pública eran, de alguna manera, los que no dejaban ni rastro de la suciedad cotidiana, eran auténticos limpiadores de dramas, eliminaban las huellas de los crímenes del día a día, borraban el rastro de los traumas y el resto de la sangre coagulada; desinfectaban los suelos de los residuos de las malas caras, limpiaban las paredes de los gritos de las pintadas y pintaban la mejor cara de las fachadas; borraban los desperdicios de las desgracias, intentaban ocultar los despojos de la muerte y lo dejaban todo preparado para un nuevo

día, ese era el momento en el que se podía quedar tranquilo y acabar el ciclo de la jornada, podía relajarse y entregarse al sueño.

De pronto, apareció de forma inusual y sorpresiva una mujer desconocida, con una belleza inaudita, le venía de frente, era el rostro de una mujer morena, tenía el pelo negro como el brillo de la noche, con una mirada decidida envuelta en sus ojos de almendras, tenía un brillo tenue en su piel de aceituna y dos hoyuelos en la cara que le daban una gracia que estallaba en una mueca, simulaba una sonrisa contenida, casi agresiva. Era alta y sofisticada, con una picara timidez, tenía ademanes naturales que llenaban la mente de Ignacio, elegancia en el tacto con el que depositaba su mirada en todo lo que le interesaba, lo que más le atraía de ella era la cantidad de fantasía que evocaba su belleza, visualizaba un incesante flujo de imágenes que ocultaban a la madre devoradora que colocaba una bolsa negra de plástico con cuidado, como si depositara un objeto de porcelana, en un montón de bolsas negras, junto al contenedor desbordado y rebosante de basura. Después, se fue como una sombra, como si no quisiera dejar rastro de los despojos de sus actos.

Ignacio se sentía como un fantasma en la ciudad, un ser invisible que deambulaba por las calles, se sentía exiliado en su propio mundo, lejos de identificarse con su pasado, fuera de sí mismo, aquella persona que se reflejaba en los escaparates no era él, era una sombra que no se reconocía. Sobrevivía como un indigente de su propio naufragio, era el espectro de un peregrino callejero, que caía en el pozo de los reflejos, un sin techo que se desplomaba sobre su mundo interior, como una imagen desesperada que lo atrapaba, como unos harapos que lo maniataban, como los cartones de la noche, que en su paseo tiznado por los recuerdos sufrió una degradación imparable, con sus agallas ennegrecidas de una tristeza estrepitosa.

Vive la calle como una jungla, llena de peligros, es una lucha constante por la supervivencia, espantando amenazas, atacado por la tristeza, la soledad, el frío y por otros lobos solitarios que deambulan con sus conflictos a cuestas; se escondía en los rincones, buscando una intimidad imposible y una seguridad apartada, huyendo de los

demás. Le gustaba sentirse sin ataduras, era un espíritu libre y este le impulsaba a vagar por los entresijos de la ciudad.

La vida le dio la espalda, arrinconándolo en el mundo de la calle, expulsándolo del paraíso tormentoso del hogar, vagaba por la intemperie sin rumbo. Todo es para él, que no tiene nada, está desahuciado entre alquitrán, tiene todo el dominio público para sí y no puede disfrutarlo; se pierde, como un niño sin límites, está bloqueado, está a los ojos de todo el mundo y nadie le presta atención. La vida pasa por delante de él y nadie se para, ni quieren saber nada, se alejan de él como de un apestado.

Vivía desde entonces entre indigentes, en esta ciudad en que hasta los coches son abandonados, en la plaza del Rialto, cerca del comedor benéfico y de algunos grupos que beben en bancos; en el albergue solo admiten a algunos cada día, otros tienen casitas hechas de cartones o colchones y mantas; contenedores con olor a orines, es terrible, los recovecos se usan como servicios, alrededor de un bidón donde hacen fogatas para calentarse. Él se refugiaba en la torre capitana de la muralla antigua, parte de sus tramos estaban desechos, la puerta del viento había sido tragada por las casas; era una muralla que existía pero no estaba, era irreal, inexistente, pero todo el mundo la nombraba, con sus piedras erosionadas, solo quedaba su huella como la imagen de un fantasma; la muralla aparecía y desaparecía, según el camino que tomara.

Aquí habitaban sumergidos los que han estado al borde del precipicio, bajo tierra en este infierno poblado de monstruos como el olvido, con la desdicha como compañera, como una demoledora máquina de derribo que ejerce una violencia terrible, que lo ha condenado a una visión despreciable de su propio fracaso, como una traición devastadora que conduce hacia la propia destrucción. Ignacio se destruye poco a poco, no sabe qué va a quedar de él, descubre en este medio hostil lo difícil que es morir, habita entre sus escombros, no sabe si va a resurgir de los restos de sí mismo; él continua recorriendo aquel lugar inhóspito.

Sabe que es el espejo del fracaso, un hombre de pasiones; desbordado por sus sentimientos, por sus identidades ocultas y por

sus sueños rotos, renunció a sus fantasías, se quedó con lo que nadie quiere, la indigencia; quedaba poco que repartir cuando él llegó, la calle estaba tomada; sabiendo que todo deseo puede encerrar algo injusto, sabe que a veces, para realizarlo, puede producir algún daño, su renuncia a causar dolor conlleva no realizar sus deseos. Tiene una gran capacidad para relativizarlo todo y un espíritu tranquilo, se siente íntegro y lleno de autorespeto, siente una especie de perdón intrínseco, que desactiva cualquier tipo de vergüenza inconsciente, lo que de alguna manera le ayuda a sentirse más soportable. Siempre había practicado una especie de diálogo con múltiples personalidades que lo habitan en un infinito diálogo interior. Observa todas las cosas, le gusta escrutar las caras, se fija en las miradas de la gente, y hay gente que lo mira con desdén.

Es como si hubiera sido expulsado del mundo, despojado de los objetos, sin reloj, sin controlar el tiempo, sin espejos, sin dibujar su imagen, sin árboles, sin perfilar las sombras, sin nombre, sin evocar su identidad, sin referencias donde orientarse, sigiloso como una apariencia inesperada, humilde como todo lo que le rodea, educado en el ejercicio de un respeto intrínseco que le salía en todo lo que hacía, sin reparos en decir lo que pensaba.

Cerca de donde estaba alguien lanzó una botella de cristal arrojándola al suelo de la noche, sobre las piedras, y estalló, verde como la pólvora mojada por el alcohol, en mil pedazos de descontrol, en vidrios cortantes como un hachazo; una lasca afilada daba un salto prodigioso, como un cometa inesperado o como una bengala con precisión lanzada por algún borracho no identificado o un mal bebedor pirata, dando un tajo que sangraba sobre la carne que la encontró, sincronizándose en el preciso momento, un corte que buscaba la vida oculta detrás de la oscuridad; el hacha del vidrio rompió una bolsa de basura negra y un grito cruzó la soledad de la madrugada, un bebé que rompió con su llanto un sueño eterno, el del indigente Ignacio Villarán. Un recién nacido alertaba llorando como un cachorro que había pasado desapercibido para poder salvar su vida, pero que ahora necesitaba auxilio entre desperdicios; se sentía a salvo de los desalmados de sus adoptantes que eran unos

parricidas aficionados, que habían tenido en sus manos el destino de su frágil existencia y lo habían dilapidado.

Parecía que a aquel ser lo consideraron tan poca cosa que no les mereció la pena ni comprobar cómo estaba antes de arrojarlo a la basura, menos mal que no tuvieron la precaución de darle el golpe de gracia, por si acaso.

Ignacio descubre que los hombres a veces están ciegos. Los tesoros no se encuentran en las criptas, ni en los sótanos ni en mapas, el tesoro más hermoso es el de la vida y lo ha encontrado él, es un bebé, que estaba llorando en este contenedor de basura.

La basura a veces cuenta más verdades que los periódicos aunque esto conlleve introducirse en un caos inquietante; se consigue saber sobre la gente, cómo vive y cómo mata, cómo abandona lo más preciado, sin darle importancia; pero Ignacio siente una alegría que lo inunda, no se podía imaginar ser tan afortunado por haber encontrado algo tan valioso llorando.

Ignacio Villarán solía buscarse entre los escombros, recogiéndose a sí mismo entre las basuras; a veces soñaba con montañas de cosas abandonadas, con lluvias de desperdicios de la condición humana, pingueando de aleaciones desechadas. Era incapaz de descifrar sus sueños, de alguna manera era el rey de los sueños rotos, realmente soñaba despierto, tenía la huella de su tormento en su expresión rocosa. Vivía una lucha titánica contra los desechos, buscaba algo que lo recompusiese, una resurrección del ánimo entre tantas renuncias olvidadas, y aquella noche ocurrió algo insólito; el buscador de tesoros abandonados, encontró un llanto de auxilio hambriento; ha descubierto a una niña, con una herida en la pierna, en el gemelo, fresca, en medio de la extremidad izquierda; algún día se forjará la cicatriz y la marcará para siempre.

Tenía también dos antojos, uno en cada pierna, en los muslos pero cercanos a los glúteos, como la parte de un mapa o un plano en miniatura, como esos que a veces forman las nubes caprichosamente, o era la forma en que había quedado la huella de la bolsa de plástico en la que estaba la niña abandonada; esta interpretación que hacía Ignacio era un poco macabra, pero él

asociaba su destino y el de aquellas pequeñas manchas, veía alguna relación obtusa más propia de su deformación vital que de cualquier otra consideración racional.

Ignacio fabrica su propia imagen con materiales de desechos, él se siente parte de un cuerpo destrozado, cogió a la pequeña y se la acercó a su pecho, estrechándola con cuidado, era la fusión con otro cuerpo; en un abrazo, quedan confundidos e indiscriminados; en ese contacto, se difuminan los contornos y los limites, su cuerpo tiene sentido cuando se encuentra con otro cuerpo después de muchos años.

De alguna manera encontrar el cuerpo de aquella niña era encontrarse a sí mismo también entre las ruinas. Ese día en que la encuentra, supuso de alguna forma la muerte de la soledad, como si un cáncer trepidante se la hubiera llevado, la misantropía iba poco a poco desapareciendo, a un ritmo galopante se diluía por una especie de quimioterapia agresiva que la fuera arrinconando, con una luz tenue de humanidad que iba llenándolo de una necesidad de encuentro con el brillo de los otros.

Ignacio ha envejecido por los golpes que le ha ido dando la vida, está lleno de cicatrices y pliegues del tiempo que se han ensañado con su rostro; conserva su pelo desordenado, limpio, su piel bronceada por el sol de las mañanas, sus ojos fijos y serenos, con algo de tristeza, la voz quebrada era lenta y reflexiva, y su aspecto, corpulento y fortachón; tenía un poder oculto para mantener la atención de quien lo oía, era buen conversador, ameno, enriquecedor. Su objetivo, cuando hablaba con la gente, era devolverles la voluntad, había personas que la tenían anulada, las personas estaban como infectadas por cierta enajenación; siempre dejaba su huella con su poder conversador espantando alienación. Le llamaban el loco por su locuacidad, pero era una persona con gran capacidad para comunicar ideas; cuando hilaba un razonamiento con otro, se convertía en un orador convincente.

No soportaba llevar encima trapos sucios, procuraba llevar una camisa siempre limpia que conseguía diariamente; buscaba la forma de hacerse con ropa entre los desechos de las tiendas del centro, no

estaba a la última moda, no quería confundir la limpieza y la dignidad con la pobreza; la ciudad estaba salpicada de contenedores de ropa usada, él las encontraba sin estrenar y otras que olían a detergente, perfumadas por la limpieza de las lavadoras; algunas estaban desteñidas pero daba igual, su puesta en sociedad no era tan importante como su propio bienestar; solía sentirse bien en su piel cuando se cambiaba y relucía como un hombre revestido de dignidad; encontraba a veces una chaqueta que realzaba su presencia y pantalones vaqueros que le recordaban su juventud, los calzoncillos limpios eran como un pequeño tesoro, parecido a los que él guardaba en su infancia en los calcetines. Ir a cambiarse de ropa era evocar toda su vida, hacer una llamada a su propia imagen autodestruida: encontraba unos zapatos y le parecía haber encontrado sus propios pies de nuevo, encontraba unos pantalones, se los colocaba, y creía haber encontrado de nuevo sus piernas, encontraba una camisa y creía haber encontrado su propio tronco, encontró un sombrero y creía haber encontrado su cabeza; guardaba todos sus sedimentos y todo aquello de lo que quería desprenderse en un sombrero de fieltro, como escondiendo su cabello de la desnudez imaginada de su fantasía, vistiendo su cabeza ante la intemperie de las miradas; cuando se lo ponía como una chistera mágica todas las inmundicias se le caían encima, muertos e imágenes de la memoria, los fantasmas del dolor, la droga de la amnesia. Había unas gafas y sin necesitarlas, las apañaba y construía los nuevos ojos con los que miraba el mundo; cuando encontraba un ordenador creía haber encontrado su propia mente, si le daban un poco de vino, era para él plasma de una transfusión sanguínea que lo renovaba de inmediato y recomponía las piezas del rompecabezas disperso de sí mismo, autoinmolado en sus propios restos. Sus fantasías agresivas eran tan poderosas que podía ser capaz de cargarse a quien fuese, lo malo era soportar esa carga de los residuos; cuando se le pasaba la euforia demoledora no sabía qué hacer con las sobras, parecía no tener límites, era capaz de eliminar lo más sagrado pero no sabía qué hacer con los desechos; cuando andaba le sonaban todos los huesos, le crujían como a una puerta vieja.

Se autoconstruye con cosas usadas, componiendo una figura peculiar, como un reciclaje de objetos inservibles, recogidos en los contenedores del olvido, transformándose en una escultura, una parodia de sí mismo, como un rompecabezas con piezas cosidas con su imaginación, con los desechos unidos, como un curioso y torpe robot, esa revolución interior de la basura hacia la construcción de una obra de arte, hacia la reencarnación de su silueta en alguien.

Buscaba entre las cochambres y los escombros, como si buscase algo de sí entre las escorias, algo de los pedazos de su autodestrucción pegajosa, de su derrumbe y su desplome hacia el mundo de las sombras, un tesoro de sí mismo en las cosas horrorosas, para poder reconstruirse, como si un ave fénix pudiera hacerle resurgir de sus cenizas y de su culpa de estiércol por haber deseado destruir todo lo que quería; era un suicidio anímico de despojos, de los que no pueden soportar el fango de la culpa y se pegan un tiro de porquerías. De los que no mueren, solo están empantanados en el maremàgnum de los desconciertos, no pueden vivir con las manchas de sus propios juicios irredentos y se ahogan con el peso de la culpa.

El busca reconstruirse, para ello busca su propia estrategia de supervivencia, busca materiales en los desguaces de la imaginación, en los contenedores de escombros del alcohol, en la basura de los abandonados, en los artículos de periódicos de opinión de las papeleras, en las conversaciones para recuperar una imagen de sí que no le arañe los ojos; tiene el espíritu optimista y voluntarioso de un chapucero manitas con el que transformar su ciénaga mental en una visión impoluta de la ciudad.

Leía el periódico en el quiosco o en la biblioteca, comía en los comedores municipales, y con el tiempo se ganaba algún dinerillo: donaba sangre, hacia recados, guardaba coches; posaba en la facultad de bellas artes como modelo, por la expresividad que emanaba, tenía un talento natural para la expresión corporal, cualquier principiante podía fácilmente desarrollar su destreza plástica y captar con unos pocos trazos de un lápiz el alma de Ignacio, atrapar sus rasgos y caricaturizarlo con el mayor desparpajo.

Llegó un momento en que Ignacio Villarán descubrió que tenía que desprenderse de cosas, descargándose de cargas vanas, tirando a la basura ideas super elaboradas, vertiendo escombros de desengaños acumulados. Que le permitan caminar tranquilo, quedarse sin nada, necesitaba desprenderse de inmundicias y de unas cuantas cosas más. Se identificaba con las zurrapas, con el último mono, con los desperdicios que lo agobiaban, con el desasosiego que lo había dispersado por todos los contenedores de los despojos humanos.

Necesitaba una pista que seguir, no había un croquis, todo esto apuntaba hacia las cloacas, hacia donde huyeron las ratas que abandonaron la ciudad, grabadas en su mirada como si en cada ojo tuviera un plano, para que sus pasos supieran orientarse y conociera hacia dónde volver algún día. Tuvo que huir del lugar de su origen aunque solo fuera para poder retornar algún día; no se sabe muy bien pero había una señal, parecía que querían ayudarle señales anónimas, le dejaron una marca que le abría una luz en un túnel de tinieblas, y los recuerdos dejaron de hacerle daño.

Ignacio necesitaba algo que ordenase el caos de su mente, empezó a notar un gran vacío, a sentir cuánto ocupa la nada, con sus emociones vagando por el erial de sus ausencias, recorriendo sus entrañas, su pecho desierto; la soledad iba galopando por los confines de su cabeza, notó una fuerza atrayente, era su parte hambrienta de afecto, su parte necesitada del otro.

Sacó las cualidades del fondo de sus destrozos, reflotó sueños que se recomponían, en este mundo tan artificial nada es como se ve, todo es como si fuese algo distinto en sus entrañas, todo era como un sucedáneo de la vida de amargado que llevaba.

XXVI

Encarnación Bis era una autentica muñeca agonizante; fueron momentos de emociones fuertes, eran gemidos que sonaban a muerte, como campanas doblando por una criatura que iba apagándose lentamente. Cuando abrió la bolsa negra de plástico, entre los residuos, Ignacio pasó unos momentos angustiosos, era una bebé pequeña, una niña de pocos días, resonó un grito entre los despojos del contenedor que estaba en el centro del corazón de una ciudad sin alma; aquel sonido chirriante rompió la negra oscuridad que el plástico encerraba, apareció un puño chiquitín, como una estrella anunciando un trueno desgarrador, rompiendo la oscuridad de la noche, un llanto desesperado queriendo respirar algo más que desechos. Ignacio dio otro estirón a la bolsa y apareció un pecho descubierto, llorando con unos pulmones de niña asustada o de un estomago hambriento, eran de una neonata sin consuelo, vertía unas lágrimas desesperadas. Le echó un vistazo rápido explorando el estado de salud general con ojos de inexperto que solo reaccionaba de forma instintiva pero que sentía la gravedad del momento.

Era curioso lo paradójico que resultaba aquel momento insólito, cuando este transeúnte pedigüeño utilizó su abrigo desgastado y arropó con él a la cría para mantenerla caliente, mientras aquella mujer despampanante, vestida con buenos paños, que parecía una madre sin corazón, arrojaba a su hija al basurero, haciendo gala de su falta de humanidad, dejándola abandonada, sin remordimientos, mostrando un repudio incomprensible para cualquier otro ser humano.

Descubría a una niña de ojos grandes a la que había que curar la herida que tenía en la pierna, una *raja*, en el gemelo, en medio de la extremidad izquierda; él se la tapa con un jirón de su camisa desgarrada, intentando contener la hemorragia con esa venda improvisada, y después, con un torniquete hecho con los restos de una manga; evita que se desangre con un vendaje convertido en cataplasma, anudado con telas y retales de sus ropas desgarradas.

Él se llevó a la niña a su regazo intentando calmarla, quiso darle aliento, transmitirle que estaba en buenas manos, intentó tararearle alguna nana que se le venía a la cabeza sin éxito, le daba calor con su cuerpo; aunque no sabía muy bien cómo era el protocolo de actuación en estos casos, practicó sobre la chiquitita maniobras de reanimación; la acariciaba e intentaba mantenerla despierta a toda costa, la animaba hablándole de cualquier cosa, era su forma de conjurar la impotencia que sentía, la acunó contra su pecho para que se sintiera cobijada por los brazos sin techo de aquel hombre bueno y de poca fortuna. Se asustó al ver su cordón umbilical colgando, sostenía en sus manos una agonía terrible, corría como nunca lo había hecho, saltó un seto que en otras circunstancias le habría parecido imposible sortearlo, sentía miedo por que pereciera en sus brazos, no sabía cómo auxiliarla técnicamente, necesitaba atención médica para poder salvarle la vida, aquella chiquilla estaba en estado crítico y su búsqueda de ayuda era su forma de liberarla de una pena de muerte segura, un castigo desproporcionado por muy traviesa que pudiera haber sido; era una emergencia para la cual él no estaba preparado; tenía que trasladarla a un centro sanitario, llevarla a toda prisa al hospital, que afortunadamente no estaba muy lejos. Le daba calor con su cuerpo y la protegía en el traslado urgente, en esta situación agónica en la que había que actuar inmediatamente; la veía tan delicada que sintió una angustia ahogándole la garganta, era perentorio llevarla a urgencias, no sabía su nombre y era imprescindible que la atendieran, había que alejarla de la agonía de la niña del contenedor, parece ser que no habría vivido mucho más tiempo de no haber sido rescatada, era un acto heroico; la niña se quedaba sin aire, necesitaba ayuda, que le prestaran auxilio, que

alguien atendiera el socorro que él pedía con las palabras atenazadas y entrecogidas por el miedo, se temía no poder llegar a tiempo. Dio la voz de alarma, paró a un coche de la policía que providencialmente pasaba por allí haciendo su ronda nocturna, uno de los agentes colocó la sirena a toda pastilla, se temían lo peor. El coche policial no era una ambulancia pero intentaba imitarla, se saltaba a toda velocidad los semáforos, rompía todos los límites con su gálibo girando en destellos de color azul, apartando señales oscuras de la noche, como si fueran brazos innumerables apartando muchedumbres de coches, con su sonido urgente que parecía pedir ayuda a las estrellas inquietas y temblorosas, aullaba como un lobo herido, con su chirriante sonido gritando a todos que se apartaran, y que nadie con un poco de humanidad pudiera ser un obstáculo para que se demorara la asistencia necesaria, como un pañuelo blanco agitado y un claxon anunciando a los cuatro vientos que hacía falta que todos ayudaran a llegar a tiempo; aquel recorrido se hacía interminable, sí que era un auténtico corredor de la muerte, qué mal lo estaban pasando transportando a una inocente, a una mal ejecutada por la pena capital de la que era una superviviente; de puro milagro sobrevivía a aquella atrocidad mortal, eran unos minutos tan largos, duraban tanto que se prolongaban en el espacio y parecía que no les iba a dar tiempo; no acababan de llegar, estaban poseídos por la conmoción, se aligeraban todo lo que podían, el policía que conducía aceleraba, pisaba hasta el máximo que esta máquina podía correr, el tiempo era más rápido que el reloj, más que aquel cacharro con motor; temían que se les fuera entre los turbios parajes de la expiración, necesitaban llegar a tiempo, librarla de su condena de morir sin remedio, su sino tenía que ser otro, el de vivir para contarlo, por lo menos ellos pusieron todo su empeño para que esta niña anónima siguiera con vida, no sabían qué suerte correría aquella pequeña que a duras penas aún respira, aunque lo hacía con mucha dificultad, como si le faltara oxígeno, como si el ambiente viciado del vehículo no le aportara suficiente aire, y se le notara en cada bocanada entrecortada, con su carita enmorecida y su acelerada arritmia, su ritmo carente de cadencia regular que en estos

momentos tan críticos era casi ausente, resistiendo las embestidas y los argumentos que le mostraba la muerte; agarrada a una hebra de la vida, parecía obstinada, incrédula y sin prisas ante el destino del limbo prometido, permanecía unida a la inconsciencia inocente que no sangraba ya por su herida.

Cuando por fin llegaron a las puertas del hospital, se encontraron algo insólito junto a la garita de entrada, un recibimiento especial para esta recién nacida, era un pequeño milagro que huía de entre la basura y que rara vez ocurría; había una barrera reflectante hecha con cientos de luciérnagas unidas unas a otras, como si estuvieran juntas en una cópula constante, anudadas en sus cuerpos y libres en sus alas, como una cadena formada mientras aleteaban y que se abría para que pasaran y que luego, volando, se recomponía formando una cuerda o un poste horizontal que solo se abría y dejaba el paso para salvar vidas en estos días tristes y complicados, difíciles de entender, como el de esta recién nacida vulnerable que se encontraba al borde de la muerte. Eran como diminutos ángeles que daban la bienvenida a la vida para que ella se recuperara de su traumática llegada al mundo.

El patrullero entró en el soportal del servicio de urgencias dando un frenazo que casi saca volando a Ignacio, sin cinturón de seguridad, agarrado al cuerpo diminuto de la niña en la parte de atrás del coche policial, en el asiento de los detenidos, que se dio un cabezazo con el asiento delantero; pero el vehículo se quedó clavado en aquel porche con forma de visera que protegía de las inclemencias del tiempo a los que llegaban con la vida en juego. Salieron corriendo unos celadores con una camilla, pronto la atendieron en el servicio de urgencias, más tarde la derivaron a la unidad de cuidados intensivos donde fue monitorizada rápidamente, con su cuerpecito lleno de cables y tubos. Parecía no tener signos de malos tratos, aunque le habían causado estragos las señales de asfixia; la herida en el gemelo de la pierna izquierda había que desinfectarla y coserla, una enfermera le untó alcohol y después un poco de yodo, estaba aparentemente bien, los antisépticos hacían su función, pero empezó a preocupar a los profesionales de la salud,

hacía rato que había dejado de llorar y permanecía como ausente; al pincharla no salía sangre, no le encontraban la tensión arterial, no tenía pulso en ese momento, su cuerpo pequeño estaba helado, hibernando, como muerto, sienten que la están perdiendo, necesita calor, aliento, parece que es ultraterrena. No se sabe si le ha faltado alimento, su cuerpo parecía haber decidido que había que almacenar todo lo que hubiera en la sangre, por temor a necesitarlo más tarde; su metabolismo decidía ser ahorrador, la cicatriz de la pobreza deja heridas secretas, sentimientos de desprotección, inseguridad en las maletas, miserias en los deseos y huellas imborrables en las ansiedades.

No sabían lo que había injerido; le hicieron un lavado de estómago por precaución, por si la causa de su inconsciencia precomatosa fuera inducida y por eso no reaccionaba ante la inyecciones que le suministraban. Por fin, al ponerle un estimulante, la niña volvió a llorar como una posesa, cogió un biberón con ansiedad descomunal, succionaba como si nunca hubiera sido amamantada, parecía que los cuidados intensivos habían dado resultado y habían logrado estabilizarla, estaba fuera de peligro al fin. Habían salvado a aquella niña de una muerte segura, de un acto salvaje, de una agresión desmesurada, de un atentado contra su vida con alevosía, había sobrevivido a un intento de asesinato premeditado, a un parricidio de usurpadores inconstantes.

La fiscalía de menores tomó cartas en el asunto y se puso a investigar, a intentar localizar a sus progenitores para acusarlos de abandono de menores o de intento de homicidio; hicieron indagaciones, interrogaron a Ignacio, siguieron pesquisas, ordenó a la policía judicial que se pusiera en marcha, creando un equipo especial con el encargo de llevar a cabo las investigaciones para poder averiguar todos los pormenores de este caso. Los agentes que lo investigan no descartan ninguna hipótesis, pensaron en las distintas posibilidades, el intento de asesinato, el abandono de bebés, la muerte de la madre o el robo de niños lactantes; estaban atando cabos, buscaban a quien se deshizo de la niña después de intentar matarla; analizan todas las huellas, buscan en las bases de

datos las últimas inscripciones de las mujeres que acaban de dar a luz, los signos brutales y los moratones, los posibles testigos de las cicatrices que presenta la bebé exonerada de haber sido injustamente condenada a muerte. Intentan descifrar cuál es el sentido de este acto de sacrificar a una inocente con tintes macabros y múltiples ramificaciones. Hay en este espinoso asunto varios presuntos implicados, puede que necesiten abrir diversas piezas separadas para aclarar lo que se esconde en este abandono con intenciones asesinas, y desvelar qué hay detrás de este hecho tan execrable, en el trasfondo de esta acción tan monstruosa, con varios delitos acumulables.

Les hicieron las pruebas del ácido desoxirribonucleico a Ignacio y a la niña con resultados negativos, quedó descartado que él fuera el padre, ni el abuelo, ni nadie en la vida de la lactante; Ignacio llevaba años sin tener contacto carnal con nadie, su soledad y su abandono era tan grande como inmisericorde y aquella bebé sin nombre que emergió de la basura guiada por una mano negra, parecía haber aparecido para salvar de la calle a aquel indigente noble.

La bolsa de plástico fue enviada al laboratorio, la policía científica tenía que tirar de alguna pista; estudiaron los medicamentos injeridos por la lactante, también empezaron a ser estudiadas las bases de datos de donde habían sido suministrados, las de las recetas de la seguridad social y las familias que habían inscrito niños en esas fechas; trazaron coordenadas con los medios telemáticos a su alcance. Los primeros análisis de la niña indicaron que tenía una alta concentración de medicamentos en sangre, sospecharon que había estado sedada deliberadamente.

En la sala de espera, un médico salió a explicarle a Ignacio el estado en que se encontraba la pequeña. Él era la única persona, junto a los policías, que esperaban preocupados por ella, los tranquilizó dándoles la buena nueva, era una noticia feliz, iba reponiéndose de aquel episodio traumático, había sido un éxito la intervención de los profesionales; el pediatra esboza una sonrisa cuando comunica que la niña había recuperado sus constantes vitales, los policías, emocionados al saber que estaba en buen estado; las luciérnagas brillaban en la noche junto al coche policial mal

aparcado en el jardín del hospital, lanzando fogonazos azules a la noche como suspiros de las fuerzas telúricas que se habían conjugado para darle a esta niña pequeña una segunda oportunidad, su vida siempre había estado marcada por la dualidad.

Una asistenta social le aconseja a Ignacio que se asee un poco, ya que ahora es la persona conocida más próxima a la niña; lo dirige a un cuarto de baño del hospital donde se podría lavar y le da ropa limpia, recogida en la lavandería del centro hospitalario. El haber encontrado a la niña, le dio esperanza, una vibrante energía positiva lo iluminó, podría respirar un oxigeno nuevo, tenía un motivo para luchar por la vida, deseó reconstruir su identidad. Si habían logrado sacar a aquel renacuajo del peor agujero negro que se podría imaginar, él también podría hacerlo; fue un ejemplo para él, para poder salir de aquella experiencia terrible del pozo de la indigencia, con su determinación y la ayuda de la asistente social. Esta se había convertido en su representante en la enorme empresa de hacerlo mejorar, se encarga de conseguir documentación sobre este indigente rescatador, maltrecho en su atuendo, con su camisa raída por el desgarro asistencial, sin las mangas salvavidas, y que parece tener buen corazón. Comienza los trámites para sacarle el carné de identidad, buscar su partida de nacimiento, indagar sobre cuál es su estado civil, investigar si alguna vez tuvo trabajo remunerado y redescubrir su vida laboral, si tuvo las cotizaciones correspondientes y con todos estos datos, finalmente, intentar tramitarle una pensión para que también sobreviva.

Después de una ducha, con el agua tibia, jugando con los grifos, mezclando el agua fría con el chorro humeante del agua caliente, con el vaho empañando el cristal del espejo que él limpió con una toalla, y de rasurarse la barba con una cuchilla nueva, apareció un rostro que desconocía; era él con aspecto más joven, como si fuese otro, se había trasformado, afeitado se desconocía, al quitarse las barbas apareció otro Ignacio, otra identidad oculta tras la máscara del vagabundo, como si empezara a reconocerse; al cortarse el pelo con una tijera se le quedó un flequillo recto, su pulso no es que fuera muy firme pero atinó con destreza aunque quedó como el tosco

corte de pelo de un monje; para compensarlo se hace una raya con el peine y se echa para atrás lo que le queda de flequillo; se transforma sin trasquilarse, se desfigura para bien su maltrecho aspecto, su imagen ha cambiado, desprendiéndose de algunos elementos y se ha convertido en otra persona más sencilla, pero con elegancia en sus gestos, despojándose de cierta maleza, de algunas greñas. Se le han caído algunos esquemas también, y ha dejado de ocultar su belleza.

Él es un auténtico héroe caído en la desventura, un ser roto, abandonado por las circunstancias y atacado por las desgracias. Siempre estaba medianamente aseado, sufría una metamorfosis cuando se lavaba y se vestía decentemente, emitía un entusiasmo inusitado. De él emanaba una luz única, malvivía sin luz y sin agua corriente, sin ambiciones, sin esperanzas, pero allí estaba, detrás del cristal de la unidad de cuidados intensivos, mirando a la niña que ya se movía, con su herida en la pierna y su sueño placido, fuera de peligro; la muerte se había quedado atrás, allí en el contenedor de basura, lugar al que no volverían nunca más ninguno de los dos; Ignacio sentía que era lo mejor que le había pasado desde hacía mucho tiempo.

Después de aquel retiro espiritual de la calle, de este estado de choque, donde han colisionado todos los miedos, arrastrándose por los suelos, repasando la imágenes de su vida como en un álbum de los errores cometidos en los que probablemente de nuevo caería, como un ex convicto arrepentido de los horrores vividos, hoy se halla en este nuevo paradero, velando por la salud de una bebé que se encuentra estable en la unidad neonatal de cuidados intensivos, entre algodones, como en un gran nido de cristal, con más riesgos que una niña prematura a la que ha salvado de una muerte segura, y al mismo tiempo esa criatura lo ha salvado a él de una condena a la indigencia perpetua. Con la ayuda de las asistentas sociales de la unidad contra abusos infantiles, parecía constatar que la pequeña no había sufrido malos tratos, si exceptuamos el intento de asesinato; mostraba una recuperación espectacular, con los signos vitales no dañados, habiendo sido rescatada de las fauces de la parca por un tipo tan decadente, sin lastimarla y con sumo cuidado. Cuando él

estaba cerca ella cesaba de llorar, instintivamente, se sentía segura junto a este extraño indigente, siendo el momento en el que había sido más diligente en su vida, se sentía abrumado por el recibimiento de felicitaciones y reconocimiento público por algo verdaderamente sagrado, salvar la vida al ser más débil que se ha cruzado en su camino. Esto merecía un descanso y algo de protección social, sentía una esperanza y una alegría nueva que lo inundaba hasta las trancas, tanto como para poderse reconciliar con la especie humana.

XXVII

Carmen Murciano, inspectora de la policía judicial encargada de las pesquisas de este extraño intento de asesinato por el Juzgado de Menores, se tomó con un especial interés la investigación del caso que le había sido asignado; de forma concienzuda fue atando cabos, parecía un asunto turbio, nada estaba claro, todo era confuso, aparentemente no había un móvil económico; la descripción que hacía el vagabundo, de la mujer que arrojó el pequeño cuerpo a las tinieblas de los desechos, no era la de alguien sin recursos que viviera en el inframundo, se desprendía de la bebé por otras causas distintas a las infraestructurales, no porque no quisiera hacerse cargo por falta de medios para atender las necesidades materiales. La inspectora se colocó sus gafas para abrir el sobre con las pruebas de ácido desoxirribonucleico; se dispuso a cruzar los resultados con el banco de datos disponibles, en un ordenador un poco obsoleto y que estaba en un lugar apartado, en un cuarto de mala muerte, muy pequeño y lleno de otros instrumentos, sobrecargado por la falta de espacio que caracterizaba el hacinamiento de expedientes sin resolver, que agobiaban y desbordaban su negociado; iba con pocas esperanzas de encontrar algo, pero era el protocolo, ella lo cumplía a rajatabla, sabía que a veces había sorpresas, ese pequeño fastidio más que nada por pereza, luego le ahorraba bastante trabajo; se zambulle en los resultados de los datos y le resalta una coincidencia inesperada, le sorprende que el Instituto Nacional de Toxicologia confirmaba una coincidencia del noventa y nueve por ciento, con una muestra tomada en un lugar remoto, cerca del fin del mundo, en el valle del

Miraflores, en Vistahermosa, la población cercana al manicomio, a partir de una denuncia de una bebé robada presentada por un fotógrafo bohemio y raro, al que por poco no le habían aplicado la infame ley de vagos y maleantes, que decía ser el padre de una niña sustraída; nadie le había prestado atención hasta este momento en que la inspectora posaba sus pupilas en las entrañas de este caso, se había sumergido en los documentos y en el conjunto de las pistas que conducían a un laberinto. Ella intentaba encontrar un sentido hacia la salida; desempolvando su ordenador interior, a todo le daba vueltas, desde el ventilador de imágenes que refrigeraba su pensamiento a la velocidad a la que el microprocesador de Carmen daba forma a toda la información disponible sobre esta tentativa de asesinato discreta.

En esta historia salpicada de malhechores, en un lugar tan distante, la inspectora continuaba uniendo hilos de este caso de intento frustrado de asesinato de una niña pequeña que un indigente con su acción imprevista ha evitado apagando una maldad, como un extintor que rompe el abandono con su atención urgente y eficaz.

Esta niña salió de la oscuridad, sorteando las reglas de la noche, en una situación que nace de un periodo de sangre, de la salvación de una menstruación yerma; fue un milagro de la vida que sobrevive a una semilla y llega a una orilla baldía, totalmente cuajada como una bolsa habitada por la esperanza de la vida, entre los secretos de las calles antiguas en las horas nocturnas.

Carmen Murciano mandó llamar a Ignacio, el indigente descubridor del cuerpo del bebé, los policías recibieron la orden de trasladarlo a su despacho; él estaba instalado en la sala de espera del hospital, poseído por el encanto último de quien ha descubierto un tesoro hambriento; no dejaron de custodiarlo en ningún momento, permanecieron en la puerta esperando a que tomaran una decisión, y poder devolverlo al hospital donde él quería estar velando a la chiquitita sin nombre; hasta que esta recibiera el alta estaría en la planta, en la sala de espera de la unidad de cuidados intensivos; no quería perder el destino que le esperaba, ni perder el contacto con la niña que le había devuelto la esperanza. Cuanto más miraba detrás

del cristal, a la hora de la visita, más sentía de nuevo cómo cobraba sentido su vida, y más valoraba el hecho de vivir en libertad.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó Carmen a Ignacio.

—No sé qué me pasó, no me dio tiempo a pensar por qué lo hacía, tenía claro que era lo que tenía que hacer, después he pensado que en realidad me recuerda a mí mismo; cuando era un adolescente vino mi madre al frente, durante la guerra civil, tuvo una discusión con el capitán del batallón, me sacó de las trincheras, me cogió por una oreja y me sacó de la muerte a guantazos; por ese rescate de Doña Antonia de los infiernos, es por lo que estoy vivo, nadie de allí logró sobrevivir y ahora me veo imitando a mi madre, para sacar de este infierno a esta criatura maravillosa, aunque lo mío no tiene nada de heroicidad.

—Esa mujer que la tiró al contenedor, ¿la viste bien? —Sí.

—¿La reconocerías de nuevo si la volvieses a ver?

—Por supuesto, es una persona difícil de olvidar, tengo memoria fotográfica.

—¿Podrías repetir la descripción que hiciste a mis compañeros?

—Era una mujer alta, bien vestida, con una falda ajustada y una chaqueta entallada del mismo color, azul nocturno encapotado, muy elegante, se veía que llevaba ropa cara, unos tacones altos y unos pasos titubeantes pero sonoros, de tez clara, con bellas facciones, se bajó de un coche de alta gama, era una mujer muy atractiva, morena, vestida de oscuridad.

—¿Podrías intentar hacer un retrato robot con mis compañeros?

—Creo que sí, no se me va la imagen de esa mujer de la cabeza.

—Te lo agradezco, es de gran utilidad tu ayuda.

—No hay de qué, esto me ha devuelto la vida a mí también.

Carmen coge el teléfono y se dispone a hacer una llamada de larga distancia; hace tiempo hubiera necesitado poner una conferencia, pero ahora se podía hacer sobre la marcha.

Al otro lado de la línea sonó el teléfono, con su inquietante alarma, reclamando atención inmediata, el aparato temblaba tanto como la incertidumbre de quién sería; la persona que insistía en esa llamada telefónica debía de tener un interés por contactar, dada la

insistencia; un desconocido, descuelga el auricular, le contesta una voz masculina:

—¿Don Francisco García? —pregunta la inspectora.

—Sí, al aparato. ¿Quién es?

—Soy Carmen Murciano, inspectora de la policía judicial encargada de un caso, le llamo por su denuncia del robo de una niña, le informo que hemos encontrado una coincidencia del noventa y nueve por ciento en una niña abandonada y la prueba de ácido desoxirribonucleico que le hicieron a usted.

—Es mi hija, ¿está bien la niña?

—Sí, perfectamente, ha sido abandonada en un contenedor de basura, ahora está en el hospital ingresada, fuera de peligro.

—Gracias, qué alegría más grande me ha dado, tengo a mi mujer desquiciada, ingresada en el psiquiátrico, esta noticia le ayudará a ver la luz, nos ha devuelto la vida, esa que antes nos habían quitado.

—Estaremos en contacto para cursar todos los trámites y todo el papeleo, y poder devolverla lo antes posible, tenga buenos días, adiós.

—Gracias, buenos días, adiós.

Aquel mensaje olía a café que se le caía por la mañana, llovía fuera y lloraba Francisco de alegría con lágrimas de barro que salpicaban en los charcos redondos, ¿dónde había estado esta chiquilla? les preguntaba a las nubes; no se resguardaba de aquel chubasco, ya no hay respuestas que puedan parar las tormentas, dejó que le empapara la improvisación de aquella aparición que caía como aquella llamada venida del cielo, como gotas espontáneas de la zona azul del horizonte; él iba en volandas con alas de agua sobre la belleza que se concentraba en el fondo de miel de la mirada de Margarita; suspendidas en el aire había miles de incógnitas sin despejar aún, que ocupaban el silencio, intrigadas en la vida de las palabras, seguían revoloteando por su frente con burbujas, mojaron sus sentimientos agitados por la noticia, sus ojos se iluminaron y aparecieron llenando de imágenes alegres toda su mente, el aguacero lo hacía con sus manos oferentes, le ha mojado su pelo del frescor de

haber encontrado a una de sus descendientes, que estaba lejos, en un hospital alejada de la muerte.

Francisco, no se atrevía últimamente a decirle nada que fuera amable a su mujer; mantuvo las formas, ella le expresaba un rechazo traumático cuando iba a verla, la rutina era muy poderosa pero más aún lo era un agravio enquistado, un rencor irracional del que lo hacía responsable. Sentía una pereza anodina, quizás por los medicamentos, ya que no sabía cómo organizar su nueva vida sin expresarle todo su descontento rumiado hacía él, responsable de todos los agravios vividos; estaba claro que sentía poco entusiasmo al verlo, lo recibía con desdén y achacándole que estuviera siempre en su mundo y no se enterase de las cosas importantes que le pasaban a su familia. La distancia y la falta de comunicación de estos días había aumentado la brecha que tenían en su relación traumática y azotada por las descargas de la ira; el rechazo que sentía hacia él le impedía acercarse, era superior a sus fuerzas, no sabían cómo el amor se fue al traste, lo que era dulce ternura, se convirtió en dolor; le dolía hasta su voz, detestaba su presencia y él notaba el asco con el que ella lo trataba, con una desconsideración demoledora que ella verbalizaba sin ningún rubor hacia él; se repelían como dos imanes del mismo polo, el polo de la miseria, frío y helado como témpanos que no se rozaban ni por casualidad, notó el hueco que dejó su cuerpo en cada encuentro.

—¿Cómo estás Margarita?

—Mal ¿no me ves? Amargada.

A bocajarro, le pregunta:

—Francisco, ¿tú no tendrás una identificación femenina? ¿verdad?

—¿Estás haciendo de psiquiatra conmigo? —Él un poco sorprendido con la pregunta—. Tal vez, a mí me hace más falta que a ti.

—En una sesión de terapia de grupo que tenemos aquí en el hospital, como si fuera una conversación con unas amigas, surgió el tema. Y me recordó a ti, todo de lo que se habla allí me evoca algo de ti. Tengo una especie de hipocondría diferida, pero no veo las

enfermedades en mí, curiosamente todas las veo en ti.

—Yo qué sé Margarita, me lo dejaré sentir y seguiré madurando mi introspección, a ver dónde me lleva. Es importante sentirse cómodo con las mujeres, hasta con las que llevamos dentro.

—Ya, veo que eres un mujeriego, un Donjuán repelente, que acabas con ellas enredado en las fotografías, en tu pozo encantado que llamas laboratorio y que es un vientre materno prefabricado para olvidarte del resto del mundo.

—Esta conversación es muy interesante, ya la continuamos en otro momento, pero tengo algo importante que decirte; han encontrado a la niña, a Encarnación.

—¡No puede ser! ¡qué alegría! ¡sacadme de aquí! Tengo que ir a por ella.

Margarita sufrió una metamorfosis repentina. Aquella noticia fue milagrosa, con efectos instantáneos, se le quitó la melancolía de pronto, necesitaba un salvoconducto hacía la alegría, salir de allí como fuera, le había entrado la necesidad de escapar de la tristeza, sentía la locura de la libertad, de saltar la tapia de la pesadumbre; ya no necesitaba la terapia de reparar la aflicción por las heridas causadas por el puñal de las mentiras, se lamía ella misma las postillas de la postración por el despojo sufrido. En aquel momento empieza a sentirse capaz de volver a coger las riendas de su vida, ha encontrado la contraseña hacía la salida de la pena, toma conciencia de que la clave estaba en recuperar a su niña. Allí, ingresada en su pesar, ya no pintaba nada, tenía que regresar a la normalidad de la locura cotidiana, hacerse cargo de sí misma y desentumecerse de la postración, dando a la pequeña, la bienvenida a su familia.

Hasta ahora, ella se sentía como una presa de la desilusión y no quería salir del laberinto del manicomio, aburrida de los delirios que la rodeaban; se sentía expulsada de la lánguida sociedad, su vida estaba encarcelada en la morriña de la nostalgia, entre los barrotes de los agravios recibidos, había estado crónicamente enajenada, poblada de personas desnortadas como caricaturas de la expresión de los perturbados; quería recuperar el mundo de la cordura, estaba nerviosa por perder de vista por fin el mundo de la demencia,

cruzando una puerta mental, perder de vista el peso insoportable de la culpa, teniendo fuerzas para sobrevivir a aquel calvario; quería recuperar su vida social, sentir el calambrazo de vivir intensamente el chispazo en la cabeza, del sentido que da vivir en los espacios abiertos de la libertad.

Admitía sus carencias y seguía teniendo sus desmayos turbulentos pero dejó de estar hundida en la pesadilla; necesitaba distanciarse del desorden, recuperó el juicio por las cosas cotidianas, comenzaron a evaporarse inquietantes horrores, sentía una urgencia gigante de reencontrarse con parte de su carne, desaparecieron los arrebatos de vacío, volvía a sentir el contacto con las sensaciones terrenales. Había renunciado a su papel de eterna doliente mantenida a flote por los antidepresivos, y ahora comienza su despedida infinita e imparable del mundo de los disparates, en una reconciliación con una nueva dimensión, superando las ruinas del pánico encendido y encontrando el sosiego en llamas, en esta guerra interna con su propia existencia, saliendo por la puerta grande por la que huyen los desorientados que al final encuentran a sus seres perdidos.

Necesitaba dejar de deambular por sus obsesiones, por aquellos pasillos de la profundidades de su mente, escabullirse de aquel círculo vicioso que le conducía a ninguna parte, renacer de esa inconsciencia que se ocultaba detrás de aquel rumiar siempre la misma cosa, del dolor loco que volvía a empezar una y otra vez hasta el infinito, en una transformación sin control de pensamientos malditos; necesitaba despertar de esta red de culpa que la mantenía atrapada en aquel lugar que no figuraba en ninguna parte. Preparaba su partida hacia una nueva morada, desvelando los misterios de aquella trama, cicatrizando la infección salvaje de la infamia, por fin cogía el camino hacia la libertad, dejaba el drama que la arrastraba hacia la nada, abandonaba aquel exilio fragmentado de tiempos sombríos, rompiendo suspiros delicados de inolvidables resquicios terribles, rescatándose del miedo oscuro a romperse como una mujer de otro mundo, con la tristeza quebrada en su frente desolada, con la necesidad de superar la congoja en la que se sentía atrapada,

aceptando la derrota de la depresión que la tenía atenazada, permitiéndose salir de la oscuridad de sus alas abatidas, resolviendo el enigma por el que se encontraba poseída, sumida en una lánguida melancolía.

Atravesaba la frontera de aquel mundo trastornado, saliendo de aquel espacio enloquecido, quería llegar a la venta del Fin del Mundo, tomarse un trago en la barra sólida de aquel cabo de Finisterre de madera donde podía apoyarse en sus gentes. Más allá solo existían los demonios del mar del manicomio; su hija había aparecido para salvarla de aquel naufragio del buque insignia de los locos en la costa de la muerte, de este sanatorio maldito al que quieren derribar a base de crisis espasmódicas y olas de delirios sin diques. En aquel momento el pórtico de ese bar era la puerta del paraíso.

Después de cruzar el umbral del psiquiátrico, donde se transforman los alambres de aquella gran jaula en alas, flotando en el aire de la libertad, más allá de los hilos suprimidos de los electrochoques, lejos de los cables de los vínculos repetidos en los mundos imaginarios, donde los locos por fin salen a la calle más allá de las puertas del permiso, con el viento favorable y liberador de los idos encadenados por el imaginario social en que un calambrazo nervioso pone patas arriba toda la represión, Margarita vuelve a sentir el ritmo de la cotidianidad, pausando su pulso; el sueño empieza a querer poseerla sin tomar ninguna sustancia que la enajene, vuelve a querer descansar.

Había llegado a las páginas oscuras de la muerte, no le quedaba más remedio que vivir, tenía que salir huyendo de allí, de aquel lugar tan tenebroso. Era la primera vez que veía erguida a su amiga Rosario «La Alcayata»; la mujer ele se despidió de ella recta, colgada, derecha como nunca; después de que un enfermero diera la voz de alarma, la encontró ahorcada en el cuarto de baño, pendida de una sábana enroscada por el cuello. Era la única persona que decidió que moría cuando quería, decidió morirse antes de que lo hiciera de pena ante la perspectiva de quedarse allí sola, una vez que supo que Margarita se marchaba; como toda suicida se proclamó

dueña de su propia muerte, estaba loca de verdad, solo era peligrosa para ella misma, capaz de auto inmolarse en aquel manicomio antes de vivir una mentira. Los locos intuyen algo aunque se lo niegan y entran en crisis, pero los suicidas lo saben de alguna manera, algo que el resto de los mortales no; aquello fue la autodestrucción llevada hasta el final, era la trasgresión total; sabía que el verdadero poder lo tiene el que tiene contacto con la muerte, ya sea para curar o para matar.

Ella decidió, a pesar de la pesadumbre, irse de allí, fugarse del manicomio y de más allá.

Aprovechó la confusión que se había creado con la organización del festival de Salta la Tapia, que les pilló allí en esos últimos días y que pretendía romper distancias y facilitar la convivencia entre enfermos mentales y el resto de la ciudadanía, para compartir y desmitificar el hospital psiquiátrico; todos querían que fuese más abierto, que dejara de estar tan cerrado. Había una pancarta que decía: «locos a la calle», pedía que el manicomio fuese demolido, corrían aires de libertad fuera del recinto del hospital, los vientos de la antipsiquiatría soplaban en una apuesta por integrar a los quijotes en la sociedad y atenderlos en las unidades de día.

Poco después cerraron el psiquiátrico, decían que los locos deben estar insertados en la sociedad, en sus casas y tener asistencia domiciliaria, así mejorarían en calidad de vida, aunque podría haber algunas desgracias. Desde entonces andan sueltos, son peligrosos para los oficialmente cuerdos, y se prodigan en atenderlos de forma ambulatoria en los centros de salud con recetas llenas de cordura, y en los hospitales generales, con sus alas preparadas para estos enfermos necesitados de cuidados especiales.

Los pacientes subieron al escenario, el cantante del grupo Rompehielos, que no tenía nada que envidiar en su comportamiento a los espontáneos que subieron a acompañarlo, gritaba y daba saltos como un poseso; llevaba la musicoterapia hasta su último extremo, se transformaba en un personaje que no desentonaba con el entorno delirante en que su actuación había envuelto el recinto del concierto, en el que daban ganas de saltar la tapia.

Después de la actuación se armó un follón monumental, como si por allí hubiera pasado un huracán; todos los enfermos estaban como locos y Rosario «La Alcayata» aprovechó la ocasión para su gran evasión, huyendo de la vida, escapándose de todo y dejando el cuerpo colgado en una percha, con la muerte suspendida, y flotando en una extraña prestidigitación, no tocando los talones el suelo.

XXVIII

Después de salir Margarita Corrientes del manicomio de Miradores, apenas tuvieron tiempo para asentar aquel momento; poco después se dispuso a ir rumbo al aeropuerto con Encarnación, que en este momento no se quería quedar atrás, iba como una vigía, por delante de su madre, a esperar la llegada de su propio cuerpo, se esperaba a sí misma, cargada de impaciencia.

Camino del esperado encuentro, Margarita iba en bicicleta con su niña sin cuerpo acomodada en la canastilla que tenía justo delante del manillar y pasaron por el cruce del Camino de los Indios con la Vereda Real, donde antes se hallaba el árbol detenido que ya no estaba ni quedaba rastro de él; se topó con algo inaudito, había otro árbol en el cruce que tenía colgado en su tronco un objeto extraño. Margarita quedó sorprendida, paró y tomó aliento, estaba viendo algo raro, no era una alucinación, ya no estaba tan trastornada, tenía algo de alegría en el pedalear, pero se entretuvo en observar.

Era una bicicleta que colgaba de un árbol, estaba allí quieta, suspendida como un ahorcado, con el cuello del cuadro atado a un nudo corredizo, soñando máquinas pendientes de un hilo, agonizando como un fruto maduro que parece que quiere caer por su propio peso, anunciando la tragedia que había vivido, a pocos metros de donde estaba clavado el árbol detenido.

Era una bicicleta maravillosa, un fruto extraño y algo raro, con sus ruedas circulares como dos grandes lunas enramadas, en un mundo duplicado como dos senos redondos lucidos en el pecho de aquel, bien plantada en el tronco robusto, se mostraba esbelta con su

forma alargada y sus mamas infladas con su escote rebosando por el sujetador de las cubiertas desbordadas, flotando con sus elementos modulares, con su levedad elevada y el silencio blanco; con su quietud allá arriba colgando de un árbol, como un accidente maldito en un chocante sosiego de un universo estático, posando como un pájaro aparcado allá en lo alto, donde maduran los ángeles, como entes abstractos que apenas se intuían.

Eran dos ruedas suspendidas en un árbol de fuego; parecía un árbol estresado que había crecido justo al lado de donde estaba el árbol detenido, después de que este había sido desvencijado y troceado para que el carpintero sacase listones con los que hacer marcos de puertas, o el ebanista realizase mesas, sillas y muebles de tacto de cristal, acariciadas por el barniz de una brocha suave; el hacha también hizo lo suyo, desbrozó en mil pedazos ramas y miles de astillas para encender la luz de una chimenea prendida por la mirada amiga. La máquina estaba parada allí arriba, en la cruz del árbol, entre las dos ramas principales en que se divide el tronco recto, como para ser lanzada al espacio por un tirachinas gigante; los guardias que custodiaban al árbol detenido ya se fueron hacía tiempo; ahora el único que vigilaba la bici trepadora era el ciego de los cupones, que se colocaba en el cruce donde vendía ilusiones y fantasías de vidas mejores, y a él le pedían que echara un vistazo de vez en cuando. Aquello era como un cuadro colgado, con las ruedas como dos grandes ojos, con los ejes como pupilas, dos ojos gigantes que todo lo ven desde lo alto, que lo miraban todo y de los que la gente no apartaba la vista, no podían dejar de observar aquel manillar ahorcado que no alcanzaba a camuflarse con las ramas suspendidas, que la rodeaban con sus hojas caducas. Estaba allí como un equilibrista, levitando, sin su ciclista, sola, toda pintada de blanco como una novia plantada, nadie la tocaba; ya no pasea por los caminos, ni por las calles empedradas, ya no va a trabajar de madrugada al quinto pino ni ya nadie le da una pedalada, ha trepado allá a lo alto y allí se encuentra inmovilizada entre la cruz del tronco y sus ramas, en un lugar inverosímil; el árbol ya de por sí poseía una cultivada belleza que estallaba con su espectacular floración, y la bici

podía ser el fruto de una exposición que florecía en la vía pública. Las flores eran como pequeñas campanas que doblaban por ella, rojas por una vida escarlata que se había apeado de este viaje sin maletas, de esta órbita sin su dueño, como una bicicleta diabólica que se parecía más a una bicicleta estática; parece que está quieta, como la tierra, pero sin embargo se mueve, no para de dar vueltas, gira en ciclos dobles, sobre sí misma, y avanza en las estaciones, como el tiempo y el ciclista que cayó en marcha. Allí la colocó su familia para que permaneciera su recuerdo, como un ramo de flores eterno; sus familiares no lo olvidan, en ese punto sufrió el atropello, un coche disfrazado de arma homicida, poseído por el desenfreno, un automóvil como un proyectil borracho, dirigido por un bala perdida, se constituyó en un disparo ebrio que acabó con su vida, se convirtió en un cazador furtivo impulsado por la mala bebida.

Aquel accidente sin frenos avisa con su faro inmaculado, evitando los naufragios y los rocosos accidentes geográficos, con sus radios irradiando precaución en la oscuridad de los porrazos. Eran radios brillantes, muy juntitos como arenques en una caja redonda, formando una rueda de la fortuna de acero inoxidable, niquelados, una ruleta parada que no va más en su choque inesperado con la muerte, unas ruedas como un tambor de revólver con una bala en la recámara esperándole en una esquina atropellada. Era una pieza única, una señal para los incautos, allí coronando el cruce de los caminos. En aquel lugar había ocurrido una tragedia y esta no podía quedar sin huella; la bici era como una cicatriz que no podía borrar el dolor que allí se desprendía, era como un cartel anunciador del fatídico golpe de un ciclista sano, que sufrió una colisión mortal y fue arrollado por la fuerza terrible de la velocidad motorizada de un vehículo sin control.

La bicicleta con flores blancas que brotan en la primavera de sus radios, irradiaba como rayos solares toda la circunferencia de los giros estáticos sobre el eje del árbol; colocaron un ramo de rosas sobre el plato, con sus dientes mordiendo las cadenas de los tallos, dispuestos a mover los piñones del movimiento para que empiecen a girar los ciclos y las estaciones; en esta bicicleta vagabunda que se

mueve con los aires de la palanca de cambios, sin frenos que la detengan en un recorrido sin guardabarros, colgando de las ramas de sus propios cuadros, pedalea en la noche de la muerte, toda vestida de blanco como una bicicleta insospechada, alerta como un faro, para que no se despisten, ni se desorienten, avisando de los peligros de la guadaña; allí en el cruce de la muerte, sin las ruedas de la fortuna girando, estas ruletas dan vueltas y alumbran a los ciclistas perdidos, a los que viajan sin rumbo por la soledad de las noches de frío y se la encuentran todas las madrugadas, con olor a churros y a chocolate radiante por las mañanas, lejos del suelo, en las alturas suspendidas, ahí, en las estrellas, como una paloma blanca posada en la cruz del árbol, dispuesta a desplegar sus alas y hacer girar sus ruedas cruzando el espacio del vuelo.

A Encarnación, la canastilla de la bicicleta de su madre era lo que más le gustaba en este mundo. Desde allí como un grumete, oteaba el horizonte con su curiosidad temprana, y sentía que llegaba a todos sitios antes que nadie, veía aquellas composiciones surrealistas con una inexplicable sonrisa, sorprendida por aquel vehículo izado.

Aquel artefacto era como una bandera a media asta, manteniendo un equilibrio inestable, con el duelo girando y el dolor elevado. Era un artilugio inmaculado fuera de plano, su cuadro era un triángulo inverosímil, viajando sin rumbo en su odisea suspendida del espacio, como un ingenio para viajar por el tiempo con la levedad del silencio; de un impacto saltaron por los aires y se quedó aquí prendida y sin tripulante, ahí permanece crucificada como un símbolo quitamiedos, en esta burra mecánica malparada que llegó más allá de su propia propulsión humana, trasladándose como una máquina volante con ruedas atropelladas por la mala circulación de los vehículos a contramano, como si fuera un velocípedo pinchado y sin parches para arreglarlo. Era fruto de una maniobra arriesgada y acabó allí arriba con la horquilla empotrada, como si fuese un pinchazo de amargura desinflado de la cámara de altura y con viento fresco; se había quedado con un aire compungido.

Esta ahí arriba esperando que pase la borrasca, en el último uso de su vida, con su semblanza etérea y su historia trágica, solitaria, obsoleta, con su fuerza desbordada insinuando músculos que no estaban, se quedó parada, desangrándose con su grasa blanca, encallada entre las ramas de su derrota, varada con su piloto ausente acogido por los brazos de la muerte; ya no tiene quien la ponga en marcha.

Ascendida a los cielos, con la confusión de si era ella la que se elevaba o el ciclista el que se alzaba en este paseo por las alturas, la bici crece en este viaje a la quietud, como si hubiera sido una destartalada trepadora del vértigo, evitando una multa por mal aparcamiento, instalada cómodamente como una farola fosforescente, alumbrando blanca el ciclo de la vida, el biciclo de la vida y la muerte.

Fue apeada del recorrido cotidiano por los obstáculos que no se apartan, instalada en su vertiginoso sobrevuelo de un bólido parado y su desplazamiento hacia ninguna parte, desde su posición sobreelevada, se mantiene ahí con su alma averiada y con su destartalada figura desecha por el golpe; ya arreglada para anunciar el peligro hacia la nada.

La madre del ciclista, en su duelo, la mantenía bien cuidada, para que los señores de la noche o cualquiera que la mirase, vieran que no estaba abandonada, que nadie pensara que era descuidada, ella se desprendía de lo que amaba porque no tenía más remedio; donó los órganos de su hijo yerto y reutilizó en forma de aviso los restos de su vehículo. La bicicleta había quedado destartalada después del atropello, con varios mecanismos estropeados y ella mandó repararla antes de ponerla allí, para que todo el mundo la contemplara bien pintada y escamondada.

No dejaba de ser un armatoste metálico: con sus llantas relucientes y su dinamo nuevo, a una velocidad cero, elevada a cientos de pulgadas del suelo; no era una valla grande publicitaria que anunciara un velocípedo, ni un cártel de dimensiones tan grande como un camión de publicidad al por mayor; era una obra de arte inmaculada, una pieza de museo recién tallada y en la que nadie

pedaleaba, pero que podía volar con la imaginación, adosada al árbol con un nudo de su corteza bien atada, con su razón de ser bien clara y la protesta por la sangría de ciclistas muertos. Estaba allí visible como un recuerdo presente, que tenía su familia del dolor inolvidable de la muerte del dueño de aquella máquina perfecta, que sin más lenguaje que una capa de pintura blanquecina, producía un vuelco sobrecogedor en la gente, convirtiéndose en un homenaje con su impacto visual de la verdad insonora de los ciclistas arrollados por los insensatos, y por la locura de la velocidad sin control, de los motores con ruidos infernales, con sus hechos estrepitosos y sus consecuencias peores; era una llamada de atención a esta escandalosa situación, un grito sobre las ruedas, una crítica sin voz a la actuación sin utilidad, que no rescata del camino tanta baja mortal, siendo el ciclista ausente el único protagonista de su falta de pedalada; no es que esté mal ubicada, parece que se haya puesto en alto para evitar el siniestro de algún loco del volante borracho.

Su ciclista no está en este mundo y parece que la conduce un espectro habilidoso, sin manos, y que viaja solo en los ojos de los viandantes, cuelga del árbol como una querella a las conciencias, como una advertencia dirigida a las personas de a pie, y para recordar al familiar que saltó por los aires, no por una acrobacia ni por una exhibición de habilidad, sino por la impunidad de un automóvil celoso de la armonía silenciosa que formaba como un centauro sin patas, que paseaba por las calles con una conducción que parecía tener alas en los pies y sin apenas esfuerzo a una velocidad humana; se desplaza por el centro de su alma, parece algo inverosímil, una bici que trepaba o una escultura contemporánea en una instalación callejera, que asaltaba las miradas e impactaba a los caminantes habituales.

Encarnación García Corrientes se sorprendía de todo lo que se le ocurría cuando la miraba, le gustaría tocar el timbre, como si fuera un reclamo, un canto de ave en celo llorando por la muerte de su compañero. Para ella era un poco raro ver a la gente paseando y la bicicleta que con sus cubiertas nuevas suspendidas en el aire se iba por las ramas, pero en realidad ella sabía que era una señal anónima

que servía para salvar vidas a máxima velocidad, sobreviviendo ahí, madurando al sol, a cero kilómetros por hora. Circula con sus ruedas estáticas, negando la realidad, mascando la tragedia de la madrugada. Encarnación sabía que el coche que la arrolló se ha llevado muchas cosas; a la bici despojada de su conductor, a los afectos de sus seres queridos condenados de forma silenciosa, se los han llevado montados en las hojas de la levedad que el miedo posa en las almas que vuelan en las escobas de bicicletas desfiguradas, de alguna manera le recordaba a la monja que le robó su cuerpo, con él se llevó también muchas cosas de un plumazo.

Las madres desconsoladas por las pérdidas de sus hijos no saben qué hacer con su desesperación, eso bien lo sabía Margarita Corrientes, y no le sorprendió ver este invento de una madre chiflada que duerme ahí arriba, como los vencejos planeando, como una bici mágica desafiando la lógica, buscando una aventura fantasmagórica, y como una imagen poderosa, levitando en los interrogantes de todo el que la miraba, formando una composición perfecta entre la naturaleza y la máquina, un artilugio que alerta de forma incesante sobre las vidas cegadas. Es un instrumento de testimonio, en lugar de tenerla arrumbada en un trastero como un cachivache, en la trastienda de la conciencia, se erige como una elegía, como la materia elevada de una pirueta de prestidigitador produciendo efectos especiales y creando una ilusión extraña; aquel paisaje alterado cambiaba el guión de un árbol humilde y una modesta bicicleta; los dos juntos lanzaban un mensaje potente de salvamento a los incautos ciclistas, que como náufragos acaban en mártires del asfalto y en víctimas de la película repetida de la muerte de un ciclista; sin andar ni un metro, su proyección tiene un recorrido infinito, sin moverse del sitio no para de mover sueños malditos, reconociendo sentimientos escondidos, formando un decorado por donde pululan demonios esqueléticos, viéndola desde la perspectiva del suelo, a una velocidad extrema, a sus seres queridos queriendo superar el duelo. Allí posaba como una actriz que interpretaba el papel de un artefacto fuera de la realidad, dispuesta a surcar el espacio en cualquier momento, allí parada en el

techo de la luz, formando una escena sorprendente que impacta a todo el que pasa, viajera interestelar que se ha quedado suspensa de la gravedad que evoca; es un fenómeno que conjura las malas energías, un viaje pirata que parecía que no avanzaba pero que seguía la órbita produciendo un choque visual y era visitado como un misterio indescifrable que traía consuelo en su portamaletas, proclamando el triunfo del fracaso, distinguiendo la omnipotencia humana de los provocadores de accidentes mortales.

Su legado más preciado, sus rostros concentrados allí, no lograron dispersarlos, y allí arriba en aquel cielo permanece el ciclista despojado de sus huesos como un foco fosforescente, espantando penumbras, y los espectadores que los contemplan permanecen desconcertados por aquella imagen poderosa de la bicicleta que acabó su periplo vital; pero está ahí inmortalizada, atraída y sustentada por el canto de los pájaros, como un ser aparatoso, como la materia que habría elegido como garaje la copa de un árbol tupido y un cielo cubierto por su ramaje, como un objeto que no reconocía ninguna senda peligrosa y un autómata sin cabeza, como un caballo sin jinete, una máquina rebelde que se quedó sola con su pena; sincronizada con un porvenir incierto, rodando por los aires con su leyenda de una máquina salvaje; hacía viajar con las miradas, proyectándose en las pesadillas de los monstruos que pisan el acelerador, atravesando apariciones de bicicletas voladoras, misteriosas colisiones, espeluznantes golpes, que acabaron dejando a una bicicleta paralítica encaramada a un árbol, mientras se agigantaba.

Margarita se vio reflejada, ella había sufrido tantos atropellos, tantas arbitrariedades como las que expresaba aquella máquina sin tiempo, a ella le habían arrebatado toda su vida, dejándole el nido vacío entre las ramas. Aquella invención prodigiosa era un intento de consuelo de una madre visionaria que inmortaliza a unas víctimas anónimas, elevándolas a los altares de un tronco que la exhibe como a una estrella en un cartel donde se proyectan las sombras asesinas del fruto de sus entrañas sin vida.

Allí espera una eterna despedida, en aquel punto de salida, sin

mente que la reciba; no llegará nunca a su destino, vagará por ahí arriba, sin arribar, perdida en los aires fantasmales, sin final, sin suelo, sin pisar un firme hogar donde reposar sus ruedas sin gastar, ni su esfuerzo baldío, jamás encontrará el camino de vuelta a casa, suspendida sin un final de carrera.

Permanece allí el dolor del golpe, en aquel cruce de caminos en el que no hay señales de tráfico, ni carril bici ni semáforos, por el que los coches pasan volando, dejando una estela de polvo cósmico; a veces alguien se salta las normas del código de la circulación y acaba chocando contra la propia imprudencia, traspasando los límites de la existencia, y el porrazo es inevitable, produciéndose el encuentro del tiempo con el tronco del momento, en un revoltijo siniestro donde el mundo redondo de las ruedas deja de serlo y el atropello de alguien para en un segundo el cronometro, formándose un amasijo a contrarreloj de elementos retorcidos, un revuelto de sangre corriendo y vidas rotas a contratiempo.

El árbol tenía una parte del tronco sin corteza por el roce del hierro del pedal, formando una figura entre la vida y la muerte, una forma que vibra con los baches del aire y las turbulencias del agua a la intemperie, fundiendo el mundo mecánico de la máquina con el estático de la planta, dando una visión plástica de mundos fundidos que se encuentran como amigos; la excentricidad de la naturaleza y la imagen del progreso que se queda atrapado, recreando una atmósfera verde y elevando a los altares los fenómenos artificiales, como una tecnología telúrica que forma un monumento antropomórfico evocando un cuerpo muerto, un ciclista descabalgado y una ilusión cósmica del caos que coge forma y se concreta en esta imagen impactante, clavada allí como un encontronazo de dos mundos que chocan en una síntesis que lo transmuta todo, con un cadáver ausente que pedalea en el vacío de la mente, un hueco irracional que evoca lo perdido, sin límite de velocidad, sin escalador ascendiendo por las curvas verdes, que sinuosamente se elevan hacía las arterias viales de las ramas, cortando él tráfico en la circulación donde viaja la savia. La bici embarrancada con su conductor derribado por la lanza competitiva

en el torneo de la vida, recibió un ataque de un coche ebrio dejando destrozada aquella máquina que subía a los árboles y perdió la cabeza siendo descabalgada por un golpe. Era la carrera sin futuro, estrellándose contra lo más oscuro, a veces el paseo de la noche engaña; aquella fuga interminable le llevó a la perdición. La bicicleta se quedó clavada en el árbol en plena ascensión al tronco del viento, todo aquello desafiaba el sentido común, fue un accidente traumático, sin sentido, se quedó por encima del asfalto, entre los gritos, sin supervivientes, confundido ante aquella locura; un cuerpo destrozado rodando por el suelo, era un perdedor extraño que no llegó a su meta; el fin de la etapa llegó con una escapada inesperada, un último viaje inexplicable recibiendo un ataque impetuoso, aquello desafiaba la lógica, un exciclista desgarbado, no se sabe si cae a la carretera o se eleva a la corteza de las ramas empinadas huyendo por los aires, dé repente todo había enloquecido por un choque.

El artilugio blanco permanecía balanceándose con el viento en círculos viciosos, intrínsecos a sí mismos, en perpetuo movimiento sobre sus ejes engrasados, en una quietud constante, con su cuerpo rodando por el suelo, como la muerte subiendo la bici a la raíz del árbol, en un salto al vacío, a la que había subido en una caída rocambolesca; estaba bien lubricada, con aceite especial, bien preparada para un último viaje, con la grasa adecuada, para que chirriara menos su tránsito hacía la muerte.

No es una alucinación ni una ilusión óptica, la bicicleta está colgada del mástil mayor de un árbol, está pintada de blanco, con sus ruedas pintadas de blanco, con su cuadro pintado y sus radios hablando, con sus cadenas blancas y su manillar blanco buscando el dial, con su incómodo sillín blanco y sus frenos blancos desusados, todo blanco como si estuviera pálido por el susto, como un vehículo fantasma sin sábana blanca, sin ciclista, surcando las frentes que se quedan en blanco como un espectro evidenciando lo que es más siniestro; sin conductor vaga, sin su dueño muerto, atropellado por un desalmado que con su coche potente no respetó la vida, ni las normas de circulación; estaba allí colocada fuera de su hábitat, recordando los crímenes del tráfico rodado, que no respeta a

transeúntes ni a románticos amantes del ciclismo; la ha colocado allí la familia doliente de alguien que fue avasallado, víctima del estrés, de la prisa y del alcohol que inunda los coches, y que se vuelven locos cuando se apoderan de un volante, como de una ruleta rusa que juega a la muerte en sien ajena.

Como si ignorara que estaba prohibido estacionar en las ramas de los árboles, se hallaba en ese lugar inverosímil; no era una exposición de arte de vanguardia al aire libre, era una bicicleta desfigurada, como una máquina extraída de un sueño, un cachivache lunático. Esta levitación de los artilugios evoca una vida segada con un cuerpo sangrando rodando por el suelo, derribado por el hielo de los matones del asfalto; se asemeja a una pirueta volando que derrama la vida por las heridas; prestidigitaciones mecánicas siguen pululando por las alturas, agarradas a las ramas en una perspectiva forzada, de un chocazo, de un artefacto de chapa disparado que arrolló a un ciclista que pedaleaba tranquilo, con sus pilotos encendidos, sus luces de colores intermitentes, y ha quedado con el dinamo roto; viajando por las linternas de la realidad. La muerte siempre conlleva un exceso de hiperrealidad, triquiñuelas que vagan por la noche, este periplo por la oscuridad a plena luz del día de esta sorprendente bicicleta inmóvil, que deja con la boca abierta a Margarita antes de continuar su ruta al encuentro del cuerpo de Encarnación, en una bicicleta que lleva su corazón por motor y un ciclista ausente al que Encarnación saluda desde su canastilla de grumete con timidez, ante la respuesta de este muerto saludando con su mano derecha que solo ella podía ver.

XXIX

Margarita continua su viaje en bicicleta hacia el aeropuerto, y Encarnación, expectante, sentía más cerca el reencuentro con su cuerpo; dejó atrás el cruce con la bicicleta colgando, donde se echaba en falta la sombra del árbol detenido que ya no estaba, y después pasó por el campo de concentración de «La Cabaña» que ahora era un campamento fantasma. Los presos del canal lo habían dejado vacío, como la huella de un espectro; las obras de encauzamiento avanzaban hacia el sur, los barracones habían sido abandonados y estaban en estado de descomposición; se quedó allí varado entre malas hierbas silvestres que lo estaban deglutiendo a paso lento, como gusanos depredadores que poco a poco descomponen aquel campo de trabajos forzados; es un cadáver siniestro con las heridas abiertas en las grietas de sus ruinas, han dejado la opresión de sus mentiras y a los presos los trasladaron a las orillas del olvido, varios kilómetros valle abajo. La valla que cercaba el campo de prisioneros aislándolos del mundo, estaba siendo atacada inmisericordemente por el óxido; el infierno que allí habitaba vagaba por los símbolos del abandono; allí sufrieron la prisión agravada con trabajos forzados, una esclavitud disfrazada de redención de ovejas descarriadas y la conmutación de las penas de muerte por la explotación de la fuerza de su trabajo. Estaban hacinados, donde hoy solo hay vacío, contenedores de ausencias; una lluvia de infamias cae sobre las conciencias en aquel lugar fantasma, de donde no se escapaba ni el aire; era un espacio blindado, rodeado de barreras de humo y pinchos que no dejaban transpirar ni los suspiros. Aquel mundo

cerrado ahogaba la libertad y solo quedaban ya las ausencias vagando por aquel páramo invadido por la vegetación salvaje, las raíces de los árboles levantaban los cimientos delos muros heridos de muerte, las ramas y el follaje ocultaban la tropelías cometidas sobre los detenidos, la hierba había borrado la huella de los presos malviviendo, esqueléticos, con la forma de los huesos traspasando a la carne transparente, removiendo la tierra sin fuerzas, desfalleciendo de sol a sol, en la frontera entre la condena y el olvido situada en tierra de nadie. Aquellas ruinas del campo de concentración estaban alambradas por vallas de espinos y por órdenes sin piedad que llegaban a aquel lugar abandonado, casi oculto, que parece no existente, donde quedan los restos de la injusticias y un letrero que dice: «prohibido el paso». Querían enterrar para siempre los recuerdos de las vejaciones, como si quisieran dar la impresión de que nunca existieron estos campos de ignominia, protegidos por un secreto inconfesable de papeles desaparecidos y por fusiles con el gatillo fácil que disparaban matando esperanzas a balazos, que quedarán enterradas entre los hierbajos del descuido, como si fuesen cadáveres dejados, varados en la represión de esas cunetas, enterrados por el tiempo y por manos sucias e invisibles.

Su gran puerta de hierro impertérrita estaba deteriorándose a pasos de gigante, encerraba aquel mundo de horror, estaba desvencijada, se caía a pedazos, con las hojas amarradas por una cadena rígida con los eslabones soldados, con un candado que tiene la llave perdida y si la encuentran sería una llave inservible en una cerradura camuflada por el óxido; se ha convertido en un corazón de piedra, en una sola pieza, como un trozo de mineral bruto, sin brillar, un oligisto marrón que ha vuelto hacia atrás, a su estado natural, anterior a su transformación industrial; no hay quien pueda abrir este alto secreto, con los papeles perdidos, no hay ya archivos que guarden los abusos cometidos en aquellos barracones que parecían almacenes de olvido.

Por allí había algunos perros abandonados, que le ladraban a la canastilla donde estaba sentada Encarnación; cuando se asomó para

ver por qué le ladraban, huyeron como almas que persigue el diablo, salieron disparados, como si hubiesen visto algo que no eran capaces de percibir los humanos y les diese pánico, era algo que no comprendían y no hay miedo más aterrador que el que emana de lo desconocido. De puertas adentro solo campan las ratas devorando informes podridos, las alimañas intentando convertir ladrillos rotos en nidos de lo inhóspito, lagartijas insensatas, los cardos borriqueros con espinas largas como espeluznantes puntillas de acero y los jaramagos amarillos como si quisieran desteñir la primavera entre las malas hierbas que apenas les dejan que resalten, por encima de los cascotes de las tejas desplomadas, como hojas que desnudan los tejados invisibles, quedando como un otoño despojado de las cubiertas que se mantenían allí en lo alto, solo por la fuerzas de las armas, mientras las plantas trepadoras parecían querer saltarse aquellos muros y las verjas, queriendo elevarse por encima de los límites que ahogan los restos de la vida que queda en aquel sitio; ocupan aquel espacio de ruinas innobles, de materiales despreciados por la corrupción de los mandos, la suciedad y los derribos lo pueblan; muros sin abrir, techos al raso y tejados a la intemperie caídos al suelo, restos de tejas rotas, cascadas por los golpes del abandono y ladrillos sueltos con sus argamasas insensatas y fogaradas; tablas de madera podridas, puntillas oxidadas y punzantes. Todo se derrumba en aquel campo de trabajos forzados, que parece querer gritar que nunca ha existido, pero está ahí, en ruinas, como un manto de horror, como un trauma inasumible por la especie humana, como una gran representación de los restos de una tragedia clásica. Como el teatro romano que se encontró al otro lado del valle, junto a una gran villa; se encontró enterrado en arcilla un antiguo graderío de la vida pasada, el coso romano de la antigua ciudad, olvidado, con su escena deteriorada, donde ya no se interpreta la vida, con sus simulacros perdidos en la penumbra del tiempo. Sudaban aquellos reos que excavaban a pico y pala, estaban impresionados y sus linternas buscaban como focos horadando la oscuridad: tienen que ser interpretados sus restos, sus memorias, sus olvidos, sus piedras, sus sueños enterrados, sus máscaras, sus

pilastras con sus ropajes grabados en sus retinas pasadas de moda, donde los recuerdos agonizan, en un pozo profundo y negro que con gozo es desvelado; lo que sentían era una emoción desbocada, increíble a pesar de la presión que se desenterraba, como si hubiera subido el telón de este agujero, con su graderío esperando la representación de un trauma de ficción. Margarita escucha atentamente los ecos del pasado, el escalofrío de la ignorancia, de la infancia, de la historia, y la fiera que habita en los camerinos de nuestra inconsciencia. Eran sentimientos incomprendidos que les asaltan, junto con los rechazados que acabaron en el olvido, en este desastre maravilloso de ruinas hermosas, como si se sintieran transportados a otro tiempo y se trasladasen a un espacio propio, más allá de lo que perciben. De allí se llevaron piedras, mármoles y sillares, fueron utilizados como cantera para la construcción del campo de concentración más duro que cualquier roca reciclada pudiera imaginar, para hacer carreteras a una velocidad que resbalasen por aquellos materiales, que corrieran para instalarse en el firme de las ruedas, que girasen buscando los destinos de la vida, y para los cauces hidráulicos reutilizaron los sillares del anfiteatro, creando una nueva tragedia humana para que fluya entre canales.

El abandono sobrecoge a aquellos muros, que resisten las inclemencias del tiempo: los azotes de los tiestos, la violencia de la lluvia y el sol desvistiendo la frialdad de los sentimientos, como restos de dolor invisible, como un naufragio de la represión salvaje. Esta fortaleza que encerraba el infierno, a la que siguen rondando los cuerpos destruidos y represaliados, como un escenario dantesco de fenómenos ignominiosos; aquí no descansarán los detenidos, ni sus almas pisoteadas, explotadas como una fábrica de pesadillas diarias. Algunas fugas masivas cayeron y todavía aquí habitan sus muertos; los reclusos supervivientes aún sienten el impacto en sus cuerpos de los compañeros fusilados. Aquí habita la angustia que retumba entre los tétricos laberintos del terror; quedaban los restos de una cantina del batallón, donde los soldados se emborrachaban para relajar las miradas de halcón que escudriñaban a los esclavizados, mientras estaban cayéndose a pedazos aquellos

almacenes de hombres apilados, deshumanizados, reclusos reventados, encerrados en los barracones donde dormían los camastros. Margarita se imagina a los presos golpeados, pensando en cómo huir. Solo los chavales acuden allí en busca de culebras que cogen con palos largos cuando nadie los ve; el resto del tiempo aquellas ruinas permanecen allí, en aparente silencio y quietud, como si fuesen la sombra de los cementerios que llevan ocultos los restos de la muerte.

Tras los alambres de espinos, que solo detienen a los escombros, estaban enterrados en sus entrañas profundas, como cuerpos que ya no contienen la pólvora que los fusiló, de los que no querían dejar rastro, pero permanecen sus huesos doloridos gritando, pidiendo auxilio con sus voces mudas, ahogadas en la tierra, como raíces muertas, asesinadas por balas de odio encapsulado en cianuro de plomo, ocultos en fusiles arrasa sueños y lanza píldoras descabezadoras de ideas peligrosas en lata.

Este campo del horror permanece como un cadáver que tiene a los buitres rondando, hoy es un despojo de la carroña de la excelencia hambrienta. A estos campos de concentración de prisioneros de hombres buenos, a estos barracones destartalados donde retenían hacinados a los reclusos, presos políticos del bando republicano, condenados a trabajos forzados, les llamaban colonias penitenciarias; eran depósitos de condenados, de miles de presos, de miles de héroes anónimos de estos imponentes vestigios, guerrilleros apresados, durmiendo al raso, en estado extremo de insalubridad.

Recuerda Margarita cómo los familiares de los internos acudían detrás de las tapias, junto a las otras familias de los detenidos, que iban allí cada fin de semana a ver a sus parientes, a través de las celosías de las vallas. Las miradas de los familiares permanecían colgadas detrás de las alambradas, como ropas puestas a secar al sol, que ya no están pero siguen ahí, buscando la libertad de sus seres queridos, que eran obligados a trabajar largas horas de condena en la construcción del canal de los presos, como mano de obra esclava. Las tropas custodiaban a los recluidos, les impedían acercarse a ellos, con una represión terrible y una crudeza inaudita, que de alguna

manera permanecía retenida entre aquellos muros desvencijados, los viejos del lugar lo recuerdan todo, ella era una niña y lo recuerda con horror.

Muchos reclusos prisioneros murieron por falta de alimentos, por exceso de frío y por carencia de asistencia médica, mientras sus familias, sin sustento, sobrevivían pasando calamidades. El régimen quiso también matar de hambre a la población; a los que no encierran en un campo de concentración, los querían matar de inanición.

Desangelados, siguen en pie los edificios destartalados, algunos eucaliptos fantasmagóricos intentaban esconder aquella historia en blanco y negro, en este lugar de fusilamientos y de asesinatos masivos. Hoy dan miedo por las apariciones sorprendentes de espectros ante algunos mocosos asustados, de fugados extemporáneos huyendo de esta prisión fantasma, con sus cadenas perpetuas, apresados en los recuerdos recalcitrantes de las celdas de la mente de Margarita siendo niña.

Estas construcciones también parecían condenadas a muerte, eran un exponente de lo que no podía salir a la luz, imágenes estropeadas que permanecían borrosas; poco a poco, desprendiéndose de todas las privaciones de libertad, ante sus ojos de adulta caían las estancias donde todo les estaba prohibido, instalaciones hechas de injusticias prácticamente invisibles; todo parecía dormido como una pesadilla pasada, aquí los hombres castigados con sus espeluznantes pesares gritaban entre estas ruinas de silencio.

Las chozas de los libertos se habían confundido con el paisaje, entre los baldíos solo quedaban juncos y palmitos y en el cruce del canal con el arroyo, un acueducto; allí estaban solo las cañas, cañaverales salvajes y aneas frescas, junto a unas compuertas que construyeron formando una presa de agua.

Margarita siente cómo aquel paisaje la sobrecoge por su estampa de lugar abandonado, como una ratonera a cielo abierto, de la que solo quedan algunos restos en pie, encallados allí para siempre, con su mala conciencia y sus muros inservibles, cual naufragio que se

hunde en la maleza y la amnesia que lo hace casi invisible; con su decadencia fantasma, que no guarda nada halagüeño de los restos de su campo de infierno; pasan por delante de este lugar destruido que se ha convertido en una auténtica fábrica de ruinas, a la que se le han fugado los presos y ha perdido las fuerzas de su antigua fortaleza opresiva.

En aquel silencio y con inquietud, se imagina a los reclusos hablando en las filas y otras escenas llenas de emociones, entre aquellas tapias donde aquel régimen de opresión se encerró y descarriló. Las fachadas se desplomaron y se destruyeron sus redes, hoy solo retienen a margaritas y jaramagos, visitados por mariposas blancas, libélulas transparentes y abejas curiosas que rondan las garitas desnudas y semiderruidas que las vigilan desde el cuerpo de guardia hoy inexistente; aquel lugar da miedo y huele a muerte aunque no lo habite ya nadie.

Ni siquiera los carceleros han resistido los avatares del tiempo, sus abusos, sus trampas, su trato siniestro hacia los presos, no han podido dejar en pie nada de lo que fue aquel monumento a la opresión; no se ha podido justificar tanta degradación, tanto trato inhumano entre sus alambradas, sobre aquellos reos que solo habían cometido el delito de soñar con un mundo mejor.

Aquel recinto parecía querer pasar desapercibido; las ruinas disimuladas, maquilladas por cosméticas plantas, intentan una camaleónica jugada para dar la impresión de que nunca habían existido; era como un campo muerto a medio enterrar, pero ella sentía un escalofrío ante la panorámica cruel de aquel recinto espeluznante y sin memoria aparente.

De aquel lugar se habían fugado todos, como aves migratorias, la vida humana había desaparecido, aquellos huidos al más allá habían sido borrados del mapa, eliminados frente a los muros, acribillados por balas asesinas que segaban vidas explotadas hasta desgastarse las articulaciones, sin poder reparar el daño causado. Allí no quedaba nadie con vida, el exterminio era tan deshumanizado que no han quedado ni los soldados. Una crisis devastadora había acabado con los presos del canal y habían dejado aquel campo arrasado por el

olvido, en una calma ahogada por el silencio de la muerte y por los abusos de los lugartenientes; aquí ya no se movía nada. Tras el exterminio de las fuerzas de los vencidos, el esfuerzo se desgastaba en este campo amnésico, apuntalando a punta de fusil los encofrados de las obras hidráulicas del régimen ilegítimo; entre el movimiento de tierras y el hormigón machacaban la salud de piedra triturada con el desánimo de los derrotados, desgastados en el cauce que arrastra la corriente del canal de los presos, con su caudal fantasma de los reos asesinados, fluyendo por los márgenes de cemento de los impostores. En aquel campo habitan las huellas del infierno que vivieron los represaliados, como antiguas cenizas de muertos que quieren dejar allí enterrados, cubiertos por un manto de arbustos de espinos; solo vagan las leyendas de los que han sufrido, retumban los tétricos dolores de los privados de libertad, esta esclavitud arcaica que aún flota en el ambiente de aquellos edificios derruidos, abandonados allí a la intemperie de las miradas de los que a duras penas sobrevivieron a aquel desastre humano, que quieren ahogar ocultándolos en el fondo de aquellos escombros asaltados por la vegetación salvaje que se esconde tras las alambradas, que han sustituido a los reclusos por cascotes caídos en los recuerdos silenciados del abandono. Tras fachadas calladas derrumbándose, agujereadas por balas, ahora guardan desaparecidos bajo tierra, escondiendo a las vidas destruidas, como un tren descarrilado en los anacronismos extemporáneos de los acontecimientos en fuga de este campo de explotación de reclusos forzados, de esta cárcel disfrazada de centro de rehabilitación de almas descarriadas y expropiadora de proyectos de vida a perpetuidad, ladrona de sueños, hacinadora de cuerpos expoliados del albedrío. Es un presidio injustificable que se mantiene a escondidas con vergüenza, que no soporta que salgan a la luz tantas tropelías y desmanes cometidos contra el ser humano.

Este recinto ha quedado petrificado, paralítico entre musgo, barrido por la lluvia y los agentes meteorológicos, perdido entre las brumas del olvido, entre la niebla de los muertos, condenado a ser destruido por su propia infamia, con sus inquietantes cadenas perpetuas, arrastrándose como un espectro que concentra

innumerables difuntos vagando por aquel campo yermo, donde aún habitan las alimañas. Queda poco del horror espeluznante que fue, siguen en pie, inquietantes, los restos desangelados de aquel naufragio, un laberinto derruido de ruinas presas de su pasado, aislado, lejos de las miradas donde fuera difícil ver a los internos apresados para realizar los trabajos forzados, con su aspecto decrépito y su angustia vallada a cal y canto en el interior de su estropeado tormento, azotado por el tiempo y los elementos, rodeado por la quietud de la prisión de las emociones dejadas en mal estado; era imposible restaurar el daño causado y las heridas abiertas en estos páramos ya inservibles.

Desde la canastilla del manillar, Encarnación veía cosas que su madre no podía ver, allí había gente esquelética errando por aquel campo de concentración abandonado, como si se realizaran trabajos forzados de ánimas en pena, representando el papel de espíritus esclavos vagando en aquel escenario vacío, lleno de recuerdos y de espectros raquíticos que a pesar de su esfuerzo no conseguían parar el avance de la maleza y la oxidación hasta de los huesos. Aquello le recordaba a sus primos cuando jugaban y se hacían los muertos, en una obra de teatro en la que al cerrar el telón se levantaban los caídos y saludaban a Encarnación, como fantasmas cómplices que se reconocían con las miradas.

Ella se despedía con su manita pequeña, les decía adiós; su madre continuaba pedaleando en busca del aeropuerto que ya estaba a dos pasos.

XXX

Encarnación García Corrientes y Margarita Corrientes estaban impacientes esperando en la terminal de llegadas del aeropuerto, inquietas, con veinte minutos por delante; llegaba algo más importante que su cuerpo, para ella era el comienzo de la primavera y estaban solas. Francisco García, como denunciante del delito, estaba colaborando con la policía en el desbroce de las pruebas que había logrado captar. El panel marcaba que el vuelo venía sin retraso. Eran veinte minutos eternos; Margarita solía transportarse a otros mundos en momentos de vacío, cuando no sabía qué hacer; el ser que esperaba llenaba su corazón, su ausencia le generaba una inquietud que se le hacía difícil de llevar, aunque había aprendido a vivir sin la renuncia a la compañía de la soledad, viajando hacía su propio mundo, siempre a la aventura de los paisajes que habitan en su interior.

Entre la multitud de la gente, con el bullicio y el trasiego de miradas, el recuerdo de los deseos riendo en infinidad de caras, mezclados en el revuelo de los encuentros, aparecen dos figuras extrañas, estilizadas, escuálidas. Era una pareja de otro tiempo, vestida con un aura intemporal, un atuendo de luz rodeando la materia del amor en aquellos cuerpos que parecían transparentes, una pareja casi inmaterial vagando por la terminal, desvestida de artificios; solo parecía verlos Encarnación, es probable que fueran invisibles para el resto del mundo concentrado en aquella inmensa sala de espera, invadida por los murmullos. Ellos se movían de forma sincrónica y coincidían en todo lo que hacían, eran espectros

de un vuelo perdido en la inmensidad del cielo, individuos supervivientes de un avión fantasma que hubiera desaparecido, despojados de cualquier rastro que identificara su procedencia. Eran como dos aparecidos, que volvieran de un largo exilio sentido, desposeídos del ser querido, recuperando el aliento del ser amado en ese momento, poseedores de lo absoluto, de la fuerza secreta del mundo, intemporal, náufragos a la deriva, dispuestos a encontrarse sin paracaídas; han desaparecido las distancias y han dejado de ser inamovibles los huecos, han sobrevivido al encantamiento del olvido.

Eran dos enamorados desconocidos que se encontraban fuera de su tiempo, que apenas se rozaban, ella con su halo de haber dejado de ser una mujer prohibida, lo tocaba con el tacto de un cuerpo amado y con toda su sensibilidad abierta en su pecho, como si solo necesitase su mano; sus corazones están llenos, rebosantes de un aura de amor. Mientras, Encarnación García notaba un hueco en el suyo latiendo, y sentía como si tuviese que hacer mucho con lo que le despertaban.

Denotan que sienten una devoción mutua insondable, como si se amaran desde siempre, respiran una complicidad flotante; es evidente que se quieren a simple vista, no pueden evitarlo y ya han dejado de luchar contra sus propios sentimientos; parecen dos viajeros de incógnito, dos sentimientos que duermen en la oscuridad; esta tarde estaban vagando en el estante de los corazones de la espera, perdidos en el espacio como dos reflejos que llevan a completar la flor de las ausencias, habiendo vivido en el recuerdo los dos y poblado los sueños del amor, cada uno en el interior del otro.

Hablaban un idioma extraño, ella los oía pero no lograba entender, parecía que no sabían dónde estaban, aunque en realidad daba igual dónde se encontraban, eran dos turistas desubicados en su propia ciudad. Él con su pelo blanco, con las canas glaciales y albinas de Siberia y la nariz colorada de la estepa eslava, en la Rusia profunda, que casi siempre estaba helada, que ya no existe aunque de ella siempre se habla; congelado en otro tiempo, con su melena de nieve que ya ha desaparecido en su frente ampliada, en un

deshielo que erosiona recuerdos y amenaza la calva; está en una realidad extinta en una sala de pasajeros anónimos, en otra dimensión donde se reflejan en sus ojos las olas negras de ella, navegando en una flota de miradas bellas. Mientras, ella con su pelo largo, negro y ondulado, con una cabellera rizada que se desploma formando una cascada oscura que le chorreaba por sus hombros; él se embelesa en la profundidad de sus aguas claras.

Venían sin equipaje, no traían maletas, ni billetes ni tarjetas de embarque, ni papeles ni trámites caducados, parecían no querer llevar ningún peso en su liviana existencia, como si no necesitasen gran cosa en su vida etérea, lo único que portaban era un monedero negro, más como punto de apoyo que llevaba ella, que como útil bolsa de guardar nada. Sin monedas, sin documentos, sin pintalabios, sin coloretes para enrojecer las mejillas ni rímel que dibujara sus ojos, sin un billete de lotería olvidado o cupones que tentaran su suerte, ni quinielas que probaran su fortuna; sin salvoconductos que evitaran fronteras ni conflictos ocultos que haya que descifrar encontrando la caja negra. Ese monedero era una especie de depósito de esencias, el último recurso donde se apoyaban para intentar explicar qué es lo que les había pasado, en este accidentado recorrido por los mundos insondables de sus corazones.

Ella había puesto sus ojos en él desde tiempos inmemoriales, en su cuerpo lívido, como una estatua de mármol blanca, sin rumbo, con su aparente falta de cabeza; de pronto coge forma toda su figura, recta, con su testa de rey destronado por las hazañas de otros tiempos. Eran dos amantes extraños, de épocas distintas. Encarnación García Corrientes los veía como personajes de una película lejana en la que se les aparecían dos cuerpos inesperados desde la última vez que se cruzaron, como dos enamorados extraños entre cuatro paredes de Roma. Ella asemejaba a una Gioconda desvelada, su expresión parecía de otro tiempo, como si hubiera sido modelo, con su sonrisa de musa de la creación, y hubiera posado para que el artista inmortalizara su belleza de interminable misterio con su lápiz travieso. Una belleza que brotara de haberse lavado la cara con la pureza de la lluvia recién engendrada, cruzando las nubes

que se deshilaran, que se recomponían en nuevas figuras, y hubiera bajado de las alturas mientras toda su vida apareciera durante el descenso.

No sentía vértigo, parece que le gustara sobrevolar las azoteas y las torres antiguas, desafiando siempre los precipicios y estaba allí atrapada en aquella sala perdida, lejos delos horizontes que le complacía divisar por encima de los tejados y acariciando las alturas.

Era como si aquella mujer hubiera tenido un chispazo entre dos planos distintos de la realidad o una locura transitoria hubiera hecho que apareciera un amor largamente sentido, congelado en el frasco de los anhelos que no han salido; flotaba en el vapor de los efluvios de los sentimientos compartidos, no sabía si habían perdido su vuelo o ella había encontrado sus sueños.

Encarnación García Corrientes intuye que tienen algún problema, los sigue con la mirada, ve cómo se dirigen a comentar algo con los empleados de la compañía aérea; después de guardar cola, se acercan a la ventanilla y parece que la señorita que atiende en el mostrador no los ve, no les presta atención, no puede resolver el problema de su existencia, ni de cómo salir de aquella terminal por la que vagaban sin un rumbo definido.

A continuación, se dirigen a una cabina telefónica, él echaba monedas inexistentes que eran engullidas por un agujero negro, dinero que desaparecía como en un bolsillo roto y yéndoseles todo el afecto por él, dejándole una tez inexpresiva; realizaba todos los movimientos, descolgaba el auricular, se lo colocaba en la oreja, marcaba algo anotado en un papel doblado que llevaba en el bolsillo de la camisa, haciendo rodar el círculo de números como en una ruleta rusa, en aquel teléfono rojo de emergencia que solo podía usar en casos de una amenaza especial. Hacía todos los ademanes, todos los intentos, queriendo contactar con alguien, pero nadie le respondía. Daba la sensación de que al otro lado del hilo telefónico no había receptor paralelo que pudiera ayudar a resolver este entuerto de un universo que naufragaba en una llamada de socorro a la que nadie acudía al rescate. Y después, colgaba el auricular en el soporte, como en un intento olímpico de solicitud de auxilio que

debía hacer, sin mucha fe.

Encarnación se sentía identificada con ellos, le reconfortaba ver que había más gente como ella en el mundo, a pesar de que parecían seres intemporales, adultos de siempre; ella los quería ayudar, su entrega, su generosidad estaba activándose ante aquella situación en que los veía, poseídos por la impotencia, y estaba dispuesta a ofrecerse para contribuir con su buen hacer a entender a aquellos seres, aparentemente vulnerables y desorientados; pero ellos no parecían verla, ni oírla.

Siguen tranquilos su recorrido; sin perturbarse se paran a ver un cuadro colgado en la pared, con la imagen de una niña que tiene una trenza larga sobre la espalda que les evocaba lo trenzadas que estaban sus vidas, tejidas por momentos largos, de esencias doradas de tiempo, como si su verdadera luz estuviera entrelazada en lo más oculto de la cabellera de su alma; en sus cabezas guardan el latido fresco del trigo, el inconsciente retrato del reverso donde vagan sus vidas y cobra sentido en una epopeya discreta, tenue como la imagen de una espiga, como la corteza de la claridad que sorprende a las sombras de las ramas de sus cabellos.

Suben unas escaleras mecánicas, como si vinieran de un profundo sueño y los mecanismos automáticos de los peldaños los elevasen al mundo de la conciencia, desde su sótano profundo, de más abajo de sus pistas de salida y algo los empujase hacia arriba, hacía la planta alta de la vigilia con la fuerza ilusionante de los viajes.

Después se acercan a la ventana, desde donde se ve el despegue y aterrizaje de los aviones y se reflejaban sus rostros como en un túnel del tiempo, viajando en un metro subterráneo entre partículas cósmicas de un acelerador cuántico, con sus caras reflejadas en el cristal de la infancia, con las huellas de sus rostros casi sin decir nada, en la órbita celeste sin notar las turbulencias del otro lado de la escotilla eterna de la vida, en aquella ventanilla que viajaba a la velocidad de la luz.

Cada vez que cambiaban de postura, los dos lo hacían al mismo tiempo, como dos caras del mismo espejo, los dos eran al mismo tiempo cuerpo y reflejo, uno se miraba y se veía en los ojos del otro,

en el cuerpo transparente del otro, formando una alteridad en la que se complementan; se echaban el pelo para atrás simultáneamente o se apoyaban la barbilla en la mano en señal de espera.

Se acercan a la cafetería por si encuentran la esperanza en el olor a café, difuminada en la bruma del aroma que los despierta de un sueño interminable. Encarnación los observa, ve como el camarero no les presta atención, ellos siguen sin arreglar su situación; Encarnación seguía dispuesta a ofrecer su ayuda para resolver no sabía qué problema, pero ellos continuaban sin verla, él parecía que invitaba a una cerveza a la mujer, le acercaba un vaso inexistente y ella parecía que le daba un beso tontamente, un beso dado en su imaginación mientras pensaba en él, como si solo él estuviera en su mente. Pero no era un beso tan tonto, era un beso esperado siempre, con labios sueltos, dulce y prolongado, como el de un interminable desvarío, paseando lentamente por su boca; fue tan fugaz que le dejaban una huella de lentos pasos, con labios casi temblorosos que parecían interminables. Pudo retener aquel momento preciso y ser consciente de que estaban besando la felicidad en aquel instante huidizo, eternamente efímero. Él sentía un placer infinito con su sola presencia; estar juntos les llenaba un hueco que ningún otro ser podía cubrir, su amor lo inundaba todo. Parecían haberlo deseado desde siempre como una asignatura pendiente que se hubiese quedado colgada en cualquier percha del pasado y solo tuviesen presente.

Encarnación se despide de ellos sin decir nada; el avión que traía su cuerpo había llegado y ella deseaba abrazarlo con fuerza, no podía ayudarles pero estaba contenta, con un vacío cubierto. Se tenía que ir para recibir a Encarnación bis, ellos viajaban en su cabeza. Se despide de sus figuras con alivio, con la extinción de la tortura de sus sienes; ellos permanecen absortos y Encarnación siente que su lugar en el mundo estaba en el aire, allí se siente más liviana con menos peso, había desaparecido un extraño reuma de sus huesos vacíos y un cierto anquilosamiento de los besos no dados, y se hubiera contagiado de la levedad de estos seres frágiles e inmensos, que parecían llamas iluminando aquella tarde clara y sin peso.

Los altavoces llamaban e invitaban a los pasajeros a coger el vuelo siguiente; de pronto, suena en el hilo musical una canción, tenían una canción que nunca escucharon juntos, que nunca bailaron juntos, pero era su canción. Era en un idioma desconocido, una voz desgarrada y dulce sonaba, mientras en una de las pantallas aparecía traducida, con letras grandes estaban los subtítulos luminosos, reflejando el contenido del hilo musical, describiendo en el texto una entrega y generosidad que viene de una recóndita visión; en ella hay cejas largas como hojas de palmeras que se cierran y se rompen como lágrimas que no entiende nadie, parece que todo se detiene y que llora el aire, en aquella deriva infinita, sin saber a dónde ir, con las preguntas rondándoles en el sentido de su existir; los dos miran al cielo y saben que perdieron su último vuelo, pero que jamás se ahogarán en el dolor de las distancias interestelares, navegarán de la mano por las galerías galácticas de los sueños de un aeropuerto sin timón, dejarán de rumiar los recuerdos a solas, dejarán de estar presos de la frialdad que los invade en su torres de control; pasó el tiempo triste en el que el otro no estaba allí, mantenían entretejido el amor que no tiene tiempo, que han sentido sin fin, sobre los mármoles blancos de aquella terminal donde vagan como personajes huidos de su papel, burlando un destino aciago, con rumbo sin prefijar, donde late este errabundo rastro que lleva más allá del porvenir, donde no necesitan una declaración de amor sagrada, solo una conversación de las miradas, que exprese lo que nunca se dijeron, ese latido largo de los labios ausentes que conversan entre la sed y su fuente.

Encarnación quiso retener aquel momento, poseer aquel instante de emociones encontradas; indujo con su mente a su madre a sacar la cámara de fotos instantáneas de su padre, que había echado en el bolso para retratar a la niña que por fin volvía a casa en aquel vuelo que se hacía eterno; disparó una foto con un fogonazo deslumbrante, intentando capturar las imágenes de esta pareja perdida; como si fuera una reportera infiltrada que quería retratar la unión de dos personas que se acercan sin barreras, quería captar la ternura sin artificio, como una caricia del alma en la pantalla

delicada de la piel que la salva, captar la sensibilidad que había en aquel momento; era como una semilla que sentía y que se respiraba llena de emoción, inquietante como una foto robada al corazón. Encarnación empezó a ser consciente de que se parecía a su padre, le había salido de forma espontánea la necesidad de inmortalizarlos.

Cuando miró a la pantalla de su cámara, buscó la imagen que la había cautivado y en ella aparecía un banco de la sala de espera vacío, como si hubieran sido desveladas las figuras de la fotografía, como ocurría en las antiguas máquinas de carrete a las que si les da la luz, las desvela, sabía lo que había vivido, pero el olvido quería ocultar una realidad que era imborrable; algo dentro de ella luchaba por mantener el rastro de aquel encuentro donde todo sentimiento era posible, no podía negar tanto amor latiéndole en la pantalla táctil de su corazón, temblándole en la veracidad de lo que sintió. La memoria mantiene vivo el momento, no necesita ningún soporte que no sea el recuerdo que sostiene con vida la liberación interior de su camino hacía el amor.

Estos seres estaban marcados por el fuego del amor, la mujer conservaba en su mano izquierda, una marca de piel tostada, un triángulo dorado al que acariciaba y le gustaba mirar; ya se había olvidado del primer dolor en aquel descuido en el que se acercó tanto a él, que se retiró como en un acto reflejo de huir de aquello que le atraía como una llamarada; quería permanecer distante, pero su deseo se calmaba cuando lo veía y aparecía su sonrisa, él estaba marcado con una mancha parecida; con la forma de una huella dactilar que no se borraba en la mano derecha, aquella marca del fuego le recordaba al café ardiendo que mantenía vivo entre las manos, era su forma de combatir el invierno. Ellos tienen esa suave marca del fuego reflejada en sus manos, como la huella de un chispazo de electricidad estática que saltaba cuando se tocaban, en el contacto con la piel dorada del horno de la vida, ahí donde se cuece la unidad de las personas que se sienten una parte de la otra; cuando se miran a los ojos se reconocen y suavemente se sostienen la mirada, son las personas que se aman, que se quieren desde siempre.

Cuando estaban juntos, su mundo se transformaba en una

burbuja donde el tiempo se detenía y el resto del mundo no existía; construían un espacio donde la felicidad flotaba de forma natural, solo por el hecho de estar uno al lado del otro.

Los dos llevaban un rato sentados, permanecían haciéndose compañía en el aeropuerto y no iban a ningún destino, como si quisieran escapar de allí, en una confusión interminable, buscando una salida viciosa que los devolvía al punto de partida; se sentían atrapados en un bucle del tiempo que aterrizaba en la terminal de llegadas; no encontraban la sala de espera de donde se despega, aunque permanecían unidos en su paz interior.

Querían quedarse e irse al mismo tiempo, fugarse sin rumbo después de haber recorrido tanto mundo, como unos transeúntes interminables que por fin se encuentran en un punto de no se sabe qué misterio, ni qué cruce extraño de las coordenadas espacio tiempo.

Eran la deriva de sueños transparentes que no descansan, seguían su viaje en aquel banco, sentados como en esta nave frágil de las sombras perpetuas donde reposa el tiempo como en un estanque que fluye, despojados de las vestiduras de las derrotas del crepúsculo, con sus cuerpos etéreos pintados de sentimientos inmortales, como dos héroes que han desafiado todas las agonías y se sienten en calma, una calma vieja que no entiende nadie, dos pasajeros en la tarde interminable de aquellos navegantes.

Él la miraba y ella le bajaba la luna al subir sus párpados y abrir la luz de sus ojos; se sienten descubiertos en su desnudez interior, la transparencia de sus sentimientos desnuda sus miradas, se quedan sentados, con su quietud y su semblanza, sin esperar nada, como si estuviesen idos, fugados en la aceptación de su viaje a la deriva de la esperanza y pidieran a gritos que los liberaran en este vagar infinito, después de haber emprendido un viaje sin retorno a ninguna parte, y se encontraran de pronto en el aeropuerto del fin del mundo.

XXXI

En la sala de llegadas de la terminal del aeropuerto, alguien se dirigió a la madre de Encarnación García Corrientes, una mujer con ternura a pesar de la oficialidad que emanaba de sus ademanes administrativos, lejos de la distancia y frialdad con la que estos temas se solían tratar. María de la luz de la Latina era una trabajadora social eficaz y responsable que solía llevar sus casos con bastante humanidad; le explicó a Margarita que la niña ya estaba allí, ya había bajado del avión, ella había viajado con el bebé todo el tiempo; quería decirle que estaba en perfectas condiciones. La miró fijamente y le dijo: «dios mío, cuanto se parece a usted». Estaba mimada entre algodones, bien cuidada y en buenas manos; intentaba tranquilizarla, le pedía un poco de paciencia, ya que, como se suele decir, «las cosas de palacio van despacio», y debían hacerse todos los trámites que requería el procedimiento. Había un protocolo a seguir en estos casos, la autoridad judicial tenía que verificar toda la documentación, el Tribunal de Menores tenía que hacer sus comprobaciones; después de examinar los papeles y ver los informes de los equipos psicosociales, procederían como corresponde y podrían verla en la comisaría central, allí le entregarían a la niña. Ella era la encargada de su cuidado y de su custodia hasta que llegara ese momento por mandato judicial; ya hay constancia de la coincidencia en el ácido desoxirribonucleico y de que no hay ninguna duda, coinciden al noventa y nueve por ciento con las muestras que se les tomaron a ella y al padre, en la prueba de la denuncia que presentó en su día. A la niña la llevarían en un furgón

de máxima seguridad de la policía secreta, era de camuflaje para operaciones especiales; la trasladarían entre todo el personal que la custodia con todas las atenciones posibles y con las protecciones que este caso tan particular se merece, y la cuidarían en todo momento expertos en cuidados infantiles y en lactantes, aunque Encarnación bis, había sido destetada por falta de materia prima y por comodidad de los delincuentes padres postizos que pretendían aspirar a que ella los hiciera padres impostores, porque en sí mismos eran incapaces de serlo; a lo más que podían aspirar aquellos suplantadores vitalicios representando un papel sin creer en él, era a aparentar ser unos modélicos ascendientes de puertas para afuera, siendo unos auténticos lobos feroces de puertas para adentro, devorando sus propios sentimientos y su camada de cachorros hambrientos de afectos y amenazados por las fauces de murciélagos sedientos de horrores sin miramientos.

Allí la esperarían ella y los responsables policiales, le entregarían toda la documentación de la niña, y todo lo que luego necesitarían para inscribirla en el registro civil y en el libro de familia, con su propio nombre y sus apellidos auténticos; podría salir con la niña entre sus brazos, envuelta en una toca de verdad y por fin llevarla a casa.

Encarnación García Corrientes se prepara y se acomoda en la canastilla del manillar; desde allí, de nuevo como una grumete divisa todo el horizonte, buscando con la mirada un cuerpo, como un continente que contenga su esencia huérfana y su sensibilidad desparramada; iba con su madre en la bicicleta y seguían al furgón policial de alta seguridad que trasladaba todos sus miembros. El humilde biciclo sorteaba los coches, el tráfico era lento y los semáforos iban reteniendo la marcha de su cuerpo, eran seres idénticos que tenían vidas paralelas, sus órganos vitales viajaban allí adentro, su madre no quería perderlos de vista, ya no se fiaba de nadie; una vez le dieron el cambiazo como unos trileros y no confiaba más en aquellos funcionarios estatales que en aquellas monjas aparentemente celestiales.

Aquello podía ser un viaje maravilloso hacia la encarnación,

integrándose con sus propiedades astrales, resolviendo cómo se complementan la corporeidad de las sensaciones y las emociones reales, fundiendo las funciones vitales y su capacidad de raciocinio super desarrollado. Ella a veces, se adelantaba a su madre y su lenta bicicleta, realizaba un esfuerzo e intentaba acelerar su desplazamiento hacia el encuentro, flotando de forma parecida a como son los vuelos, anhelando la refundición de los sentidos en uno solo, formando un cuerpo único para ella, un encuentro con la existencia de un nuevo cuerpo que era plenitud y verdad, fundiéndose con la unidad, era el reencuentro con su propio eco, y ella resuena en una realidad etérea que choca con sus propios huesos, semejante en su forma de desdoblamiento; sus sentimientos de gozo invaden el cuerpo como si fuera el corazón de seres astrales buscando su identidad, se encontraba ante la posibilidad de realizar la experiencia de superar su propia concepción abstracta, estaba cansada de vivirse al otro lado del espejo, ante la expectativa cercana de resolver su dualidad, agotada de ser un aura indigente que vaga sin su cuerpo presente y estando en una situación inminente de integrase en un mundo nuevo, donde todo es mucho más complejo. Presiente que va acercándose a pasos agigantados a una reencarnación urgente con sus propios límites terrenales, superando ese sentimiento de sentirse eternamente infinita, de verse perfilando sus relieves exteriores, dejando de parecer un ángel vagabundo, imitando entidades etéreas e inconsistentes, dejando de transitar por mundos ignorados y errantes, encontrándose ante las puertas que dan paso a otro plano; está ante el acceso a una nueva dimensión en la que puede lograr la transposición a un mundo con cuerpo.

Este era su dialogo interno esperanzado, rumiando un horizonte integrado, su pensamiento incesante no dejaba de generarle imágenes que la transportaban a una niña con juegos, en aquella conversación interior que le anticipa que sus deseos pueden llegar a cumplirse, por fin, sin que sea de chiripa.

No podía creer tener tan cerca el momento en que sus anhelos se podrían hacer realidad, apenas cientos de metros delante de ella circulaba un furgón blindado, en el que las fuerzas de seguridad

estaban protegiendo su más preciado tesoro; un pequeño cuerpo custodiado por agentes de la autoridad, hasta el momento en que se lo vuelvan a entregar, a ella, a su legítima identidad.

De pronto, aparece una especie de camioneta forrada con planchas de acero que se habían soldado y reconstruido con retales de piezas, como un rompecabezas salido de una cadena de montaje de la chatarrería de Chaparrejo, convertido en un vehículo híbrido, un armatoste que se parecía más a un tanque a lo rural que a un tractor retocado y disfrazado de un acorazado, armado a conciencia y chapado en hierro duro, un blindado contra cualquier imprevisto que aquel cascajo aparente podía afrontar; esta vez no pensaban fallar, habían calculado todas las posibilidades y previsto todas las variables; tenía más velocidad de lo normal porque le habían rectificado el motor a un camión y se lo habían acoplado a aquel trasto compacto, hecho expresamente para dar el gran golpe; no se sabe cuántos caballos de vapor tenía de potencia, con el cilindro retocado, pero habría que medirlo más bien en elefantes de vapor o revienta calderas sin control; daba la sensación de tener más fuerza que una retroexcavadora de tierra que arranca hasta las raíces del corazón; con el objetivo en mente de realizar el último asalto, pensaban dar el golpe de su vida y retirarse con el porrazo de jubilación, un último atraco para solucionarse la vida y no pasar apuros económicos en el futuro, pero un error de cálculo en el punto de mira confunde el objetivo, y en vez de a un furgón de la caja de ahorros que transportaba dinero entre sucursales, embisten al furgón de máxima seguridad donde va el cuerpo de Encarnación Bis, sin piedad, con toda la brutalidad que era capaz de concentrar una máquina hecha para asaltar, con toda la violencia de una excavadora veloz. Había un grupo de encapuchados, vestidos de negro y con unos pasamontañas para ocultar su aspecto de atracadores de poca monta y de mangantes de asaltos de huertos, roba gallinas y liantes metidos en mil entuertos, pero aquello tenía la firma de un tractorista inexperto, obra de un chapucero sin remedio; era Vicente Caravaca Valdemoro especialista en alunizajes frustrados, ladrón de poca monta con delirios de grandeza, que intentó atracarlo

pensando que era un furgón que trasportaba dinero; le da tal topetazo que lo vuelca, salen los policías volando por las puertas reventadas y María de la Luz de la Latina, la trabajadora social, sale despedida de aquel vehículo atacado, cae en el asfalto, los cuidadores de la niña expertos en cuidados y esmeros infantiles, caen aturdidos rodando por los suelos, la niña llorando como en sus mejores tiempos, sin ningún rasguño, iba embalada como algo muy frágil, eso le amortiguó el impacto con el empedrado. Vicente salió del vehículo lunar que él mismo había creado, era un invento raro, porque aquel carro autopropulsado pasado por su mano, no parecía de este mundo; desde hacía mucho tiempo todo lo que hacía este individuo era bastante estrambótico. Salió de aquel vehículo especial, hecho a la medida de su propio cacao mental, con su escopeta de dos cañones recortada, les apunta y grita de una forma desgañitada:

—¡Sacad todo el dinero! Se dirige Vicente a los accidentados y confusos supervivientes de aquel encontronazo desmesurado y sin sentido.

—Está loco, aquí solo transportamos a una niña. —Le dice el conductor desde el suelo y sangrando.

Llega la madre de Encarnación con la respiración entrecortada, recoge a la niña que estaba entre algodones, por el suelo, y la abraza, mira al ladrón a los ojos, atraviesa el antifaz con su mirada de loba, dispuesta a abalanzarse contra el pirata con menos luces aún que aquel vehículo que no estaba previsto que circulara nunca más.

El ladrón sale corriendo, como alma que huye del diablo; no se sabe qué vio en los ojos de aquella madre que sintió que alguien amenazaba de nuevo a su bebé, corría abandonando su botín soñado e inexistente, otro fallo de cálculo no achacable al vehículo que en esta ocasión no era robado; cuando ve a Margarita Corrientes, huye dejándolo allí, patas en alto como una tortuga oxidada y gigante boca arriba, no puede soportar su mirada, huye como un cobarde descubierto en su alma, que ha visto sus propios terrores que lo asustan por dentro. De pronto, de la nada, se le echa encima un muñeco agresivo que parecía inofensivo y que acompañaba a la niña

como una mascota, y empieza a recibir golpes con un objeto contundente que parecía enfadado; tenía un mal presagio, recuerda que era como el día en que entró a robar a casa de los Corrientes y acabó mal parado. Encarnación lo dejó ir un poco magullado, después de azotarle con ganas con la propia escopeta recortada que Vicente dejó abandonada por los suelos, disparándose al aire aparentemente sola, con un estruendoso ruido, mayor que el de una traca de fuegos artificiales; la explosión de aquella especie de salva fue tal que hizo que todos se pusieran cuerpo a tierra de nuevo. Vicente temía que se reprodujera la contraofensiva de las agresiones del aire y que los fantasmas lo atacasen de nuevo, su fechoría volvía a fracasar, no sabía qué le había fallado, ni dónde estaba el error sin solución, no podía comprender, desde un tiempo hacia aquí no acertaba con ningún golpe, había cambiado su suerte y parecía que la vida quería decirle algo; esta vez nada salió como lo tenía planeado, quería apoderarse de un suculento botín y solo había logrado un fracaso estrepitoso, todo se le había derrumbado, sus esquemas se le habían vuelto a caer en una décima de segundo; a partir de ahora, no habría agujero donde esconderse después de haber atentado contra un coche blindado de la autoridad.

Nadie daba crédito a lo que estaba sucediendo delante de sus ojos, la delincuencia era un hecho que cobraba virulencia cuando la gente no tenía ingresos, pero un topetazo así era inimaginable; que alguien se tomase tantas molestias para recoger tan pocos frutos era algo impensable, no tenía mucho sentido. Todo lo sucedido era completamente atípico, los policías estaban totalmente noqueados, aturdidos por el golpe, no pudieron realizar detenciones, en el momento del impacto habían quedado neutralizados, en estado de choque, el golpe los había dejado absolutamente traumatizados; en aquella situación estaban sin capacidad de reacción, pero había tiempo para localizar a los individuos sospechosos y detener a los responsables de aquella tropelía, que habían dejado demasiadas pistas para poder seguirles el rastro; cualquier versión de aquella disparatada insensatez disfrazada de robo, podría ser más verosímil que los hechos que ocurrieron en realidad, era difícil de creer aquello

que ocurrió de verdad.

Los delincuentes se daban a la fuga, su falta de éxito arrancó de cuajo todas sus intenciones de apoderarse de lo ajeno, pero el ruido que despertó el impacto fue tan estruendoso, que alertaron a todo el mundo; pronto acudieron nuevas fuerzas policiales de refuerzo, acudieron ambulancias como si aquello hubiera sido un accidente, habían saltado todas las alarmas; no encontraron ni rastro de los peligrosos asaltantes, que no podrán vanagloriarse de sus hazañas. Estos hombres de paja que dejaron atónito a todo el mundo, con sus caras cubiertas de negro, abochornados y rojos por dentro de la capucha, en su huida iban haciendo eses, con su intimidación entre las piernas, como un gallo sin cresta; aquello no era nada habitual, se ve que les fallaron sus fuentes de información y la manipulación no podía justificar aquel tremendo encontronazo entre la ficción y lo vivido.

Encarnación, por fin, se encuentra ese día consigo misma, se encuentra con su cuerpo robado, estaba allí ante ella, en los brazos de su madre; su materia sigue llorando, sin consuelo, desacostumbrada a estar en buenas manos; se expresaba con un llanto torrencial ante el estruendoso porrazo que había vivido, los brazos acogedores de su madre intentan ahuyentar el desamparo vivido, intentan borrar de su experiencia el abandono sufrido. La cuna móvil que la transportaba era confortable, con su diseño inspirado en un nido de pájaros, le hacía olvidar la asfixia vivida en el contenedor de basura; aquí en el regazo del cobijo descubre su ser y por fin Encarnación se reencuentra consigo y pudo conocerse.

Ve por primera vez su cuerpo; ella no sabía cómo era su imagen ni su aspecto fuera del líquido amniótico; se veía más pequeña de lo que se imaginaba, era una llorona desaforada y experimentada, a la que le funcionan los pulmones como una locomotora, parecía que se iba ahogar entre tantas lágrimas, ¿cómo podía berrear tanto un cuerpo tan pequeño? Encarnación estaba notablemente emocionada, sentía un escalofrío que le tiritaba y un hormigueo que la repoblaba.

Acababa de encontrarse a sí misma lejos de las miserias humanas, saliendo de las sombras y de sus ruinas. Se le abrieron las

puertas de otro mundo y pudo contactar visualmente con el tacto deseado de su propia materia.

La imagen que se había formado de sí hasta ahora, era a partir del recuerdo borroso de la silueta que retrataba los contornos de su propia estampa; era la de aquella ecografía un poco desdibujada, más propia del arte abstracto que del realismo intacto, que su madre guardaba como oro en paño en una lata rectangular, reciclada de carne de membrillo, dentro de un álbum de las viejas fotos familiares, que mantenía fuera del alcance y a buen recaudo, bien lejos del aficionado que se creía un experto, resguardándola de las manos de Francisco García para que no la deteriorase con sus manazas. En ella salía con una imagen difusa, entre la oscuridad del útero materno y ciertos destellos de metal que simulaban la figura de una niña con la cabeza muy desarrollada, una nariz respingona, un cuerpecito que parecía querer enroscarse sobre sí mismo, unas manitas diminutas y deditos bien definidos, como queriendo tocar en el vientre el sentido de la vida, con sus piececillos en movimiento que parecían anhelar salir pronto de aquella matriz; tenía una postura fetal, con la imagen capturada desde el lateral; en el contorno del perfil se daba un parecido con la madre, aunque todo era más intuitivo que una verdadera imagen, era un poco surrealista. Ella veía proyectada su imagen inmadura, como un brote de ternura, que tenía contornos redondeados, con los límites de su cuerpecito poco definidos pero bien intuidos.

XXXII

Vicente Caravaca Valdemoro llamó a la puerta de Margarita Corrientes, venía bastante perjudicado, estaba borracho o cuanto menos drogado; eso no era extraño en él, últimamente era como solía estar, pero en este momento estaba en muy mal estado, como si estuviera moribundo. Margarita lo vio tal mal, que a pesar de la tirria que le tenía, le dijo: ¿qué pasa? ¿no tienes dónde ir? y él le respondió con la cabeza, girándola de un lado para el otro, sin articular palabra, le decía que no, sin decir nada. ¿Te persigue la policía, no? Vicente asintió sin hablar de nuevo; ella lo dejó pasar, se cruzó con él en el zaguán de su casa, como si la hubiese atravesado sin tocarla, la saludó cortésmente, con una especie de hola afectuoso que no le salía de la boca. Margarita sintió un frío glacial con su presencia y Vicente se tumbó en el sofá, allí descansaba, era el único lugar que podía ofrecerle; tenía el pelo blanco, más bien cano, con un corte intemporal, como si le hubiera caído una lluvia de años sobre la cabeza y lo hubiera calado hasta las trancas; podía evocar a alguien del pasado, parecido al rostro de las esculturas que representaban a Julio Cesar, pero en lugar de la nariz rota y desmochada, tenía una nariz protuberante; no es que tuviera buen olfato, era que la tenía excesivamente inclinada hacia delante, tan grande que resultaba chocante, era la parte de él que a todos lados se le adelantaba, llegaba antes su napia protuberante que su cuerpo mal alimentado, demasiado enjuto, se había quedado en los huesos. Él decía que tenía el estómago cerrado y no le entraba el hambre, solo le admitía coñac y cerveza, si estaba bien fría, dieta extraña pero

insistía en ella; con aquel aspecto también podía ser alguien de los años sesenta del siglo veinte, con un flequillo de corte recto, la parte de atrás sin melena, cortado al estilo de los monjes medievales como guiados por un tazón invertido, pero si lo mirabas con otra perspectiva podía ser, por su rostro poco expresivo, alguien que viniese del futuro, con una chaqueta poco usual, un poco psicodélica, a cuadros, con predominio de los amarillos, ocres y marrones entrelazados con medidos rectángulos, a saber dónde la había encontrado. Ella se sintió invadida en su casa, le preguntó ¿cómo se te ha ocurrido a ti venir aquí? Tú sabes que no te puedo ni ver y antes de que contestara, sin dejarlo hablar, le dice «todo se puede interpretar al revés». ¿Verdad?

—Me encantaría decirte: «que te fueras de mi casa», «que te dieras media vuelta», pero no digo nada.

—«No ni nada». —Abrió la boca, y articuló tres palabras. Negando la realidad tres veces y al mismo tiempo la afirmaba.

—¿Crees que la policía no te va a buscar aquí? ¿es eso? —le dice Margarita—, no me respondas, vienen por ahí, corre, ven Vicente, vamos al laboratorio de fotografía, para algo habrá de servir ese dichoso sótano, con esa luz que parece un puticlub; ahí puedes esconderte, en ese lugar inmundo, donde se emboba mi marido desatento, ahí podemos fabricar espectros, tiene una parte práctica que yo nunca había imaginado que serviría para algo, en el rincón complejo de las paradojas de las espectrometrías, en las profundidades de ese zulo hecho a medida de las obsesiones de Francisco; es un lugar donde investiga sucesos físicos improbables, como la detección de la materia oscura, al menos eso dice él para enredarme, el muy truhán.

—No entiendo nada.

—Pregúntale a tu amigo Francisco, la guerra que tiene con la materia y la lucha que tiene con la realidad, se interesa más por los negativos, indagando en el reverso de las cosas que nos refleja la ilusión de la irrealidad; él habla de la inexistencia, de la invisibilidad. Y no sé qué otras imbecilidades más se inventa para echar una cortina de humo y justificar que está pensando en las musarañas,

cuando solo hace el holgazán.

—¿Qué estás diciendo Margarita? Cada vez entiendo menos.

—Yo tampoco entiendo, pero no está aquí Francisco que es el que sabe cómo va este invento, a mí me lo explicó una vez y no me enteré muy bien, así que si sales como un pollo asado tú sabrás dónde te metes o la policía te cogerá; que es lo que te mereces, por otra parte. En el fondo me puede la debilidad por los desamparados, y tu madre, aunque ya no está, no me hubiera perdonado que no te ayudara; a ella sí que la respetaba y la quería, por ella lo hago, no por ti. Te tengo que explicar estas cosas para que lo tengas claro, y de camino, para que no metas la pata y te quedes quieto una vez en tu vida, pase lo que pase o escuches lo que sea, no te muevas, si no quieres acabar preso. Y ya tuvimos bastante con los del canal, entre ellos tu padre y tu tío… Así que tú me dirás, si entras aquí detrás de esta estructura de vidrio y cobre, o no.

—Voy para dentro, ya me explicarás.

—Voy a activar el microondas para que se ponga en marcha un escudo electromagnético, que abarque todo el espectro de luz visible, con un efecto de lente invisibilizante que oculta cualquier objeto; es de un material que no existe en la naturaleza, interactúa con cualquier onda y genera la sensación de espacio vacío, una capa de invisibilidad; esto hace que puedas permanecer escondido y que no se vea nada desde fuera, anulando la reflexión de los cuerpos e incluso de sus sombras; no permite detectar a nadie, te hace transparente y conseguirá ocultarte, hemos alcanzado el resultado de cada punto para lograr ese objetivo a base de cálculos, en este lugar se crea la ilusión de que la persona no existe, está diluido el volumen; son las cosas de mi marido.

—Yo no comprendo lo que me estás diciendo.

—La clave está en dominar los reflejos.

—Cuanto más me explicas, menos me entero de nada.

—Según el chalado de mi marido, todo tiene respuesta a través de la física cuántica; visualización de lo invisible, ciencia ficción, lo inconsciente…

—Me parece que él llega a la alucinación y sin tomar sustancias

psicotrópicas, eso de visualizar lo que no se ve y mezclar el inconsciente con la ciencia ficción se parece a estar colocado.

—Pues el prenda de tu amigo se coloca con la imaginación, no necesita tomar nada para estar en el limbo; dice también que el noventa por ciento de la realidad es invisible, por eso está tan obsesionado fotografiándolo todo, así capta un poco más de la realidad; se pasa aquí el haragán tanto tiempo buscando cosas invisibles que no le echa cuenta a nada más, dice que nuestras limitaciones sensoriales nos llevan a la idealización de las personas y los objetos; el resto: los olores, el tacto, el gusto, el sonido y muchas cosas más, no las vemos, solo vemos lo que imaginamos. Este invento oculto que tiene aquí Francisco es un material que hace que la luz esquive a los objetos tridimensionales, con índice de refracción de la luz negativo, ni la absorbe, ni la refleja, crea un manto de invisibilidad que doblega a la luz.

—Que lío más gordo ¿dónde estoy Margarita?

—El cálculo nos ha llevado al sótano, este te traslada a una especie de túnel de los números malditos, perdóname Vicente de esto no entiendo mucho y es la primera vez que lo enchufo, pero es la necesidad la que obliga, mi marido me habla de que las matemáticas son una ciencia invisible, no las ves aunque están por todas partes, están detrás de todo, son el idioma de la ciencia, han cambiado la vida, construyen un universo abstracto, crean un edificio que solo las matemáticas visualizan, lleno de infinitos y de decenas de dimensiones y no sé cuántas cosas más.

—Me parece que esto es el follón más grande en que he estado en mi vida, y me he metido en un montón de líos; esto está todo oscuro, solo veo tu voz.

—La clave de la vida es la luz, el principio y fin de todo.

—¿No será la oscuridad? es lo único que hay por aquí.

—La mente humana es la gran obra de la naturaleza, capaz de pensar, crear, imaginar, estamos ante una ilusión. Francisco dice que los números no mienten, que aquí se llevan persiguiendo cosas invisibles todos los días, el microscopio es el arma más poderosa para perseguir fantasmas diminutos, hay cosas que parecen

insignificantes pero que son decisivas para la vida, esas figuras que aparecen con contornos en un cristal son las que mueven el mundo, son mucho más fuertes que las hormigas, que los elefantes, que las maquinas, las personas siempre hemos estado buscando esa materia oscura que se nos hace tan difícil revelar.

—Para hacer desaparecer a la gente no hace falta la ciencia Margarita, ha habido muchos dictadores que han hecho eso a cientos de miles de personas, convirtiendo en espectros a millones de seres invisibles. Con gran brutalidad dejaron un rastro innumerable de desaparecidos, miles de muertos sin sepultura deambulando por los recuerdos de los familiares, obligando a cada muerto a morir varias veces y condenando a sus familiares a perseguir fantasmas; para estos desalmados insensibles solo eran sombras furtivas, cadáveres sin nombre, números de un archivo, cifras sin carne; son actos asesinos que se intentan ocultar como los campos de concentración, tratando de borrar las huellas de que hubieran existido.

—Estos son métodos más éticos, entiendo que te sorprenda, pero mi marido, aunque parezca que es muy bruto y yo lo tenga aborrecido y dado por un caso imposible de recuperar, es un tío listo, y aquí trata de despejar los misterios de la materia, los matices, las sutilezas, las complejidades, acelerando partículas y muchas cosas más. Empezó revelando los carretes de las fotos como un aficionado, pero investigando, no para de sorprender con sus descubrimientos secretos. Es muy detallista, aunque me cuenta lo que le da la gana, sabe más de lo que dice, el muy papafritas.

—¿Margarita no me desintegraré en esta máquina infernal?

—No, no afecta a la materia, solo es una ilusión, un efecto óptico, un engaño a los ojos malvados, solo es eso, la apariencia de una existencia. Siempre estamos preocupados por las apariencias, ya sabes lo importantes que son las formas.

—Sí, pero no sé a qué te refieres, yo siempre he estado más preocupado por el estado de ansiedad interior, por la supervivencia. Estoy perplejo, perdona mis comentarios fuera de contexto, pero me estás hablando de un Francisco desconocido, no entiendo nada de

esto.

—No te preocupes, a mí me gusta explicarlo, llevo tanto tiempo observándolo, sin que él se dé cuenta, que estoy obsesionada con el vacío, y no tengo oportunidad de comentarlo con nadie, así que aprovecho para contarte mis diatribas, y aguantas el chaparrón, porque a ti, te voy a librar de esta, pero como te pille te mato yo con mis propias manos, pedazo de maleante entrometido, sinvergüenza, que lo único que te mereces es una manta de palos, si tu madre levantara la cabeza, ya le habría dado yo cuenta del hijo bala perdida que ha criado, tienes menos luces que una bicicleta sin dinamo, pero de eso ya hablaremos tu y yo. Como te iba diciendo: el vacío no es solo lo hueco que tú tienes el cerebro, que también, está lleno de recuerdos olvidados; mi marido, otro prenda, dice que no sé quién decía que la diferencia entre la materia y el vacío está en la velocidad, en la materia todo es lento, en el vacío todo es rápido.

—Me parece que yo hace mucho tiempo que vivo en el vacío de todo Margarita, vivo en el mundo de las ausencias, echo de menos a Nuria, a mi hijo, a mi madre, vivo demasiado acelerado y eso que no tengo motivo ni prisa por nada, pero tengo una inquietud por dentro que no me deja estar parado.

—Siempre has sido un cabeza hueca, no solo ahora, todas tus fechorías han sido por eso. Tienes el carburador pasado de rosca y vas dando tumbos.

—Mi pasado me persigue, solo he intentado sobrevivir.

—El pasado no lo vamos a cambiar, solamente tenemos el presente y el presente no tiene dimensión, pero es lo único que ocurre. Hay quien dice que el presente es antes que el pasado.

—¿Qué dices Margarita? me estás dando miedo, lo de estar en el manicomio también te ha afectado un poco, alucinas más que Francisco hablando de esas cosas. Eso solo tendría lógica con las matemáticas imposibles o con los números de circo.

—No bromees con eso Vicente o te echo a los agentes de la autoridad, que te buscan como una jauría, y ten claro que nuestro tiempo emocional es el presente, eso por lo menos es lo que dice Francisco: que en el inconsciente vivimos todo lo ocurrido en

nuestra vida en presente, el presente engloba a todo el pasado y el futuro, el único tiempo que existe realmente. Cuando hablo de lo misterioso, hablo de lo desconocido, de lo inconsciente, del presente ausente, de la vida que nos intriga y de la muerte.

—Has mezclado muchas cosas y muy gordas, todas a la vez, esto último tengo que digerirlo, me cuesta asimilarlo y me duele la cabeza.

—Yo lo que veo peligroso de esto es que tiene algo de locura, que no todo lo podemos controlar.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa ahora? —Vicente comienza a sentir turbulencias violentas.

—Lo que te decía antes, estás en el camino de los números malditos, esto es como entrar en un camino peligroso con baches y que fue abandonado, como tantas cosas que dejamos en la cuneta a lo largo de nuestra vida.

—Si es tan peligroso, yo me entrego, la vida del forajido no tiene nada de divertida por lo que estoy viendo.

—Vaya delincuente cagueta que estás hecho.

—Digamos que esto no era lo que yo soñaba para escapar, esconderse en un armario, debajo de una cama, en una alacena oculta, pero esto de los números me vuelve loco.

—Ya veo que tú eras más bien de hacer novillos, ni de ciencias ni de letras, y yo desde que me enredó el merluzo de Francisco no paro de soñar con números; sueño con los números negativos, otros números que estaban quebrados, otros partidos, con números enteros, con derivadas, números complejos, con incógnitas y ecuaciones, me asaltan las tangentes, me caigo en espirales infinitas, me atrapan figuras geométricas, las potencias extrañas me poseen y las raíces cuadradas son mi único punto de apoyo.

—Cuanto más te escucho, más me arrepiento de haber huido, esto es peor que ser un prófugo sin perdón.

—Te aguantas, ahora necesito contarlo, eso me hace bien, según me dice el psiquiatra, así que no me interrumpas. En mis sueños aparecía el lenguaje del exilio, al final, la partida; más que una partida era mi vida rota que comenzaba a echar raíces que

finalmente se han hecho raíces desgarradas, que han dado una cosecha de derrotas.

—Como lo cuentes por ahí, te vuelven a encerrar en el manicomio, cada vez te veo más majareta Margarita.

—Déjame que te lo acabe de contar, luego piensa lo que quieras, veo que me sienta bien. Todo en el sueño recordaba a una fosa común, llena de muertos que me llamaban, ellos no tenían nombres, habían sido enterrados como números sin identificar, son solo muertos sin nombre, solo cifras, eran campos de concentración enterrados, invisibles, despojados de la luz, huesos sin personas en un túnel, son números quebrados, cuerpos rotos, seres enteros; republicanos represaliados, números rojos que eran cifras de cenizas, los factores de la muerte que caminaban en un círculo vicioso y que acababan en cero; decían que eran unos radicales libres, menos mal que desperté de aquello y todo se quedó en el producto de un sueño truncado.

—¡Vaya! eso debe de ser terrible; yo, lo peor que he soñado era con los números de las facturas del pasado, con las deudas atacándome como lanzas, anotadas en el balance de las almas desgarradas; por eso creo que odiaba tanto las matemáticas.

—Bueno, a ver si se van estos sabuesos, podemos salir a la superficie y les damos esquinazo; ellos, que sigan persiguiendo fantasmas por el valle.

—No está mal esto de ocultar la realidad con una cascada de datos y cifras, seguro que no somos los únicos que practicamos esto.

Vicente siempre quiso ser y luchó por ser invisible; eso de pasar desapercibido era estupendo para sus atracos y ahora lo conseguía de alguna manera, para huir de la caza de brujas o de una partida de damnificados que lo buscan para lincharlo. En más de una ocasión ha sido pillado y ha salido escaldado, no como en el cine en que todo es falso, eso de ser apaleado lo tiene marcado con las magulladuras que le han dejado la huellas en su cuerpo, como si hubiese sido vengado por un grupo de perjudicados poseídos por la rabia o por un equipo de sonámbulos agresivos escapados de un sueño.

Vicente empezó a sentirse dominado por cierta angustia claustrofóbica, atravesó otras fases virtuales en aquella estancia cerrada, y salió fuera de control. Margarita no conseguía monitorizarlo, vio cómo se alejaba, perdiéndose entre las catacumbas de las apariencias de las ciencias exactas, intentó llamarlo para que volviera, pero no se detuvo, seguía alejándose; sintió una gran pena, un vacío enorme, como si se fuese alguien muy cercano para siempre, y hubiera desaprovechado una oportunidad única para conocerse.

Margarita lo llama:

—Vicente, Vicente ¿dónde vas?

—Yo no me he movido del mismo sitio.

—Algo hemos hecho mal, te pierdo… no tengo contacto visual.

—Me siento intangible, ingrávido… esto es mucho mejor que una dosis alucinógena, qué bien me siento ahora con este morbo tan clandestino, desengañado de la papelina, como una metadona natural que me coloca a la deriva.

Vivía una vida vacía que solo le conducía a encontrarse con la nada, parecía que estaba en un limbo profundo, que había vuelto de entre los muertos, compartiendo un poco de su infierno.

La policía llamó a la puerta sin mucha convicción, cuando vieron que nadie acudía a abrirla, continuaron la búsqueda por otros lugares, dudaban que Vicente fuera a esconderse precisamente donde peor lo miraban.

XXXIII

Una vez completado el papeleo, y la burocracia había certificado lo que la genética y las pruebas confirmaban, despejando cualquier duda sobre quienes pusieron sus simientes para que naciera aquella nena tan valiente, Encarnación Bis fue entregada a sus verdaderos parientes; por fin estaba con sus padres auténticos, con sus miserias y con sus aciertos.

Francisco García había sido llamado de nuevo por la inspectora Carmen Murciano, para continuar con la investigación; le trasladó copias de las innumerables fotografías y de los archivos microfilmados, con las fichas y los diarios de la monja Sor Lucía, sustraídos de los originales con la ayuda inestimable de los cacos expertos en cerraduras, que más que contrastados profesionales eran unos caraduras incorregibles, y le facilitó suficiente material para meter entre rejas a lo más selecto de la sociedad. La preocupación fundamental de Francisco es aportar los datos necesarios para que la policía pueda localizar a su hijo mayor, que también fue robado y dado en adopción a una pareja desconocida, que debía de haber pagado una buena mordida; le preocupaba menos el castigo de estos delincuentes habituales ocultos en uniformes, hábitos o cargos públicos; él era más bien pragmático, realmente le importaba menos la venganza que desactivar la trama, para que nadie más pasara por la situación tan dramática que él y su familia habían vivido y con ello poder ayudar a encontrar a los niños sustraídos. La inspectora tenía un ingente trabajo, estaba desbordada por tanta información, lo necesitaba para descifrar todo aquel material; procesar todos

aquellos datos requería un trabajo militante, una persona motivada y conocedora de todas las vertientes del caso; Francisco podía ayudar a esclarecer los entresijos de aquel luctuoso acertijo, urdido con manos blancas y cuellos altos. Él junto a un equipo de expertos en delitos de lesa humanidad, podían sacar un gran rendimiento para desactivar a los capos de aquella trama dé trata de recién nacidos.

Francisco le puso a la inspectora Murciano una sola condición, humanitaria y sin ningún interés crematístico por su parte, aunque era difícil de conceder para una inspectora concienzuda y honesta como Carmen Murciano. Le pidió que exonerara de responsabilidad al cadavérico y desgraciado de Vicente Caravaca Valdemoro, que lo descargara del caso del atropello del furgón blindado, era una culpa que ya llevaba clavada como una estaca en el pecho, una culpabilidad ancestral, que necesitaba que alguien se la sacara. Él ya lo había perdonado, a pesar de que había hecho descarrilar la vuelta al hogar de su hija robada, y había destrozado su casa en un intento de robo frustrado, pero todo se lo condonaba porque era un desgraciado con el que había compartido su infancia y por la colaboración necesaria que había tenido con su ganzúa desinteresada para poder obtener toda aquella información que podía dar muchos frutos; merecía una trigésimo novena oportunidad y esa colaboración debía exculparle del atropello y atentado sin intención contra la autoridad competente, y una ristra de delitos más, que sería largo de contar; unos más graves y otros de poca monta que llevaba a sus espaldas. Sus antecedentes eran un historial más grande que el currículo delictivo de Sor Lucia, que había cometido más delitos y más graves, pero no estaban registrados en ningún archivo, todos eran de tapadillo; hasta ahora que la han pillado, no eran *vox populi* porque se imponía la ley del silencio, daba tanto miedo enfrentarse al clero y particularmente a ella, que conseguía que todo el mundo tuviera un motivo para callar. La inspectora le pidió que se entregara y ya vería lo que podía hacer, y no con mucho entusiasmo le dijo que Vicente era más peligroso para sí mismo que para la sociedad, pero que como no se reforme y la vuelva a cagar, no va a haber nadie que lo libre del peso de la ley, todo el mal que ha hecho en su vida le va a

caer encima y lo aplastará.

Margarita Corrientes, sin embargo, seguía con su teoría, su marido volvía a encontrar una excusa para quitarse de en medio en los momentos más cruciales, cuando ella más necesitaba su apoyo. Él estaba cumpliendo con su deber ciudadano de colaborar con una inspectora que ella no conoce, pero de camino se quita el mochuelo de encima y elude su responsabilidad de padre, que descarga sobre ella como un yunque. El encuentro de Encarnación Bis había vuelto a animarla y había salido de la depresión, pero sobre él no cambió de opinión: «Francisco era un holgazán, con humos de bohemio, un artista de pacotilla obsesionado por las imágenes», no sabía qué le había visto para enamorarse de él, de forma tan perdida. Hubo una época en que solo tenía ojos para él, la tenía engatusada con su encantador verbo de serpiente, la embaucaba con su sonrisa, pero hacía tiempo que no lo veía sonreír; últimamente lo poseía una malasombra y una pesadumbre que lo tenía obsesionado, solo se le veía contento cuando iba a comisaría a colaborar con esa inspectora, con la que volvía a sonreír; cuando hablaba de ella se le encendían los ojos y se le cambiaba el color de la cara, solo se animaba ante la perspectiva de verla; Margarita no sabía cómo ocultar su desencanto, sería que el tiempo y los avatares de la vida se habían cargado todo su entusiasmo, lo tenía aborrecido y por más que lo intentaba no lograba superarlo; los celos, de repente, se le habían subido a la cabeza, ella no necesitaba motivos para sentirlos, estaba desbordada por el interés que ponía Francisco por todo lo relacionado con aquella mujer que tanto lo estimulaba para que hiciera cosas.

Los datos aportados por Francisco García fueron decisivos para proceder en los interrogatorios y en las detenciones; los padres adoptivos y parricidas, en su calidad de tentativa, habían sido identificados, localizados y arrestados; en el interrogatorio al que fueron sometidos, confesaron todos los detalles de su proceder delictivo; las cantidades que habían abonado para obtener a la niña ilegalmente y la causa por la cual intentaron deshacerse de ella; la niña era un mar de lágrimas constante y berreaba de una manera sobrehumana, no sabían qué hacer con ella, estaban desesperados,

no estaban preparados para tanto llanto.

Encarnación Bis era una niña poseída por los demonios de las lágrimas, parecía que quería castigarlos por lo que habían hecho y lloraba hasta la extenuación, pero de alguna manera sabía que los destrozaría, que lograría hacer que los nervios estallaran en unos millones de neuronas alteradas, aunque parecía inocente e inofensiva. Pero esta pareja sentía que tenían en casa una niña rebelde, como un caballo de Troya de las clases bajas, que les podía hundir en las desgracias y dejarles su reputación por los suelos; desde dentro lograba que se les derrumbasen las murallas interiores, y les había minado el ánimo por completo, cualquiera resistía los rigores de aquellos pulmones; cuando se deshicieron de ella confesaron que fue un gran alivio, sintieron un silencio verdadero y rotundo, una paz inaudita, que no dejaba espacio para los remordimientos, esos son los que surgen ahora, después de salir esposados y de que todo el vecindario los haya visto salir escoltados por la policía desde su casa al furgón, con la mirada clavada en el suelo, cabizbajos y con la vergüenza de haber sido descubiertos.

La pareja adoptante y homicida explicó a la inspectora que llevaban tiempo en busca de un hijo. Ellos, por la causa que fuera, no lo habían tenido, no era por dinero, hubo un tiempo en que se sometieron a tratamientos de fertilidad sin éxito. Después tomaron la decisión de adoptar de forma legal, pero los niños que vivían en los centros de adopción estaban enfermos, discapacitados u otras cosas peores, además había que esperar el turno que no sabían cuándo les tocaría; por eso, alguien les habló de esta monja milagrosa que los conseguía por un buen precio, así llegaron a esa niña tan repelente, que era un auténtico fraude, pero que por la forma en que la obtuvieron no podían reclamar a nadie.

Sabían que lo que hicieron era horroroso, habían recibido un baño de realidad, estos altaneros, insensibles ante el mal ajeno, no tardaron en confesar quién era la persona de contacto para llevar a cabo el robo del bebé y la adopción irregular, apuntaron con el dedo a la yugular de la monja, la hermana Sor Lucía, a la postre, era ella la que recibía el dinero y la que cerraba la transacción, con la entrega

del bebé junto a un documento amarillo que firmaba el médico con un falso «es copia fiel» para inscribirlos como si fueran los padres auténticos sobre el papel: la monja era el camello en aquel tráfico del comercio del menor, un poco jorobada sí que resultó de aquella declaración.

El médico, que colaboraba con Sor Lucia, perro viejo donde los haya y experto en eludir responsabilidades, lo negaba todo. Él era un ginecólogo que asistía a las mujeres en traer bebés al mundo, pero nada más; decía no saber nada de lo demás, pero se derrumbó cuando le enseñaron la certificación firmada por su puño y letra de la muerte de Encarnación García Corrientes, estando la niña vivita y llorando; a partir de entonces se negó a declarar, se acogía su derecho al silencio, a no declarar contra sí mismo, sabía que todo lo que dijera podía ser usado en su contra. El que era un hombre bragado en estas lides de los juzgados, había ido más de una vez como testigo falso y como perito cualificado, para justificar lo inverosímil de cualquier delito, si era bien remunerado por su testimonio; su experiencia en malas artes judiciales no fue óbice para que fuese puesto entre rejas, detenido como un peligro público, que más que ayudar a las mujeres a parir, las despojaba de los frutos de sus entrañas desde la raíz.

La más impactada por aquellas acusaciones era la gran protagonista de aquella trama, sospechosa de cometer el mayor de los delitos posibles, robar a los bebés de sus propios padres, presunta ladrona por la gracia de Dios; era tal la impunidad que sentía que le parecía inconcebible que la hubieran cogido con las manos en la masa, en medio de una transacción comercial, traficando con otro niño *in fraganti*; si ella en el fondo hacía todo aquello por el bien de los niños, por darles una oportunidad de subir en la escala social, para darles un futuro que de otra manera no podrían lograr; las madres privadas de su descendencia no podrían ser más que lo que ya eran, unas auténticas desgraciadas. Amenazaba a los policías que fueron a detenerla, ellos no sabían con quién se la estaban jugando, ella era muy poderosa, se sentía casi omnipotente, era una representante plenipotenciaria del todopoderoso en la tierra, les

alertaba de que tuvieran cuidado, que no sabían con quién estaban tratando y eso por no citar los apoyos que tenía en el poder temporal, aquí en la tierra, que estaba bien sustentada en una trama de poderes facticos y era difícil encontrar a alguien que le impidiera hacer lo que realmente le diera la gana; en los interrogatorios, todo lo negaba, no reconocía la autoridad a la inspectora encargada, ella estaba muy por encima de estas cosas mundanas, solo respondía de sus actos ante el altísimo, con el que tenía contacto directo, y este la absolvería sin pestañear, a través de la confesión, que encontraría un sacerdote que la absolviera y se quedaría en paz; quería que aquello pasase pronto; pensaba que le estaban haciendo perder el tiempo; parecía creerse las cosas que decía, su necedad era tal, que no distinguía un disparate de una verdad. Insistía en que solo admitiría ser juzgada por los poderes divinos o por la justicia eclesiástica, a lo sumo, que la recluyeran en un convento de clausura, para eso ella no era seglar, podría guardar voto de silencio, eso era lo peor que le podía pasar, y, por si acaso, iba a comenzar ya. No pensaba declarar nada, parecía no querer darse cuenta de la realidad, vivía en un estado de posesión por una especie de éxtasis celestial, levitando por encima del bien y del mal, sin intención en ningún momento de aterrizar, prefería su limbo artificioso, lo contrario supondría tener que rendir cuentas ante un funcionario nada ocioso y una inspectora implacable que la desarmaba con preguntas incómodas que ella no pensaba responder sin más, porque en su delirio creía que tenía licencia para pecar.

Esta actitud tan fuera de lugar, no le impidió dar con sus huesos en los calabozos de la comisaría central, no quiso probar bocado de los bocadillos que le habían traído para que pudiera matar el gusanillo.

La monja era una autentica tumba de mármol blanco, no soltaba prenda, era importante su testimonio para poder seguir la pista del hermano mayor de Encarnación García Corrientes del que ahora ya se tenía la certeza de que también fue robado y que no estaba muerto, como hicieron creer a sus padres todos los estamentos implicados en su nacimiento y en la falsedad de los documentos

públicos.

Al mismo tiempo, Francisco insiste en interceder ante la inspectora para que deje de perseguir, por cielo, mar y aire al desgraciado de Vicente, al que su mujer no puede ni ver, presa de sentimientos contradictorios, pero predomina una tirria que es superior a sus fuerzas, le tenía tanto asquito que lo denostaba con todas las reflexiones que concluyen en un aborrecimiento sin contemplaciones.

La inspectora accede a interrogarlo y en función de eso, tomaría una decisión, si lo empapelaba hasta los tuétanos o lo mandaba a un centro de desintoxicación que era lo que en realidad necesitaba; hasta este punto sin haberlo visto aún ya la hastiaba y parecía comprender lo que le pasaba a Margarita con él.

Vicente compareció, se entregó por fin, estar en busca y captura era algo que llevaba peor de lo que él creía; a él no le temblaba el pulso normalmente, pero aquella comparecencia le puso las pulsaciones a galopar por su sangre a mil revoluciones; llegó directamente ante la inspectora desde su escondite en el túnel de los números malditos al que había vuelto, sin arreglarse para la ocasión, como si siguiera siendo invisible todavía y pasara desapercibido su aspecto desaliñado. Francisco no le había dado tiempo para que pudiera dar una imagen presentable, ante una mujer que lo iba a escudriñar más allá de lo que aparentemente se podía ver. Solo un peinado rápido con agua, para que le aplastaran los trasquilones y un planchado veloz de su chaqueta con las manos, dándose unos golpes con sus palmas, para espantar las arrugas más que para poder alisarlas.

Carmen Murciano, nada más verlo con su cara enjuta, sin afeitar de varios días y sus ojeras verdosas, sabía que era un enganchado, que necesitaba la droga para seguir enredado en todos aquellos asuntos turbios del menudeo delictivo que le hacían estar pendiente de esas sustancias como un bobo ausente de criterio. La inspectora lo perdonó, aunque por los antecedentes penales lo que procedía era detenerlo inmediatamente y mandarlo a prisión, pero valoró su colaboración en este caso oscuro y lo envió directamente a un centro

de desintoxicación; lo vio como un enfermo social que necesitaba ayuda urgente, aunque no le vendría nada mal un castigo ejemplar y desterrarlo más allá de ningún lugar conocido; necesitaba un asilo intensivo, cuidados paliativos y una desinfectación en toda regla; la higiene corporal no era su fuerte, el aseo diario era una de las cosas que peor llevaba Vicente.

Menos mal, que no había ocurrido una desgracia mayor en aquel atentado contra los agentes de la autoridad y todo se había quedado en un susto monumental; si hubiera ocurrido algo irreparable o alguna muerte en aquel choque kamikaze, no habría posibilidad de perdonar aquella acción, no se podría haber indultado a este malhechor de poca monta, sería un culpable sobre el que caería todo el peso de la ley.

La inspectora tuvo margen para aplicar su discrecionalidad un poco más allá de lo que en ella era habitual; aquel individuo demacrado, merecía una oportunidad de ser desintoxicado, en vez de condenarlo a continuar con su vida sin sentido y alucinado, era un enfermo patológico que necesitaba ayuda de forma desesperada. En este caso fue indulgente sobremanera, hizo uso de una clemencia inmerecida, y aquel delincuente habitual no acabó encarcelado porque le coincidió con el día tonto y la había cogido especialmente blandengue, la buena marcha de las investigaciones y los datos aportados iban poniendo en buena línea las pesquisas que llevaban a cabo; las pruebas abundantes e irrefutables junto a la colaboración de los arrepentidos, a veces, daban resultados espectaculares y parecían estar en ese escenario.

Vicente antes de despedirse para ingresar en el centro de rehabilitación prescrito por la inspectora Murciano, quiso tener un último gesto de agradecimiento hacía los Corrientes; estaba agradecido de forma especial a Margarita, que aunque también lo conocía desde niño, era la que mostraba más aversión hacia su conducta desordenada; en su infancia común era la chica que más guantazos le asestaba, no sabía muy bien por qué, a él le daba por interpretar en positivo el refrán, «quien bien te quiere te hará sufrir» o en versión de Margarita, «quien no te soporta zurrarte no le

importa». Se vistió de forma elegante, fue a coger un taxi, le pidió que aparcara delante del supermercado y le pidió al taxista que mantuviera en funcionamiento el taxímetro, que volvía en un momento, entró en el establecimiento comercial, cogió un jamón de pata negra, el mejor que vio, marca especial, con el mayor precio, criado a base de bellotas cinco estrellas, crianza de la dehesa según constaba en la etiqueta, y se lo llevó, salió por la puerta por donde entran los carros de la compra, sin pasar por caja, sonaron todas las alarmas y echó a correr como un gamo con zancada larga; subió de un salto al taxi que lo estaba esperando, en el mismo acto, simultáneamente, abrió la puerta, colocó el jamón como acompañante y cerró la puerta, le indicó la dirección al conductor y le dijo; «rápido al valle del Miraflores, a Vistahermosa, ya le digo»; una vez en la puerta de los García Corrientes, llamó a la aldaba, salió Margarita a abrir extrañada de verlo de nuevo como un pasmarote, y antes de que ella dijera nada, le dio el jamón como regalo de despedida a una vida mejor y le pidió que le pagara el taxi, que ya sabía ella que estaba siempre tieso, que no tenía dinero pero sí buen corazón, y se lo quería demostrar con ese pequeño gesto; después se fue corriendo por un callejón, como alma que huye del diablo. Margarita no se lo pensó, le tiró el jamón a la cabeza, menos mal que no le dio, de lo contrario, sí que lo rehabilita de un buen cachiporrazo, que le iba a quitar los pájaros que tenía en la mollera a aquel bala perdida descabezado, sin seso ni talento, que iba dando tumbos por la vida cada vez con más desaciertos, volado y con más peligro que un cable pelado; Margarita recogió el jamón del suelo y se lo dio al taxista en pago del viaje delirante y porque no resultara el más perjudicado por esta nueva trastada de este delincuente irredento. El conductor, defraudado, le dijo «no puedo aceptarlo, es peor el remedio que la enfermedad; prefiero perder el dinero porque aceptarlo sería cometer otro delito difícil de explicar, mejor que se lo dé a los perros, que ellos harán desaparecer el cuerpo del delito, si no lo encuentran no podrán acusarlo; pero que les pongan un cubo de agua al lado, para que no revienten de sed; eso de devorar un delito y hacer desaparecer pruebas es causa de mucha tensión hasta para las

fauces caninas, la culpa es la culpa y es difícil de soportar hasta para un animal. Me lo tomaré como cuando pierde mi equipo de fútbol u otra cosa, lo llevaré con el mismo estoicismo o de lo contrario lo que cabe es que se amargue uno mismo, viva la vida manque se pierda, un saludo señora, le agradezco el coloquio y aquí no ha pasado nada».

XXXIV

La conciencia de Encarnación García Corrientes está frente al abismo, ante la mirada donde se refleja ella misma, deslumbrada ante la inocencia de poder experimentar con los sentidos el cuerpo de su precipicio, mirando el pozo sin fondo de sus propios entresijos. Aquella niña parecía toda inconsciencia y daba la sensación de que su cuerpo estaba esperándola; ella con su alma, llegará y lo inundará con todo su talento disperso; estaba dispuesta a concentrar en las entrañas de sus sesos su ser auténtico, y con su imaginación portentosa, llenar de ideas la pantalla de su cerebro, ocupando aquel espacio escénico de imágenes incesantes que salgan de su mente.

Hasta ahora había sido una fuerza de agua, sin carne que se desparramase e iluminara su cerebro sin lágrimas; había estado sin una guía que ordenase su mundo y que reconciliase sus elementos por dentro, le faltaba un piloto que orientase aquella travesía a través de la vida. Era como una película que necesitaba ser dirigida hacía algún desenlace. En esta metamorfosis sin precedentes iba a vivir una transformación total, una experiencia de tránsito tan compleja como la de una crisálida que cambia de ser un gusano que se arrastra, a una mariposa que vuela, o al revés, no estaba muy segura.

Se encontraba ante la encrucijada de conservar sus alas de altos vuelos o pasar a estar a ras de suelo, sería una caminante conectada a la experiencia vital; podría abandonar la quimera de su fantasía sobre la inmortalidad incorpórea, dejando atrás la abstracción de la infinitud inmaterial y pasar a las limitaciones de un pequeño ser

terrenal. Se encuentra ante la oportunidad de dejar de estar desplazada de su propio cuerpo, frente a la posibilidad de sentir la vida desde su contacto material, más allá de vagar como una mente sin peso o como la condena de un espectro, sabiendo que ella era la que no tenía sustancia, cosa que le angustiaba hasta la locura; su alteridad dejaría de ser un rasgo especial, y por fin se sentiría integrada en todo lo que viviría.

Siente algo de horror ante lo que se le venía encima, que le anunciaba una revolución de la conciencia, y estaba dispuesta al abordaje de su materia, dejando de ser un alma desahuciada, e intentar habitar sus propias entrañas, y convertirse de alguna manera en alguien perdurable por algún tiempo, como una inquilina de la vida.

Ella quería dejar de ser la víctima de la crueldad que la había dejado a la intemperie, y de ser sacrificada por aquellos que la habían secuestrado, dejándola con su albedrío maniatado, poseída sin derecho por los hechos consumados de la ley del más fuerte, con acciones atroces y cobardes que le habían arrebatado su mundo y la habían despojado de su habitáculo profundo, dejando su cuerpo sin techo, como una indigente de las lágrimas, con una pena constante, echando de menos a su verdadera Encarnación.

Está ante la perspectiva de su liberación, despojándose del malestar del vacío, recuperándose del trauma sufrido para volver a ser ocupada por ella misma, por el éxtasis de sus sentimientos; está llena de su propia mística, plena como el encuentro con lo más deseado, entrando en contacto con todo su ser; quería estar en conexión con el sentido profundo de su existencia para empezar a forjar la unidad con el cuerpo del que había sido despojada y volver a ensamblarse con las formas que le habían sido arrebatadas, entrelazándose con su propio origen, volviendo a alimentarse de su misma raíz, y rebrotando de aquella única semilla que verdaderamente la amaba.

Encarnación se vio involucrada en un asunto turbio; sin pretenderlo estaba envuelta en las consecuencias nefastas de las prácticas delictivas de unos auténticos piratas de guante blanco que

le habían causado tantos trastornos; conjugaba la provisionalidad de esta forma descarnada con un nuevo porte con el que afrontar la visión de un nuevo horizonte, trascendiendo su espíritu que late en lo físico y volviendo a sus miembros como una refugiada después de ver pasar la tormenta; sentía ansiedad cuando se aproximaba a sí misma y veía la posibilidad de poder superar por fin su aspecto de un ser desmembrado y de un cuerpo ausente.

Ella quería superar la atrocidad de ser una rehén poseída por el dolor, había resistido los envites del abuso, siendo doblemente castigada; ambas habían sufrido el mismo acto de barbarie, una demoledora agresión que las condenaba a vivir en un mundo dividido, estaban privadas de la presencia de quien las completaba; pero en este momento parece que la ignominia llegaba a su conclusión, por fin todo este embrollo terminaba, todo podía volver a empezar, y hallarían sus orígenes una vez integradas.

Han encontrado sus primeras imágenes, iban a dejar de ser un garabato infantil por separado y se disponían a tener una única figura humana, una sola imagen antropomórfica donde recoger sus miembros disueltos en el continente de las formas de su propia belleza, con su propio ser a pecho descubierto en una figura graciosa, dejar de ser dos proyectos divergentes y sentirse para siempre en un mundo donde todo es compartido, sin estar en lugares distintos, en los que los aspectos diferentes sean dos visiones que se acoplan en una persona nueva.

Ya era hora de que dejaran de estar cada una por su lado, escapando una de la otra a hurtadillas; tenían que construir una complicidad para solucionar esta situación. Encarnación era una soñadora que podía permitirse lo inconcebible, en la vigilia podía vivir todo lo que se considera prohibido, podía mirar de frente a la secuencia onírica que la asaltará toda su vida, dándole dignidad a los personajes dormidos que la habitan escondidos entre pesadillas salvajes, sin conciliar su estado hipnótico con la realidad de su cuerpo, transformándose en la piel de una bebé, y al final de este recorrido poder concluir encontrándose con todo su ser.

Encarnación quería captar la vida que hay en las cosas, las que

palpitan en la esencia de los materiales, sustanciarse en la plasticidad de un espejo sólido, labrando un molde de carne que la conforme; quería configurar un espacio hueco para volver a ser ocupado, fluir en la laboriosidad de sus manos de artesana con sus ganas infinitas de delinear un autorretrato híbrido de las nuevas savias que se han encontrado; las dos estaban enmarañadas como dos miradas astigmáticas que por fin pueden converger, estaban más allá del estrabismo de una masa metafísica que se llena de energía ocupando su ser; la expectativa de conectarse se convierte en una liberación de luz intrínseca a ellas mismas; se las comían los nervios por acercarse a la síntesis de sus fuerzas reagrupadas; con sus crepúsculos fundidos, incandescentes como el hierro dulce acariciado por el fuego de la fragua del aliento, iluminadas por el caudal lúcido de la mente, mientras resurgen de la luz liberada en la profundidad de la oscuridad, envolviendo las linternas de las aguas turbulentas de su sesera.

Tenía la intención de conseguir la fusión de estos dos planos para que puedan llegar a ser una entidad y se reordenen en su cabeza entera, en una unión que nadie jamás podrá volver a fracturar; todo ello al amparo de una segunda oportunidad que resuelva el caos original, donde ambas puedan condensar su complejidad infinita para caminar hacía la construcción de su identidad indómita, capaz de poner en marcha dos caminos complementarios que discurrirán hacia un mismo destino; sintiendo la certeza de tener una voz propia que cante por encima de los rumores, intuyendo cómo la recorrería su sangre indisoluble y su sensibilidad, más allá de su propio ombligo.

Estaba empeñada en desvelar el misterio de la encarnación y darle forma a todos sus sentimientos, ramificándolos por todos los poros abiertos; quería poner en marcha los procesos para la composición de una persona común, integrada y articulada como un centro de operaciones afinado, para que fluyan las decisiones y fraguar así un instrumento coordinado a fin de que pueda brillar la solista que lleva dentro; incorporándose a su propio sino, con la fuerza que lleva en su sangre el cuerpo unido que permitiría superar

su mundo dividido. Se veía como una equilibrista ante los trapecios de la vida, temía el impacto que la alce hacia las estrellas para consumar el acto de enlace que la lleve a estar instalada dentro de sí misma, y completar el rompecabezas que supere el binomio existencial que vivía, dando lugar a un niña transparente en lo esencial de sus formas reunidas; apoyadas una en la otra, como gotas de lluvia, integrándose con el acopio de fuerzas constructivas que entran en contacto entre sí, en otra dimensión de los latidos.

Imaginaba que a partir de ahora, irían juntas, todo sería de dos en dos, como una esquizofrenia leve, un pulso repetido o una dislexia sobrellevable, con una sensación acogedora en sus sentidos, con el reloj marcando los segundos de su propio sonido. Fantaseaba que formarían un conjunto irremediable de sensaciones orquestadas, combinadas en el cuerpo físico con pasiones desbordadas y con el reflejo de los atributos que aporta cada una a este proyecto articulado, en el que caminarían como dos mundos que se desmoronarían en cuanto se toquen. Encarnación quería incorporar sus recursos abandonados en el trastero de los recuerdos sin uso, en busca de una alternativa que tuviera sentido para la creación de una identidad, en la que ambas crecieran, con el regreso a una misma órbita, con sus estaciones llenas de abrazos, cuando los lazos anuden sus piezas sueltas y se entrelacen los vínculos que hicieran de nexo en aquel punto de encuentro.

Allí estaba el germen, el punto de partida con el que se forjaba una mutación expansiva que la llevará a una nueva Encarnación; con toda su humanidad latente esperaba abrirse paso entre la gente, marcada por la materia cruda, que sería la inspiración de esta especie de incubadora improvisada de la que brotaran proyectos nacientes de un nuevo ser que superaría el ensimismamiento y conquistaría la alteridad del ambiente asaltando la realidad desnuda, como una marca de la infancia que tendría que superar, restableciendo su nuevo aspecto más allá de los límites sufridos hasta el momento. Parecía que aquel suplicio podía terminar, como una herida cerrada por un ungüento recién descubierto; había llegado el momento de acabar con la disolución perpetua, en una mezcla que suture las

distancias, terminando la aventura de estar perdida en aquel laberinto, en ese sinvivir de estar fuera y dentro de sí misma, como un retorno del propio exilio, que vincularía su propia existencia a la oportunidad de sentir la corporalidad sin estigma. Tenía que llegar a ese punto sin fractura donde pudiera sentir la incertidumbre de sus propios enigmas.

A partir de ahora tendría que seguir uniendo sus fragmentos en una sola niña, tenía que recomponer la esperanza, para que surgiera la figura que subyace compacta; necesitaba el impulso de trasladarse definitivamente a su sede natural, salir de esta lucha interior que la desvive, para demoler los obstáculos que la rodean e introducirse en su propio cuerpo menudo y acogedor, para quedar allí revueltas las dos, traspasando la superficie de su piel sin vestiduras, en una confluencia de los tejidos naturales de su propia textura, que chocasen en una fuente de luz inagotable, en una catarata de ilusión del agua, que cruzara en su naturaleza los cuatro elementos combinados en un arco iris de agua ardiendo de colores, como una recomposición de la luz en fuego mojado, en explosiones pequeñas que caigan a la tierra hechas barro como un recipiente de las semillas que el viento arrastra con el aire nuevo que insufle la inspiración de la vida; en un torbellino de tiempo presente que sacuda el oxígeno de los cuerpos, que una los polos opuestos, el positivo lleno de optimismo ante un reto alcanzable, ante un hecho inminente que va a ocurrir de un momento a otro, y el negativo que se hunde en la profundidad de la adversidad para superar las distancias; ella necesitaba fundirse en un chispazo que ilumine a un cuerpo inacabado, para vivir una aventura interminable en un instante que la haga renacer.

Encarnación se ha planteado su propia reestructuración como objetivo prioritario, como su gran meta de creación en esta vida, ella es en sí misma su obra maestra; su tarea principal era llegar a culminar su propia unión. Tenía que encontrar un puente imaginario, diseñar su proyecto original, con su talento primitivo puesto en marcha; debía encontrar la imagen donde sentir la confluencia que la llevara a su propia trascendencia, construir sus

rasgos fundamentales en base a los genes de sus seres ancestrales, hasta lograr el retorno a su alumbramiento perdido, entre la maleza de las personas sin escrúpulos.

Hasta ahora ha resistido el haber sido hurtada por los acontecimientos, se ha curtido siendo privada de su propio destino, entre los despojos de la fertilidad atracada, añoraba la dimensión oculta de su cuerpo deshabitado, sentía un doloroso desgarro y una necesidad irrefrenable de integrase en sus formas terrenales, con el anhelo de complementarse en su seno; quería dejar de estar ausente de sí misma y volver a estar ocupada por sus propios huesos.

No siempre podría permanecer partida en dos entes distintos, necesitaba el nudo que uniera aquellas dos manifestaciones de su vida, era necesario el intercambio de los dos mundos divididos, que no son lo mismo si no se agrupan.

Ambas anhelaban volver a recomponerse en un espíritu profundo y en sus formas traviesas; compartían un mismo ser añorándose mutuamente.

Encarnación quería renunciar a las alturas de aquella ilusión de aparente eternidad en favor de la levedad sutil, pero su cuerpo estaba hueco y triste; era como un retrato enmarcado sin alma, igual que una vaina, privada de la sombra que la acompañara. Se sentía desnuda, necesitaba que las palabras aterrizaran y tomaran cuerpo.

Las dos necesitaban lograr la representación de su propio mundo en una obra acabada, poner en escena la personalidad de su ser y acercarse a su propia persona de gestos descubiertos, para poder relacionarse con sus tuétanos internos. Tenían que construir un paradigma de sus latidos, producir la estela cierta de su propio sentido, formando un conjunto que diera forma a algo pequeño y femenino, un esbozo que compaginara con sus necesidades de verse más allá de sus facciones surcadas por lágrimas abundantes; ansiaba conjugar sus sentimientos con aquel formato cambiante que se complementa con la idea original que la impulsó hacia la vida.

El actual modelo dividido no servía para los retos que se avecinaban, necesitaban dar algunos pasos hacia adelante para poder sobrevivir en aquella jungla de delincuentes; tenían que hacer una

apuesta especial para permanecer juntas, por encima de algunos procesos vitales y algunos trámites íntimos para dejar de seguir fragmentándose en lo más esencial.

Tomó una insólita decisión, tremenda para su temprana edad; era su única forma de crecer, saltar hacia el vacío de lo desconocido; en aquella encrucijada lúcida le esperaba una fuga hacia adelante, a pesar de las dificultades que la rodeaban.

El fin llega siempre, aunque sea de forma trágica, está al fondo del precipicio, ya no hay vuelta atrás, está ante la frontera profunda de todos sus temores, dejando atrás el cerrojo infinito del olvido, situándose ante el espejo lleno de imágenes ausentes, de los que se quedan mudos y sin reflejos, con una capa de polvo que cubre su inteligencia original, con su frágil cristal que se derrite ante su mirada empañada por las cataratas de las lágrimas, en este viaje perpetuo que no puede evitar ni la muerte ni sus efectos; no tiene vuelta atrás. Ahora se siente dispersa; ella era a su manera una chica hiperactiva, que no se detiene ante los retos y siente el vértigo inmaduro del infinito sin los límites del cuerpo.

Ni siquiera esta excitación constante podría detenerla, está sin posibilidad de vencer la idea de que se convierta en una rutina para siempre, no puede permanecer disociada eternamente sin encontrar el fin que la habita, porque siempre está abriendo horizontes interminables entre sus poros. Mientras empieza a entregarse a lo que parece que va a llegar, prolongando la tensión que parece no acabar, ella sigue inmune al desaliento, en ese lugar donde el tiempo no importa, permanece en esa dimensión intemporal, desconcertada de acontecimientos siniestros, estremecida de perspectivas inagotables; se derrite ante la fantasía inabarcable de un ser angustiado si no llega a su destino a tiempo.

Para ella, en el fondo, aquello podía ser un viaje maravilloso hacia la encarnación, con sus propiedades astrales, con la posibilidad de sentir la corporeidad de las sensaciones y las emociones. Aquel desplazamiento teledirigido hacia el encuentro era una gran oportunidad, iba flotando en un vuelo suave, directa a la refundición de los sentidos en uno solo conjunto, formando un cuerpo único,

intentando resolver así su dualidad; para Encarnación todo sería nuevo, debe enfrentarse a un mundo complejo en el que se incorporaría a una incipiente era de plenitud y verdad, al fundirse con la unidad y conseguir el reencuentro con su propio eco; ella resuena en una realidad etérea que chocaba con sus propios tuétanos, semejante en su forma de desdoblamiento, invadiría el cuerpo con el corazón de quienes van buscando su identidad, viviendo una experiencia con su propia concepción abstracta, al vivirse al otro lado de espejo.

Encarnación, ante la perspectiva de consumar su encuentro en la última fase, estaba muy inquieta en el laboratorio de fotografía. Su padre está al cuidado de ella mientras revela unos carretes donde había inmortalizado con sus instantáneas aquellos momentos, con todo preparado para trabajar y pasar del negativo al positivo, con el tanque de los polvos cromáticos en su punto y los líquidos preparados.

En un momento de despiste de Francisco, la niña haciendo su penúltima travesura, de un empujón echa al tanque de revelado a su propio cuerpo, igual que si se zambullera en una piscina de un manicomio; la situación se tornó en una auténtica locura de color rojo, como reflejo de la luz tenue en el tanque de revelado, en un magma de sangre, entregándose donde se produce la transfusión completa en cuerpo y alma, como un chapuzón en un charco de colores; se puso delante del haz de luz del revelado y por fin se teletransporta a sí misma, autocomponiéndose su cuerpo de sensaciones que nadaban en aquel tanque, donde se encontraban los matices de su vida y su muerte, como si ella misma fuera un láser de argón o una fuente de energía de alta tensión que le diera una sacudida y la recompusiera, con un chispazo de imágenes que encendiera aquella nueva foto de la que salía empapada de sí misma; una nueva Encarnación revelada.

Había llegado el momento de entrar en materia, iba directa a su propio encuentro, con la ilusión de que no hay más obstáculos para que sean una, aunque no sabía cómo unir sus elementos. Ella envolvió su propio torso como una manta y de pronto se sentía en

un velo transparente, era un aura translúcida envolviendo a aquella chiquilla conformada por los materiales del llanto.

Se produce un diálogo entre Encarnación y su cuerpo, que se reconocen, como si fuesen parte del sueño, abrió las puertas a otro mundo y se adentró en su propia materia; al principio lo sintió como algo extraño, pero poco a poco se transforma y sufre el proceso de identificación con los objetos perdidos; empieza a situarse entre sus propios fantasmas, comienza a recomponer su imagen, a espantar el mundo indefinido de las auras; se está produciendo un auténtico intercambio de las aguas; empezó a materializarse y sintió una paz infinita, de alguna manera se lo decía su propia carne.

Su padre reaccionó rápidamente, sin saber lo que ocurría, al ver cómo se hundía Encarnación en el tanque de revelado, rompiendo aquel momento que plasmaba un parto y una muerte simultáneos, como un cuerpo enterrado en el agua o un bulbo que da luz a la oscuridad de su matriz, en aquel líquido amniótico del tanque donde brotan las imágenes, interrumpiéndose aquel baño en los fluidos de su cuerpo, sacándola y rompiendo aguas en aquel intento de fusión total, de aquella tentativa de autointegración absoluta.

Cuando Francisco García coge a su hija en brazos, esta lloraba, y la acunaba intentando calmarla; buscó una toalla y una vez secada con mimo, el cuerpo de Encamación García Corrientes pareció entrar en calor. La llevó a los brazos de la abuela Olvido, mientras acababa el revelado; ella la abrazó con suavidad, la miró con ternura, Olvido llevaba tiempo sin reconocer a nadie. Mecía y cantaba nanas a una muñeca a la que consideraba su bebé. Se había convertido en un sustituto, era su nieta de plástico, a la que le tatareaba suavemente su mantra; la acunaba y en ella volcaba todo el afecto que necesitaba dar, todo el amor que se pudriría en sus carnes si no lo expresaba.

Olvido mira despacio a la niña que sorprendentemente se calma en sus brazos, la coge con una destreza y un tacto que la bebé agradece con el silencio; la acerca a su pecho blando; Encarnación permanece expectante, allí entre sus mamas sabias, rodeada de ternura vieja; la niña se acomoda como en un cálido nido, parece

que entendiera que estaba en las mejores manos, se sentía segura en su contacto, como si su piel reconociera su propia sangre, la abuela mira al espejo (que había indultado Margarita, pese a la queja de Francisco y sus desvaríos), como si allí se proyectara un retrato de su familia y en un destello último de lucidez, como un intervalo intercalado entre las sombras, al final del túnel del espejo que tiene enfrente, en la perspectiva de su propio reflejo, mientras acunaba a Encarnación, le dice a su nieta:

—Mira, esa que está ahí, es tu abuela. Y tú eres una Corrientes.

Encarnación García Corrientes disociada y frustrada en su intento de integrarse en su cuerpo las observa a las dos con resignación, sin saber qué va a ser de ella rodeada de tanta inconsciencia.

JUAN CLEMENTE SÁNCHEZ, poeta y novelista, nace en Sevilla el 2 de Diciembre de 1960, estudia Derecho en la Universidad de Sevilla, trabaja en el Juzgado Decano de Sevilla, Delegación de Gobierno en Sevilla de la Junta de Andalucía, en 1997 publica el libro de Poesía «*El Calor del Sur y la Soledad*» en Editorial Huerga y Fierro (Madrid), digitalizado por la Universidad de Michigan (EE.UU.) en 2008, se encuentra entre otras en la Biblioteca Pública de Nueva York y la Biblioteca de la Universidad de Toronto (Canadá). En 1998 ingresa en la Asociación Colegial de Escritores de España ACE-A. En 2001 pública su novela «*La Rebelión del Olvido*» en Editorial Huerga y Fierro (Madrid), siendo esta utilizada como documentación en el Libro «El Canal de los Presos (1940-1962)» Ed. Crítica (Barcelona). Participa en la Ronda Andaluza del Libro, del Centro Andaluz de la Letras. Participa en la Antología sobre el Yacimiento Arqueológico de Torreparedones, Baena (Córdoba). Participa en la Antología Miradas sin Fronteras 2014 Ediciones en Huida (Sevilla). En 2015 Participa con Humanismo Solidario. Dajla (Sahara), «*Hoy es siempre todavía*» Ed. Palimpsesto 2.0.(Sevilla) 2014. Participa en Proyecto libro-C-D «*Dar Tika. Poesía y música solidaria*» con «*Aid Children of the World*», «Humanismo Solidario» y Diputación. Málaga 2015. En 2016 se reedita su novela «*La Rebelión del Olvido*» en Ed. Aconcagua, Sevilla. En 2017 participa en la antología «*Oía hablar a los árboles*» del I

Encuentro de Escritores Andaluces editado por ACE-A en Sevilla. En 2018 participa en la antología «*Mano entregada*» de Humanismo Solidario, Ningún ser humano es ilegal, Málaga ciudad abierta. En 2018 participa en la antología «*No hay paisaje sin ti*» en el II Encuentro de Escritores Andaluces por ACE-A en Córdoba.